



Tipo de documento: Tesis de Doctorado

Título del documento: Escribir los bordes : los mensajeros en moto y los procesos de circulación cultural

Autores (en el caso de tesis y directores):

María Graciela Rodríguez

Alejandro Grimson, dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis: 2008

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

ESCRIBIR LOS BORDES.

Los mensajeros en moto y los procesos de circulación cultural.



Tesis para optar por el título de Doctora en Ciencias Sociales

Autora: María Graciela Rodríguez

Director: Dr. Alejandro Grimson

Buenos Aires, 2008

Escribir los bordes. Los mensajeros en moto y los procesos de circulación cultural

Resumen en castellano: Esta tesis tiene por objeto el abordaje analítico de los procesos de circulación cultural. Su unidad de análisis son los mensajeros en moto del Ámbito Metropolitano de Buenos Aires, objeto de captura de los dispositivos mediáticos en las jornadas beligerantes de diciembre de 2001 en Argentina. Esta investigación focalizó sobre las prácticas cotidianas de los mensajeros, las representaciones mediáticas que los pusieron en circulación, y particularmente sobre la trama entre ambas. Para ello se trabajó con varias herramientas metodológicas de modo de reconstruir, analíticamente, tanto los sentidos nativos de sus prácticas (previa y posteriormente a dichas jornadas), como las series culturales en las que los dispositivos del mercado de la cultura los insertaron.

El abordaje etnográfico permitió observar, por un lado, sus trayectorias vitales-laborales de ingreso al universo laboral, enmarcado en la década de 1990; el contexto en el que desarrollan sus prácticas; las jerarquías que vertebran la especificidad de su trabajo; y el sentido práctico que organiza su cotidiano laboral. Asimismo habilitó a presentar nuevas preguntas en torno a la estilización de la vida, e interrogar sobre los modos en que la comunicación de un estilo se compatibiliza con contextos cívico-extraordinarios. Por el otro, el análisis textual permitió identificar las series histórico-culturales con las cuales se los vinculó. Finalmente, el cruce entre ambos, posibilitó observar cómo juega la trama entre prácticas y representaciones a posteriori de los sucesos extraordinarios. Simultáneamente, en este cruce se pudo revisar la diferencia entre politicidad y acción política.

La investigación intenta aportar a una mayor comprensión de los mecanismos sociales por los cuales se califican unas prácticas concretas, cómo y por qué ingresan en circuitos de representación extendidos, y cómo y por qué activan procesos de reconocimiento público. También pretendió reconstruir el impacto que esas representaciones poseen en la elaboración identitaria de los sujetos.

Resumen en inglés: The aim of the thesis is to analyse the processes of cultural circulation. The motorbike boys of the Metropolitan area of Buenos Aires were held as the analysis unit of the thesis, having being put on stage by the mass culture devices in Argentina in December 2001. The research has focused on the everyday practices of the motorbike boys, as well on the media representations which put them on circulation, and particularly on the overlapping between both. In order to rebuild both the motorbike boys' native senses and the cultural series in which the media included their performance in December 2001, several methodological tools were used.

Thus, while the ethnographical approach let me spot their work beginnings in 1990, the context, the hierarchies, and the practical sense of their everyday practices, it also put forward new questions about the building-up of a style of living and particularly the ways communicating that style can be compatible with exceptional political contexts. On the other hand, the textual analysis made possible to identify the historical and cultural series to which they were linked. Finally the overlapping between practices and representations in the present have been lightened by putting these two zones together, which, simultaneously, addressed the thesis to a revision of an analytical difference between 'politicity' and political action.

Summing up, the research intends to make a contribution for a more accurate comprehension of the social mechanisms through which particular practices are qualified; how and why they come in to extended circuits of representation; and how and why they activate public recognition processes. The research also intends to rebuild the impact of these representations on the group identity elaboration.

Índice

Dedicatorias	3
Agradecimientos	5
Introducción	10
Cadetes en la ciudad por Rep	38
Capítulo 1: Decisiones	39
Capítulo 2: Motos y mensajeros	57
Capítulo 3: Fletear	74
Capítulo 4: Señales	99
Capítulo 5: Ángeles en dos ruedas	131
Capítulo 6: ¿Ejércitos?	156
Capítulo 7: Recordar, celebrar	182
La placa que pisan los transeúntes	217
Conclusiones	218
Bibliografía citada	241
Corpus de medios	252

Dedicatorias

Dicen que los auténticos maestros no son lo que les allanan el camino a sus discípulos. Ni siquiera los que los llevan por sendas pre-trazadas. Dicen que a un verdadero maestro se lo reconoce años después, por la voz que permanece en lo profundo del discípulo, aunque el maestro ya no esté.

En mi caso, hay una voz que habita en una especie de recodo del río al que vuelvo en momentos de incertidumbre.

No tuve la suerte de mantenerme en contacto. Mi experiencia fue un breve paso como alumna suya. Aún más: no creo que me recuerde. Y sin embargo, cuando nada parecía tener lógica, cuando mis sujetos parecían guiarme a calles sin salida, cuando no entendía la razón de algún comentario o actitud, volvía a aquel recodo y allí estaba su voz. Fresca, tranquila, en movimiento. “En algún momento algo en la red cambia y entonces los elementos se acomodan. La red finalmente hace sentido. Y ése”, decía, “es un momento maravilloso”.

Por enseñarme a esperar ese momento maravilloso, esta tesis está dedicada a Beatriz Alasia de Heredia.

Y también a Martín, mi caballerito sin armadura



*I hope you get your dreams.
Just go ahead, let your head down.*

Corinne Bailey Rae

Agradecimientos

Palabras mayores. Alejandro Grimson fue mi director de tesis. Y serlo era todo un desafío. Fuimos compañeros en la carrera de grado. Compartimos aulas y docentes. Nos respetábamos mutuamente (aún lo hacemos). Nos unía y nos une, en fin, si no una amistad, sí un compañerismo fraternal. Convocarlo para ser mi director no fue una decisión fácil. ¿Cómo armar y sostener asimétricos lugares de director y dirigida sin perder nuestro compañerismo?

Recurrir a él desafiaba la lógica de todas las teorías sobre vínculos. Pero fue su (¿nuestra?) inteligencia respecto de lo vincular lo que permitió que hayamos podido construir una relación que es irreductiblemente asimétrica. Y, simultáneamente, conservar el tono, ese registro que sólo se comparte con ‘compañeritos de banco’. Debo decir que el resultado fue excelente.

El gran mérito de Alejandro fue saber oficiar de ‘maestro zen’, pulsando las cuerdas apropiadas en los momentos oportunos, obturándome con guante de seda cada uno de los atajos que intentaba tomar, marcándome las zonas donde me enredaba en especulaciones sin sentido, dándome lo justo para no atosigarme. Hasta que, finalmente y casi sin darme cuenta, quedar enfrentada y sola con el saber ‘desnudo’. Luego, con extrema paciencia y respeto me sugería cambios en mi modo de mirar, me presentaba alternativas, me indicaba zonas de luz. Debo decir en mi favor que no me resistí, que fui dócil, y que los ritmos personales en los que me siento cómoda se ajustaron fácilmente a ese proceso.

La tarea, lo digo con más agrado que asombro, contrarió lo esperado: no fue nada difícil. Supimos mantener cada cosa en su lugar. Le agradezco a Alejandro su sensatez para equilibrar todos y cada uno de los tantos.

Este vínculo especial me permitió reafirmar algo que ya sabía: que las jerarquías siempre se organizan a partir de lo humano. Y nunca por vía de los títulos.

Igual que mis mensajeros, también yo celebro la autenticidad de una autoridad que no pretende aparentar ser más de lo que es. Especialmente, como en este caso, porque efectivamente lo es.

Las instituciones. El proceso de investigación que acompañó a mi tesis de doctorado no hubiera podido concretarse sin la beca de finalización de doctorado que me

otorgó el Instituto De Altos Estudios Sociales (IDAES) de la Universidad de San Martín (UNSAM), a quien estoy sumamente agradecida. En los tiempos que corren, trabajar, ser mamá e investigar, no es una situación extraordinaria, sino parte de la vida cotidiana de las mujeres que nos dedicamos a la vida académica. Obtener una beca es una ayuda irremplazable que mejora muchísimo las condiciones para conciliar trabajo, maternidad e investigación. Sin ella, a la hora de conciliar, los tiempos para investigar siempre hubieran quedado relegados frente a la maternidad y el trabajo.¹

Paralelamente, es imposible no identificar en mi propio trayecto a la formación académica recibida en el marco de mi trabajo docente en la cátedra del Seminario de Cultura Popular y Cultura Masiva de la Universidad de Buenos Aires (UBA) dirigido por Pablo Alabarces. Allí crecí. La UBA me dio nutrientes básicos sin los cuales no hubiera llegado a esta tesis.

En estos años el IDAES se ha ido convirtiendo, con el correr del tiempo, en una cálida institución de acogida, donde me siento en casa. A todos los que forman o formaron diariamente parte del IDAES, Romina, Estela, Abel, Laura Spiatta, María Barreto, Florencia Paramidani, Matías, Susy, y a quienes compartieron diariamente la oficina y sus recursos, Julia Torres, Silvina Merenson, Analía Rey, Pablo Semán, Melina Graves, Vicky, Mirta Lobato, Juan Suriano, Luciana. A todos, incluso a quienes me olvidé de mencionar, en fin, muchas gracias.

Los afectos. Agradezco enormemente a mi familia, Daniel y Martín, oscilando en la frontera justa entre la tolerancia y el reclamo. Si algún tiempo de calidad le robé a Martín, él sabrá cómo cobrar esa deuda hacia delante (por ejemplo, siendo doctor él también, o futbolista, quién sabe...).

Mis amigas de la vida, Ángela, Irene, Gloria, me bancaron en los momentos de flaqueza; le pusieron ‘una frazadita’ al capítulo 4 para que no se volviera a perder; se emocionaron de orgullo por sus amigas ‘doctoras’; pasaron recetas de cocina deliciosas (que nunca prepararé) para celebrar el final de la escritura...

Ángela, madre de tres hijas, docente, doctora, fue, además, un verdadero modelo y ejemplo de que no es imposible trabajar, ser mamá, cultivar la amistad, asistir a una fiesta,

¹ No estoy postulando una reivindicación de género. Como sostiene mi amiga Eleonor, yo no soy feminista: soy realista. La necesidad de conciliación dejará de ser vista como un ‘reclamo de género’ el día que los varones también necesiten conciliar trabajo, paternidad e investigación.

depilarse, ir a la peluquería, llevar a los hijos al dentista, ir a yoga, hacer trekking, y en el ínterin... (uff...) doctorarse.

Mi viejo me enseñó la importancia de la palabra empeñada, las deudas que se contraen, y el compromiso con el otro, valores fundamentales para realizar el trabajo de campo; complementariamente, mi vieja descubrió para mí el placer de la lectura y la escritura, sin el cual jamás hubiera podido encarar la escritura de la tesis. En esa trama, también me fui haciendo doctora.

Tenerla cerca a Eleonor Faur, que con su exquisita elegancia me enseñó a cuidar sin invadir, fue una verdadera suerte, una azarosa pero afortunada combinación del destino.

Carlos, Amalia, Cecilia, estuvieron siempre. Por todas las vías.

En los últimos tramos del proceso de escritura de esta tesis, cometí un error relacionado con un (mal) uso de los recursos informáticos. Quiero agradecer a Ángela Aisenstein, Mirta Amati, Valeria Añón, José Garriga Zucal, Alejandro Grimson y Cecilia Vázquez por alojar esta producción en sus respectivas computadoras. Y también por no ‘retarme’ más de lo que yo ya lo había hecho. Especiales gracias a Mirta, por ayudarme a perdonarme.

Y a Santiago Marino, por escuchar con paciencia las primeras hipótesis en las noches de Bruselas; y por el abrazo en la Grand Place; y por las carcajadas en plena calle.

Los maestros. Hay una persona que confió ciegamente en mí, desde un principio, que me acercó un madero del que agarrarme, que me dio fuerzas y esperanzas en momentos confusos, que contestó con paciencia mails inoportunos y redactó urgentes cartas de recomendación. Y, fundamentalmente, que sostuvo y sostiene aún los malabares y abracadabras de mis tránsitos académicos. Si alguien merece mi más profundo y certero agradecimiento es Gastón Burucúa, quien creyó en mí desde el primer día y me ‘bancó’ siempre con una sonrisa afectiva. Como un árbol frondoso debajo del cual cada tanto me siento a descansar, ‘Buru’ se ha ido convirtiendo, con el tiempo, en un incomparable padre académico. De lujo.

La investigación que hice no hubiera podido arribar a ningún puerto sin la compañía, apoyo, contención, mirada crítica, preguntas ‘molestas’ y aguante de José Garriga Zucal. Como un experto rastreador, me ayudó a comprender cómo se camina por senderos sin balizar; y como un generosísimo interlocutor, me escuchó y leyó hasta el hartazgo (¡pobre!) durante todo el itinerario.

Fue un enorme privilegio el que Rossana Reguillo haya leído un resumen de la tesis que, en forma de artículo, presenté para un seminario interno del IDAES-UNSAM. Su sencillez e inteligencia transforman todo lo que toca y lo hace brillante.

Quiero también agradecerle a Marita Carozzi. Porque sí.

Acaso sorprenda saber que una importante fuente de elaboración teórico-argumental, provino de mi desempeño docente en el Instituto de Educación Superior “Sara C. de Eccleston” durante (ya) dieciocho años. Especialmente significativas para la elaboración de la tesis central de esta investigación, fueron las ideas de Bruner que dos grandes maestras, Claudia Soto y Rosa Violante, supieron transmitirme en el trabajo pedagógico en común.

Los compañeros y colegas. Esta tesis se benefició mucho de la lectura de versiones preliminares (algunas demasiado preliminares) realizadas por colegas. Pero se benefició mucho más de sus comentarios. Verónica Moreira, Pablo Semán, Daniel Salerno, Christian Dodaro, Pablo Alabarces, Ramiro Segura, Valeria Añón, fueron excelentes interlocutores. Otro tanto para el grupo que coordina Pablo Semán en el Centro de Investigaciones Etnográficas de la Escuela de Humanidades de la UNSAM. Particularmente oportuna para desarrollar la línea argumental de esta tesis, fue la repregunta que en esa instancia me hizo (hacerme) Máximo Badaró.

Hubo colegas que me acercaron material que encontraban casualmente sobre los mensajeros. Sin habérselos pedido. Simplemente porque se acordaban de mí. María Cecilia Ferraudi Curto me dio el dato del material sobre los motoboys de San Pablo. Gabriel Álvarez, Fernando Williams y Ramiro Segura me acercaron bibliografía imprescindible sobre espacio y geografía cultural; Silvina Merenson y Mirta Amati me sorprendían cada tanto mandándome mails con información contextual.

Libertad Borda (una grande) me ayudó a precisar conceptos y categorías provenientes del análisis del discurso; Verónica Moreira contuvo ciertas angustias propias de mi primera experiencia en un abordaje etnográfico, y reaccionó con adultez y sin corporativismo de género a mis inquietudes; Silvina Merenson revisó con agudeza el hilo argumental de uno de los capítulos.

Los que ayudan. Muchos de mis estudiantes compartieron conmigo datos relacionados con mi investigación. Lucrecia Gringauz, Vanesa Coscia, Andrea Lobos, Clotilde Nebbia, entre muchísimos otros, no dudaron en facilitarme detalles (algunos

encantadores) sobre los mensajeros. Le doy también las gracias a Carolina Faccio (ella sabe por qué).

Valeria Añón, Mauro Vázquez, José Garriga Zucal, colaboraron en establecer algunos contactos con mensajeros; Brenda Focas, Javier Palma, Sebastián Settani, y nuevamente Mauro, en recopilar material gráfico y/o audiovisual.

Dos colaboradoras de fierro, Mariana Malagón y Andrea Lobos, se embarcaron conmigo en la realización de todas y cada una de las extrañas tareas que les proponía. Debo agradecer también a Lucía Rodríguez y Nicolás Horovitz por responder con compromiso de sociólogos en formación a las primeras indagaciones.

Ellos. Finalmente, me reservo las últimas palabras para agradecerles a todos los mensajeros que me regalaron su tiempo, sus anécdotas y sus vivencias; que me abrieron las puertas de sus mundos; y no me dejaron pagar los asados. Nunca preguntaron nada. A todos ellos (“Urbano”, “Miguel”, “Enrique”, “Mario”, “Lucas”, “Pato”, “Norberto”, “Picachu”, “Ariel”, “Javier”, “Moncho”, “Polo”, “Orlando”), y a quienes fletean todos los días sintiéndose un poquito héroes (¿pero por qué no?), muchas, muchísimas gracias. En mi nombre y en el de las Ciencias Sociales.

María Graciela Rodríguez

Agosto de 2008

Introducción

Pero el forastero no pretende ver tan lejos; está
agradecido de haber encontrado un pintoresco y
aparentemente satisfactorio rincón de una tierra
monótona.

Saki, *Juquetes de Paz. El huevo cuadrado.*

Quiero contar, en esta tesis, un proceso. Un proceso en el que unos sujetos particulares obtuvieron reconocimiento social, como resultado del cual modificaron parte de su universo simbólico. La peculiaridad del caso que analicé es que el proceso va de las prácticas a las representaciones, específicamente las de los medios de comunicación, y desde éstas regresa hacia las prácticas, las informa, las enmarca, les da brillo, las modifica en suma.

El caso me interesó desde un comienzo, básicamente, porque implica recolocar la cuestión de la dimensión cultural en la pregunta por la construcción de identidades. Y porque, en las aperturas que se abren ante esta pregunta, se asoman aristas y perspectivas poco trabajadas en la diversidad de ámbitos de las Ciencias Sociales.

Para dar cuenta de esta peculiaridad, primero necesito presentar el caso, para luego insertarlo en una suerte de cartografía de los debates e intercambios teóricos y metodológicos en los que propongo situar mi tesis.

El caso

El proceso que analicé tiene por protagonistas a los mensajeros en moto.² Se estima que aproximadamente entre 20.000 y 50.000 mensajeros en moto recorren las calles del AMBA.³ La actividad comenzó hacia fines de 1990. Ninguno de estos datos proviene de fuentes oficiales.

² Hablar de ‘mensajeros en moto’ no hace completa justicia a quienes realizan esta actividad laboral. Muchos de ellos hacen mensajería en bicicleta, lo cual se ha ido incrementando en los últimos años, especialmente en aquellas zonas urbanas donde los itinerarios son cortos. En diciembre de 2001, si bien la mayoría de quienes estuvieron en la revuelta popular usaban moto, también hubo mensajeros en bicicleta, sólo que los medios capturaron principalmente a los primeros. A lo largo de esta tesis, hablaré genéricamente de ‘mensajeros’, o eventualmente de ‘mensajeros en moto’.

³ El AMBA incluye a la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) y el primero y segundo cordón del Conurbano Bonaerense, en la Provincia de Buenos Aires.

La importancia del caso recae en que los mensajeros no sólo ingresaron recientemente al mercado laboral en Argentina, sino que también accedieron, hace relativamente poco tiempo, a circuitos de reconocimiento público a través de los cuales obtuvieron reputación, prestigio y fama. Me refiero a las jornadas cívico-políticas populares del 19 y 20 de diciembre de 2001, que sacudieron de modos variados pero intensos tanto la superficie de lo social como la de lo cultural en Argentina. En especial el jueves 20, los mensajeros en moto estuvieron participando de la revuelta de modos que podrían calificarse, en términos bourdieuanos, como de excelencia en el despliegue de su sentido práctico.

Como resultado de sus acciones, pero especialmente de la forma expresiva, altamente noticiable, a la que están adosadas, en días sucesivos los mensajeros ocuparon un centimetro considerable en las superficies textuales de los medios de comunicación. En la clave en que las narrativas mediáticas los representaron, se proponía una lectura épica: rótulos como “Ángeles rugientes”, “Jinetes del asfalto”, entre otros tantos sobretrazos, intentaban balizar la decodificación de los públicos hacia zonas de interpretación pre-concebidas. Y con el objeto de facilitar el mecanismo de decodificación de las audiencias/lectorado, en esa operación los mensajeros fueron ubicados en series histórico-culturales conocidas.

Hasta aquí, nada novedoso. Bibliotecas enteras recorren estos procedimientos. Sólo que, en este caso, tras esas jornadas queda fraguada la figura del motoquero, que devuelve, a posteriori, simbolismo a la práctica cotidiana y que, entonces, es re-utilizada por los mismos sujetos para su presentación en sociedad, en circunstancias públicas, como las de sus propios rituales.

Cartografías

El caso puede ser encuadrado, en principio, y en líneas generales, dentro de un marco de análisis que dé cuenta del *momento de circulación* (Hall, 1980) del proceso de comunicación.⁴ En su planteo, Hall enfatiza en la reciprocidad entre los textos y sus usos

⁴ Hall entiende que en el proceso de comunicación mediática existen tres momentos, producción, circulación y recepción, cada uno con su especificidad y relativa autonomía, pero nunca des-engarzados de los otros momentos que componen el proceso en su conjunto. Los tres momentos están determinados por la base material en la cual se insertan y aunque conservan una autonomía relativa, entre los tres existen determinaciones mutuas. “El valor de esta aproximación es que mientras cada uno de los momentos, en articulación, es necesario para el circuito como un todo, ningún momento puede garantizar completamente el momento siguiente con que está articulado” (Hall, 1980: 129).

cuestionando, en parte, la división entre ‘productores’ y ‘consumidores’ (sobreevaluada por algunas teorías culturales), y poniendo el acento antes en las estructuras de significación compartida entre ambos, que en las operaciones unidireccionales de supuesta ‘manipulación’. No obstante, si en las investigaciones inauguradas por el planteo de Hall, se ha interpretado el proceso de circulación desde las así llamadas *materialidades significantes* (Mata, 1991) de los medios, el objetivo que motorizó mi investigación no se vincula exclusivamente con ellas, sino con ellas en relación con las prácticas de los sujetos que son capturadas por las representaciones. Concretamente, me resistía a creer en el discurso de los medios, que habían representado a los mensajeros en clave épica, tratándolos como una especie de vanguardia combativa e iluminada del pueblo; pero tampoco terminaba de aceptar la hipótesis de que sus acciones eran un mero artificio retórico.⁵

Me propuse entonces interrogar los elementos específicos que intervienen en ese proceso de circulación: las prácticas concretas, la captura mediática, la devolución al terreno de la vida cotidiana y al de las situaciones de auto-reconocimiento. Es decir, ir más allá del momento de puesta en circulación y ver las prácticas de los mensajeros tanto antes como después de los sucesos extraordinarios. Partiendo del supuesto de que no hay homología posible entre el sujeto empírico y el sujeto representado (Morley, 1996), la gran pregunta de esta investigación se orienta a discriminar e iluminar, justamente, los ‘restos’ y los ‘ecos’ entre uno y otro.

En ese sentido, por un lado, mis preocupaciones se dirigieron hacia los elementos que, por estar presentes en las prácticas de los mensajeros, fueron objeto de captura de los dispositivos de representación. Cuánto, y qué, de su práctica cotidiana se desplegó durante las jornadas de diciembre de 2001 como para que resultara noticiable. Y cuánto, y qué, hubo de extraordinario en esas mismas acciones.

Por el otro, también me interesaba conocer los modos en que, en el proceso de circulación, los mensajeros se apropiaron de una porción de esa misma representación, liberada, como dice Filc (2001), de la carga impuesta por la industria cultural. De qué se apropiaron, cómo lo hicieron y para qué; y cómo incide en sus prácticas una representación

⁵ Algunos analistas señalan que se había tratado de una exacerbada visibilidad de la futbolización de las expresiones políticas (cfr. Alabarces (2005). En ese texto Alabarces sugiere, en respuesta a otro mío (Cfr, Rodríguez, 2005a), que las acciones de los sectores populares durante las jornadas de diciembre de 2001 se correspondieron con una futbolización de la política, y que es más factible encontrar rasgos de resistencia en las acciones de los hinchas de fútbol que los encontrados en esas jornadas. Más allá de mi desacuerdo, es necesario resaltar que este diálogo fue relativamente endogámico y casi no tuvo repercusión.

que, aunque incompleta por definición, les proveyó de prestigio, fama y reputación. Esas también fueron las preguntas.

Por eso, más que presentar el caso desde un punto de vista meramente descriptivo, me orientó el objetivo de señalar allí, justamente en el proceso de circulación, las maneras en que los sistemas públicos de símbolos, textos y prácticas “representan un mundo y, a la vez, dan forma a los sujetos de una manera ajustada a la representación de ese mundo” (Ortner, 2005: 34), modos de hacer que, como también señala Ortner (Ibid), son fundamento de la posibilidad de agenciamiento.

Se requiere, entonces, enmarcar esta tesis en algunos trayectos en los cuales se inserta el caso analizado. Reconozco que me resulta difícil cartografiar este mapa: no tengo un territorio límpido y claro donde ubicar mis interrogantes, los cuales provienen de varios lugares. Preciso identificar por eso mismo algunos caminos por donde anduve, aquellos donde casi me perdí, y también las zonas donde estos caminos se parecieron alternativamente a rutas desoladas o a avenidas congestionadas. Porque si bien el proceso que quiero contar condensa los interrogantes que motorizaron mis tareas de investigación de los últimos años, los contextos de interlocución específicos que se fueron abriendo en el recorrido no son delimitables en un solo campo disciplinar.

De hecho, a lo largo de la investigación la reconstrucción analítica de la empiria me fue enfrentando a interrogantes de tipo teórico-conceptuales de diversa procedencia que requerían, en cierto sentido, plasticidad para desplegar una mirada transdisciplinaria. En cada tramo en particular, los interrogantes me conducían a zonas de intercambio teórico con diversos grados de especificidad disciplinar que intentaré reponer, a modo de breve estado de la cuestión específica, cuando el argumento del capítulo así lo requiera. Profundizar sobre estas filiaciones académicas fue más que un desafío: me resultaba difícil ponerle límites a esa profundización, y determinar de qué modo esa profundización aportaba o no al esclarecimiento del tema general.⁶ Porque la pregunta sobre los vínculos de las prácticas con las representaciones, desde el punto de vista que sea, no sólo suena casi ingenua, sino que, además, parece poder abarcar cualquier problemática presente en las Ciencias Sociales.

Pero además, y por otro lado, si bien hubo en esta investigación una focalización específica sobre las representaciones mediáticas, me niego a sostener que éstas constituyan

⁶ En cierto sentido, incluso, por momentos me sentía ‘virginal’ respecto de algunas hipótesis que construía, sólo para descubrir, al profundizar en las lecturas, que quienes me precedieron ya habían pensado algo similar, aunque de modos más sofisticados e inteligentes.

la totalidad de la cultura. En este sentido, el caso del que me ocupé revela una densidad que excede a la dimensión mediática. Si en la cultura se juega la disputa por las significaciones que ordenan u organizan a una sociedad (Grimson y Varela, 1999), es necesario que se exhiban públicamente las significaciones en común, de otro modo no habría nada que disputar. Justamente, entonces, la circulación es el momento que habilita a una sociedad a pensar lo común y lo diferente. En diciembre de 2001, los medios pusieron en circulación varias imágenes, la de los mensajeros en moto entre otras. No la inventaron de la nada. Tampoco la expusieron nítidamente. No la recogieron límpida de algún lugar transparente donde estaría 'la realidad'. Sólo la pusieron en circulación.

Desde la perspectiva de los estudios de comunicación y cultura, el tema general de las relaciones entre prácticas y representaciones fue tempranamente trabajado por Martín Barbero.⁷ En diálogo con las líneas desarrolladas años antes por de Certeau, pero también con la vertiente gramsciana donde abrevan los estudios culturales, Martín Barbero acierta a incorporar en esas filiaciones a la dimensión de la cultura masiva, promoviendo una agenda de investigación por ese entonces novedosa en el campo de la comunicación y la cultura.⁸ De modos muy esquemáticos, Martín Barbero recoloca la relación entre prácticas y representaciones en la ligadura con dos ejes: por un lado, el eje histórico donde, afirma, se asientan y a la vez van tomando distintas formas las matrices de representación populares en su trama con los formatos industriales de la cultura; por el otro, el eje de la vida cotidiana, en la cual la cultura masiva opera, a la manera de de Certeau, de manera rutinaria, poco visible pero contundente.⁹ También Ford (1994) contribuye a iluminar estas relaciones, sosteniendo una hipótesis que focaliza sobre los procesos cognitivos de los públicos.¹⁰ Estas recolocaciones, que han servido, con sus planteos, para pensar, y re-

⁷ Aunque la producción de Martín Barbero es copiosa, me refiero aquí particularmente a *De los medios a las mediaciones* (1987), donde condensa sus preocupaciones previas, tanto como anticipa las futuras.

⁸ No es casual que de Certeau y Martín Barbero hayan sido formados, aunque en distintos momentos, en la misma casa de estudios, la Universidad de Lovaina. Es notoria la similitud de perspectivas entre estos autores. Aún más: si bien no es una cuestión central a esta tesis, no deja de llamar la atención que se desestime esta importante filiación común a la hora de producir una historia del campo de la comunicación y la cultura en Latinoamérica. La influencia decerteausiana es justamente la que distancia a Martín Barbero de García Canclini, un autor que incidió contemporáneamente en la construcción local del campo. Puede verse más en Rodríguez (2005c).

⁹ Cabe aclarar que este segundo eje no remite, ni exclusiva ni necesariamente, a operaciones de recepción, sino, más bien, a modos de lectura, a procesos de reconocimiento, a lugares textuales donde algo de la experiencia de los consumidores se precipita en los relatos masivos. Para ampliar ver Martín Barbero (1983; 1987).

¹⁰ Es injusto no nombrar también a otros investigadores, como Eduardo Romano, Jorge Rivera, Héctor Schmucler, o Marita Mata, entre muchos otros, que contribuyeron con sus aportes a delimitar el campo en Argentina. Me gustaría homenajearlos aquí con esta nota, pero sin extenderme en detalles que me desviarían de mi objetivo. Un análisis más detallado de los aportes de estos autores puede encontrarse en Grimson y Varela (1999); Alabarces (2008), entre otros.

pensar la relación entre cultura popular y cultura masiva, habilitan a su vez a darle cauce y marco al interrogante sobre la incidencia recíproca entre representaciones y prácticas.

Sin embargo, a lo largo del proceso de investigación, estos interrogantes iniciales, y los marcos tradicionales para responderlos, se fueron complejizando. Y, paralelamente, otras preguntas fueron surgiendo a medida que profundizaba en el conocimiento empírico. Preguntas que, como mencioné, dirigieron mi atención hacia otras problemáticas. Comenzaré presentando el modo en que encaré la investigación, para luego regresar tanto a las preguntas originales como a las surgidas en su transcurso.

Los procedimientos de la investigación

Dadas las preguntas iniciales, dos grandes interrogantes se me imponían: uno se dirigía hacia las representaciones de los medios de comunicación, y particularmente hacia los mecanismos textuales y paratextuales que habían intervenido en la construcción mediática de los mensajeros en las jornadas de diciembre de 2001; la otra, por el contrario, se orientaba hacia los sujetos, hacia la textura de sus prácticas, y especialmente hacia la relación que hay en ellas entre los componentes simbólicos y las disposiciones políticas.¹¹ Los interrogantes confluían, desde direcciones ‘opuestas’, al encuentro de la primera (y gran) preocupación: cómo, concretamente, se trama la dinámica cultural entre prácticas y representaciones.

Estas inquietudes son traducibles en preguntas específicas: ¿por qué fueron capturados? ¿Qué había en sus acciones que los hicieron noticiables? ¿Qué tienen de peculiares? ¿Por qué estaban ahí? ¿Alcanza con haber estado ahí para que sus prácticas fueran consideradas ‘políticas’? ¿Y qué sería ‘políticas’? ¿O las prácticas no fueron más que meros gestos estilísticos que llamaron la atención por lo vistosas? ¿Entonces fueron prácticas ‘culturales’? ¿Y qué sería ‘culturales’? ¿Hay alguna línea que pueda separar unas de otras? ¿Están juntas? ¿Es posible pensar, analíticamente, que ‘alguna vez’ estuvieron separadas? ¿Cómo averiguarlo?

A la vez me pregunté por el impacto de las representaciones mediáticas en sus prácticas, y por la calidad de irreversible, desde el punto de vista de la configuración

¹¹ No es arbitrario este planteo: una de las calificaciones que fueron sugeridas por las narrativas mediáticas fue que las prácticas de los mensajeros en moto eran políticas. Esto lleva a preguntarse no sólo por quién está autorizado a calificar unas acciones como políticas, sino también por el impacto que esta calificación posee sobre los sujetos. Un excelente análisis de esta dinámica es el que propone Mauger (2007) al trabajar sobre los jóvenes franceses protagonistas de las que fueron conocidas como las revueltas de los suburbios parisinos a fines de 2005.

histórica, que el encuentro puntual modeló.¹² ¿De qué modos el encuadre heroico que resultó de la captura mediática los involucra en la imagen que actualmente poseen de sí mismos? ¿Pueden entonces desestimarse los procesos de mediatización? ¿Pueden las prácticas de estos sujetos en particular separarse de las representaciones, propias y colectivas, en las que fueron enmarcadas a través de su tematización mediática en las jornadas de diciembre de 2001?

Esto es más que un dato: es el punto de la irreversibilidad. La figura del motoquero nace en las jornadas de diciembre de 2001, lo que significa que en el momento de comenzar mi investigación, los mensajeros en moto ya habían sido nombrados motoqueros, con toda la carga épica que resulta de esta nominación. Y este nudo epistemológico, lamentablemente, nunca podrá ser resuelto.¹³ ¿Cómo es que un fletero devino motoquero? ¿Cómo y por qué se fraguó la figura del motoquero? ¿Alcanza con pensar las disposiciones internas de estos trabajadores, sus valores, sus decisiones expresivas, sus costumbres, su politicidad, para explicar las distancias entre la práctica de *fletear*¹⁴ y la auto-celebración del motoquero? Las reflexiones sobre los circuitos comunicacionales que se establecen entre los sujetos y las representaciones mediáticas se impusieron al análisis de modos centrales.

Por lo tanto, debía atender dos andariveles a la vez: el de las prácticas concretas, y el de las representaciones de los medios. Esto requería de mí tanto una disposición hacia la escucha y hacia la observación de las prácticas de los sujetos, como un atento análisis de los textos. En este último sentido, no sólo le di prioridad al análisis cultural socio-histórico, sino que, además, y en el marco de esa perspectiva, privilegié la clave cognitiva a la clave semiótica (aunque no prescindí totalmente de ella). Me pareció que, en la síntesis que presentaron los medios de estos sujetos, los marcos cognitivos y las series culturales con las que se los conectó, proveen elementos que permiten dar cuenta de las operaciones de *reconocimiento popular* (Martín Barbero, 1987), elemento que colaboró en la ganancia de reputación. Por otro lado, y respecto de las prácticas de los sujetos, fue necesario reconstruir, además de la rutina laboral, la densidad del recuerdo y de la activación de ese

¹² En ese momento, los mensajeros en moto recién ingresaban al mercado laboral; y no es menor que hayan quedado enmarcados, casi en su origen, por unas narrativas que los asocian a unas jornadas de lucha popular, altamente significadas por la ciudadanía.

¹³ Esta inquietud no me abandonó en ningún momento de mi investigación. No obstante, me doy cuenta de lo insalvable del asunto, y por eso le agradezco a Rossana Reguillo la cordialidad y el gesto descontracturado con el que trató mi inquietud. No hay como un buen respaldo para bajar ansiedades.

¹⁴ Usaré la cursiva para señalar tanto los términos nativos como los conceptos teóricos. Estos últimos, además, van acompañados del apellido del autor y el año de edición. Advierto que, en ambos casos, sólo usaré la cursiva la primera vez.

recuerdo en los procesos identitarios (lo cual, al mismo tiempo, me exigió estar alerta para no confundir uno con otros). En esa instancia, la trama se vuelve laberíntica. Y aún así, es posible discriminar, sin separar, los elementos que la componen. No estoy segura de haberlo logrado; sí de haberlo intentado.

Si la cultura es el “medio por el cual se negocia la relación entre los grupos” (Jameson, 1993: 103), en el cruce entre prácticas y representaciones se produce un desfase que no sólo da cuenta de lugares sociales, sino que también es, fundamentalmente, un proceso cultural. El proceso de investigación implicó aprender a transitar por zonas en constante movimiento: de la actualidad a la trama histórico-cultural; de la vida cotidiana a las situaciones excepcionales; de las representaciones a las prácticas; y de las prácticas a las representaciones. Entrar y salir, ir y venir, llevar y traer, observar los movimientos... Casi un retrato (pienso ahora, mientras escribo esto) de la práctica cotidiana de los mensajeros en moto.

Con todos estos elementos en danza, me lancé a la aventura: para desovillar las capas de este hojaldre, no me servía focalizar la investigación sobre una sola unidad de análisis, porque esta estrategia me hubiera conducido a resultados parciales respecto de los sentidos que alimentan a las prácticas en los procesos de circulación, lo que me alejaba del propósito original. Decidí entonces desplegar varios recortes empíricos, en paralelo, simultáneos, o secuenciados (según el carácter de cada uno) para poder observar en su conjunto los cruces que se producen entre prácticas y representaciones. Por eso mismo mi investigación no recayó, solamente, sobre las prácticas. Ni tampoco, solamente, sobre las representaciones. Más bien intentó un ir y venir entre ambas, que mirara a través de ellas, y en sus pliegues.

Los recortes empíricos que fui abordando recibieron, obviamente, distinto tratamiento según se tratara de textos periodísticos, entrevistas, observaciones, textos ficcionales, o co-participación en rituales. A la vez, algunos tuvieron un despliegue temporal (como las entrevistas, que se repitieron buscando datos específicos) que otros no admitían (como es el caso de la caravana a Ramallo realizada en 2006); y otros una necesaria puesta en serie cultural de tiempos más largos (como la serie fílmica), cuyo análisis permitió alimentar una pequeña porción de los resultados que, aunque se agotan en la misma proporción, proveyeron un fondo de resonancias que resultó útil para comprender las tramas mayores de un imaginario fílmico-cultural sobre las motos.

El análisis de textos

Una de las preocupaciones tenía que ver con los marcos cognitivos que proveen las representaciones hegemónicas para la interpretación de un suceso. Para las representaciones de las jornadas de diciembre construí un corpus de medios informativos, tanto televisivos como gráficos y electrónicos.¹⁵ El análisis de medios que realicé abarcó no sólo las representaciones mediáticas de las jornadas de diciembre de 2001, sino también las representaciones precedentes y las posteriores, rastreables tanto en géneros documentales como periodísticos.¹⁶

El análisis de las representaciones precedentes, informó sobre una modelización de los sujetos que conducen motos que no discrimina entre quienes trabajan montados en ese vehículo, de quienes lo poseen para usos recreativos. Sin embargo, el análisis de las representaciones correspondientes al acontecimiento de diciembre, reveló los mecanismos textuales y paratextuales concretos que encuadraron a los mensajeros en moto en una cierta clave de lectura. También indagué en las rememoraciones mediáticas del acontecimiento posteriores a 2001, lo cual posibilitó observar las operaciones de convalidación, o refuerzo, de aquellos primeros marcos producidos en relación con los mensajeros.

Incluso algunas representaciones audiovisuales de esas jornadas fueron analizadas a partir de su inclusión a posteriori en largometrajes, tanto los que proceden de centros de producción documental, como aquellos ligados al campo de lo que se conoce como cine político-militante. En este último conjunto indagué además sobre las representaciones de los motociclistas que participaron de otros acontecimientos cívicos (como por ejemplo, el Cordobazo, en 1969).

Paralelamente, a fin de reponer los contextos tanto de enmarcado/producción, como de interpretación/reconocimiento de la figura del motoquero, me pareció ineludible reponer los intertextos con los cuales esta figura dialoga. Con ese objetivo, revisé programas periodísticos sobre motos y/o documentales televisivos recientes sobre los usuarios de motos, así como revistas que los tienen como destinatarios. Este conjunto pretendió revisar, en sincronía, los intertextos con los que los medios conectaron a los mensajeros.

Asimismo, me producía curiosidad conocer textos que dialogan en diacronía con la figura del motoquero. Sospechaba que una línea de la representación en clave épica de los

¹⁵ Descarté el trabajo con material radial por las dificultades de acceso que presenta.

¹⁶ El corpus gráfico y audiovisual periodístico, así como el de documentales fílmicos, están detallados al final de esta tesis.

mensajeros en diciembre de 2001 se vinculaba con una historia cultural, relativamente corta (medible en décadas) que pone de relieve la figura del ‘joven rebelde que anda en moto’. Relevé entonces una serie fílmica de ficción que tiene como núcleo de sus narrativas a las prácticas de sujetos en moto conocidos como motociclistas.¹⁷

Es necesario aclarar que lejos de mis intenciones estuvo la de establecer alguna conexión causal entre estas películas y las prácticas de los mensajeros. No se trató de forzar una ecuación basada en un recepcionismo falaz, por la cual podría suponerse que los mensajeros replican en su vida cotidiana aquello que han visto en esos largometrajes. El análisis de la serie fílmica me permitió, más bien, entender algunos sentidos que los medios adosaron a los mensajeros en el momento de dirigir la codificación y de organizar los modos de lectura de sus públicos tras las jornadas de diciembre de 2001. También, aunque menos significativamente, interpretar algunos desplazamientos encontrados entre aquello que verbalizan los mensajeros y sus prácticas concretas: cuando, en algunas raras y específicas situaciones, detecté en las propias narrativas de los mensajeros elementos puntuales provenientes de esa serie fílmica, no interpreté esa incorporación en términos de un ‘efecto’ de recepción puntual, sino, más bien, como una apropiación difusa de relatos operantes dentro de un universo simbólico extendido. Dicho de manera más simple: en la serie fílmica encontré algunas líneas de significación que aparecen de modos espectacularizados en las representaciones, y siempre desplazadas y modelizadas en los sujetos investigados.

Finalmente, y en paralelo, un conjunto heterogéneo de fuentes secundarias colaboraron tanto en la recolección de información, como en la confirmación de hipótesis interpretativas. Historietas, sitios web, folletería, afiches, volantes, discos de música, entre otros materiales, densificaron el marco contextual.

El abordaje etnográfico

Como mencioné antes, la pregunta original apuntaba tanto hacia las representaciones hegemónicas, como hacia las prácticas. Por eso mismo, realicé también un trabajo de campo, que comenzó con cierta urgencia pocos días después de las jornadas de diciembre de 2001, haciendo (y grabando) entrevistas realizadas a mensajeros que habían participado de la protesta.

¹⁷ Sobre los motociclistas me explayaré en el capítulo 2.

A partir del 2004, y en el transcurso de los dos años que duró el abordaje etnográfico, realicé con sistematicidad entrevistas a mensajeros y observaciones. En ningún caso implementé entrevistas estructuradas o semi-estructuradas, sino que se trataron de entrevistas no-directivas (Guber, 2004), que tomaban la forma de diálogos relativamente informales. Los contextos situacionales y espaciales eran acordados de antemano (un bar, un ensayo, la sede gremial) y en ningún caso utilicé dispositivos de registro simultáneo, como grabador, cámara o apuntes in situ.¹⁸ Una vez que concluía el encuentro, escribía mis notas en un cuaderno de campo.¹⁹ El intercambio vía mail también fue útil en ocasiones, para ampliar el registro o para recibir espontáneamente informaciones adicionales.

Algunas de las entrevistas tuvieron como escenario una de las sedes gremiales, lo cual me permitió en su transcurso registrar lo que sucedía. En esas situaciones me vi obligada a colocarme en *atención flotante* (Guber, 2004) porque mi entrevistado oscilaba entre dialogar conmigo y realizar otras tareas. En estos casos se trató de observación con entrevista (o viceversa).

Realicé también entrevistas con historias de vida, que me proveyeron datos valiosos sobre sus trayectos de ingreso al mercado de trabajo, así como sus motivaciones y los grados de ‘libertad’ en la decisión de ganarse la vida como mensajeros. Un material interesante que surgió de estas entrevistas con historias de vida, fueron las marcas sobre hitos cruciales correspondientes a esa decisión. Dadas la relativamente reciente configuración de este formato laboral y las modificaciones del mercado de trabajo en los últimos años, profundizar sobre sus recorridos vitales abrió el análisis desde el presupuesto del ajuste a las restricciones de la hegemonía, hacia la hipótesis de la existencia de zonas de indeterminación relativa, donde sujetos ‘reales’ toman decisiones ‘reales’.

En relación con la perspectiva de quienes administran, o regentean agencias de mensajería en moto, realicé entrevistas no directivas a una recepcionista, y también a dos dueños (ex-mensajeros) de agencias de mensajería, una situada en el macrocentro de Buenos Aires y otra en el sur del Conurbano Bonaerense. Estas entrevistas aportaron una mirada de las prácticas interna al ámbito pero desde otra posición. Simultáneamente, los dueños de agencia también me proveyeron información sobre sus trayectos laborales.

¹⁸ Incluso a algunos esto les llamaba la atención. Sin tener certezas absolutas respecto de mi rol, cuya representación oscilaba entre la de periodista y detective privado, hubo quienes me preguntaron por qué no tomaba apuntes de lo que me estaban contando.

¹⁹ Esto fue parte del aprendizaje: al principio tomaba nota de todo, y hasta con temor de olvidarme de algo. Luego, a medida que delimitaba mis interrogantes de investigación, y que en simultáneo aprendía a preguntar, comencé a apuntar con menos tensión.

Allí también, en esas dos agencias, hice observaciones que, al igual que las realizadas en la sede gremial, se complementaron con entrevistas. Duraron aproximadamente unas tres o cuatro horas cada vez. El espacio de las agencias, que queda absolutamente invisibilizado para la clientela que demanda estos servicios, es parte también del cotidiano laboral de los mensajeros. Haber compartido esas horas, muchas de ellas muertas, y haber conversado con quienes se quedan allí toda la jornada, como los recepcionistas de llamados, implicó comprender una arista significativa que contribuye a tramar la calidad o textura de sus representaciones y de sus prácticas.²⁰

Además, realicé un viaje en moto. Sé que es poco, y hubiera querido hacer más viajes. La dificultad que encontré para extender esta experiencia a otras, se vincula con lógicas internas del campo, que posee peculiares modos de interpretar las relaciones de género cuando el contexto de acción supone el uso de la moto. Además de estas cuestiones de género, que viví en carne propia,²¹ la experiencia del viaje me ayudó a comprender cierta especificidad de la práctica laboral.

En diciembre de 2006 co-participé de una caravana a Ramallo, ciudad de origen de Gastón Riva, el mensajero asesinado el 20 de diciembre de 2001. La caravana es un ritual a través del cual se conmemora anualmente el Día del Motoquero. Quería ser partícipe de los modos en que ponen en movimiento ciertos sentidos heroicos asociados a la representación de sí. Como parte de la caravana, compartí también los momentos de espera previos a la partida, en Panamericana y Márquez, y un asado en San Pedro, ambos lugares ubicados al norte de la Provincia de Buenos Aires. Y en estas situaciones fui testigo de luchas por el poder y por la administración de los rituales que, en principio, no era mi intención encontrar.

Participé también de una peña organizada en 2005 por una de las agrupaciones gremiales, en oportunidad de festejar la inauguración de su local. Esa noche los pude observar durante un tiempo no-laboral, en una ocasión festiva que implicaba la presencia de esposas, novias, hijos y amigos. Allí también conocí al cantautor de El Rock del Motoquero.

Sumé otros momentos de co-participación en ocasiones no laborales, además de los mencionados, acompañando a uno de ellos a algunos ensayos de su banda musical. En esta banda, hoy disuelta, tocaban dos mensajeros. Los ‘duelos’ verbales entre ellos que me tocó

²⁰ Las diferentes inserciones laborales (y sus jerarquías internas) son el objeto del capítulo 2.

²¹ Ver más adelante, en el capítulo 1.

presenciar, alimentaron, y convalidaron, una de las hipótesis que organizaron la investigación.

Asimismo, el trabajo de campo se nutrió de un estudio comparativo entre los motociclistas (los fanáticos de las motos), los repartidores y los mensajeros en moto. La primera de las indagaciones fue realizada por Mariana Malagón y la segunda por Andrea Lobos. El comparativo no fue exhaustivo, ni se orientó a discriminaciones de tipo sociológicas, sino que estuvo guiado más bien por la búsqueda de fronteras entre unos y otros. La comparación me permitió identificar tanto las diferencias entre los tres grupos, como la especificidad de la práctica en sí de los mensajeros.

Contextualmente, la indagación se benefició también del aporte de una ex tesista de grado, que me facilitó la desgrabación de seis grupos de discusión realizados a usuarios de motos del AMBA y de la ciudad de Tucumán para un estudio de mercado.²² Los comentarios técnicos sobre las motos registrados allí, confirmaron lo encontrado en mi trabajo de campo en relación con los tópicos que orientan sus elecciones, y también me ayudaron a recolocar a la práctica en el contexto del horizonte concreto de la oferta del mercado de vehículos.

Finalmente, tenía planeado realizar un grupo de discusión en el cual se proyectarían imágenes televisivas de las jornadas de diciembre de 2001 a mensajeros en moto, hubieran participado o no en la revuelta. El fin de esta herramienta de investigación era observar la emergencia de emociones, sentimientos, estados de ánimo y expresiones relacionadas con la activación del recuerdo, propio o re-construido, de esas jornadas. Estos elementos no siempre surgieron a través de las entrevistas, y sólo los había observado en ocasiones no estructuradas. De modo que me parecía que llevar a cabo grupos de discusión podía producir resultados difíciles de hallar con otros métodos.²³ Lamentablemente, esta técnica no pudo ser llevada a cabo a raíz de una serie de factores logísticos como, por ejemplo, la elección de un lugar significativo y ‘amigable’ para los sujetos (por ejemplo, un bar antes que una aséptica oficina); la exigencia de contar en el lugar con dispositivos tecnológicos apropiados para emitir las imágenes (aparato de televisión y reproductor de

²² Omito nombres y otros datos para no implicar a la involucrada.

²³ En este sentido, la interacción entre los participantes se torna de particular interés en la emergencia de ese tipo de información, que no alude en sí misma al contenido de los datos, sino a la relación subjetiva que los entrevistados tienen con esos contenidos en el momento de la investigación. La recolección de datos por medio de grupos focales, por ende, se vincula también con capturar los detonantes de los sentimientos que emergen, para posteriormente, profundizar sobre éstos a través de entrevistas individuales. De allí que uno de los actuales debates sobre esta técnica es acerca de si la unidad de análisis debería ser el grupo, los participantes, o los enunciados de los participantes. Para ampliar ver Morgan (1996).

VHS o DVD); el compromiso de asistencia y la flexibilidad de las agendas de los participantes (necesariamente debía convocarlos fuera de su horario laboral), entre otras cosas. Además, habitualmente se considera que esta técnica debe indagar sobre una cantidad de entre cuatro a seis grupos focales para que la información ‘sature’ la pregunta orientadora (Morgan, 1996), lo cual aumentaba las dificultades logísticas.

Sobre el trabajo de campo

El problema tal cual lo había planteado exigía un abordaje transdisciplinario que atendiera de manera comparativa a los diversos niveles de articulación entre experiencias, sentidos nativos, biografías, narrativas hegemónicas, marcos de comprensión, sucesos extraordinarios, prácticas cotidianas, rituales. Detenerme a observar las representaciones y las prácticas de los mensajeros implicó un esfuerzo analítico por discriminar los discursos, las retóricas que acompañan a esos discursos y los interlocutores contruidos en cada situación particular. Me preguntaba en cada caso qué, a quién y cómo se comunica; y estas preguntas me aportaron elementos valiosos acerca de los modos de enmarcar las prácticas, y de las combinaciones diversas resultantes de esos enmarcados, según estas prácticas se desenvuelvan en la vida cotidiana, en un ritual, en acciones concretas de lucha por los recursos, en acontecimientos que involucraron a la nación en su conjunto, y también, en la apropiación de simbolizaciones producidas por los medios de comunicación.

A posteriori de la experiencia, distingo claramente tres momentos en mi proceso de investigación. Los denomino momentos y no ‘etapas’, porque no son fácilmente delimitables, a excepción de confiar en mi percepción interna. Un primer momento, en el que la centralidad de mi mirada apuntaba hacia los rasgos expresivos, visibles, identificables. Un segundo momento en el que advertí que detrás de esos rasgos, había algo en común: el formato de trabajo (suena a perogrullo pero prefiero pecar de ingenua y no de deshonesto). Y un tercer momento en que discriminé los elementos que tienen en común las prácticas cotidianas y las extraordinarias.²⁴

²⁴ Puedo también identificar un cuarto momento (que cae dentro del último año) vinculado a la elaboración y síntesis de lo indagado. Es este momento uno de los más fascinantes del proceso. Recordé las palabras de Beatriz Alasia cuando, en un seminario de doctorado, y con la sencillez que la caracteriza, nos decía que ése es el momento en el que todas las fichas del rompecabezas se acomodan. También, me parece, es el momento en el que se acepta la parcialidad del tema a investigar, esto es, que hay que ‘hacer el duelo’ por aquellos ítems que quedarán para otra oportunidad, o para que los trabajen otros. Ése es también el momento, como me comentaba José Garriga Zucal, en que aparece con claridad cuál es el universo interrogativo del párrafo dedicado al estado de la cuestión.

El primer momento se relaciona simultáneamente con mis primeras experiencias en abordajes etnográficos, y con el viraje en el sesgo analítico (disciplinar) que hasta ese momento había encarado en mis investigaciones.²⁵ Me doy cuenta ahora de que el trabajo de campo no fue fácil. Los mensajeros en moto no estaban ‘lejos’ mío, ni geográfica ni culturalmente. Tampoco la brecha generacional, como aprendí más tarde, es tan significativa entre ellos y yo. La única distancia era la de género: son escasísimas las mujeres que hacen mensajería en moto y, además, en general es un trabajo temporario, para ‘salir del paso’.

Por otro lado, los mensajeros forman parte de una generación, la de los nacidos a mediados o fines de la década de 1970. Y como integrantes de esa generación, comparten con sus coetáneos una serie de consumos culturales, y de experiencias vitales, sesgados por el marco cultural de la compleja transición democrática de los últimos 30 años en Argentina, así como del crecimiento y reorganización del mercado de la cultura.²⁶ Así, en el primer momento, y un poco a tientas, me orienté hacia la observación de los elementos culturales presentes en sus prácticas, deseando que me dieran pistas para responder a los interrogantes originales.

Pronto advertí que la trama representacional de los mensajeros se nutre de textos y prácticas múltiples, vinculados a diversos espacios simbólicos (la calle, el fútbol, los recitales, la esquina, la banda musical propia), pero que esos elementos no los diferencian del resto. A la presencia de rasgos en común con otros sujetos de la misma generación, se le sumaba la ausencia, hacia ‘adentro’, de delimitaciones fronterizas ‘clásicas’, como etnia, territorio, o incluso los consumos culturales. Y a la proveniente de mi propia inexperiencia en abordajes etnográficos, las dificultades para el armado de una grupalidad agregaban más incertidumbre. Había una delgada línea que separaba ese dato con un trabajo etnográfico en recepción, y esa línea era, en términos metafóricos, un cartel de contramano. Dicho en otras palabras, un trabajo situado no me hubiera permitido acceder a las distintas capas de conformación de sentidos del universo de los mensajeros en moto.²⁷

²⁵ Tanto en mi tesis de grado como en la de maestría, había trabajado exclusivamente con textos.

²⁶ El grueso de las investigaciones señalan que los sentidos identitarios se construyen también en los circuitos de consumo y producción cultural. En el marco de las transformaciones cuantitativas y cualitativas ocurridas en los últimos 20 años en el campo cultural, las investigaciones también indican que los jóvenes generaron prácticas sesgadas multidimensionalmente por la informalidad y la flexibilidad para crear y recrear simbolismos y prácticas (García Canclini, 2005).

²⁷ Mi director colaboró en desestimar la importancia, de acuerdo con la pregunta de investigación, de dar cuenta de los consumos de los mensajeros. No obstante, si el caso hubiera sido hacer una indagación en recepción, a las dificultades que plantea Abu-Lughod (2005) se le hubieran agregado otras. Porque, mientras que en el caso de las mujeres del Alto Egipto estudiadas por Abu-Lughod la centralidad del trabajo de campo estaba dada por el consumo de un conjunto finito de programas de televisión, la

Siendo honesta, debo decir que en ese primer momento me sentí ‘engañada’, aunque no por ellos, que en verdad sólo querían hablar de lo que les gusta hacer **fuera** de su trabajo (sea música, gremialismo, artesanías, o escribir ficciones). ¡Me sentí engañada por la cultura! Mejor dicho, por la mirada que yo había posado sobre la cultura. Porque, en verdad, los mensajeros ni mentían, ni ocultaban. Lo que hacían era minimizar la aparente mediocridad de su trabajo bajo la capa luminosa de los consumos y las elecciones culturales. Mi sagacidad como investigadora recibió una primera herida narcisista: la puerta de entrada de la cultura había desviado mi atención de aquello que verdaderamente los unifica: el formato laboral.²⁸

Una vez que advertí la centralidad del eje del trabajo en la delimitación del problema, mi mirada se complejizó. Y dio comienzo el segundo momento. En primer lugar, decidí no ceñir mi investigación a una grupalidad, con todas las pérdidas que eso significaba: de haber privilegiado el estudio en torno a una grupalidad situada espacial y temporalmente tal vez hubiera accedido a capas de sentido más profundas respecto de los mecanismos de delimitación de las identidades. Sin desmerecer los análisis que privilegian esa perspectiva, enriquecedores de los procesos culturales de producción identitaria, si ingresaba por la vía de una grupalidad las preguntas que orientaban mi investigación me condenaban a dar vueltas sin sentido. Evidentemente mi interés me guiaba hacia otras zonas: aquellas donde los procesos culturales de conformación de identidades grupales se traman con representaciones culturales que circulan por la sociedad en su conjunto.

Posiblemente algunas indagaciones interesantes hayan sido sacrificadas en el trayecto construido a partir de estas derivas o decisiones.²⁹ Sin embargo, una entrada por la grupalidad habría sesgado prontamente el análisis hacia una mirada ‘culturalista’ que, al rescatar los consumos y las producciones culturales de estos sujetos reunidos en una supuesta (y artificial) grupalidad acotada a un espacio y un tiempo, habría observado desprevenidamente algo parecido a una ‘tribu’. Poco tienen de tribu, en el

multitextualidad que trama la identidad de los mensajeros ni siquiera es convergente, uniforme o situacional. De esta manera, un trabajo de este tipo se torna complejo dado que su particularidad es que allí confluyen múltiples textos, de relativamente fácil ubicación en el continuum cultural, pero que, sin embargo, ni son invariantes, ni son consumidos por todos, ni dan lugar a prácticas similares.

²⁸ Las conversaciones con José Garriga Zucal, mi lazarillo en este viaje, me ayudaron a clarificar ésta y muchas otras cuestiones. Agradezco la sagacidad de su mirada.

²⁹ También es cierto que, en el transcurso de mi propio proceso de construcción de la mirada analítica (el proceso personal, íntimo), las fuerzas de mis intereses se doblegaban frente a los resultados a los que iba arribando.

sentido más maffesoliano del término,³⁰ los mensajeros, como intentaré argumentar más adelante.

Sin embargo, en verdad existe un ‘anillo’ de doble frontera, señalado con marcas estilísticas, y este anillo produce límites identitarios. A su vez, hacia adentro de este anillo hay variedades estilísticas ‘autorizadas’. La capa de afuera de este anillo, está bañada con un tipo ideal de mensajero que incide en la propia definición imaginaria. Esto indica que la construcción de significados comunes, en términos de una autorrepresentación particular, se produce en sinergia con un conjunto de sentidos sociales que son comunes al sistema cultural en el cual se insertan y con el cual dialogan. Y esto resulta central a la hora de entender sus modos de presentarse ante los demás. Porque lo que es un dato claro es que hay algo que los mensajeros en moto pretenden comunicar al resto de la sociedad: si efectivamente el elemento central que los vincula a todos entre sí es el trabajo, no es menos cierto que el estilo les sirve de coartada para no ser señalados como ‘adaptados’ al sistema, cuestión que les preocupa. Por eso mismo, y en clave más general, lo que me interesó rastrear en el trabajo de campo fueron los sentidos que los sujetos producen tanto a favor como en contra de los sistemas culturales (Grimson y Semán, 2005).

Este segundo momento fue importantísimo por una serie de razones, entre ellas, la centralidad que cobró el eje laboral, constitutivo de la identidad de los mensajeros. Esto los distancia de otros análisis producidos sobre grupos juveniles recortados a partir de sus producciones estilísticas desarrolladas, básicamente, en el tiempo libre. En este sentido, fue una ventaja haber cometido el ‘error’ de ingresar por la cultura, porque en verdad me obligó a prestar atención a los hiatos que se insinúan entre lo que dicen y lo que efectivamente hacen los sujetos a investigar.

Por un lado, el hiato señalaba que lo ‘obvio’ de una práctica no se comunica verbalmente, porque las regulaciones que la organizan pertenecen al dominio del sentido práctico, de lo incorporado, de lo rutinario, incluso, para el caso de las prácticas laborales. Pero simultáneamente, los mensajeros que entrevistaba se esforzaban por iluminar sus rasgos estilísticos. Por lo tanto, en ese hiato también había otra pista que seguir: qué comunican, y con qué intenciones comunican lo que comunican. Allí parecía encarnarse el concepto de *pequeña política* de Bailey (1971), puntapié inicial del capítulo cuatro, y que dio origen a una de las hipótesis secundarias de esta tesis. En

³⁰ Cfr. Maffesoli (1990).

diálogo con los estudios sobre estilo, juventud y cultura, la hipótesis propone que, más que ser la expresión intencional, productiva y más o menos fiel de una ‘realidad anterior’, el estilo implica una comunicación estratégica por la cual se oscurecen algunos elementos y se iluminan otros. Entendido de esta forma, para los mensajeros el estilo es una interfase que resuelve el dilema de estar económicamente integrados, sin parecer ni sentirse plenamente integrados.

Por otro lado, el hiato, en su silenciosa obviedad, señalaba hacia el/los elemento/s que se ilumina/n en ese mecanismo (que no siempre es la moto, como se verá más adelante). Y, en este sentido, también encontré una diferencia con los estudios clásicos sobre estilo. Porque si bien hay una intencionalidad en la estrategia comunicacional, es imposible distinguir si el elemento iluminado (visible) posee autonomía semántica. Quiero decir: el elemento hace sistema con la práctica, y ese elemento modifica la misma práctica, no se ‘adosa’ a la práctica a posteriori. Expresa algo y al mismo tiempo es ingrediente crucial de la práctica. De hecho, en ocasión de las jornadas de diciembre de 2001, sus acciones se deslizaron desde la cotidianeidad del fleteo hacia la situación política extraordinaria, como se mostrará en el capítulo 6 de esta tesis, casi sin solución de continuidad. Claro que fueron capturados por los medios, y puestos en circulación, a raíz de sus atributos visibles (ésa es la lógica mediática). Es justamente este ‘nudo’ lo que convocó mi atención.

Por eso mismo, la otra razón por la cual tiene gran importancia este segundo momento, es el haber asumido la especificidad del abordaje que pretendía darle a mi análisis. De allí que ésta no sea una tesis de antropología, en el sentido clásico, aunque sí pretendí que tuviera una ‘mirada etnográfica’.³¹ Porque los mensajeros en moto son mi unidad de análisis, pero no son el objeto de estudio. Me interesó develar los mecanismos que hacen a la dinámica cultural y para ello tomé un caso.

Claro que tampoco es una clásica tesis sobre mediatización. Básicamente porque entiendo que, justamente, la dinámica cultural se juega en la interfase entre las prácticas y las representaciones, entre los sujetos y los imaginarios.

Mi centro son los procesos de circulación cultural.

³¹ No parece ‘políticamente correcto’ hacer este tipo de advertencia en una introducción: puede interpretarse como ponerse a la defensiva. Sin embargo, en verdad el proceso de construcción del objeto me fue guiando hacia lo que considero una construcción analítica particular, que pone en relación las prácticas de los sujetos con la dinámica cultural ampliada. Volveré sobre este punto en las conclusiones.

Mencioné tres momentos. El tercero se desplegó a partir de haber identificado, precisamente, los elementos que habilitan ese deslizarse suavemente desde el cotidiano laboral hacia las situaciones excepcionales. No habría podido identificar esos elementos sin la mirada etnográfica con la cual indagué sobre sus prácticas, concretamente sobre el fleteo. Y esto fue esencial a la hora de contrastar esos elementos con las entrevistas realizadas al calor de diciembre de 2001. Al producir ese cruce, lo que comenzó a asomar fue la politicidad, tanto como mediación (es decir, ‘desde abajo’, construyendo puentes prácticos entre las distintas situaciones), y como calificación (es decir, ‘desde arriba’, capturando, poniendo en circulación, siendo luego apropiada y activada también en situaciones específicas).

Esto no implica, sin embargo, un ordenamiento según niveles presupuestos de politicidad, o según una distinción jerarquizada a priori a partir del eje prácticas privadas/prácticas públicas, como tampoco según la orientación más o menos interesada de sus acciones. Un ordenamiento analítico en el cual la dimensión de lo cotidiano fuera ubicable, desde la visión del analista, en los escalones más bajos de la jerarquía, traicionaría el propio argumento que pretendo presentar. Si lo observado en el transcurso de mi investigación me permite conjeturar sobre una politicidad que atraviesa todas las prácticas (públicas y privadas, cotidianas y excepcionales, orientadas a la consecución de los recursos y al trabajo, etcétera) de los mensajeros, una presentación que califique y clasifique estas prácticas desde categorías no nativas estaría sin ningún lugar a dudas traicionando mi propia investigación.³²

En ese sentido, también tempranamente es mejor aclarar que mi intención no fue ir a observar la politicidad de los mensajeros. El proceso tuvo un ordenamiento más bien inverso: la (sobre)representación que tuvieron en las jornadas de diciembre de 2001, me llevó a observar sus prácticas. Me movía la curiosidad. Quería saber dos cosas: por qué, y de qué manera, habían estado allí, y qué impacto tenía en ellos la representación extendida y la fama adquirida tras su actuación. Para eso me interné en el terreno de la vida cotidiana de los mensajeros. Y esa inmersión me condujo a la segunda herida narcisista, porque si el interés inicial de mi investigación pretendía focalizar sobre las posibilidades de acción

³² Además, también estaría traicionando a los mensajeros, con quienes finalmente se generó una empatía que excede lo estrictamente académico.

política de los grupos subalternos en el cruce entre los medios y las prácticas cotidianas, la misma interacción con los sujetos fue re-orientando el foco del análisis.

Con esto quiero decir que, en el devenir de la misma investigación, mis interrogantes, que comenzaron siendo de algún modo dominocéntricos, fueron siendo matizados por la observación de elementos propios de los sujetos, los cuales poco a poco terminaron de armar una silueta con peso pleno. Allí, donde mi mirada dominocéntrica fue a buscar las posibilidades de acción política, encontré modos prácticos de entender y expresar una posición frente al poder, la autoridad y la jerarquía.³³ En el relevamiento de las categorías utilizadas por los mensajeros para valorar y/o describir al mundo, intenté “analizar puentes simbólicos (...) constituyentes de la cultura política, en el seno de las relaciones sociales; no para establecer conexiones causales, sino con la idea de interdependencia y yuxtaposición, pero que en su asociación iluminan prácticas y tradiciones” (Isla, 2006: 111). Esos puentes son los que intenté describir en varios capítulos de esta tesis.

Fue en el cotidiano laboral donde encontré, no sin dificultades, una práctica atravesada por estos modos peculiares de hacer, cuyos sentidos prácticos reaparecieron durante la protesta del 2001. Y es sobre esas prácticas sobre las que los medios de comunicación sobretrazaron otros. La herida se cerró: la re-orientación de la investigación se produjo en un complejo pero nutritivo diálogo entre mis propias definiciones de ‘política’ y las prácticas (políticas) de los sujetos. Así, la relación cultura-política que dio origen al proceso de investigación, fue revisada en función de los resultados parciales que surgían de la propia empiria. Y a medida que avanzaba en la indagación sobre el universo simbólico de los mensajeros, la construcción de sentidos políticos (cotidianos, dados o excepcionales) resultaba ser mucho más nutritiva que sus posibilidades de acción política concreta, aún analizando éstas en función de una posición de subalternidad.³⁴

Concretamente, al explorar las diversas dimensiones que traman la vida cotidiana de los mensajeros, observé que estos trabajadores comparten unos valores que engloban prácticas, representaciones y discursos referidos a la autoridad, la jerarquía y el poder que se encarnan en tres elementos:

³³ Extraje la discriminación de estos tres elementos, el poder, la autoridad y la jerarquía, para la reconstrucción analítica de la politicidad de los mensajeros, de un texto de Isla (2006), sobre el que volveré.

³⁴ No es que estos sujetos no estén en esa posición, afirmación que, como veremos más adelante, puede y debe ser revisada, sino que, colocados en la complejidad de la trama social y cultural, los sentidos políticos de estos sujetos exceden los referidos únicamente a la lucha por la consecución de recursos. Esta afirmación habilita a su vez la revisión del concepto de agencia según se lo entienda desde una perspectiva subjetivista o desde una objetivista. Este tema será retomado en el capítulo 7.

- la confrontación a un contramodelo ideal, encarnado en el modelo ‘traje y corbata’;
- la remisión a un igualitarismo más ideal que real, ligado a escenas de equiparación jerárquica (O’Donnell, 1984);
- y la producción de *tácticas de antidisciplina* (de Certeau, 1996) témporo-espaciales urbanas.

En la restitución analítica de sus prácticas (que fue uno de los núcleos del proceso de investigación), no me guió la pretensión de reconstruir la teoría nativa de ‘política’. Me orienté, más bien, y más simplemente, a relativizar la del sentido dominocéntrico tamizándola con los indicios que recogí de mi trabajo de campo. En el transcurso de esa reconstrucción, una politicidad específica parecía destilarse de ese conjunto de prácticas, discursos y representaciones. Y esta politicidad es tan constitutiva de sus vidas cotidianas como capaz de precipitarlos en escenarios de confrontación relacionados con la ‘gran’ política nacional.

Justamente, una de las hipótesis que surgió de la investigación, es que la conexión que dio origen a la figura del motoquero se estableció a partir de la conjunción contingente (y en cierto sentido excepcional) de elementos procedentes de zonas diversas: los que alimentaban el imaginario cívico en el contexto extraordinario de las jornadas de diciembre de 2001, y los emanados de las propias prácticas cotidianas de los mensajeros. Al coincidir en un momento específico, los elementos propios de los sujetos involucrados compatibilizaron con elementos de la trama político-institucional. Como ya se mencionó, una resultante de esta articulación, que se dio de maneras específicas, concretas e irreversibles, fue, entre otras cosas, la figura del motoquero, que re-ingresa, politizada, para alimentar las representaciones de los propios mensajeros. Y que condensa, hoy, el símbolo público de una imagen ideal gestada al calor de unas jornadas de beligerancia que comprometieron a la nación en su conjunto.

Sobre la politicidad

La pregunta sobre la politicidad cobró sentido, como intenté narrar, en la medida en que me internaba en el proceso de investigación, especialmente en la interacción con los sujetos que conformaron mi unidad de análisis. Fui orientando mis preocupaciones en

diálogo con un espectro de trabajos que estudian la politicidad (Merklen, 2005), las formas de la politicidad (Ferraudi Curto, 2007), la microfísica de la política (Auyero, 2001), las disposiciones derivadas de la cultura política (Isla, 2006), las experiencias y prácticas políticas (Semán, 2006), de los sectores populares.

No es casual que en esta línea de investigación se intente hacerle un ‘finta’ a la palabra ‘política’: se trata de una manera de discriminar la propia orientación analítica, de aquellas perspectivas que entienden a la ‘política’ como un ámbito específico, recortado por las instituciones del estado, y diferenciado del resto de las actividades humanas por atributos que le serían propios.³⁵ La distinción terminológica, entonces, señala hacia la reconstitución analítica de las maneras específicas en que los sujetos procesan las relaciones sociales, las jerarquías y el poder en la vida cotidiana, en el cruce con otros dominios de la vida social y cultural.

La cuestión de la politicidad (término que elijo entre otros, en principio, por simple economía) ha sido trabajada por estos autores, en relación básicamente con los ámbitos en los que se desenvuelve la vida cotidiana. Esta perspectiva, de modos muy generales, estudia o bien los procesos involucrados en la tramitación -y disputa- de sentidos sociales, simbolismos y recursos materiales, intentando desagregar sentidos nativos, temporalidades, espacialidades, historicidades, según el punto de vista adoptado en cada caso;³⁶ o bien las prácticas populares ‘en movimiento’, fabricando sentidos políticos en su interacción contextual.³⁷ Estos trabajos aportan conocimiento, doblemente, sobre la relación de lo político con el contexto cotidiano revelando simultáneamente la especificidad de lo político, y sobre las formas de la politicidad que encarnan en prácticas concretas.

Sin desmerecer la primera de las líneas mencionadas, el proceso que quiero contar se sitúa privilegiadamente bajo esta segunda línea de comprensión: me interesa describir las distintas formas que adquiere la politicidad de los mensajeros en moto según el contexto de actuación. La hipótesis que sostengo es que la politicidad de estos sujetos está construida en base a tres elementos, y que la forma que adopta la politicidad varía de acuerdo con la situación en la cual participan. Los tres elementos fueron reconstruidos a través de un análisis que intentó observar la politicidad en momentos distintos: la vida

³⁵ Una revisión de estas perspectivas desde la antropología social, puede verse en Balbi y Rosato (2003).

³⁶ Sólo a modo de ejemplo, ver la ya mencionada edición de Balbi y Rosato (Ibid) o los trabajos de Heredia y Palmeira (1995, 1997).

³⁷ También, sólo a modo de ejemplo, ver Semán (2006); Merklen (2005); Ferraudi Curto (2006); Vázquez (2005), entre otros.

cotidiana, los sucesos extraordinarios o excepcionales, y los rituales. Los tres elementos reconstruidos participan en contextos diferentes, que informan las diferentes formas ‘expresivas’ de esa politicidad.

A pesar de alinear esta investigación en el marco interpretativo señalado, el caso estudiado presenta una peculiaridad respecto del resto. La mayoría de los trabajos encuadran la investigación en los vínculos que se establecen entre las prácticas cotidianas y uno o varios dispositivos institucionales: organizaciones sociales con base territorial, comedores comunitarios, iglesias, unidades básicas, etc. El proceso que quiero contar presenta un ingrediente inhabitual: la captura y representación mediática de la actuación de los mensajeros en moto en el marco de unas jornadas extraordinarias, y el impacto de estas representaciones en el procesamiento de su autocomprensión identitaria (Brubaker y Cooper, 2001). No es que desestimara la inserción de los mensajeros en organizaciones, pero su grado de institucionalización es bajo y por eso no resulta un factor decisivo.³⁸

El caso permite introducir en el análisis una variable habitualmente desestimada, o poco valorada en los estudios sobre cultura y política: el papel de las representaciones mediáticas en la construcción identitaria. Por eso mismo, privilegié en el análisis los atributos públicos de esa construcción, sobre otros elementos que ocurren en la dimensión de lo privado. En esta dimensión de lo privado, elementos tales como el consumo de drogas, o la valoración de la moto como fuente de seducción, entre otros, participan de modos fuertes en la construcción identitaria; sin embargo, mi interés se centró en la circulación pública de aquellos elementos que se hicieron visibles, que fueron capturados mediáticamente, que fueron “objeto de percepción y opinión por parte de quienes están también ahí afuera, mirando y escuchando todo lo que ha quedado súbitamente al descubierto (...) lo que resulta transparente a la percepción ajena” (Delgado, 2007: 30).³⁹ Dicho más crudamente: no me interesan todos los mensajeros sino aquellos (anónimos) que estuvieron en las calles durante las jornadas de diciembre de 2001. Y más que ellos en

³⁸ Los datos que arrojan las propias agrupaciones gremiales, señalan que apenas un 0,3% está adherido a algunas de ellas. No hay estadísticas oficiales, en parte porque la figura del mensajero en moto no está normatizada, y en parte también porque ninguna de las dos agrupaciones gremiales tiene reconocimiento oficial y la representación única es actualmente objeto de disputa política. Uno de los criterios para el otorgamiento de la representación gremial es la cantidad de afiliados. De ahí que los datos provenientes de las propias agrupaciones en pugna tampoco sean confiables.

³⁹ La definición de *lo público* de Delgado (2007) resulta de una oposición con lo privado (el interior, la casa), que le sirve de punto de partida para un desarrollo argumental de tipo ensayístico. Otros autores deslizan la posibilidad de delimitación de dimensiones intermedias entre lo público y lo privado (Cfr. Landowski, 1993). Sin embargo, el argumento de Delgado me resulta válido y suficiente a los efectos de justificar mis razones para haber recortado sobre los atributos públicos de los mensajeros.

particular, me interesan los efectos de sentido que produjeron en el resto con su captura mediática.

Claro que fue necesario estudiar y entender el sentido de la práctica laboral cotidiana de los mensajeros para comprender qué cosas habían puesto en juego exactamente en esas jornadas, para ver qué, y cómo, había sido esa práctica excepcional, de qué estuvo hecha: ¿fue realmente excepcional? ¿O se trató, simplemente, de un despliegue excepcional de la práctica cotidiana? En otras palabras: tenía que conocer la práctica ordinaria, para compararla con la extraordinaria. Allí encontré ‘puentes’ que conectan una y otra con la misma argamasa: los tres elementos de su politicidad de base.

Por otro lado, la reconstrucción analítica de formas diversas de una misma politicidad de base de los mensajeros en moto, pone en relación, en un nivel de abstracción mayor, la dimensión masiva de la cultura con la dimensión de la vida cotidiana. De hecho, esta puesta en relación habilita simultáneamente a reflexionar sobre los modos en que algunas matrices de análisis cultural delimitan a sus objetos de estudio. Pienso, especialmente, en aquellas que ubican la disputa por el sentido en términos dicotómicos y topográficos,⁴⁰ haciendo intervenir la noción de circularidad para resolver la disputa en términos de un espectro que abarca procesos de complicidad, negociación o resistencia.

La investigación que dio origen a esta tesis me dio la oportunidad de probar un modo de abordaje analítico que, al cruzar prácticas y representaciones en el desordenado ámbito de la actualidad y el presente, parece burlarse todo el tiempo de las clasificaciones apriorísticas sobre cultura popular, cultura letrada o cultura masiva. La empiria analizada en esta tesis me ayudará a plantear algunos ajustes teórico-metodológicos para sofisticar los análisis culturales, lo cual será desarrollado en las conclusiones.

Entiendo que la cultura implica no solamente una versión expresiva de la inscripción de lo social en las subjetividades, sino también, y especialmente, un modo de actuar sobre el mundo. Un mundo que no es divisible en dos, ni pensable como pura confrontación fundamentalmente porque, como dice Thompson, “no se puede estar protestando todo el tiempo” (1992: 83). La capacidad de agenciamiento se cifra, entonces, no necesariamente en alguna forma de resistencia, o contestación al orden; sino también, y acaso de modos simultáneos, en modos de sobrevivencia inconformistas, de rutinas resilientes, de búsquedas de grietas donde expresar el descontento dentro de un orden que, finalmente, no se deja de acatar.

⁴⁰ Me refiero a las tradiciones académicas que acotan los términos del análisis a las relaciones entre la cultura letrada, y la iletrada o popular, tema sobre el que profundizaré en las conclusiones.

Un desvío: sobre los aprendizajes

Como corolario de un proceso que impactó de modos personales en mis disposiciones hacia la investigación en sociedad, poder y cultura, rescato una serie de aprendizajes que contribuyeron a mi formación.

En primer lugar, aprendí que el trabajo de campo continúa más allá del momento específico de intercambio con los sujetos investigados. Las ideas más ricas en cuanto a los elementos analíticos que el investigador compone para atravesar la empiria, surgen en los momentos más inesperados (en un viaje en subte, durante la cena en familia, ¡al despertarse!). Y emergen particularmente, cuando el impacto de la exposición con los sujetos se sedimenta. Es como si la temporalidad de los procesos analíticos subjetivos estuviera desfasada de los tiempos concretos del trabajo de campo. Aprendí a esperar estos procesos, a darles un lugar en mi investigación, a acomodarlos en los lugares correspondientes, a disputar la paciencia con la ansiedad que a veces nos moviliza hacia interpretaciones apresuradas.

En segundo lugar, que en la investigación en cultura no se avanza tanto a través de la acumulación de registros, sino de círculos concéntricos de articulaciones lógicas. Por eso la importancia del cuaderno de campo, por eso la necesidad de ir y volver a esas notas, por eso la disposición a aprender ‘la lengua nativa’, por eso también la imprescindible comprensión de las representaciones de la cultura.

En tercer lugar, y más en el plano de lo observable, aprendí que el lenguaje es, antes que una superficie transparente donde ‘ir a leer’ los sentidos comunitarios, un espacio de disputa. Sintagma hartamente utilizado por los estudios culturales, hablo en este caso de un espacio de disputa concreto, donde las palabras no son neutrales, y donde un mismo término puede sostener diferentes variedades semánticas según por quién sea usado, el contexto de uso o el dispositivo implicado en ese uso. Con esto quiero decir que aprendí a no dar nada por ‘verdadero’: ni las categorías que circulan por las superficies masivas y populares, ni aquellas a través de las cuales los sujetos inscriben su marca subjetiva en el uso de la lengua.

En cuarto lugar, en términos del proceso, confirmé algo que ya sabía. Y es que aunque uno solo se lleve los méritos, los mejores saltos cualitativos de una investigación se producen cuando nuestro recorrido analítico es tamizado por la mirada de otros: otros-pares, u otros-maestros. La inmersión temática y la cercanía con aquello que investigamos,

muchas veces nos impide mantener una sabia distancia: nos enredamos en nuestros propios argumentos, nos convertimos en miopes, y hasta en el peor de los casos, en ciegos. En esas situaciones, la lectura de los otros, la discusión en conjunto, las confesiones entre pares, son la mejor de las recetas (las indudables mejoras que recibió esta investigación deben muchísimo a esas miradas; por eso, esta tesis está plagada de agradecimientos a quienes, en distintos momentos del proceso de construcción del conocimiento, me ayudaron a mirar).

Finalmente, como dice Landowski, “ya que no estamos convencidos de que el grado de complicación de los términos empleados garantice necesariamente una mayor profundidad en el ‘pensamiento’, hemos optado por la sencillez” (1993: 18). La perspectiva adoptada, y el hecho de haber realizado un abordaje mixto que atendiera tanto a las prácticas como a las representaciones (y fundamentalmente, a la articulación entre ambas), implicó también trabajar sobre la escritura. En mi caso, el proceso resultó afortunado aunque doloroso. Demasiado acostumbrada a otras rutinas escriturales, pronto me di cuenta de que la mirada etnográfica exige otro tipo de escritura, donde el piloto es la empiria, y no el pre-argumento del analista. Como ya decía Mauss (1950), hay que decir lo que se sabe, todo lo que se sabe y nada más que lo que se sabe, lo cual implica generar teoría a partir de los datos empíricos y no de supuestos previos. Digo esto no por reivindicar una ‘tribu académica’ en particular, sino por la reflexión a la que me obligó haber cambiado la escala de la mirada: es difícil narrar el registro de lo cotidiano y su atravesamiento analítico de otro modo. Pero tuve que aprender ese otro modo, balbucear cada palabra casi como si fuera la primera vez, revisar cada oración para evadir hermetismos o arrogancias. Fue un proceso tan difícil como apasionante.⁴¹

El fin de una larga introducción

He escrito demasiadas veces en esta introducción las frases “volveré sobre esto”, “profundizaré sobre este tema”, “como se verá más adelante”, etcétera. Es hora de dejar hablar a la tesis.

El orden seleccionado para la presentación es el resultado de una reflexión acerca de la mejor manera de dar cuenta de una trama de representaciones y prácticas, ubicables en textos escritos y no escritos, atravesada por múltiples temporalidades y espacialidades

⁴¹ Digo ‘fue’ cuando debería decir ‘es’, porque el proceso recién ha comenzado.

que pueden darse de manera simultánea, paralela o secuencial. Una trama que ocurre, en fin, en ámbitos diseminados y de distinta ‘calidad’. Me propuse, modestamente, producir una descripción analítica del campo para alguien que no estuvo allí. A su vez, también me planteé cómo presentar, de modos escriturales, reconstrucciones de narrativas escenificadas en superficies mediáticas sin que estas narrativas se agotaran en una saturación de tipo semiótico. Más aún porque el mero análisis semiótico de las representaciones de los mensajeros no termina de abarcar aquello que, en términos del análisis cultural, fue puesto en circulación. Porque entre los sentidos atribuidos a algunas representaciones y reconstruidos en el análisis discursivo, y los apropiados para la conformación de categorías nativas, hay una interfase que excede la propuesta por una mirada inmanente.

Para la argumentación que propongo, atravesada por los resultados de mi investigación, necesito presentar de modos parcializados los distintos escenarios donde se traman los sentidos de las prácticas de los mensajeros. La presentación de los resultados está organizada con una doble lógica: la que va del plano ‘material’ al simbólico, y la que de algún modo camina al compás de mi propio proceso de construcción del conocimiento.

El primer capítulo provee un retrato de los mensajeros que, con un cierto sesgo sociológico, coloca sus trayectorias vitales-laborales en el contexto de los comienzos de la actividad, resaltando las decisiones tomadas en su ingreso al mundo del trabajo.

El segundo indaga, desde una perspectiva que oscila entre la etnográfica y la del sentido común, el contexto en el que desarrollan sus prácticas, las jerarquías que los organizan y la especificidad de su trabajo.

El tercer capítulo focaliza sobre las prácticas cotidianas, aquellas constitutivamente enlazadas con el trabajo, para dar cuenta de los tres elementos hallados en la construcción del fleteo.

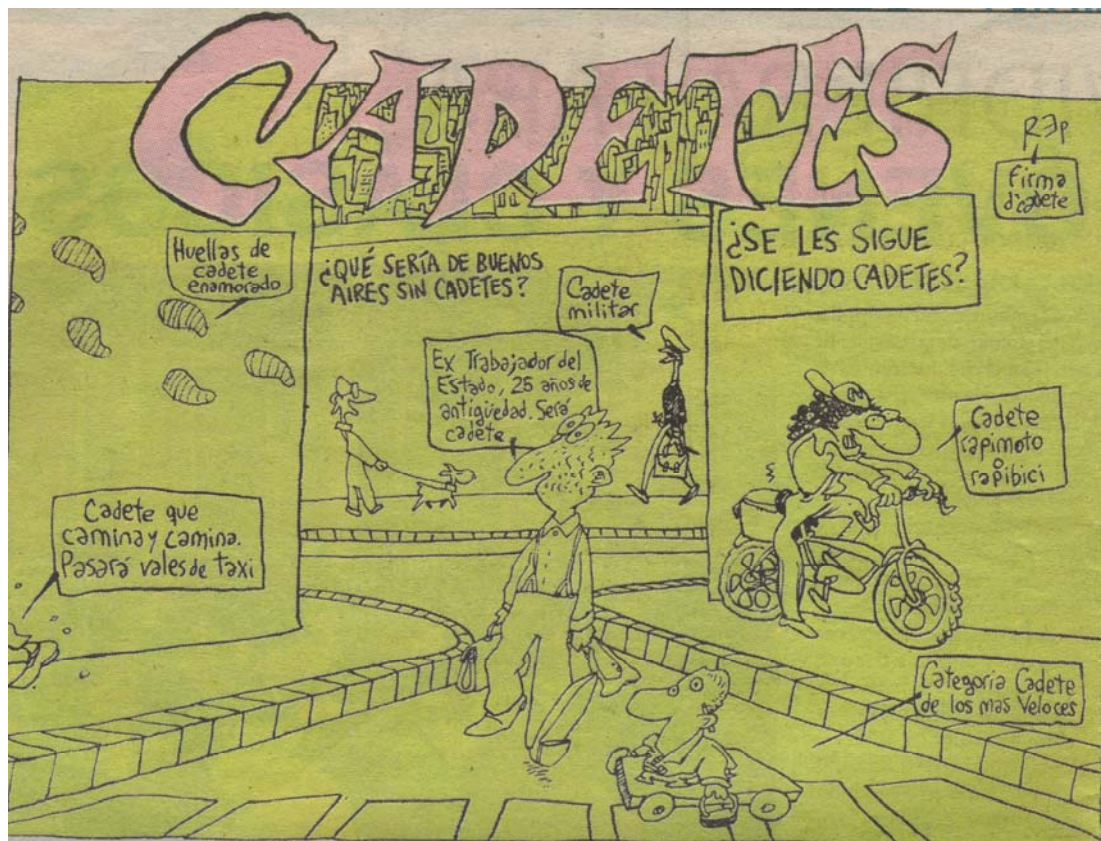
En el cuarto capítulo se analizan las modalidades que adopta la pequeña política, encarnadas particularmente en las señales a comunicar, los contenidos de esas señales, su vinculación con una cierta producción estilística, y las maneras específicas de comunicarlas.

El quinto capítulo está dedicado a la presentación del análisis de textos diversos, tanto los que conformaron el corpus relativo a las representaciones mediáticas de los mensajeros a partir de las jornadas de diciembre de 2001, como el corpus textual que permite identificar las series histórico-culturales con las cuales se los vinculó.

En el sexto capítulo, tomando las primeras entrevistas realizadas al calor de la actuación de los mensajeros en esas jornadas, se plantea la hipótesis de la compatibilidad contingente sugiriendo, al mismo tiempo, algunos ajustes al bourdieuano concepto de sentido práctico.

El séptimo capítulo está destinado al ritual de rememoración y otros eventos públicos, a partir de los cuales se pone de relieve la activación que provoca la figura del motoquero en estas situaciones y simultáneamente se revisa la diferencia entre politicidad y acción política.

Finalmente, en las conclusiones, retomo las ideas principales desovilladas en cada capítulo, para ‘tejer’ la tesis que organiza esta tesis.



Autor: Rep. Suplemento *Cultura BA* de *Página 12*, 12 al 18 de mayo de 2005, p. 8.

1. Decisiones

Después del colegio, trabajar, volverte viejo,
son los eslabones que la vida te propone.

Juana la Loca, *Vida modelo*.

Se dice que, en sus primeros tiempos en París, el escritor argentino Julio Cortázar se dedicó a repartir libros en motocicleta para costearse su estadía. En uno de sus viajes tuvo un accidente por el cual permaneció hospitalizado varios meses. En esa prolongada y obligada estancia en el hospital habría nacido el cuento “La noche boca arriba”.⁴² Lejos del romanticismo de esta historia, la presencia de los mensajeros en moto en el espacio urbano del AMBA no se remonta mucho más que a diez años. Y como resultado de sus accidentes no escriben cuentos consagrados de la literatura nacional.

Sin embargo, los mensajeros en moto se han convertido en una figura habitual del paisaje urbano de la última década (1997-2007).⁴³ La emergencia de estos sujetos que llevan y traen documentos se produce en el contexto de la aparición, en el AMBA, de nuevos hábitos urbanos ligados a los servicios de entrega a domicilio y, paralelamente, a una mutación de la figura del cadete que pasó de ser sólo ‘de a pie’, a presentar otras variedades como la moto o la bicicleta. Estos servicios se han ido incrementando de tal forma que actualmente existen aproximadamente unos 50.000 mensajeros en moto.⁴⁴

No pretendí en la investigación que dio origen a esta tesis buscar las explicaciones al incremento de la actividad, ni dar cuenta de una sociología de formatos laborales nuevos o emergentes. Mi interés se orientó, simplemente, a comprender las relaciones existentes entre la dinámica cultural y las de una práctica cotidiana como es, en este caso particular, la laboral.

⁴² “La noche boca arriba” es un cuento que vio la luz por primera vez en el libro *Final del juego*, publicado en México por la editorial Los presentes, en 1956. La segunda edición del mismo libro, aumentada, fue publicada por Sudamericana en Buenos Aires en 1964, un año después de que saliera *Rayuela*, por la misma editorial y lugar. Agradezco a Andrea Lobos por refrescarme el dato, y a Valeria Añón por facilitarme la búsqueda.

⁴³ Es necesario aclarar que estas fechas son aproximadas. Es dificultoso conocer con exactitud el momento de los comienzos de esta actividad. Una de las primeras apariciones masmediáticas es de 1999, producida en ocasión de una marcha, lo cual hace suponer que ya eran un conjunto relativamente vasto de mensajeros que se agrupaban para que sus reclamos obtuvieran visibilidad. Esto indica que la actividad (aunque no necesariamente la capacidad de organización, o quizás viceversa) ya tenía algunos años de funcionamiento.

⁴⁴ Estas cifras son tentativas. No existe un relevamiento cuantitativo oficial. Sólo para comparar, en San Pablo los ‘motoboy’s son unos 160.000 (Avlasevicius, Mutaf y Stiel Nieto, 2007).

El tema ha sido poco explorado; de hecho se han realizado muchas investigaciones sobre producciones culturales de los jóvenes en su tiempo libre, pero pocas respecto a aquellas realizadas por sujetos de variada edad en su tiempo de trabajo. Un ejemplo vernáculo es la indagación interpretativa de Svampa (2003) sobre la reconfiguración de la identidad de la segunda y tercera generaciones de metalúrgicos. Más cercano en el tiempo, existen otros análisis que, revisando críticamente la noción de exclusión, iluminan las dimensiones simbólicas de ‘nuevas’ formas de inserción económica en el espacio urbano, como los cartoneros o los vendedores de la revista *Hecho en Buenos Aires* (Cfr. Gorbán y Wilkis, 2006). En otra dirección Vargas (2005) ha indagado sobre la relación existente entre etnicización de la fuerza de trabajo en el rubro de la construcción, y los usos situados de tales identificaciones. Aunque sumamente interesantes, en ninguno de los ejemplos señalados el acento ha sido puesto sobre los procesos de circulación y de retroalimentación entre representaciones mediáticas y prácticas efectivas. En el caso de los mensajeros, su ingreso al mercado de trabajo es casi coincidente con su acceso a la reputación, obtenida en ocasión de la aparición mediática.

Curiosamente, si se tienen en cuenta que la gran mayoría de los mensajeros son varones;⁴⁵ y que el promedio de su edad actual es de 30 años,⁴⁶ en diciembre de 2001 los medios pusieron en escena, entre otros actores, a quienes forman parte de las últimas generaciones en hacer la conscripción militar obligatoria.⁴⁷

Más allá de que esta interpretación no será ampliada en esta tesis,⁴⁸ lo que interesa a los efectos del argumento central, es la condición de jóvenes que atraviesan tanto sus prácticas como las representaciones de las que fueron objeto. Una condición juvenil más cercana a los elementos retóricos y estilísticos que a las condiciones ‘reales’ en que se desovillan sus vidas: el promedio de edad indica que el ingreso al mercado laboral se

⁴⁵ Las pocas mensajeras existentes son exotizadas por las representaciones mediáticas en las cuales, además, se resalta la necesidad de alimentar a sus hijos como justificación por desempeñarse en un trabajo condenadamente masculino.

⁴⁶ Tampoco hay datos sobre esta cuestión. El promedio mencionado es el que surge de aquellos que conocí en mi trabajo de campo.

⁴⁷ En la Argentina, la conscripción militar fue obligatoria y universal (es decir para todos los sujetos varones al cumplir los 18 años), hasta el año 1995.

⁴⁸ Sería interesante, en este sentido, reponer continuidades y rupturas en una serie cultural que enlace modos de representar/nombrar/clasificar a actores juveniles socialmente significados en la historia reciente de la Argentina. Pienso, específicamente, en el caso de los soldados conscriptos combatientes en Malvinas, a quienes Guber (2001), atendiendo a los usos que se hicieron de la guerra de Malvinas en torno al principio argumental de nación, describe como los ‘chicos’. Las operaciones de reconocimiento en la construcción de la memoria y la historia son centrales para entender el proceso vivido, representado y significado por los argentinos sobre la guerra de Malvinas. Y lo que Guber argumenta es que este proceso fue interpretado “no en términos políticos y sociales, como durante la mayor parte del siglo XX, sino en el lenguaje del parentesco” (2001: 169). La figura de los chicos cobra, en este argumento, un papel central, como bisagra entre el régimen dictatorial y la transición democrática.

produjo a mediados de la década de 1990, un momento de fuerte inflexión, en la Argentina, en los circuitos de acceso al trabajo.

Si bien en los últimos años las Ciencias Sociales han estudiado extensamente el tema de la exclusión social y económica sufrida por los sectores populares, y particularmente por los jóvenes de sectores populares, pocos trabajos se han dedicado a observar las trayectorias particulares de sujetos que, perteneciendo a estos segmentos sociales, han conseguido acceder a la participación económica, aún con las restricciones impuestas por las modificaciones del mercado de trabajo. Los mensajeros forman parte de un conjunto de sujetos poco favorecidos económicamente, cuyas estrategias de ingreso al mercado laboral fueron adoptadas siendo jóvenes en los 90. Los intentos de acceder a este sistema de participación económica, si bien, como el de otros jóvenes, no fue fácil, han sido hasta el momento relativamente eficaces.

Por eso propongo hacer un repaso previo por las condiciones sociales en que estos sujetos se incorporaron a la vida laboral, entendiendo que el momento de esta incorporación permite pensar las relaciones entre la *transición*, es decir el pasaje de la niñez a la adultez, válido para todas las culturas, y la *trayectoria*, definida como la secuencia entre las distintas posiciones sociales que los sujetos van ocupando y las disposiciones subjetivas que producen (Dávila y Ghiardo, 2005).

Mercado laboral y juventud en los 90

En los últimos años el mercado laboral argentino se ha modificado de modos cruciales. Desde una perspectiva estructural el fenómeno sin embargo no es nuevo, sino que aparece como el resultado de la aplicación de medidas de tipo económico-político tomadas durante los últimos gobiernos de facto (1976-1983). Y si bien las medidas en este sentido comenzaron en ese período dictatorial, la profundización del modelo tuvo lugar durante el gobierno de Carlos Menem (1989-1999). Producto de un proceso macroeconómico de envergadura, las medidas adoptadas profundizaron lo iniciado en 1976 a través de ajustes salariales, reducción del déficit fiscal, privatizaciones, reforma tributaria, eliminación de subsidios de promoción industrial, una apertura comercial que dio pie a importaciones masivas como consecuencia del tipo de cambio bajo, desregulación de los mercados, control de la emisión monetaria y flexibilización laboral, entre otras medidas. Paralelamente, la destrucción del aparato productivo y el desplazamiento del capital financiero desde las inversiones industriales hacia la provisión

de servicios (Basualdo, 2001) colaboraron en una elevación sensible de los índices de desempleo.⁴⁹



El mercado laboral sufrió transformaciones tan importantes que poco después de la llegada de Menem al gobierno, y tras la hiperinflación en 1989, los índices de desocupación subieron abruptamente: de una tasa del 7,1 % en 1989 se pasó en 1995 a una del 16,6%, alcanzando su récord en mayo de 2002 con el 21,5%. Entre los sujetos de 18 a 25 años el impacto fue mayor: desde principios de la década de 1990 los índices de desempleo juvenil se han ido triplicando respecto de otro grupos etarios (Beccaria, 2005), alcanzando cifras de más del 40% entre los que, en ese momento, tenían menos de 20 años (INDEC, 2000).⁵⁰ Al respecto ya en 1993 Auyero afirmaba que tanto en la participación educativa vía la escuela como en la inserción laboral juvenil, “los jóvenes están sobrerrepresentados entre los grupos ocupacionales con menores perspectivas futuras y peores condiciones para negociar buenas condiciones laborales” (1993: 29).

En el contexto descrito, millones de jóvenes se incorporaban, o intentaban hacerlo, al mercado laboral. El impacto de estos cambios estructurales implicó que muchos de ellos no lo lograran. Sin embargo, otros sí. Entre ellos, los que decidieron ser mensajeros en

⁴⁹ En 1991 Argentina adoptó el plan de convertibilidad, por el cual se estableció un tipo de cambio (1 dólar=1 peso) que afectó profundamente a la estructura productiva, a los intercambios comerciales y, por ende, a la ya precaria industria nacional. La crisis de este modelo, a fines de los noventa, se expresó en múltiples quiebras y cierres de establecimientos fabriles y de medianas empresas.

⁵⁰ Esta tendencia no parece haber cesado: entre 2002 y 2003 la tasa de desocupación entre los jóvenes de 15 a 19 años, aumentó 5,1%. Según el informe elaborado por Léopore y Schleser (2005), en el primer trimestre de 2004 la tasa de desocupación de los jóvenes ascendía a 26,3%, siendo del 40% la proporción de jóvenes en el desempleo global. Para la OIT (2003), un dato que resulta llamativo es que, en un año de recuperación económica, como ha sido 2003, la tasa de desempleo juvenil fue 3.3 veces mayor que la tasa de desempleo total, el nivel más alto del último sexenio, cuestión que también señala Beccaria (2005). Esta situación se acompaña, y particularmente en el caso de los jóvenes, de bajas remuneraciones y escasa cobertura de seguridad social (OIJ-CEPAL, 2004).

moto.⁵¹ Si una parte significativa del proceso de emancipación de los jóvenes se vincula con la posibilidad de lograr autonomía en el plano económico, quienes eran jóvenes en los 90 tuvieron que diseñar modos propios de llevar a cabo ese proceso. Para los mensajeros en moto eso significó sacar provecho de un plus de capital en función de poder darse a sí mismos un modo de subsistencia económica. Provenientes de los bordes de las clases menos favorecidas, en una franja situada en el límite de la integración socio-económica, contaban con un pequeño capital económico. Y como la convertibilidad, que terminó de devastar al sector productivo, tuvo su contracara en una mayor facilidad de acceso a bienes de consumo, el pequeño capital económico inicial pudo ‘rendir’ en una inversión: la moto.⁵²

Pero las cuestiones económicas no explican por sí solas por qué estos jóvenes se compraron una moto y no otro bien. Y por qué decidieron, antes que darle un uso recreativo, armarse con ella un formato laboral. Aunque encontraron, al igual que los jóvenes estudiados por Auyero, pocas posibilidades de acceder a vías de ingreso a los circuitos de trabajo tradicionales, los mensajeros presentan algunas singularidades que particularizan sus trayectorias. Y estas singularidades se vinculan con zonas relativamente indeterminadas donde se ejercen decisiones (limitadamente) racionales (Levi, 1990). No obstante, y aunque están regidas por una racionalidad limitada, estas decisiones no remiten a una cuestión puramente instrumental, ni se agotan en una lógica costo-beneficio.⁵³ Las decisiones tomadas en los márgenes de una racionalidad limitada son elecciones que implican una porción de lógica instrumental y también ingredientes de otras lógicas, como la moral, o la de los gustos. En cierto sentido, ni siquiera se trata de estrategias motorizadas por razones insertas en la lógica práctica, “elecciones razonables incluidas dentro de formas de ser, dentro de la lógica del campo” (Bourdieu, 1990: 147). Primero, porque es difícil establecer las fronteras de un campo que refiera a los mensajeros. Y segundo, porque Bourdieu entiende a estas elecciones razonables como resultado de un dominio de

⁵¹ El verbo *decidir* fue seleccionado adrede para señalar que no se trata de una elección ‘libre’ o liberada de restricciones, pero que sin embargo conlleva un grado de racionalidad orientada a la selección entre opciones posibles. Jacinto, Wolf, Besega y Longo (2006), prefieren hablar de “arbitrajes individuales constantes de situaciones basadas en un proceso de constitución compleja” (8). Llámense como se las llamen, estas operaciones señalan tanto hacia componentes simbólicos que participan de su sistema de decisiones, como hacia la lógica constrictiva del sistema de acumulación capitalista.

⁵² El precio de una moto oscila según sea usada o nueva. Para tener una idea aproximada, una moto de 125 de cilindrada usada cuesta entre tres y cuatro salarios mínimos, mientras que una nueva alrededor de diez. Las motos de los motociclistas, de entre 500 y 600 de cilindrada, cuestan más de veinte salarios mínimos.

⁵³ O, en todo caso, como señala incisivamente Garriga Zucal, la instrumentalidad parece ser, más bien, “una forma esquiva de mencionar la racionalidad de la práctica” (2007: 146).

la lógica (y la necesidad) “de un juego que se adquiere por la experiencia del juego y que funciona más acá de la conciencia y el discurso” (2000: 69). Es que, en esta acepción, el sentido práctico sería no más que un producto pre-reflexivo, que no precede a la acción, sino que la informa.⁵⁴ Esto, como se verá, no se condice plenamente con los resultados del trabajo de campo realizado con los mensajeros.

La perspectiva de las elecciones razonables le resta valor y capacidad de agencia a los sujetos que toman decisiones. El aporte de Levi sugiere, por el contrario, que aún en el marco de una racionalidad limitada, el sistema de decisiones permite la emergencia de un sujeto que es agente a la vez. Esta afirmación podría confundir. Soy consciente de que, justamente, uno de los aportes de Bourdieu se relacionan con introducir el agente, la acción y la práctica a través de los conceptos de habitus, sentido práctico y estrategia. Sin embargo, para Bourdieu el componente racional está del lado de la norma explícita, y no del de las prácticas. Las prácticas poseen otros principios generadores: un conjunto de “esquemas informacionales que les permite producir pensamientos y prácticas sensatas y regladas sin intención de sentido y sin obediencia conciente a reglas explícitamente enunciadas como tales” (2000: 83). En el caso que nos ocupa, las decisiones que los llevaron a convertirse en mensajeros estuvieron orientadas por intencionalidades concretas dentro de un marco restringido de opciones.

Capital escolar o cálculo de oportunidades

Si bien podría suponerse, desde una perspectiva legitimista, que la competencia de los mensajeros para tomar estas decisiones estaría relacionada con los niveles educativos alcanzados, en sus decisiones no intervienen tanto las competencias educativas, sino más bien las competencias para poner en la balanza ganancias y pérdidas (lo que podrían denominarse ‘cálculos estratégicos’, si este sintagma no remitiera, complicando el argumento, al marco conceptual bourdieuano). Para simplificar, diremos que se trata de

⁵⁴ Con sentido práctico Bourdieu se refiere a unas prácticas que responden a la organización de ciertos principios que “pueden ir de la práctica a la práctica sin pasar por el discurso y por la conciencia” (Bourdieu, 1980: 126). Por otro lado, en relación con la noción de estrategia, Bourdieu afirma que “se puede rehusar ver en la estrategia el producto de un programa inconsciente sin hacer de él el producto de un cálculo conciente y racional. Ella es el producto del sentido práctico como sentido del juego (...) supone una invención permanente, indispensable para adaptarse a situaciones indefinidamente variadas, nunca perfectamente idénticas (...) Pero esta libertad de invención, de improvisación, que permite producir la infinidad de jugadas posibles por el juego (...) tiene los mismos límites que el juego” (Bourdieu, 2000: 70).

competencias para evaluar las oportunidades y sacar provecho de ellas. Lo cierto es que, entre estas competencias, las que derivan del capital escolar tienen poca incidencia.

En verdad, los mensajeros no ignoran que el desempleo afecta principalmente a sectores de recursos económicos escasos, como también saben que impacta aún más en aquellos con bajos niveles educativos.⁵⁵ Como en otros grupos sociales, entre ellos también sobresale el valor que le asignan a la educación, sólo que, en este caso, el capital escolar no se asocia con la adquisición de posiciones diferenciales en el ámbito laboral. De hecho, entre ellos mismos hay acuerdo de que no se requiere gran preparación para ser mensajero. Sin embargo, no sólo poseen competencias culturales y educativas, y se preocupan por adquirir otras; también expresan una alta valoración hacia el sistema educativo en relación con sus hijos. Muchos de ellos han concluido (o estuvieron a punto de hacerlo) sus estudios secundarios; algunos, inclusive, han comenzado y luego interrumpido estudios universitarios, y otros están realizándolos. Enrique⁵⁶ me contaba que decidió retomar la escuela secundaria poco tiempo antes de cumplir sus treinta años, cuando la mujer lo instó a acompañarla a inscribirse. Estando en la cola, ella lo convenció de hacer juntos el tramo que les faltaba a los dos, y así fue como se inscribió y empezó a completar su escolaridad básica. Ante la pregunta sobre a qué se va a dedicar dentro de diez años, cuando ya no quiera salir con la moto, Enrique, que actualmente está cursando el Ciclo Básico Común (correspondiente al primer año obligatorio de la Universidad de Buenos Aires), responde: “Abogado. Yo tengo facilidad para estudiar, entonces, mientras estoy en un banco, ponele, leo la fotocopia que tengo en el bolso”.

Sin embargo, aunque es verdad que, en el caso de la educación, la mayoría de los mensajeros ha alcanzado niveles intermedios de escolarización, no he podido recoger ni en las entrevistas ni en las historias de vida, indicios de que esta escolarización haya enmarcado sus decisiones. El relativo superávit educativo y su valoración positiva no aportan muchas pistas de las razones de la decisión laboral, y de la construcción de un formato específico como el de mensajero, más aún cuando ser mensajero no exige

⁵⁵ La relación entre la inserción laboral y el nivel educativo ha sido objeto de diversas investigaciones. Por un lado, los requerimientos cada vez mayores del mercado para la inserción de nuevos trabajadores indica que el nivel educativo alcanzado incide en la calidad de la inserción laboral (Deutsche Bank, 1999; Lépre y Schleser, 2005; Beccaria, 2005). Por otro lado, la experiencia laboral de los jóvenes está atravesada por las diferencias sociales y las necesidades de sostenimiento familiar: de aquellos que simultáneamente estudian y trabajan sólo el 26% de los jóvenes de entre 18 y 25 años permanece en el sistema educativo (Beccaria, 2005); la mayoría de ellos cesan en su formación formal para buscar (con mejores o peores resultados) insertarse en el mercado de empleo remunerado. Binstock y Cerrutti (2005) mostraron que en el caso de los jóvenes que acceden a la escolaridad media, la probabilidad de abandonar la escuela se triplica si los jóvenes trabajaron durante la cursada, respecto de quienes nunca trabajaron.

⁵⁶ Como se acostumbra en estos casos, todos los nombres han sido cambiados para preservar anonimatos.

conocimientos escolares específicos. Lo cierto es que este formato les permite insertarse en el sistema de participación económica de modos precarios.⁵⁷ De hecho, la sociología ubica a este formato laboral, dadas las condiciones materiales de existencia del trabajo de mensajero en moto, dentro de la categoría de *empleo precario*: “Ocupados autónomos sin capital intensivo o en relación de dependencia en puestos inestables, irregulares o sin beneficios sociales pero con ingresos laborales totales superiores a la canasta familiar de indigencia” (SimelBA/PCE y DS, 2006: 3). De ese modo, las características socioeconómicas de su modalidad de inserción laboral no los distingue de otros grupos de trabajadores (más aún: los intentos del grupo de la OSAL [2006], por ejemplo, apuntan, precisamente, a encontrar rasgos ‘atípicos’ en común con otros trabajadores). Desde un punto de vista estrictamente económico, los indicadores ciertamente apuntan a considerar a la mensajería en moto como empleo precario: la gran mayoría no tiene aportes jubilatorios, ni posee beneficios sociales.⁵⁸ Sólo aquellos que trabajan en empresas como empleados fijos (y esto en casos excepcionales) están asegurados a través de una Aseguradora de Riesgos del Trabajo (ART) y asociados a la obra social correspondiente al resto de los empleados de la empresa.⁵⁹

Pero en el marco de la precariedad laboral que tamizó el ingreso al mundo del trabajo en los 90 en la Argentina, los mensajeros en moto presentan un “superávit de integración social” (Wacquant, 2006: 54), que los distingue de los jóvenes marginales de los que se ha ocupado Auyero (1993), entre otras cosas, porque provienen de los bordes ‘superiores’ de las clases menos favorecidas, en una franja situada en el límite de la integración socio-económica. Acaso por eso mismo, la indagación sobre los trayectos de ingreso al mercado, permite iluminar la zona, habitada por sujetos ‘reales’, donde se toman decisiones ‘reales’. Y aún cuando la toma de decisiones esté limitada por condiciones de incertidumbre y/o escasa cantidad de información, o incluso aunque se trate de un espectro pequeño de opciones, estas decisiones se toman más de modos racionales que razonables (Bourdieu, 1990). Como afirma Levi en relación con el sistema de decisiones del campesinado de la sociedad del Antiguo Régimen, las preferencias de los sujetos por cierta inercia respecto de las opciones asumidas, “no son obstáculos para considerar a esta

⁵⁷ Complementariamente Beccaria (2005) advierte que la mayor proporción de puestos precarios se encuentra entre los jóvenes con menores índices de educación.

⁵⁸ Claro que, si seguimos al pie de la letra esta descripción, la precarización de un mensajero en moto es similar a la de un becario del CONICET, por poner sólo un ejemplo.

⁵⁹ La figura laboral del mensajero en moto no está normatizada; eso dificulta la consecución de habilitaciones que, por esa vía, permitan la creación de una Obra Social propia. En el caso de mensajeros empleados por una empresa, aportan a la obra social correspondiente a ese rubro empresarial.

sociedad como activa y conciente en todas sus partes y al sistema social como resultado de la interacción entre comportamientos y decisiones tomadas en el marco de una racionalidad plena, pero limitada” (1990: 12).

Decisiones

Si hay un factor común entre los mensajeros es que todos, de alguna manera, están unidos por su relación con el desempleo y los condicionantes laborales de las últimas décadas. Las historias de vida recogidas en mi trabajo de campo señalan efectivamente condicionantes de tipo estructural (la mayoría afirma haber tenido una niñez difícil, con penurias económicas y necesidades no del todo satisfechas). Pero a la vez indican que en el marco de estos condicionantes construyeron una trayectoria marcada tanto por decisiones racionales y concientes como por disposiciones culturales (como el gusto, por ejemplo). Señalan además una particular lectura del contexto en términos no sólo de sus restricciones sino también de los recursos potenciales que presenta. Una aproximación cualitativa a las orientaciones que texturan sus decisiones, abre el panorama tanto hacia las zonas indeterminadas como a los márgenes de restricción.

En primer lugar, como ya se mencionó, para acceder a una moto, es necesario contar con un cierto capital económico.⁶⁰ De hecho, actualmente, para adquirir una moto se precisan entre tres y cuatro salarios mínimos. Algunos de ellos poseían motos antes de convertirse en mensajeros; otros la pidieron prestada en sus comienzos y luego accedieron a la propia; muchos aprovecharon las utilidades de las indemnizaciones otorgadas por despidos de empleos anteriores para comprarse el vehículo... En fin, aunque con heterogeneidades, en todos los casos han podido disponer de un capital inicial. Incluso, y como otra cara de la misma moneda, de hecho la paridad del dólar y las políticas de desindustrialización implementadas promediando la década de 1990, facilitaron las condiciones económicas y financieras para acceder a sistemas de crédito o adquirir directamente bienes de consumo, como por ejemplo, una moto.

⁶⁰ O *haber*, en términos de Grignon y Passeron (1991). En verdad las argumentaciones planteadas por Grignon y Passeron respecto de la analogía capitales/haber no parece resultar operativa para un análisis culturalógico en sociedades atravesadas por fuertes desigualdades en la distribución de la renta, como son las de los países latinoamericanos. La analogía propuesta por Grignon y Passeron parece conducir más bien a callejones teóricos sin salida o a retuertos analíticos que terminan re-alimentando lo mismo que critican: el legitimismo bourdieuano.

En segundo lugar, las *tácticas* (de Certeau, 1996) ⁶¹ a partir de las cuales se arman emprendimientos personales, requieren de por sí la posesión de una cierta competencia para discriminar y evaluar las oportunidades que se presentan y sacar provecho de ellas. Las historias de vida marcan, en general, que estos sujetos tuvieron previamente otros trabajos, los cuales abandonaron a la fuerza o por voluntad propia.

Antes trabajaba en una gráfica en Barracas, como guillotiner, me fui de ahí en el 90, había empezado en el 84 (...) En la empresa había problemas, yo tenía siete años y medio en la empresa, al que se quería retirar le daban el ochenta por ciento de lo que corresponde. En aquel tiempo, como casi siempre, mi situación económica era mala, pero peor; vivía alquilando, tenía a mi mujer embarazada, en el 91 nació mi hija, decidí irme. Con ese sueldo compré un terreno, hice mi casa de a poquito y me compré mi primera moto. Ahí empecé con esto (Orlando, 40 años).

En tercer lugar, la propia elección de una moto y no de otro vehículo para armar estos emprendimientos laborales, señala una disposición personal (una de esas zonas relativamente indeterminadas que señala Levi) que vincula de modos ‘blandos’ posiciones estructurales y trayectorias de vida. Aunque las condiciones estructurales se sobretracen discursivamente (“elección no, es lo que me quedó”), la moto invariablemente aparece investida de afectividad: “ésta me la compré porque siempre fue mi sueño”; “Mi primera moto la tuve a los catorce. Un ciclomotor. Y ahí fue subiendo de a poquito”. De hecho, el afecto invertido en la moto sobrepasa el marco laboral: “por ahí a los 35 años voy a seguir teniendo una moto, no como primer vehículo, sí opcional. Una moto para moverme, para mí solo, me gustaría para pasear”.

Así y todo, no hay homogeneidad en el uso de la moto como vehículo fuera del encuadre concreto de trabajo, las opciones no son uniformes. Miguel llegó a cada cita en colectivo porque la moto “es para trabajar, sino es un arma. Podés estar pasado y te pegás un palo [un choque]; o te la pueden afanar [robar]”. Pero Nacho no deja la moto “ni para salir. Mi vida es con la moto”. Lucas, en cambio, ex-mensajero y hoy agenciero, va hasta la agencia caminando y usa la moto sólo los fines de semana. El caso de Enrique es incluso gracioso, porque se fue un verano de vacaciones sin la moto y, como la extrañaba, al año siguiente la llevó. Sólo que esa temporada ni la usó.

Paralelamente, las decisiones se relacionan con motivaciones imaginarias que se traducen en el hecho de que la moto promete tres cosas sencillas de conseguir y altamente valoradas: la calle, autonomía y mujeres. “Empecé a fletear en el 2001, ¡lindo

⁶¹ En el sentido que le da de Certeau (1996) al término, como acciones fugaces, sin lugar propio y en cierto punto oportunistas, de los sujetos en posiciones subordinadas respecto del sistema de producción.

año para empezar! (...) La calle me encanta, ya había sido cartero y me desenvolví bastante bien, así que me dije: si compro la moto puedo estar en la lleca [calle], y a las minitas [mujeres] les gusta eso: un cóctel que a mí siempre me convenció, al toque [rápidamente]”.⁶²

De hecho, promediando la investigación, quise arreglar con un mensajero en moto para acompañarlo a trabajar. Todos los detalles habían sido cubiertos, hasta el casco que me había prestado un amigo estaba a punto. Sólo faltaba despedirnos. La conversación telefónica estaba llegando a su fin. Entonces, me advirtió muy sutilmente que una salida a fletear con él podía tener otras implicancias. Me hice la idiota y le pedí aclaraciones.

-Vos sabés: el mito del motoquero...

-¿Y cómo es el mito del motoquero?

-Y... hacerle el chamuyo [seducir con la palabra] a la mina [mujer] que llevás atrás.

Mientras dialogaba con mi informante iba advirtiendo sobre el cariz que estaba adquiriendo la conversación, y simultáneamente tomando nota mental del intercambio. No sabía bien qué hacer. El mensajero subía las apuestas sin dejarme casi responder. Rápidamente, elegí la cortesía humorística. Y si al principio le había celebrado sus sugerencias como si fueran un chiste, esto ya no parecía surtir ningún efecto: a pesar de mis esfuerzos por descartar cordialmente su interés, la conversación no modificaba su tono. Intenté orientar mi respuesta en la diferencia de edad: “Podría ser tu madre”, ante lo cual me respondió: “Hay cada mami...”. Frente a su insistencia, argumenté sobre mi vida feliz en familia, ante lo cual él no vio ningún obstáculo. Y menos aún cuando le planteé que el viaje sólo era parte de una investigación.

En realidad, pronto comprendí que mi pedido nos precipitó a ambos en una estructura narrativa que podríamos llamarla el ‘mito del motoquero’, que nos precede, y de la cual no es fácil escapar. Nos convertimos en dos actantes ‘greimasianos’, porque aún suponiendo que entendiera mi posición de investigadora, y que lejos de mis intenciones estaban la de tener otros intercambios, fue mi propia e ineludible condición femenina la que ponía el mito en movimiento. Mi lugar en el ‘mito del motoquero’ los ubica a ellos, varones, en la obligación de cumplir lo que el mito promete, es un ‘mito’ performativo. Dicho en otras palabras, el hecho de ser mujer quien solicita ir en el asiento de atrás, no

⁶² Al igual que otros mensajeros, Urbano utiliza muchas palabras en lunfardo, un sociolecto rioplatense de uso extendido.

admite otra variante que confirmarlo. Por eso mis planteos eran inoperantes. Yo cumplía las dos condiciones que uno de los actantes requiere para ingresar en la estructura del mito y quedar ubicada en el lugar preadjudicado: soy mujer y pretendía ir en el asiento de atrás. El mensajero, entonces, no podía no ubicarse en la posición en la que yo lo había colocado. Y obraba en consecuencia.

Aunque parezca una obviedad, las prácticas, que son acciones con significado, regulan las relaciones sociales. Cuando se desconoce el significado de las acciones, son las propias reglas las que se desconocen. Así, mi conducta fue interpretada por el mensajero en el encuadre de esas reglas. Por el contrario: al no participar del significado de esas acciones, tardé en descubrir esa interpretación.⁶³

Con el tiempo aprendí también que existen códigos que regulan el propio mito. La kinésica y la proxémica, acotadas al breve espacio de dos asientos, proveen un marco estratégico para comunicar las intenciones: “Si la mina te abraza y te apoya las tetas, la cosa viene muy bien; si te agarra de los hombros, así (señalando un espacio imaginario entre los cuerpos), es dudoso; y si se sienta y se agarra de los fierros de atrás (el portaequipaje), entonces olvidate”.

La trayectoria de ingreso al mundo del trabajo de los mensajeros en moto, aunque enmarcada en un contexto restrictivo en cuanto al mercado laboral, se organiza a partir de un conjunto de decisiones relacionadas con valores, ideas y sentimientos particulares. La calle, la atracción que supuestamente ejerce la moto sobre las mujeres, los horizontes de autonomía que promete el formato de trabajo, son ingredientes recurrentes en sus relatos sobre los inicios. Decisiones entonces que por definición son relativamente indeterminadas, y que van tramando y definiendo su práctica laboral. Dicho en otras palabras, dentro de ciertos márgenes, la decisión de emprender este formato laboral se orienta tanto por intereses afectivos, razones económicas, orientaciones morales y disposiciones del gusto. Es decir, relativamente racionales y estratégicas dentro de un marco concreto de oportunidades.

Un empleo precario

Un dato que surge de las entrevistas, en el nivel de lo dicho, es el vínculo que establecen entre la relativa precariedad del empleo y la aspiración de convertirse en

⁶³ Este apartado está dedicado a María Verónica Moreira.

cuentapropistas. Aunque, como se verá, lo dicho no se condice ni necesaria ni totalmente con lo que efectivamente pretenden, este vínculo parece ser funcional a los parámetros objetivos de precariedad laboral reinante desde los 90. Porque los importantes niveles ya señalados de desempleo y subempleo son sólo una parte señalada por la mayoría de las investigaciones sobre juventud y trabajo (o sobre juventud y empleo). El mercado laboral se modificó también en relación con los grados de precariedad laboral. Cieza (2006) señala que si se toma en cuenta como indicador la falta de aportes previsionales, el trabajo no registrado asciende a un 45%. Si a este indicador se le suman otros, como el aporte a las obras sociales y el seguro de desempleo, el trabajo ‘en negro’ alcanza a más de la mitad de la población activa. Pero los niveles de precariedad laboral son mucho más determinantes para los jóvenes que para los adultos (OIJ-CEPAL, 2004; Beccaria, 2005; OIT, 2003).

Desde la perspectiva de las políticas públicas, el trabajo de los mensajeros es considerado como una de las nuevas *formas atípicas de trabajo*, es decir aquellas que “se apartan de los paradigmas tanto del empleo asalariado ‘normal’ como del empleo independiente tradicional (cuentapropismo no marginal)” (OSAL, 2006: 32).⁶⁴ Según el OSAL la definición clásica de las características informales de las formas atípicas de trabajo “pone el acento en la escasa productividad de la unidad económica en la que trabajan las personas, derivando en situaciones que no permiten la acumulación económica y sólo alcanzan a proveer ingresos en el límite de la subsistencia” (2006: 32). La definición apunta, desde la posición de los trabajadores, a la delimitación de los modos de inserción productiva, y, desde la perspectiva de las políticas públicas, a señalar los déficits de beneficios sociales que acarrea la atipicidad del trabajo.

Desde otra perspectiva, el estudio realizado por el Deutsche Bank (1999) indaga sobre la integración de los jóvenes en la vida laboral, y encuentra que en 1999, del 43%

⁶⁴ El proyecto del Grupo de Trabajo del Observatorio Social para América Latina (OSAL) se concentró en cinco formas ‘atípicas’ de trabajo: feriantes públicos, talleristas textiles, recolectores de basura, participantes de clubes del trueque, motoqueros (SIC) que trabajan en pequeñas agencias de mensajería o pequeños comercios familiares, y en relación con el servicio de ‘delivery’. El elemento común es la desprotección social, entendida aquí como la ausencia de “condiciones razonables de trabajo, cobertura por el sistema provisional y de salud, estabilidad contractual y de la demanda, relaciones laborales o con las autoridades públicas adecuadas, organización colectiva protectora de abusos de los gobiernos o particulares” (2006: 32). En su versión más simple, las formas ‘atípicas’ de trabajo se identificarían “con la autogeneración de mecanismos de sobrevivencia de sectores empobrecidos de la población”, mientras que, en un segundo plano, “se vinculan con estrategias productivas que pueden caracterizarse como ‘pequeña producción’, algunas en condiciones de informalidad” y finalmente, con “estrategias empresariales desde unidades de la economía formal, ya sea como renovación de formas organizativas anteriores (en la producción y comercialización), o en busca de ‘cuasi rentas’ de rápida concreción vinculadas a nuevos nichos” (OSAL, 2006: 32).

que trabaja, el 80% lo hace como empleado/obrero y el 15% de cuentapropista.⁶⁵ Entonces, y si bien los mensajeros se inscriben mayoritariamente en la franja del cuentapropismo, este sesgo no puede ser considerado una elección plena, especialmente teniendo en cuenta las modificaciones en el mercado de trabajo en lo referido al acceso a empleos en relación de dependencia.

Sin embargo, desde el punto de vista de las valoraciones subjetivas, Jacinto, Wolf, Besega y Longo (2006) señalan que uno de los criterios por los cuales los jóvenes definen lo que sería un ‘buen trabajo’, es el relacionado con los niveles de autonomía.⁶⁶ La tendencia general señala una importante preferencia (47%) por los trabajos independientes entre sectores sociales medios (Fundación Odiseo, 2004). De modo que las decisiones realizadas por los mensajeros en este particular, deben ponerse en relación con las tendencias ya existentes en el momento de su ingreso al mercado laboral. En ese sentido, el elemento del cuentapropismo se fue convirtiendo en una posible salida eficaz para la totalidad del conjunto de desocupados, sub-ocupados o ingresantes al mercado laboral, y no únicamente para los mensajeros.

No obstante, el sistema de decisiones de los mensajeros incluye, en algún sentido, al cuentapropismo, porque se vincula con la autonomía, uno de los bienes más preciados. La autonomía, que opera como marco imaginario de las prácticas laborales, y el cuentapropismo, su contracara material, funcionan como organizadores de buena parte de sus narrativas identitarias, precarizando las condiciones de su cotidianeidad, formando parte del conjunto de reivindicaciones gremiales, y aportando entonces, simultáneamente, a la construcción de una imagen de sí ‘subalternizada’.

Por otra parte, y siguiendo a Kessler (2002) la precariedad no es el único rasgo que se destaca de la inserción laboral de los jóvenes en los últimos años. La precariedad del empleo sumado a la carencia de cobertura social, implica no sólo inestabilidad laboral, sino también una alta volatilidad de los trabajadores menos calificados, que además cobran menores ingresos, todo lo cual se agrava en el caso de los más ‘nuevos’, como es el caso de los jóvenes. Esto supone la configuración de *trayectorias inestables*, es decir, trayectorias laborales signadas por la alta rotación entre empleos precarios de corta duración y poco calificados que se intercalan con períodos de desempleo o

⁶⁵ Un dato no menor es que, en la década de 1990, la franja de los cuentapropistas pasó de un 9,8 a un 15% (Deutsche Bank, 1999),

⁶⁶ Los otros criterios son: el tipo de contratación (en blanco o en negro); el contenido o la tarea concreta a realizar; el salario; la organización del tiempo en relación con otras actividades; el aprendizaje para la formación; y las relaciones sociales que se establecen en el ámbito laboral (Jacinto, Wolf, Besega y Longo, 2006).

subempleo.⁶⁷ Sin embargo, en el caso de los mensajeros la situación es diferente. Si este marco es parte de sus comienzos como trabajadores, una vez que deciden ser mensajeros la meta es la estabilidad, aunque esto traiga aparejado una consecuente dependencia del empleador. Por eso mismo, entre los mensajeros el cuentapropismo funciona, hacia fuera, como índice de autonomía. Y la precariedad, a su vez, es reelaborada como índice de resistencia a una integración plena (como se verá más adelante, una dimensión identitaria se cifra justamente en esta trama). Pero lo cierto es que, hacia ‘adentro’, los empleos más valorados en el rubro son aquellos que presentan más estabilidad y derechos sociales. Así, en su propio sistema de decisiones, beneficios traducibles en cobertura médica para el trabajador y su familia, vacaciones pagas, aguinaldo, y seguro de riesgos de accidentes, entre otros, terminan siendo bienes negociables si de mejorar la calidad de vida se trata. La autonomía, que convive con un deseo de niveles más bajos de cuentapropismo y consecuentemente de mayor dependencia con el empleador, se desgaja en su pura desnudez imaginaria. Pero no deja de enmarcar sus prácticas.

Textos⁶⁸

Algunos ‘mitos’ que hacen a la profesión son recogidos en textos ficcionales, como por ejemplo la historieta que se resume a continuación.⁶⁹ Si bien la historieta ha circulado por circuitos restringidos de consumo, la narrativa representa una síntesis apretada de algunas representaciones que alimentan las disposiciones valorativas que fueron mencionadas hasta aquí.

La historieta en cuestión se titula “Motoquero” y el primer capítulo presenta al protagonista atravesado por un compendio de estos ‘mitos’. Diego, el protagonista, comienza como repartidor de pizzas. En los primeros cuadros se lo ve vestido con una remera de Patricio Rey y los Redonditos de Ricota, escupiendo una pizza cuando unos clientes lo tratan mal. Luego se va manejando rápidamente entre los automóviles cuyos

⁶⁷ Señala Kessler que, a diferencia de lo planteado por Castel (1995), en Argentina esta ‘estabilización de la inestabilidad’ se da como un rasgo estructural del mercado del trabajo desde las últimas décadas (Kessler, 2002).

⁶⁸ Este apartado está dedicado a Christian Dodaro.

⁶⁹ Aparecida en *Paja*, Año I, Nro. 1, Febrero, 2005 (pp. 23-31). El guión de la historieta “Motoquero” es de José Montero y las ilustraciones de Roberto Buscaglia. La revista *Paja*, de editorial Perfil, se presenta con la volanta “Historias Urbanas y Rock’n Roll”.

conductores, por supuesto, lo putean (lo cual no es verosímil porque está manejando un ciclomotor, cuya velocidad difícilmente supere los 30 kilómetros por hora).

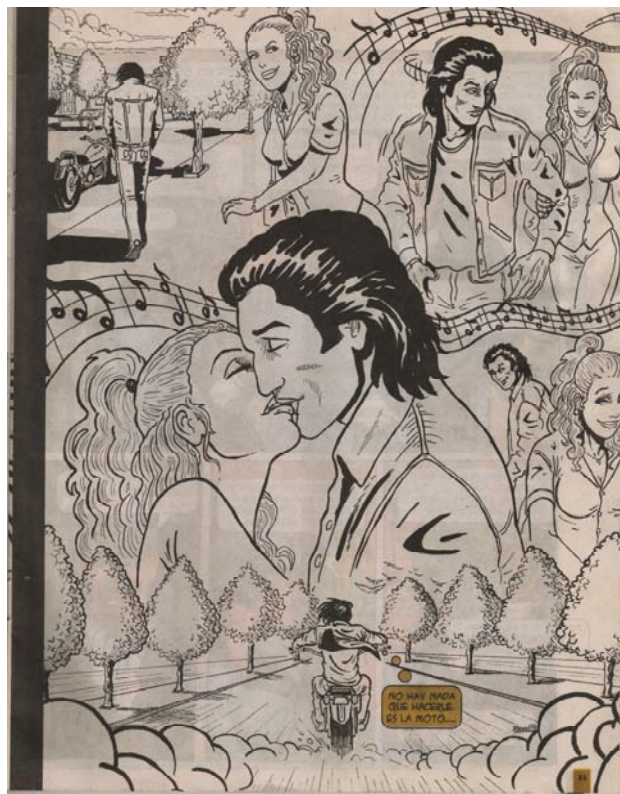
Esa misma noche, después de entregar una pizza a una mujer con un cuerpo escultural que lo atiende en ropa liviana, le roban el ciclomotor, propiedad del dueño del negocio. En los cuadros siguientes, ya de mañana, se observa a Diego en una sórdida habitación tirado en la cama, muy golpeado. Ingresa la mujer del dueño de la empresa para la que trabaja, Marcela, una mujer en apariencia mayor que él. Marcela también está vestida con ropa liviana, casual, pero sexy. Termina haciéndole una fellatio. En el cuadro se los ve en primer plano y detrás, en la pared, un afiche de *Oktubre*, disco emblemático de Patricio Rey y los Redonditos de Ricota.

A continuación, Diego va a la pizzería. En el momento en que Diego entra al despacho del dueño lo ve subiéndose el cierre de la bragueta, mientras una moza de la pizzería sale por la puerta de su despacho. Diego no dice nada. El dueño lo echa. No le da indemnización alguna porque piensa que estuvo involucrado en el robo del ciclomotor. Además, asegura tener contactos con el comisario sugiriendo que, ante la duda, va a desequilibrar a su favor. Marcela, la despechada mujer del dueño, promete conseguirle algo. En el cuadro siguiente, se lo ve a Diego haciendo un trueque: seis motocicletas por una moto. “Con la ‘indemnización’ al menos ya tengo para trabajar por mi cuenta”, dice Diego.

Más tarde, y casualmente, se encuentra con la primera de las mujeres, aquella despampanante a la que le había llevado una pizza. La invita a salir. Al principio ella le dice que tiene novio. Y Diego se retira, honorablemente vencido. Pero, en un arranque impulsivo, la mujer lo agarra de un brazo y lo besa en la boca apasionadamente.

El último cuadro es un dibujo del mensajero en moto, de espaldas, solo, yéndose hacia ‘el porvenir’, la camisa al viento, pensando: “No hay nada que hacerle. Es la moto.”

Además de la obvia alusión al poder que tendría la moto a la hora de la conquista amorosa, en esta historieta también aparecen cuestiones como el deseo de autonomía (cuando, tras el incidente del robo, puede comprarse una moto y trabajar por su cuenta); las reacciones que supuestamente generan los mensajeros entre los conductores de autos; la relación disimétrica con el dueño; la precarización laboral; el éxito con las mujeres; el consumo de rock (y particularmente de un conjunto de rock asociado a la intransigencia con los circuitos mercantiles); la soledad (el viaje del último cuadro lo realiza solo), entre otras cosas.



En cierto sentido, entre la cristalización que significa esta historieta, y el conjunto de disposiciones hacia las decisiones laborales que recogí en mi trabajo de campo, hay ciertamente una distancia insalvable. Pero también algunas líneas de contacto. De otro modo, la historieta no sería eficaz.

Texturas

Como se vio, desde la mirada de los propios mensajeros, las decisiones respecto de lo laboral no están orientadas solamente por restricciones económicas, sino que más bien se conjugan con un conjunto de disposiciones valorativas relativamente indeterminadas. Aún dentro de la precariedad que predomina en los empleos de los jóvenes que se incorporan al mercado laboral durante la década de 1990, los mensajeros particularizan su ingreso con un peculiar sistema de decisiones. Ni mejor ni peor que otros, este sistema de decisiones contiene una serie de elementos que juegan su juego en el marco de los condicionantes estructurales: consiguen obtener un pequeño capital económico; evalúan las oportunidades coyunturales; saben que no pueden vivir sin trabajar; deciden constituirse como mensajeros orientados también por elementos del orden de lo simbólico ligados a valoraciones (la calle, las mujeres, la autonomía). En

esta trama organizada tanto por ejes concretos como imaginarios, la precariedad esgrimida como rasgo de su actividad, dialoga con el deseo de integración plena. Pero ese diálogo se hace en voz baja; aún queda un ‘resto’, como se verá más adelante, que se preferirá ocultar.

Al observar las trayectorias de ingreso al mercado laboral, la constatación que surge es que el sistema de decisiones pone en diálogo restricciones generales de tipo estructural con opciones relativamente indeterminadas aunque racionales y activas. Además, ser mensajero es resultado de una decisión que excede el cálculo puramente instrumental. Parece importante remarcar, entonces, que sin descuidar las explicaciones que focalizan en los procesos macro del régimen de acumulación capitalista, los elementos simbólicos con los cuales operan los sujetos traman dinámicamente la tensión entre la transición (de la juventud a la adultez) y la trayectoria (que dibuja el conjunto particular de decisiones eslabonadas). La tensión mencionada podría extrapolarse a los procesos de toma de decisiones de otros grupos juveniles de los últimos años en Argentina, para iluminar las zonas no determinadas totalmente por la estructura, donde juegan sus juegos los sujetos ‘reales’.

Como sostiene Levi, la presencia de ese grado de indeterminación relativa en la elección del formato laboral indica que “la estructura no da explicaciones de los comportamientos y de los acontecimientos. Describe, como mucho, cómo algunas características definen una cultura” (1991: 14).

Ahora bien: ¿de qué trata, de qué ‘está hecha’ esta cultura? ¿Es previa a la práctica de ser mensajero? ¿Es un sistema de señales hacia fuera, al modo de una tribu urbana? ¿O es un conjunto de operaciones rutinarias que inscriben un modo de entender el mundo en el cotidiano laboral? ¿Y cómo es entonces la vida cotidiana de los mensajeros? ¿Con qué elementos construyen este formato, que sería ‘atípico’ desde el punto de vista de la sociología laboral, pero que lenta y rutinariamente se va constituyendo, desde la propia práctica, en un trabajo bastante similar a cualquier otro? ¿En qué sentido puede la moto hacer una diferencia? ¿Qué tiene la moto de particular? ¿Y cómo es trabajar en moto?

De eso se ocupará el próximo capítulo.

2. Motos y mensajeros

Cuando tienes que decidir algo importante, lo mejor es dar prioridad a los detalles insignificantes. Empezar por cosas realmente estúpidas, por esas que cualquiera puede ver, que cualquiera puede entender. E invertir mucho tiempo en ellas.

Haruki Murakami, *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*.

En este capítulo me interesa presentar a los mensajeros desde otra perspectiva: ya no en relación con el marco dentro del cual tomaron la decisión de trabajar de lo que trabajan, sino en relación con la especificidad de la práctica laboral en su encuadre cotidiano. Para iluminar esta especificidad me fue útil ponerlos en contraste con otros personajes urbanos que andan en moto: los repartidores y los motociclistas. La especificidad de la rutina laboral aporta datos respecto de disposiciones que se construyen en el cotidiano laboral, y que difieren de los otros usuarios de moto mencionados. La importancia de este señalamiento es que, dentro del conjunto de usuarios de moto, quienes estuvieron en las calles en diciembre de 2001 no fueron ni los repartidores ni los motociclistas, sino los mensajeros, con sus modo particulares de desplegar una práctica concreta.

Motos

Una extremadamente fría mañana de invierno me subí a la moto del Pato, el dueño de una mensajería ubicada en una localidad del sur del Gran Buenos Aires. El viaje fue corto, no más de veinte o treinta cuadras. Por consideración a mí, el Pato fue más despacio que lo habitual. Además, yo iba en el asiento de atrás lo cual apaciguaba el impacto del viento. A pesar de todos estos atenuantes, el aire frío me atravesaba como un cuchillo, me caían lágrimas por la cara y las manos parecían alcanzar el punto de congelamiento en sólo segundos. Mientras recorriamos las calles bajo el cielo gris, me preguntaba qué estaba haciendo a esa hora de la mañana tan lejos de mi casa muriéndome de frío, por qué no había elegido otro grupo para estudiar, qué podía aportar esa experiencia a la academia, y otros tantos interrogantes desatinados. Pero, fundamentalmente, me preguntaba por qué hay quienes trabajan de mensajeros en moto.

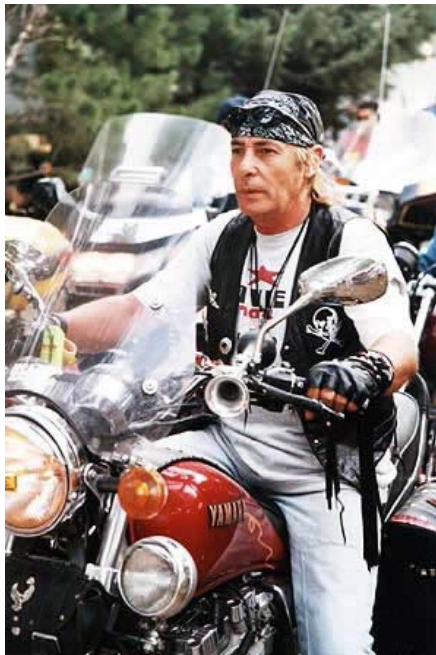
Confieso que en ese momento mi proceso de investigación se encontraba en un estado ciertamente ‘desangelado’. Hasta entonces, las observaciones me habían ido conduciendo, desde la fascinación inicial, hacia una suerte de nivelación con cualquier otro tipo de trabajo, lo cual me había llevado a especular con que las diferencias entre el trabajo de mensajero y otros eran bastante relativas: si, como casi todos, tienen horarios de entrada y de salida, rutinas, momentos de escape o de fuga, situaciones de camaradería; y si, como en casi todos, hay una familia detrás, proyectos de vida, deseos de estar mejor, ¿qué los hacía diferentes? Esa mañana helada, antes de subirme a la moto, estaba bastante convencida de que, salvo por el uso del vehículo, el resto eran diversidades nimias dentro de un conjunto de elementos en común con otros formatos laborales. Andando ese trayecto con el Pato, me di cuenta de que justamente la moto es la gran diferencia. Y que esta diferencia no es ninguna nimiedad.⁷⁰

Dentro del reducido espectro de personajes urbanos que usan moto, los mensajeros se cruzan con dos ‘vecinos’: por un lado los repartidores de delivery, que andan en motociclos (generalmente provistos por las empresas); y por el otro, los motociclistas (aquellos que ornamentan sus vehículos y los ostentan en encuentros de motos organizados para tal fin).

A los efectos de esta tesis, los motociclistas son aquellos que utilizan motos de alta o mediana cilindrada que han sido transformadas a gusto del poseedor y, por eso, son denominadas *custom* o *chopperas*.⁷¹ Las motos que usan los motociclistas resaltan por las señales de customización. Respecto de este proceso, Malagón describe: “El motociclista puede elegir modificar las ruedas, el motor, la carrocería, el manubrio, la horquilla, o todos esos elementos. También se las decora, generalmente con motivos asociados a la potencia, la libertad y la velocidad: llamas de fuego, alas, rostros y cuerpos voluptuosos de mujer, animales y bestias salvajes y/o míticos, esqueletos, guadañas y otros motivos personales del motociclista. Además, otro rasgo de personalización es que las motos suelen tener un nombre, generalmente de mujer” (2006: 5).

⁷⁰ Aunque la moto obliga a ‘aguantar’ las condiciones climáticas derivadas de la intemperie, este ‘aguante’ no es central a la definición nativa de la práctica. Sólo a modo de comparación, el ‘aguantar’ en los mensajeros no posee las connotaciones de resistir una confrontación con fuerzas de algún grupo rival, como ocurre entre hinchadas de fútbol (Garriga Zucal, 2007). En todo caso, la variedad de ‘aguante’ vinculado a las inclemencias meteorológicas podría analogarse con algunos sentidos estudiados entre los jóvenes que asisten a recitales de rock, respecto de que cuanto más precarias las condiciones a soportar para seguir a un grupo, más cerca se está de ser un practicante ‘auténtico’. Para ampliar ver UBACyT (2005). Un análisis comparativo entre los significados del aguante en el rock y en el fútbol, puede verse en Garriga Zucal y Salerno (2008).

⁷¹ Chopper es el apellido de quien inventó este tipo de moto, cuya horquilla está más alargada que el resto.



Otra figura asociada a los motociclistas son los Moto-Clubes, que tienen un estatuto sólo conocido por los miembros. En este estatuto se indican las normas, los procedimientos y las metas a cumplir. Se manejan con la lógica del secreto. “La idea no es develar sino aprender”, afirman. Los Moto-clubes tienen tres categorías de socios: el miembro (o escudo o escudado), el prospect (o medio escudo) y el hang-around. El miembro no sólo conoce totalmente el estatuto que reglamenta sino que puede tomar decisiones y dar órdenes a las otras dos categorías. El prospect es quien lleva varios meses de asistencia al Club (más de seis, usualmente) y por eso conoce parte del estatuto. Tiene que ir regularmente a las reuniones, concurrir a algunos encuentros de otros Moto-Clubes y respetar y obedecer lo que le indican los miembros. El hang-around (“un esclavo”, en palabras de un informante) debe obedecer lo que mandan los otros.

Además de los Moto-Clubes existen también las Agrupaciones, que no son asociaciones civiles, ni tienen estatuto y su organización es horizontal. Suelen ser grupos de amigos que organizan encuentros y eventos como los Moto-Clubes, pero no tienen jerarquías internas. Las Agrupaciones también usan chalecos y tienen símbolos que los identifican, y ciertos valores e ideales comunes, similares a los de los Moto-Clubes. Los motociclistas pueden asociarse también en Hermandades que dan albergue a los miembros de los Moto-Clubes de viaje por el mundo.⁷²

⁷² Para ampliar ver Malagón (2006).



73

Independientemente de si participan o no en clubes de motociclistas, en su vida cotidiana los mensajeros no son motociclistas, fundamentalmente porque usan la moto para trabajar. Tampoco se consideran repartidores, no sólo por el tipo de vehículo utilizado, sino por cuestiones relacionadas con el formato de trabajo en sí, como se verá más adelante.

Una figura intermedia entre los mensajeros en moto y los repartidores de delivery, son los “distribuidores”. Contratados por empresas de correo para hacer entregas en moto, adoptan para autodenominarse el nombre que les fue asignado: distribuidores. No son dueños de sus vehículos; usan motos y no motocicletas; tienen horarios diurnos; y utilizan uniformes de colores vivos.



La distinción entre los motociclistas, los repartidores y los mensajeros es de diversa calidad. En primer lugar, una serie de rasgos visibles aportan las primeras pistas.

La postura de quienes conducen motos varía según la cilindrada del vehículo: los repartidores conducen sus motocicletas como si estuvieran sentados en una silla, con la

⁷³ Las fotos fueron extraídas de www.rubenpinella.com.ar/galerias/elperiodista/motoqueros/motoqueros.htm

espalda derecha, mientras que los motociclistas se recuestan sobre sus motos, ya sea hacia adelante, o sosteniendo el manubrio y echando el tronco hacia atrás como quien conduce un coche deportivo. Las motos de los mensajeros, de alrededor de 125 cm³ de cilindrada⁷⁴ (aunque obviamente varían de modelo y de marca), obligan a conducirlos como si se fuera a caballo.

Estas distinciones, siendo atributos externos y, por eso mismo, relativamente fáciles de identificar, son objeto de señalamiento entre los mensajeros. Los motociclistas, que no usan la moto para trabajar, son identificados como los “amantes de las motos caras, los que hacen los encuentros de motos. Tienen otros códigos. Usan la moto para pasear. Para ellos es un hobby”. La distinción no la establece la calidad del vehículo. El eje de diferenciación es el uso que se le da: para trabajar o recreativamente.⁷⁵ Por eso mismo son las señales de uso, y no las ornamentales, las que distinguen externamente si la moto es de un mensajero o no. El uso y la autenticidad de las señales marcan un límite de exclusión: supuestos mensajeros cuyas motos relucen por su aspecto impecable, son considerados inauténticos (“payasos”).

Pero también hay un componente de tipo instrumental en esto: las motos sucias son menos atractivas para ser robadas. Rocco dice: “fijate que los pibes que laburan [trabajan] en la moto las tienen cachadas [magulladas], las dejan sucias, y es una cagada porque vos tenés una moto y la querés tener bien, pero para laburar no la podés ni lavar, porque te ven que brilla un poquito y enseguida te la afanan [roban]”.

Por su parte, los ciclomotores que usan los repartidores se distinguen a simple vista por el cubo de plástico que llevan en la parte de atrás, y, eventualmente, por la marca de la empresa. Al no ser propietarios, obviamente tienen restringida su posibilidad de personalizar (o customizar) el vehículo, como sí lo hacen los motociclistas. Pero, además, los motociclos “no son para fletear, se descontrolan, son de plástico, se desarman. Son motos ideales para las señoras, para pasear, o para laburar pero repartiendo pizzas”.

Los atributos externos marcan entonces un primer límite entre quienes usan la moto en su tiempo libre, y quienes la utilizan para trabajar. Pero incluso dentro del conjunto de los segundos, los trabajadores en dos ruedas, entre los repartidores y los

⁷⁴ Para poder comparar, las motos que usa la policía tienen entre 900 y 1100 de cilindrada; las de la mayoría de los motociclistas, que están personalizadas (customizadas), está alrededor de los 500/650. Agradezco a Daniel Salerno por los detalles técnicos vinculados con los motores, detalles que a mí se me escapan a pesar de todos los esfuerzos en contrario, de él por enseñarme, y míos por aprender.

⁷⁵ De hecho, las motos usadas en venta son más valoradas si no se usaron para el trabajo de mensajero, como lo refuerza este aviso: “Por último la moto no tiene ningún detalle, ni choque ya que la utilizo para ir al laburo (de ONCE al MICROCENTRO), donde la pueden ver siempre. NUNCA SE USO PARA FLETEAR y TIENE 34000 KM reales”. Publicado en <http://www.deremate.com.ar>. Acceso: 28 de agosto 2006.

mensajeros se establecen otras fronteras ligadas al formato laboral. Una de ellas es el horario de trabajo. “Los que hacen delivery trabajan los sábados a la noche, son de otra raza”. Los repartidores pueden tener horarios diurnos y/o nocturnos; mientras que la jornada laboral de los mensajeros, en general, finaliza entre las 18 y las 19 horas (algunos hacen delivery al finalizar la jornada pero son sólo la minoría).

Otra frontera, en principio, son los recorridos: los de los repartidores son más cortos, generalmente a pocas cuadras del lugar-base y siempre salen y regresan del y al mismo lugar, de allí el uso de ciclomotores.⁷⁶ “Con un 110 no me tiro para hacer mensajería”. “¿Y delivery?”. “Delivery es por la zona”, dice Rocco. Los viajes de los mensajeros oscilan entre los ciento cincuenta y trescientos kilómetros diarios.⁷⁷ Los viajes se encadenan con la ayuda de sus handies⁷⁸ que les permite no regresar al punto de salida. Esto marca una de las grandes diferencias entre repartir y fletear, el tipo de viajes. De hecho sólo usan handy los mensajeros en moto, que encadenan con ellos los viajes, sin necesidad de regresar a la base, cosa que no hacen los repartidores.

Más allá del formato laboral, y de los atributos, las diferencias se van haciendo cada vez menos visibles. Además de los horarios de trabajo, los recorridos y el vehículo, otro elemento de distinción con los repartidores es la ecuación que se establece entre el trabajo como medio o el trabajo en sí mismo. En general los repartidores en motociclo no ven a su tarea de repartir más que como un momento provisorio, o, en última instancia, como un peldaño hacia otro tipo de trabajo. Uno de ellos afirmó: “El que sigue en ésa no quiere progresar. Hace eso porque no terminó la escuela” (citado en Lobos, 2006: 6). Consideran que su trabajo no es ‘serio’, excepto cuando pasan a la categoría de mensajero (si es que lo hacen, porque no todos los repartidores comparten esta aspiración), momento en el cual su trabajo adquiere otro estatus. Por el contrario, ser mensajero no implica un modo de comenzar una trayectoria ascensional de inserción en el sistema económico-productivo. El ingreso al formato de mensajería se produce en algún momento de la vida del sujeto, generalmente ligado a algún suceso fortuito pero definitorio y oportuno: un accidente, la salida de la conscripción militar, la llegada de un hijo, la indemnización por despido.

⁷⁶ Digo ‘en principio’ porque esta frontera no termina de definir la práctica. De hecho muchos mensajeros que trabajan en el microcentro porteño usan bicicletas y con ellas realizan recorridos cortos.

⁷⁷ Sólo para señalar otra diferencia, los viajes de los motociclistas, que son episódicos, promedian los 3000 kilómetros.

⁷⁸ El handy es un aparato inalámbrico con el cual dos personas pueden comunicarse a la distancia.

Para Miguel, la experiencia definitiva fue la excepción a la conscripción obligatoria,⁷⁹ obtenida a través de una artimaña (de hecho, fue una de las primeras cosas que me contó sobre su vida). Motivado por la necesidad de burlar tanto el control como el encierro que él suponía iba a significar la instrucción militar, Miguel se entusiasmaba relatándome los artilugios que hizo para escapar de la conscripción. A pesar de probar algunas astucias no lo consiguió enseguida. En la última revisión médica le pusieron el ‘Apto’ en el DNI (Documento Nacional de Identidad) y en ese mismo momento lo trasladaron a Bahía Blanca. Después de la instrucción, un ‘capo’ les comenta, como al pasar, que los hijos de madre separada y enferma estaban exceptuados. Recién entonces a Miguel se le ocurrió la idea de ‘inventarle’ una discapacidad a su madre y, de ese modo, pudo acceder a la excepción. La experiencia de la instrucción, del corte de pelo y de las burlas por parte del personal militar a cargo parecen haber marcado el fin de una etapa y dar comienzo a la siguiente: al regreso de Bahía Blanca, y tras una serie de breves experiencias laborales, Miguel empieza a trabajar de mensajero. De hecho, en el relato de cómo pudo escapar de la conscripción, se salteó contarme estas breves experiencias laborales, y encadenó la salida de la conscripción directamente con lo que sucedió después: adquirió su primer conchabo de mensajero pidiéndole la moto prestada a su hermano, que la usaba los fines de semana para salir.

La entrada al mundo de las motos de Enrique se produjo a partir de un accidente que tuvo trabajando como cartero: “Me chocó un coche. Caí, me rompí la cabeza contra el asfalto, me quebré la clavícula y un corte en la pierna (...) Y ahora estoy por mi cuenta. Después del accidente, ahí se me ocurrió la brillante idea de comprarme una moto”. El caso de Norberto, por su parte, es similar: amante de las motos desde siempre, se hizo mensajero a raíz de un episodio (que evitó narrar) que lo decidió a dejar su provincia natal, su mujer y su trabajo para venir a Buenos Aires a probar “otra suerte”. El caso de Norberto es significativo porque produjo este cambio a los 40 años, lo que señala un desplazamiento respecto a las concepciones que definen a la juventud como un ‘umbral’ hacia la madurez.⁸⁰

⁷⁹ Miguel integró la última camada en cumplirla obligatoriamente.

⁸⁰ Esta concepción ‘esencialista’ ha sido suficientemente desechada en los trabajos sobre jóvenes. La literatura sobre juventud coincide en señalar, en este sentido, dos grandes enfoques: uno que, a grandes rasgos, define a los jóvenes en relación con la generación adulta; y otro que relativiza el concepto de juventud, enfatizando sus componentes socio-culturales. En este último sentido, es conocida la frase-slogan de Bourdieu (1990) que afirma que la ‘juventud’ no es más que una palabra. Una posición teórica interesante es la de Margulis y Urresti (1996) quienes sostienen que, si bien no se deben considerar únicamente criterios biológicos para definir a la juventud, tampoco pueden olvidarse factores de clase, género o etnia que implican modos diferentes de vivenciar la experiencia de ser joven. Para ello

En todos estos casos el acceso al mundo del trabajo, y por ende la decisión tomada respecto de ser mensajero en moto, es una experiencia de ruptura hacia delante -aunque no se sepa cuánto durará ese ‘adelante’. En términos de Silva da Sousa, la experiencia de ruptura señala un *acaso*, un acontecimiento, un evento de alguna manera involuntario “perfectamente identificable en la biografía” (2006: 107). Sólo que, en el caso de los mensajeros en moto, y a diferencia de los *bandidos* estudiados por Silva da Sousa, este acontecimiento no los conduce a un ingreso fatal sin retorno, sin posibilidad de egreso como en el caso de los bandidos, sino que los enfrenta a una decisión que se toma a partir de ese evento fortuito. Y cuando se duda, se regresa a la opción original, como hizo Picachu que, después de fletear ocho años, pudo juntar algunos ahorros con los que decidió comprarse un auto; trabajó cerca de un año como remisero y luego regresó a la mensajería en moto. Muchos mensajeros han tenido experiencias en otros empleos hasta antes de empezar a fletear. Lo interesante del caso de Picachu es que, después de probar otro trabajo (de hecho, visto desde ‘afuera’, bastante similar), volvió a la mensajería en moto. La persistencia en un formato laboral, o al menos en el rubro, es una característica que marca una distancia crucial con sus ‘vecinos’, los repartidores.

Claro que es imposible saber los caminos que tomarán cuando sus cuerpos ya no resisten los continuos viajes en moto. De hecho, cada vez que comento mis impresiones sobre los mensajeros en moto con otras personas, surge inevitablemente la pregunta acerca de lo que harán estos sujetos para ganarse la vida al cumplir cuarenta años (sin saber, acaso, que algunos de ellos ya han atravesado esa barrera). Un interrogante difícil de responder, incluso entre los mismos mensajeros. En primer lugar, porque muchos de ellos **ya** tienen cuarenta años, o más. Y luego, porque la actividad misma de mensajería en moto es relativamente reciente y aún no hay ‘jubilables’ entre ellos. Sólo algunos pocos cuarentones han conseguido reciclarse en las secciones administrativas de las mensajerías haciendo tareas de contabilidad o atendiendo los pedidos.

Los mecanismos de distinción ‘hacia fuera’, entonces, se corresponden con el uso del vehículo, los recorridos y los horarios implicados en el trabajo, la relación entre

proponen, partiendo del dato generacional, observar los diferentes modos en que la moratoria vital, común a todas las clases, se combina con estos otros factores conformando una formación socio-cultural específica de juventud/es. La crítica de Margulis y Urresti se dirige, entonces, doblemente, a Bourdieu, dando cuenta de la existencia de un anclaje generacional común a todos los sujetos, y a quienes hacen recaer el análisis en la moratoria social, concepto que restringe la condición de juventud (relacionada con la posesión de tiempo a favor) a los sectores sociales medios y altos. Un recorrido crítico sobre estas y otras cuestiones puede verse en Pereira Barbosa (2007).

el formato laboral y sus trayectorias de inserción en el sistema productivo, y la permanencia.

Jerarquías internas

Hacia adentro del grupo funcionan otros parámetros de distinción, los cuales no se relacionan directamente con la moto (con el tamaño, la marca, o la cilindrada), sino con los grados de acceso a beneficios sociales derivados del tipo de relación laboral. Así se establece una suerte de orden jerárquico, en la cumbre del cual aparecen aquellos que están incorporados como empleados en alguna empresa, y cuentan con sueldo fijo, en blanco, seguros de accidente, vacaciones, obra social y aguinaldo. A continuación están quienes trabajan en alguna mensajería, cobran por viaje realizado, en algunos casos están contratados con la figura del contrato de locación y asegurados en una ART. Y en último lugar, los que trabajan por su cuenta. Los repartidores caen por fuera de esta clasificación.

Los primeros, los que pertenecen a alguna empresa, poseen una relación laboral estable y dependiente. Por eso algunos tienen dos motos: si una se les rompe, usan la segunda. En caso de no contar con esta opción, no dejan de ir a la empresa por la mañana y realizan entonces los encargos a pie, como el caso de Miguel, que trabaja fijo en un laboratorio y que un día que tuvo un percance con la moto y no podía utilizarla para trabajar, se presentó igualmente en horario y fue en tren hasta el centro a realizar los trámites.

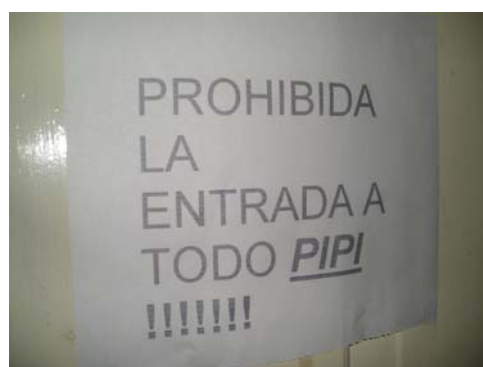
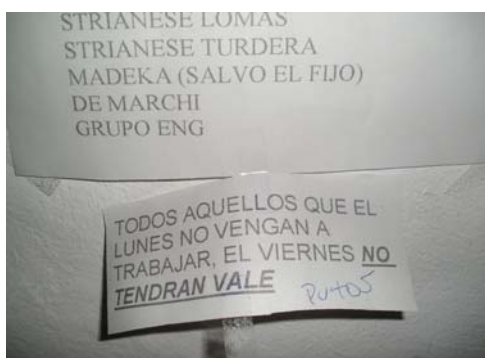
Para quienes aún no alcanzaron el estatus de trabajar fijo en una empresa, las mensajerías son otro modo de inserción. Las hay de distintas clases: desde aquellas atendidas por ex mensajeros ubicadas en locales con espacios sectorizados según la función; las armadas por alguien que no tiene nada que ver con el rubro y que contrata a un/a telefonista para manejar el negocio; pasando por las que funcionan en el domicilio privado de uno de ellos, cuyo teléfono lo atiende generalmente su mujer quien, a su vez, se maneja por handy con los mensajeros; hasta las constituidas por pocos mensajeros, amigos que se “pusieron el kiosco”.⁸¹

⁸¹ Este ‘kiosco’ tiene grados de informalidad relativos, que no llegan (al menos hasta donde pude averiguar) a parangonarse con el caso de San Pablo, donde una práctica común entre los ‘motoboy’s es armarse la propia agencia directamente en la calle, utilizando los celulares o un teléfono público para recibir los pedidos, y teniendo una esquina como ‘base material’ de la empresa. Para ampliar ver Avlasevicius, Mutaf y Stiel Nieto (2007).

En las agencias más grandes, además de los mensajeros que entran y salen continuamente, hay una, dos, o tres personas: el dueño, que puede ser el que tramita lo concerniente a los papeles o a su vez puede contratar a un tercero, y un mediador entre las solicitudes telefónicas y los mensajeros. Por lo general, se trabaja con empresas fijas que, entonces, abonan en cuentas mensuales los servicios de mensajería. Si están ubicadas en el micro o macrocentro, tiene motos y bicicletas, estas últimas igualmente aptas para las calles muy transitadas. En el Conurbano, sin embargo, y en virtud de la longitud de los recorridos, las motos son indispensables.

Lucas, actual dueño de una mensajería ubicada en el corazón tribunalicio de Buenos Aires, empezó a fletear en una mensajería; luego lo hizo un tiempo por su cuenta y más tarde decidió poner una agencia propia. El Pato, dueño de una mensajería de una localidad del sur del conurbano bonaerense, hizo una trayectoria similar. Ser dueño es otro modo de alcanzar posiciones diferenciales. Muchos fueron mensajeros en moto con anterioridad, lo que los hace más amigables a los ojos de sus empleados, a pesar de lo cual suelen señalarse las posiciones con fronteras espaciales: los dueños tienen un office separado de la sala común.

Del mismo modo, aunque por razones de aislamiento necesarias para el trabajo, quien atiende el teléfono habita un espacio delimitado ya sea por cuatro paredes o por un box. En un sentido, el que recibe los llamados es el engranaje fundamental de las mensajerías. Trabajan solos/as, atendiendo el teléfono y conectándose a través de los handies con los mensajeros, y de celulares con los clientes y/o con las esposas de los que están en la calle. Es difícil entablar una conversación fluida con ellos/as mientras trabajan. Las pantallas de sus computadoras lucen diversos colores que señalan los grados de urgencia o complejidad de los viajes solicitados.



Aunque podría pensarse que en el puesto de atención telefónica se privilegia la contratación de mujeres, esto no es exactamente así. La razón de ello es que si el que recibe los llamados fue mensajero con anterioridad, es ampliamente valorado: por el dueño, porque puede asesorar al resto sobre la ubicación del lugar de destino; y por los mensajeros, porque es ‘uno de ellos’. Aunque la modalidad de su trabajo es totalmente diferente al de los mensajeros y está relativamente aislado de la sala común, los recepcionistas son reconocidos como pares. Poseen atributos estilísticos que los emparentan con los que fletean, como el uso de aritos, tatuajes u otros; son conocedores de la práctica y son valorados cuando socializan recorridos, mapas e itinerarios; hablan con las esposas; envían mensajes a los que están en la calle; arman cadenas; incluso otorgan adelantos. No estuve en ninguna agencia donde hubiera una recepcionista mujer, no obstante lo cual imagino que algunos diálogos estarán vedados en su presencia.⁸²

Otra figura laboral es la cooperativa, aunque son muy pocas las mensajerías organizadas cooperativamente que logran sobrevivir. Urbano, que trabajó en una de ellas, califica la experiencia como “muy caótica”. A pesar de que por un contacto con Floreal Gorini habían conseguido clientes importantes, como CABAL o el banco CrediCoop, los mayores problemas que enfrentaron tuvieron que ver, según sus propias palabras, con la dificultad de ‘disciplinar’ a los mensajeros.⁸³

La confianza

Aunque parezca una obviedad, los mensajeros en moto trabajan repartiendo cosas, llevando y trayendo objetos pequeños, dinero y/o documentos. Pero en esta descripción el elemento central no es el acarreo sino los objetos. Y, en este punto, no interesa el vehículo utilizado, ni su cilindrada: lo que importa es aquello que se transporta. “Tiene moto, pensamos que era motoquero, pero no era motoquero. Labura con las motos pero repartiendo facturas”, dice el Mono. Es que las pizzas no se fletean, se reparten. Por eso, más que mochilas, los mensajeros usan unos bolsos rectangulares a modo de bandolera, para poder llevar los documentos. Y aunque en una primera instancia (acaso la más

⁸² Tampoco podría aseverarlo: mi propia presencia femenina en esos espacios privilegiadamente masculinos, debe de haberlos inhibido de plantear algunos tópicos.

⁸³ “Al principio formamos una cooperativa pero nos fundimos al toque, éramos una manga de adictos, juntándonos para hacer que trabajábamos y así poder drogarnos sin tanto remordimiento”, relata Urbano.

visible), la eficacia de su tarea parecería recaer sobre la velocidad de la entrega,⁸⁴ en verdad se vincula con la confianza.

Y es que, sea individualmente, como cooperativa o como empresa, la base para que el servicio funcione, es conseguir una clientela medianamente fija y la clave para mantener la cartera de clientes está dada por la confianza. La calidad de los documentos y las sumas de dinero que fletean, implican la posibilidad de ganar o perder la confianza para siempre. La labilidad de esta delgada línea está dada porque no existe una figura legal que permita acusarlos de robo. En el momento en que el cliente pone en sus manos dinero o documentación, está aceptando que lo hizo de manera voluntaria. Y aunque en general la entrega se hace en un sobre, los mensajeros saben de qué y de cuánto se trata.



Aviso aparecido en la sección Clarín Económico, 9 de abril de 2006 (p. 9).

La fantasía de quedarse con el dinero no es nada excepcional. Enrique me confiesa, muy suelto de cuerpo, que su límite son cien mil pesos. Y que inclusive así se lo ha dicho al tesorero de la empresa para la que trabaja: “Le dije: ‘no me des más de cien lucas [miles de pesos] porque vas a empezar a recibir postales mías’. Más de cien y no me ven más el pelo”. Incluso he escuchado el relato de un mensajero que se tomó el trabajo de estudiar las cámaras de seguridad de un banco antes de desaparecer con una importante cantidad de dinero (treinta mil dólares según el relator).⁸⁵

⁸⁴ Los nombres de las mensajerías aluden a rapidez y velocidad: Rapimoto, Motoflash, Speedy, Just in time, El Rayo, por poner algunos ejemplos.

⁸⁵ La historia, según me contaron, terminó mal: a este mensajero lo investigaron, le descubrieron una salida al país y ni bien regresó le hicieron firmar su renuncia a la indemnización, antes de echarlo del trabajo.

Y es que las oportunidades son abundantes. Enrique también me cuenta que fue tentado para depositar cheques robados en su cuenta. Sólo debía cobrarlos, entregar el 85% del dinero, y quedarse con el 15% restante. Lo hizo durante un par de meses. Hasta que lo citaron del banco porque uno de los cheques estaba siendo investigado. Este relato vino a continuación del anterior y la resolución de ambos tuvo como corolario: “Estas cosas nunca salen bien”.⁸⁶

Si las historias, que son siempre la narración de sucesos excepcionales vividos por sujetos individuales, ponen al día el modelo cultural que se pretende comunicar a los interlocutores (Van Dijk, 1997), el corolario que le da Enrique a los dos relatos, los agrupa bajo una misma conclusión que tiene como fin confirmar (y reproducir) el imaginario compartido. En este caso el comentario acerca de que “estas cosas nunca salen bien”, no se relaciona con una contraposición de tipo ética que prescribiría la no trasgresión de las normas, sino con la certeza de que es difícil quedar impune. Kessler (2002) ha observado que los jóvenes de menores recursos acuden a prácticas laborales que combinan con delictivas, tándem que este autor caracteriza como un cambio de lógica de ‘trabajador’ a ‘proveedor’. Este cambio de lógica señala que estos jóvenes obtienen recursos a través de distintas estrategias, según su accesibilidad, y sin poner en cuestión la existencia de valoraciones asociadas intrínsecamente a aspectos éticos como las concepciones de ‘lo que está bien y lo que está mal’. Este rasgo aparece también entre los mensajeros, aunque modelizado respecto de la descripción de Kessler, porque no se trata de una alternancia entre un ‘trabajo’ y una actividad ilegal, sino entre dos actividades desarrolladas bajo el mismo encuadre laboral. Igualmente, el límite no está puesto entre ‘lo que está bien y lo que está mal’, límite que estaría situado por fuera de las normas del grupo, sino en las dificultades que encuentran para cumplir su (eternamente postergada) ilusión de no trabajar.

Porque un elemento central es el vínculo que establecen entre el trabajo y el no-trabajo (o su deseo) y la relación de estos sujetos con la obligación de mantenerse y mantener a sus familias. De hecho, un elemento significativo en sus relatos es la figura del ‘sabático’. Miguel se tomó un año de ‘sabático’, entre la conscripción y su primer conchabo como mensajero, una suspensión temporal a la que regresaría si fuera factible y

⁸⁶ Cuando escuchaba el corolario de Enrique no pude evitar la asociación con la película *Busco mi destino*. En la escena previa a la última, Wyatt (Peter Fonda) le dice desencantadamente a Bill (Dennis Hopper): “We blew it, man” (lo arruinamos), en relación con la aventura que estaban disfrutando con un dinero obtenido de modos ilegales. Claro que en este texto filmico paradigmático el límite no recae sobre los dispositivos legales, sino sobre los granjeros del sur de Estados Unidos como representantes de la (poco comprensible) comunidad americana de los años sesenta y setenta, objeto de crítica del film.

si no tuviera que mantener a su madre. Actualmente, cuando vuelve de trabajar, se va a su casa “a leer, a escuchar música, a dormir. Si pudiera, haría eso todo el día”. Cuando entrevisté a Javier, padre treintañero de dos chicos, estaba disfrutando de un ‘sabático’ que se tomó con el objetivo de escribir una novela. Y Enrique define: “(Un sabático) es tomarse un año para descansar, para levantarte a la hora que querés, hacer lo que quieras”.

El trabajo no está considerado ni una suerte de realización personal, ni tampoco una posible ruta de ascenso social. Pero tampoco es, como en el caso de los repartidores, un provisorio peldaño en la escalera hacia otro empleo. Entre los mensajeros, el trabajo es un simple instrumento para mantenerse y/o mantener a la familia. La situación económica no les permite vivir sin trabajar, aunque sus aspiraciones sean otras.

-¿Te gusta el trabajo?

-¿En qué sentido? ¿Si me gusta este trabajo o si me gusta trabajar? –re-pregunta Miguel.

Estereotipos

El programa de televisión *100% Lucha* está organizado alrededor de combates de lucha libre, al estilo de lo que fuera el famoso *Titanes en el ring*.

Entre el staff de luchadores está El rockero, presentado como Roberto Viloni, de Villa Urquiza. Tiene el pelo largo, lacio y lo usa suelto. Sus calzas negras tienen unas llamas de fuego bordadas. Ingresa al estudio en moto y acompañado de una canción de estilo heavy metal (adaptada al oído infantil, claro está). “Su vida es el rock and roll”, dice el álbum de figuritas que acompaña al programa. “La guitarra y su moto, sus compañeras inseparables (...) Su rubia cabellera se sacude al viento no sólo cuando anda en su moto, sino cuando vuela desde lo más alto del ring para vencer a sus rivales. Nadie se atreve a tocar a Viloni”.⁸⁷

Otro de los personajes es el Delivery boy, llamado Brian Sánchez, quien hace su aparición montado en un ciclomotor con el típico cubo detrás. En la emisión del día 2 de abril de 2006, se lo vio entrar a pie. Una cámara tomó el primer plano de un furioso pizzero, supuestamente el *dueño* del ciclomotor. Más adelante ese mismo día, Viloni, El rockero luchó contra Tortícolis, un personaje caracterizado como muy malo, que entró al estudio en el ciclomotor del Delivery boy, mientras Osvaldo Príncipi, el comentarista,

⁸⁷ *100% Lucha. El álbum oficial*, Telefé-Endemol-StickerDesign, Buenos Aires, 2006, p.6.

vociferaba: “¡Le han robado su herramienta de trabajo!”. Su aparición también es comentada exclamando que “viene a luchar después de 18 horas de trabajo”, o que “le adeudan cinco meses y el aguinaldo”. En el álbum de figuritas, al lado de su fotografía se lee: “Con su veloz motoneta reparte pizzas y empanadas por la ciudad. Tiene 8 hermanos, estudia y en su tiempo libre practica lucha (...) Siempre apurado porque no llega con los pedidos, trata de terminar lo antes posible sus combates. A veces lo logra, otras no. ¡Pero jamás se rinde!”.⁸⁸



Otro personaje urbano El colectivero, llamado Mario Morán (actualmente reemplazado por su ‘hermano’, Tito). Usa el pelo corto y anteojos negros, viste camisa celeste con corbata, jeans y zapatillas. Ingresa al estudio acompañado de un tango. Está caracterizado como tan malo que hasta se pelea con viejitas. En la emisión del 12 de marzo de 2006, en el medio de una lucha, un taxista entró a encararlo porque lo había encerrado en la calle.

Esto no significa pensar que los medios “reflejan” algo de la realidad que pueda ser recuperado sin más mediación por el análisis, como si aquéllos fueran simples dispositivos permeables a la inscripción cultural y a partir de los cuales se podría reponer una suerte de crítica cultural. Lo que me disparó este programa fue pensar en los estereotipos. Los personajes urbanos que usan motos son fácilmente identificables, siempre que operen con los dos extremos: el motociclista (rockero) y el delivery boy. Los mensajeros en moto, que estarían en el medio, son los ‘grises’, y por lo tanto no sirven a los objetivos de los medios. Los estereotipos son muchísimo más efectivos para la labor de codificación: facilitan la lectura y asegura de ese modo la fidelidad de sus audiencias.

⁸⁸ Ibid. p.8

De las motos al fleteo

En ocasión de un estudio sobre el comer en Francia, Giard (1999) sugiere, siguiendo el modelo de Levi-Strauss (1972), que la coherencia lógica de las prácticas se sitúa en tres niveles: la lógica de las calidades sensibles, la de las formas y la de las proposiciones.⁸⁹ En esta última parte del capítulo se partió de un análisis de aquello que podría homologarse con las calidades sensibles de los materiales (en este caso, los vehículos), para luego ir desagregando sus elementos en una complejización creciente. Se comenzó por los atributos más ‘visibles’, iluminando los ‘grises’ que señalan diferencias y similitudes con otros grupos urbanos. En su pura materialidad, estos atributos señalan un recorte posible, distinguible por sus rasgos exteriores, entre diversos personajes urbanos que andan en dos ruedas. Y a la vez, pueden ocultar las diferencias que existen entre la práctica auténtica y otras. La moto habilita la práctica de fletear pero no la define. De hecho, como se mencionó, en el microcentro es habitual ver mensajeros en bicicleta, lo cual no los expulsa del ‘nosotros’, como sí lo hacen los objetos que transportan.

Luego, en verdad, la distinción se dirige hacia ambos ‘vecinos’: por un lado, los motociclistas no usan la moto para trabajar; por el otro, los repartidores no transportan objetos valiosos (léase documentos o dinero). Si fletear se distingue de otros formatos laborales, básicamente, por los objetos que se trasladan (y por la confianza depositada en los sujetos que trasladan esos objetos), la moto permite el fleteo. Pero no lo determina.

Ahora bien: en este capítulo se re-colocó el resultado de decisiones tomadas de modos relativamente racionales en el contexto del trabajo cotidiano, donde efectivamente realizan sus trayectorias laborales. Y en ese contexto, los mensajeros son ubicados en posiciones y jerarquías concretas. Esto es porque una trayectoria supone que el recorrido no termina una vez ingresados al mercado de trabajo; muy por el contrario, estos sujetos construyen su práctica laboral en el transcurso mismo de unos trayectos que todavía están transitando. En este sentido, los mensajeros han ido constituyendo un modo de trabajar, traducible en la práctica de fletear, que combina disposiciones hacia la sociedad adulta particulares, con rutinas materiales concretas, y con valoraciones ideales hacia lo que implica ser un sujeto que interactúa con otros.

⁸⁹ La primera de las lógicas se refiere a la selección inicial de los alimentos; la segunda a las mezclas y combinaciones autorizadas; y la tercera a los “modos de comportamiento” en la mesa y el calendario de prohibiciones provisionales (Giard, 1999: 186).

La práctica de fletear, objeto del siguiente tramo de la presentación, sintetiza de algún modo estos procesos. En la tediosa rutina del cotidiano laboral, se despliega el fleteo, una práctica vertebrada por ciertos componentes que dan cuenta de las formas en que los mensajeros en moto experimentan el poder, la autoridad y la jerarquía.

3. Fletear

Ser sólo este punto vidente, es la ficción
del conocimiento.

Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*, 1996.

Toda práctica⁹⁰ es realizada por sujetos que operan sobre el espacio y el tiempo. Fletear es la práctica que realizan unos sujetos (los mensajeros) en un espacio urbano (la calle) durante un tiempo acotado (el de trabajo). Corresponde, entonces, situar el territorio de análisis en la vida cotidiana porque en la relación articulada entre esas dimensiones se constituye la práctica de fletear. El siguiente análisis focaliza sobre esas tres dimensiones: espacio, tiempo, identidad (Grimson, 2004). Y en ese orden serán desovilladas.

Secuencias y mapas

Fletear implica recorrer itinerarios dentro, fuera, y a través de las fronteras de la ciudad para llevar y traer objetos valiosos. Estos itinerarios cotidianos, aunque distintos según la localidad, presentan cierta recurrencia en el tipo de lugares a los que tienen que ir todos los días. Cuando hablan entre ellos, por ejemplo, los lugares aparecen en los relatos con considerable nivel de escasez de información, porque en verdad es redundante. Por ejemplo, se refieren a “el Patagonia”. Y me aclaran a mí: “El de Corrientes al quinientos”.

Desde la base,⁹¹ el lugar desde el que parten cada mañana, se establecen zonas delimitadas por el alcance del destino y, por lo tanto, por el valor de cada viaje.⁹² Por poner un ejemplo, en una mensajería situada en el macrocentro de Buenos Aires, hay un mapa con cuatro zonas trazadas, denominadas 1, 1 y 1/2, 2 y 3, según la distancia desde la base. En el Gran Buenos Aires, los viajes pueden ser a veinte cuadras de la base, o a localidades distantes unos cuarenta kilómetros de allí.

Como se mencionó, el handy les permite encadenar viajes, lo cual evita que tengan que regresar a la base a buscar nuevos fleteos. A su vez, estas cadenas dependen, muchas veces, de la voluntad discrecional del receptor de los pedidos que está en la base. En algunos casos, por ejemplo, hay intercambio de favores (viajes por bienes), y, en otros,

⁹⁰ En el sentido que le da Williams (2000) al término, como una actividad con significado.

⁹¹ Con la ‘base’ me refiero a un lugar fijo desde el que parten, que puede ser la mensajería o la empresa para la que trabajan en el caso de que sean empleados, o la casa cuando trabajan por su cuenta.

⁹² El valor del viaje se duplica en días de lluvia.

conseguir un viaje depende de la simpatía que se haya despertado en el que recibe los pedidos, especialmente si la recepcionista es mujer.⁹³

La práctica de fletear implica la construcción de una suerte de ‘mapa mental’ cuyos puntos nodales serían los lugares demandados más asiduamente. Un mapa mental que, sin embargo, es una articulación entre el espacio vivido y las representaciones del espacio. El mapa de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) o las famosas guías Filcar, son lo que conocemos habitualmente como una *representación del espacio* (Lefebvre, 1991).⁹⁴ Según Oslender (2002), los saberes técnicos que configuran estas representaciones del espacio están vinculados con las lógicas de visualización hegemónica. Por eso son representaciones ‘normalizadas’, que simplifican la legibilidad del espacio.

Estas representaciones del espacio forman parte de la práctica de fletear y a la vez dialogan con las propias *prácticas espaciales* entendidas como las rutas y redes de los sujetos en la vida cotidiana (Lefebvre, 1991). La modalidad del trabajo de los mensajeros configura unas prácticas espaciales asociadas con la vida diaria y, por eso mismo, con un espacio vivido y percibido de modos condicionados por su trabajo. Esta percepción espacial difiere de la representación normatizada pero, a la vez, se articula con ella. Porque sobre esa ciudad cartografiada, los sujetos que la habitan re-cartografían constantemente otra. Pero no se trata de una cartografía ‘nueva’, que nacería de la nada, y que entonces competiría con la ‘oficial’ en un pie de igualdad, sino de un palimpsesto, en el cual las cartografías cotidianas se sobreimprimen a la oficial.⁹⁵

El diseño de estas re-cartografías difiere según usos y simbolismos asociados a los elementos que intervienen en cada experiencia: fronteras simbólicas, espacios más o menos semiotizados, mapas, circuitos, lugares donde se invierte afecto, zonas de tránsito, etcétera. La construcción del espacio que genera la experiencia cotidiana de los mensajeros, está ligada a itinerarios, a rutas, a fronteras, a líneas que unen puntos. Y esta construcción presenta dos peculiaridades. Por un lado, los bordes de la ciudad implican la delimitación de los espacios según una clasificación que se relaciona con los límites

⁹³ Y su contrario. Una ex-recepcionista de mensajería me contaba que evitaba darle viajes a uno de los mensajeros que trabajaban allí, de quien estaba enamorada, porque prefería que él se quedara cerca de ella.

⁹⁴ Las representaciones sociales del espacio pueden definirse, con Lefebvre, como los espacios concebidos y derivados de una lógica particular y de saberes técnicos, un “espacio conceptualizado, el espacio de científicos, urbanistas, tecnócratas e ingenieros sociales” (1991: 38). Agradezco a Gabriel Álvarez, Ramiro Segura y Fernando Williams que generosamente socializaron conmigo un corpus textual relacionado con la corriente de la geografía cultural.

⁹⁵ “Es ‘abajo’ (...) donde viven los practicantes ordinarios de la ciudad (...) cuyos cuerpos obedecen a los trazos gruesos y a los más finos de un ‘texto’ urbano que escriben sin poder leerlo” (de Certeau, 1996: 105).

geográficos pero también con las autoridades de aplicación regional. Simplificando sobre las características de la actividad, Norberto, el ex fletero que estaba trabajando en la administración de una mensajería del sur del Gran Buenos Aires, me aseguraba que el fleteo tiene tres leyes: “que los semáforos en rojo no existen; que las contramano no existen; y que estas leyes sirven de la Capital Federal para acá. Con los federicos⁹⁶ no se juega”. Aunque se trata de un relato *de segundo orden* (Van Dijk, 1997), en el sentido que, antes que la mera narración de un suceso, pretende ornamentar la presentación de sí con imágenes de rebeldía, lo que interesa marcar en esta ocasión es la delimitación espacial que produce Norberto. El mapa de la práctica, que se expresa en un relato de viajes secuenciado pero ininterrumpido, el fleteo, detiene su fluidez en el límite de la representación del espacio: el mapa. Y esto está doblemente normatizado: por la representación hegemónica y por la Policía Federal.

Las apreciaciones que poseen los mensajeros sobre la policía federal (cuya jurisdicción se basa en la ciudad de Buenos Aires), son congruentes con las afirmaciones de Grimson (2008) en relación con el reconocimiento de la diferencia de legalidad entre la Capital Federal y la del Conurbano de los grupos piqueteros que, entonces, actúan en consonancia con ella.⁹⁷ Sin embargo, en los mensajeros estos registros diferenciales aparecen primero veladamente, para dar paso después a discriminaciones más finas. El comentario general hacia la policía como tal, sin importar la jurisdicción, resulta de una evaluación negativa: “Son la misma mierda”, dice Urbano. Y este primer comentario recién desoculta las diferencias en un segundo momento, cuando los detalles comienzan a aparecer. “Por ahí la federal es más enferma, se ensaña más”.

En verdad, el tema es que la mayoría de los mensajeros han nacido y viven en el conurbano bonaerense. Allí, por lo tanto, se han socializado durante su infancia y adolescencia no sólo en instituciones, como la escuela, sino también en circuitos de diversión y de transacción, y tanto formales como informales. De modo que se han criado, han crecido, han atravesado la transición de la infancia a la adultez, acompañados de la figura del policía bonaerense. “A la Bonaerense la conozco desde que era así de chiquito”,

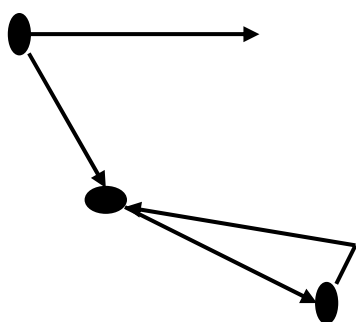
⁹⁶ ‘Federicos’ es un modo de nombrar a los agentes de la Policía Federal, es decir de la jurisdicción de la Capital Federal o CABA (Ciudad Autónoma de Buenos Aires).

⁹⁷ La hipótesis que Grimson elabora es que las fronteras urbanas Capital Federal-Conurbano, se reacomodaron a partir de las transformaciones ocurridas como consecuencia de los efectos del neoliberalismo, entendido en su doble trama: como política económica, y a la vez “como configuración sociocultural que hace posible –y resulta de- esa forma de la economía y la política” (2008: 1). El estudio, que pone en relación el espacio, la clase social y los sentidos de las prácticas cotidianas, señala que el propio espacio urbano está sometido a varias distinciones socioculturales, una de las cuales es observable en términos de la existencia de diferentes legalidades, según de qué lado de la frontera se esté.

se ríe Enrique. Y Polo recuerda que, en su adolescencia en Quilmes, él y sus amigos debían adaptar sus salidas según el horario de cierre de los circuitos bailables, y que muchas veces quien los controlaba era el mismo agente que veían todos los días en el barrio

Sin embargo, una vez ingresados al circuito de trabajo, los mensajeros cruzan las fronteras y recorren como pocos la ciudad de Buenos Aires, donde, por el contrario, la figura que los ‘controla’ en su horario laboral es la del agente federal. El registro diferencial entre las dos policías, la federal y la bonaerense, es en el caso de los mensajeros resultado de una doble constitución: por un lado crecieron acompañados de los agentes de la bonaerense, y por el otro trabajan en la jurisdicción de la policía federal. Conocen las reglas de ambas zonas, y saben que son no son exactamente iguales, sea en grados de ensañamiento, o en grados de cercanía local. Por extensión, entonces, esta doble constitución repercute en la distinción entre legalidades según se actúe en la Capital Federal o en la provincia de Buenos Aires. Los mensajeros juegan así entre los dos encuadres con cierta plasticidad.

Por el otro lado, en este juego las prácticas espaciales de los mensajeros trazan líneas y en este trazado se dibuja un mapa mental que se superpone al mapa representado. Obviamente, las representaciones del espacio que así se producen (un esquema, una sectorización de la ciudad por zonas, etcétera) no son hegemónicas. Esos mapas a veces ni siquiera tienen su soporte en papel. Para explicarme el tema del encadenamiento de viajes a través de los handies, Lucas me decía: “Si estás acá y vas para allá y te sale un viaje en el medio no tenés que volver”. Mientras me lo explicaba, lo reforzaba con un (innecesario) esquema dibujado con un dedo en el aire, que podría reproducirse más o menos así:



Pero estas líneas no son incommensurables, ni tampoco es una red caótica de algún modo inapresable. Tienen principio y fin. Se encadenan unas con otras. Poseen un orden. Haciendo una analogía, sería lo que se conoce en el lenguaje audiovisual como

secuencia.⁹⁸ Porque la idea de secuencia indica el trazado de un accionar relativamente lineal, que se detiene en un punto para volver a empezar desde allí, encadenándose a otro trazado similar. De hecho, los relatos de los mensajeros están plagados de referencias a secuencias. Así, un fragmento de un texto literario escrito por Urbano titulado “Gotas extrañas”, termina diciendo: “De alguna secuencia habrá que desprenderse, de tantos almuerzos solitarios”. Y en referencia a las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, el Mono describe: “El 20 fue otra secuencia (...) Y ahí, entre las dos y media y las cuatro hubo un momento en que la hacemos, porque la onda era entrar a la plaza. ¿Por qué? Porque era la secuencia de que los canas defendían la plaza y nosotros queríamos entrar”.⁹⁹

Ahora bien: en las secuencias confluyen también cuestiones temporales, sin las cuales la secuencia no tendría sentido. Una secuencia se despliega en el tiempo, marca sucesiones, desovilla. Si el control del tiempo de trabajo fue reservado desde los inicios del capitalismo al empleador (Cató y Pichetti, 2001), los mensajeros, en sus secuencias cotidianas, revierten esta expropiación. Desde una perspectiva foucaultiana, el control sobre la utilización del tiempo de trabajo, está mediado por técnicas de disciplinamiento y bajo la vigilancia y la mirada del jefe, controlador o supervisor. De esta mirada y de estos dispositivos es de lo que intentan escapar los mensajeros y lo hacen operando intersticialmente sobre sus solitarios encadenamientos de viajes. Y de lo que prefieren desmarcarse es del control y el disciplinamiento que supuestamente emanarían de aquellos formatos laborales que tienen como centro una oficina o una fábrica. Preguntado acerca de las razones de la elección de su trabajo, Enrique me decía que cuando trabajó en una fábrica, no soportaba tener a su jefe “vigilantéandolo todo el tiempo”. La referencia al patrón y a la vigilancia, además de proveer un dato en relación con el rol del controlador, regresa en términos de las razones que los llevan a preferir el cuentapropismo. En verdad, como se argumentó, la situación ideal es la que está implicada en la relación de dependencia, la cual prevé beneficios sociales y seguridades económicas y laborales imposibles de costear por sus propios medios. Entonces, idealmente, la expectativa de estar

⁹⁸ Cabe señalar que el sentido de *secuencia* utilizado aquí difiere del que le asignan algunos analistas culturales a la ciudad posmoderna. Entendida como una diversidad de fragmentos que los usuarios componen en forma de secuencias, para los representantes de esta escuela los modelos urbanos se caracterizan por la escisión de sus partes y por nuevos patrones de segregación espacial (Soja, 1989). Para ampliar ver Kozak, (s/d) y también Álvarez (2008; 2005). El sentido de secuencia adoptado aquí no pretende ir más allá de una idea operativa para describir la unión de puntos en itinerarios lógicos. Aunque no se descarta la posibilidad crítica de repensar la desigualdad implicada en la segmentación social y en el optimismo de una proclama por la diversidad cultural, esa crítica excede el objetivo de este trabajo.

⁹⁹ El término ‘secuencia’ se asocia popularmente, además, a los estados producidos por el consumo de sustancias alteradoras de la conciencia.

fuera del control de un patrón, se resuelve en argumentos a favor del cuentapropismo. En la práctica, por el contrario, el deseo se procesa escamoteando la función controladora en instancias mínimas del propio encuadre laboral.

En relación con las operaciones sobre el tiempo, la diferencia entre los pibes¹⁰⁰ que fletean y los pibes de las villas¹⁰¹ estudiados por Martín (2004) presenta una nota central que vale la pena remarcar: la ruptura conceptual, en el caso de los segundos, con la productividad como principio organizador del tiempo y el espacio. La ausencia de trabajo, cuando ocurre, no se lamenta, pues la vida cotidiana, según argumenta Martín, se organiza alrededor de otras prácticas que vertebran la idea de masculinidad.¹⁰² Así, “los villeros toman el tiempo como una propiedad” (Martín, 2004: 9), porque son ellos los que marcan su propio ritmo, organizando de este modo una temporalidad ajena a la disciplina escolar y laboral. Los mensajeros, por el contrario, aún conservan la centralidad del trabajo como vertebrador de su identidad. Sólo que eligen un formato que les permite escapar parcialmente de un tiempo y un espacio cuadrículados por otros. No se oponen al trabajo (si bien desearían no tener que hacerlo): a lo que se oponen es a un tipo de trabajo, el de ‘traje y corbata’, que discriminan por considerarlo una suerte de corset. Por eso mismo, el tiempo no es considerado una ‘propiedad’, sino como un dato sobre el que se opera: se apropian de los intersticios del tiempo regulado y no de su totalidad, y del mismo modo operan sobre el espacio. De modos totalmente articulados con la operación producida sobre el espacio, también la modalidad de trabajo se sostiene en prácticas temporales que buscan resistir a la colonización/expropiación del control del tiempo. Aunque nunca lo logren del todo.

Entonces, en esa articulación, las secuencias permiten organizar las jornadas de trabajo con cierto grado de autonomía, lo cual colabora en aliviar el peso de la (temida) rutina. Porque, en un sentido, la clave de trabajar como mensajeros no reside en la ausencia de horarios fijos, dado que de hecho están encuadrados en un ordenamiento de pautas horarias (especialmente las de entrada), sino, más bien en que la rutinización es baja¹⁰³

¹⁰⁰ Pibe es una forma lingüística de un sociolecto utilizado extensivamente en el Río de la Plata, y que remite no sólo a un sujeto que todavía no es adulto, sino, más aún, a uno particularmente pícaro y participante de circuitos de socialización no institucionales. Para ampliar ver Archetti (1997; 1998)

¹⁰¹ En Argentina se denomina ‘villa miseria’ a los enclaves poblacionales que se desarrollan por fuera de la planificación urbana y que presentan rasgos de precariedad en cuanto al hábitat. Por extensión, los villeros son quienes habitan en villas miserias.

¹⁰² Martín sostiene que allí donde el investigador espera ver el trabajo, lo que se observan son consumos en grupos. Estas prácticas operan en dos niveles: como representación del ingreso a la vida adulta, y como concepción grupal de virilidad. Para ampliar ver Martín (2004).

¹⁰³ Los grados de rutinización varían: desde la más baja, para aquellos que trabajan por cuenta propia o en una mensajería, hasta la más alta, para quienes hacen casi todos los días el mismo viaje, como parte de la

comparada con otros formatos laborales, y en que, durante la jornada laboral, encuentran tiempos de libertad relativa que le arrancan a las obligaciones. Encontrarse en la cola de un banco con un amigo, por ejemplo, e irse a tomar una cerveza, permite gozar de la experiencia de la fuga del sistema, aunque sea momentáneamente. “Y lo bueno es que yo ando por la calle, no me controla nadie. Yo me subo a la moto, me voy, y soy yo (...) La gente me dice, ‘llevame esto urgente’ y yo le digo, ‘sí, sí’ y después voy para el centro y le hago el trámite, pero también hago lo otro, ¿entendés? Yo voy tranquilo”, dice Enrique.

La opción por escapar del sistema de clasificaciones de espacio, tiempo e identidad de la sociedad en la que viven forma parte de un proceso de agenciamiento, en el sentido que le da Ortner (2005) a este concepto.¹⁰⁴

Espacios y tiempos de refugio

Asimismo, valoran la soledad que implica andar solos en sus vehículos. Picachu, el que me contaba que se puso como remisero después de fletear durante ocho años, juntar algunos ahorros y comprarse un auto, siendo remisero descubrió dos cosas: que no soportaba a las “viejas que te hablan todo el tiempo”, y que le costaba esperar en un semáforo en la fila de autos.¹⁰⁵ Similar respuesta fue la de Enrique, a lo cual agregó que ni siquiera soporta a su propia mujer cuando le habla desde el asiento de atrás de la moto.

Pero estos aparentes lobos solitarios son también amantes de la charla liviana y de los momentos de grupalidad pasajera. Y los lugares para esto son básicamente dos: las mensajerías y las paradas.

Las mensajerías no constituyen, por definición, ni un espacio propio, ni tampoco uno escamoteado a la ciudad (de Certeau, 1999). Pero este espacio puede convertirse, eventualmente, en un espacio de camaradería, de refugio¹⁰⁶ cuando se esperan viajes en la

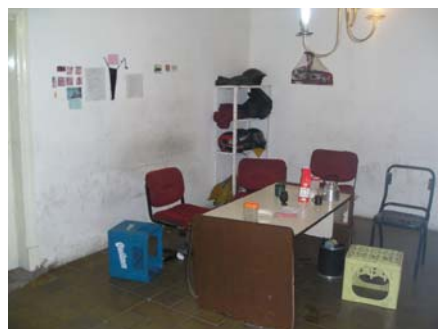
rutina de la empresa en la que están empleados. Lo notable es que estos últimos, que además son minoritarios, son quienes encabezan la pirámide jerárquica y representan el aspiracional. Coincidentemente (o no), también son quienes mayormente encabezan reclamos gremiales y/o militan en agrupaciones de base. Sobre esto último se profundizará en el capítulo 7.

¹⁰⁴ Desde el punto de vista de los cambios subjetivos, la posibilidad de agencia presupone que el sujeto internaliza “una serie de circunstancias en las que se encuentra, reflexiona sobre ellas y, finalmente, reacciona contra ellas” (Ortner, 2005: 46). Desde un punto de vista objetivista, Grossberg (2003) considera que la capacidad de agencia implica tanto relaciones de participación como de acceso. Retomaré esta última conceptualización en las conclusiones.

¹⁰⁵ La respuesta de Picachu, además, pone en cuestión la idea de que el fleteo se parece al trabajo de remisero.

¹⁰⁶ Para esta denominación me inspiré en Zibecchi, quien describe a las comunidades de afectos como grupos que “descansan en los lazos de convivencia y vecindad, en vínculos afectivos” (2003: 54).

sala común. Reunirse y compartir unos momentos cuando se está esperando un viaje, o al llegar a la mañana (siempre que no comiencen a fletear desde sus casas cuando se programa un viaje con anticipación), es la oportunidad para hacer intercambios cotidianos y pasajeros.



Los espacios físicos de las mensajerías no son precisamente ‘agradables’, no están diseñados para el descanso, sino para el tránsito. En algunas he visto un viejo colchón en el piso o botellas vacías tiradas. Todas ostentan signos de actividad momentánea y en fuga: un mate frío a medio tomar, una guía Filcar abierta, un casco sobre la mesa, una factura mordisqueada. Al mismo tiempo, es un espacio familiar, donde en cualquier momento puede caer la madre de uno de ellos, o una esposa con los hijos (aunque esto no es demasiado habitual).

Las paredes también presentan signos visibles de que alguien estuvo allí: la foto de algún hijo, retratos de mujeres con poca ropa, una estampita de San Cayetano, afiches de motos y/o de autos, un folleto de alguna agrupación sindical. En la pared de una mensajería, por ejemplo, hay una tanga negra pinchada con una chinche y a su lado un cartelito que dice: “La tanga de Gloria”.¹⁰⁷

También, ocasionalmente, se juntan los viernes a tomar algo al terminar el día. Y cuando no se organizan momentos de distensión al finalizar la jornada en la misma mensajería, otra opción es la de reunirse en bares o maxikioscos del barrio al que se pertenece. Son reuniones vespertinas, no pautadas y generalmente en lugares populares y modestos, donde se toma algo y se conversa.

¹⁰⁷ Preguntados por el significado, contaron que la tanga la encontró un mensajero en una playa de estacionamiento. Gloria es una joven muy popular en el barrio.



Por otro lado, dado que ni en las mensajerías ni en las empresas hay posibilidad de intervenir sobre el tiempo, que está organizado a partir de pedidos provenientes del exterior, es en la calle donde se pueden ejercer prácticas evasivas del control. Y un lugar privilegiado para esto es la parada. En Buenos Aires las paradas más concurridas por los mensajeros se distribuyen a lo largo de la Avenida 9 de Julio.¹⁰⁸ Allí se sientan a descansar mientras intercambian impresiones. La parada es, en realidad, una variedad propia de la esquina.¹⁰⁹ Los que fletean son sujetos que hacen de la práctica de ‘hacer esquina’ un ámbito de socialización habitual entre sus pares. Y trasladan esa práctica al encuadre laboral. En este traslado, por las restricciones propias del trabajo, la práctica se reconvierte de esquina a parada. Si la esquina es un espacio en donde se puede estar una considerable cantidad de tiempo ocioso compartiendo experiencias con los pares (Chávez, 2005a), la parada se instala, entre los pibes que fletean, como una suerte de ‘esquina express’, un espacio, en el medio del trajín urbano, que permite disfrutar de la sensación de escamoteo de la rutina laboral, replicando los atributos de la esquina cálida del barrio pero con el requerimiento de no permanecer mucho tiempo.

La distinción está relacionada, fundamentalmente, con el núcleo de la práctica: el trabajo. Así, Chávez caracteriza a la esquina como una red de espacios comunicacionales habitada por un conjunto de personas que comparten “preferencias estéticas, musicales, de

¹⁰⁸ Una de ellas es la que se corresponde con la intersección de la avenida 9 de Julio y Perón. A los mensajeros que paran allí se los conoce como “Los muchachos de Perón”.

¹⁰⁹ Para ampliar sobre la esquina ver Kuasñosky y Szulik (1994 y 1993) y Chávez (2005a y b). Sobre los modos juveniles de habitar y de usar la ciudad desde una perspectiva etnográfica, ver particularmente Chávez (2005a).

diversión, de consumo y de producción” (2005a: 266). Entre los mensajeros, la parada/esquina es, antes que un lugar para la comunicabilidad de afinidades estéticas, un espacio de socialización en el medio del trajín laboral. Pero a la vez, presenta rasgos en común con la esquina. De hecho, aparece en los relatos como un lugar que privilegia un tipo de producción discursiva que permite el intercambio de valores compartidos comunitariamente, y que exceden los tópicos laborales. La conversación y el intercambio de relatos de experiencias variadas son los rasgos más sobresalientes, y de ese modo se ordenan tanto los acontecimientos como las opiniones. Miguel, por ejemplo, sostiene que en esos lugares se dio cuenta de que “ahí se habla con todos. Se puede discutir pero todas las opiniones valen”. Antes que compartir los gustos, se trata de elaborar las propias experiencias con el grupo, generando, así, un sentimiento que se desarrolla en la pluralidad de resonancia de las experiencias (Le Breton, 1999). Estas experiencias adquieren sentido, de ese modo, tanto para sí como para los otros miembros del grupo.



De hecho no se trata sólo de compartir experiencias sino también de ponerlas a consideración del resto para evaluar las propias opiniones sobre ellas. En las charlas que teníamos, Miguel nombraba con asiduidad al Bocha, un amigo en común que le servía de referente y de confirmador de sus propias opiniones. Esto fue especialmente relevante en el caso del atentado a las Torres Gemelas de Nueva York en setiembre de 2001. Miguel había escuchado a Hebe de Bonafini, la presidenta de una de las agrupaciones de Madres de Plaza de Mayo, decir que “los yankis se lo merecían” y, aunque coincidía con esas opiniones, no se atrevía a sostenerlo en público. Hasta que escuchó al Bocha decir que “los muertos que trabajaban en las Torres, trabajaban para el imperialismo” y se sintió

reconfirmado en su primera opinión.¹¹⁰ Así, de modos informales, se refuerzan los marcos de comprensión individual y grupal. Porque las evaluaciones personales que requieren los acontecimientos y las opiniones precisan de la confirmación grupal, lo que permite adquirir, en términos de Le Breton (1991), un sentido de pertenencia y de confianza cuando estos sentidos son confrontados con los modelos simbólicos hegemónicos que le atribuyen significación social.

Un modo de experiencia urbana

Oslender (2002) señala que las prácticas espaciales se refieren a las formas en que se genera, se utiliza y se percibe el espacio. Y que esas prácticas implican tanto una manera de estabilizar la cuadrícula ordenada de la ciudad, como un modo de resistir.

Por un lado han efectuado los procesos de comodificación y burocratización de la vida cotidiana (...) Por el otro estas prácticas espaciales están asociadas con las experiencias de la vida cotidiana y las memorias colectivas de formas de vida diferentes, más personales e íntimas. Por eso llevan también un potencial para resistir la colonización de los espacios concretos (Oslender, 2002: 5).

Desde esta perspectiva, los mensajeros en moto también ‘comodifican’ los espacios urbanos. No inventan nuevos. Se sirven de algunos de los ya existentes. Y cambian desde ahí la cartografía urbana, jugando en los intersticios. Operan sobre un espacio que, antes que un orden fijo, quieto e inmutable, implica vectores de dirección, velocidad y tiempo, es decir un lugar practicado, donde se realizan operaciones hechas por sujetos concretos (de Certeau, 1996).¹¹¹

Ser mensajero es, además de un trabajo, un modo de marcar el cotidiano laboral y urbano con operaciones relativas de antidisciplina que implican, más que una desobediencia plena, un modo de escapar al control disciplinar.

En estas mismas operaciones se define la práctica de fletear, en los usos de zonas invisibles y conquistables (y por eso percibidas como propias) de la cuadrícula temporal y espacial de una rutina laboral que se ejerce en la plenitud de la ciudad. Los mensajeros son sujetos que trabajan y que, al hacerlo, le roban al vigilador la ilusión de controlarlos. Son

¹¹⁰ Cabe aclarar que, además de amigo del barrio, el Bocha es graduado universitario, lo cual le otorga un prestigio diferencial, aún siendo considerado un par.

¹¹¹ De Certeau diferencia entre el concepto de *lugar*, que señala un “orden según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia”, y el de *espacio*, que es “el efecto producido por las operaciones que lo orientan, lo circunstancian, lo temporalizan y lo llevan a funcionar como unidad polivalente de programas conflictuales o de proximidades contractuales” (1996:129).

las marcas dejadas adrede sobre el sistema las que terminan de definir la práctica de fletear: sobre un tiempo pautado por otros pero de algún modo ‘desregulable’, y sobre un espacio *heterotópico* sobre el que inscriben otro espacio: el *utópico* (Reguillo, 2006).¹¹²

Fletear es una combinación que tamiza juegos de negación de la rutina y momentos de intercambio social en un espacio utópico. La eficacia de sentirse dueños de pequeños espacios de fuga que, a modo de tácticas de antidisciplina (de Certeau, 1996), son usados durante la jornada laboral, indica que los espacios y los tiempos así contruidos son co-constitutivos de la práctica de fletear. No están separados: forman parte indisoluble de la misma práctica. Y, en ese sentido, para los mensajeros en moto la ciudad no implica tanto la ciudad contruida, ni solamente la representada. Más bien, integra a la ciudad evocada, recorrida, marcada, socializada y escamoteada, lo cual resulta en una construcción social definida por una experiencia urbana que otorga, transforma y renueva el sentido de la ciudad.¹¹³

Cabe resaltar que los modos de marcar y socializar la ciudad de los mensajeros presenta una variedad que complementa otros trabajos etnográficos, como el de Merklen (2005), Ferraudi Curto (2006) o Segura (2006; 2007). En estos trabajos, la noción misma de territorialidad difiere, particularmente porque la experiencia de habitar un barrio produce configuraciones territoriales de modos distintos a lo que lo hace la experiencia ‘móvil’ de los mensajeros. Específicamente, y en relación con la experiencia urbana, Segura por ejemplo ha encontrado que las formas de experimentar el espacio urbano revela un conjunto de pares oposicionales: cerca-lejos, adentro-afuera, arriba-abajo, público-privado e interior-exterior. En esta dirección, entiende a la experiencia urbana como “el modo de vincular, no sin tensiones y contradicciones, y de manera cambiante según los actores sociales involucrados, los contextos y las situaciones, tales oposiciones” (2007: 2). Los mensajeros también vinculan las prácticas con la traza normatizada, sólo que los diseños que emergen de sus experiencias urbanas, al estar determinadas por su trabajo, dibujan itinerarios, líneas y secuencias antes que oposiciones topográficas. Con lo cual, la experiencia de los mensajeros es un modo complementario de experimentar la ciudad, y

¹¹² Para dar cuenta de su desarrollo teórico sobre la relación entre la ciudad y los miedos, Reguillo (2006) presenta un esquema analítico que le permite trabajar desde una perspectiva territorial, pero sin caer en argumentos que simplificarían la vida urbana a meras operaciones ‘tribales’. En ese desarrollo, señala una triple lógica de operación de su esquema, definido a partir de la interacción entre tres tipos de espacios: el tópico, que alude al territorio propio, seguro y amenazado; el heterotópico, territorio de los otros, parte de una geografía atemorizante; y el utópico, territorio que “apela a un orden que se asume no sólo como deseable, sino que funciona como dispositivo orientador en la comprensión del espacio tópico en sus relaciones con el espacio heterotópico” (2006: 64).

¹¹³ Agradezco a Ramiro Segura el aporte invaluable de estas notas que socializó conmigo.

que al hacerlo dibuja redes y conexiones lineales y secuenciales. La distinción entre ambas experiencias urbanas deviene, así, del ámbito y del momento: por un lado, del lugar de residencia, donde se vive, y de los momentos derivados del tiempo de no-trabajo; por el otro, de los ámbitos laborales, especialmente en este caso de la calle, y de los momentos de trabajo.

De este pequeño desvío argumental, me interesa destacar que el trabajo puede ser asimismo una experiencia urbana, distinta pero complementaria de la del no trabajo. Una distinción que parece trivial pero que ilumina las particularidades de ciertas prácticas laborales que son también parte de la experiencia urbana, lo cual resulta crucial para entender, como se verá mas adelante, la compatibilidad de esta experiencia con las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001.

Así, el trabajo de los mensajeros implica no sólo una profesión, recortable por categorías sociológicas ligadas a la productividad, sino también una práctica y una experiencia urbanas.

Todos los pibes, un pibe

A través de esa experiencia, el fletero aspira a conquistar autonomía. Y en parte lo logra. No es absoluta. Porque sabe que las reglas no se pueden cambiar, o al menos no fácilmente. A la vez se reconoce responsable de su propia supervivencia y de la de su descendencia. Por eso, aunque se mueve dentro de un encuadre heterónimo, juega en las fronteras de ese encuadre buscando los límites que lo ayuden a sentirse/imaginarse autónomo. Así, en este encuadre, heterónimo por definición, encuentra zonas donde la vida cotidiana puede hacerse más laxa. Son zonas invisibles a la mirada panóptica y, por eso, conquistables. Y, por eso, imaginadas y percibidas como propias. Los protagonistas de esta experiencia urbana son unos sujetos ‘reales’, de carne y hueso, que procesan esa experiencia y le otorgan sentidos con diversos grados de simbolismos. En estas zonas, invisibles, conquistables y propias, se actualiza la experiencia urbana y, a la vez, se consolida su identidad como pibe. Porque el fleteo trama cotidiana y rutinariamente las prácticas que involucran al espacio y al tiempo en una peculiar formación identitaria: quienes fletean son pibes.

Archetti indica un paralelismo que, a los efectos de mi argumentación, resulta fructífero: “En el mundo democrático del fútbol quienes juegan verdaderamente son pibes, no están sujetos a la autoridad de sus padres y han escapado de los colegios y los clubes, de

la autoridad y las jerarquías” (1998: 109).¹¹⁴ Aunque su estudio se ubica en directa relación con las identidades nacionales, y en estrecha relación con los procesos de reconocimiento, la categoría de pibe propuesta por Archetti parece indicar algunas zonas de contacto con la categoría de *uso* de los mensajeros en moto. Y es que entre las operaciones de reconocimiento y las de uso, existen lazos que remiten a nodos en las series histórico-culturales que se encuentran disponibles para la recuperación de sentidos. De ahí que el argumento de Archetti desovilla la construcción de una figura (la de pibe) que se fue gestando, construyendo, y poniendo a disposición (reconocimiento) de los sujetos (uso) a través del tiempo.

El argumento de Archetti en relación con la figura de pibe es que en Argentina “la liminalidad del gaucho como un jinete libre y rebelde se transfiere al imaginario del pibe (un joven, un chico), la figura mítica del fútbol argentino (...) Para los argentinos el pibe pertenece al potrero como el gaucho pertenece a la pampa” (1998: 104). En articulación indisoluble con el potrero, el pibe se distingue por una posición peculiar respecto del mundo de los ‘adultos’ que excede lo meramente etario: más que un niño, un sujeto liminal.¹¹⁵ Archetti señala que “la categoría de pibe está marcada por la ambigüedad, la ambivalencia y las contradicciones, porque el modelo de interpretación está basado en un desorden potencial: los pibes no se transforman en hombres maduros” (1998: 103). Claro que, como el mismo Archetti admite, estamos en presencia de una paradoja por la cual, en el ámbito futbolístico argentino, conservar el estilo infantil y puro forma parte de una virtud masculina de carácter pleno.¹¹⁶

Cuando los mensajeros usan la categoría para llamarse a sí mismos ‘pibes’ están recogiendo estos sentidos extendidos, ligados con el reconocimiento y con la circulación. Porque es necesario señalar que a pesar de esta potencialidad para sugerir sentidos extendidos, la categoría no posee, en términos absolutos, significados específicos. Justamente, porque se trata de procesos de reconocimiento y de uso, es en la apropiación y

¹¹⁴ Para este apartado focalicé sobre el texto de Archetti de 1998. Pero su argumentación en relación con el mundo democrático que cifra el fútbol en Argentina también puede encontrarse en otros de sus escritos. Para ampliar sobre la imbricación con la cuestión de la nacional, ver especialmente Archetti (1997).

¹¹⁵ Por tratarse de un estudio en reconocimiento, las argumentaciones de Archetti deben someterse a un alerta riguroso al ser extrapoladas sin mediaciones analíticas a las operaciones de uso. Así, cuando Martín sostiene que la versión de pibe que presenta Archetti es “romántica casi mítica, aplicable sólo a unos pocos” (2004: 6), como, por ejemplo, a Maradona, su señalamiento está indicando, justamente, que la zona de trabajo de Archetti es el imaginario, y no necesariamente la adopción nativa.

¹¹⁶ “El hecho de que la condición de los *pibes* no encierre un cambio a futuro, es de interés teórico, porque significa que la liminalidad de los *pibes* trasciende la noción aceptada de ritos de pasaje como limitados en el tiempo y en el espacio, y como conduciendo, siempre, al cambio de estatus” (Archetti, 1998: 114. *Itálicas del autor*). De allí que finalmente prefiera el encuadre de Bourdieu (1991) de ritos de institución, a la de ritos de pasaje de Van Gennep (1986).

no en la construcción exógena, donde se sitúa la categoría de pibe. Y esto es posible porque la categoría presenta un núcleo central de significado que es compartido por la comunidad donde circula y ha circulado.¹¹⁷ En ese sentido, Archetti sitúa la construcción de pibe, para el fútbol, en los inicios del siglo XX. Y basa gran parte de su argumentación en el análisis de la revista *El Gráfico* desde sus comienzos, en 1919. Por su parte, Varela (1994) recoge la misma sospecha en su temprano trabajo sobre la revista *Billiken*, al describir la primera de sus tapas.¹¹⁸



Escaneada de Varela (1994)

Llama la atención que ambas investigaciones se basen en publicaciones periódicas de la misma editorial, Atlántida, y coincidentes en la época. El pibe parece revelarse como una figura que articula dimensión de la cultura popular con los dispositivos de la prensa masiva (que se consolidaba a pasos agigantados en las primeras décadas del siglo XX en la Argentina), en momentos en que, además, se construía una importante ciudadanía social a través de los mecanismos de acceso de las masas a la vida cívica, social y cultural del país.

En otras palabras, la categoría de pibe lleva años circulando y siendo reconocida (particularmente en la zona geográfica del Río de la Plata), y, por eso mismo, cuando es

¹¹⁷ Profundizando aún más, puede decirse que es en la circulación donde el núcleo central de significado de la categoría se va torsionando, enrutando, espiralando; y no sólo porque en cada grupo de actuación individual o grupal (rock, fútbol, trabajo, organizaciones sociales, militancias varias) hay sujetos practicantes que 'trasladan' la categoría de un espacio a otro, sino también porque los atributos de pibe son una construcción de tiempos más largos de los de cada grupo en particular.

¹¹⁸ *El Gráfico* es una revista dedicada al deporte, y *Billiken* destinada al público infantil.

usada por algún grupo en prácticas específicas, adquiere una resonancia social ampliada. Y si bien en el uso específico de cada grupo la categoría se contorsiona, adquiere valencias distintivas, algún ‘resto’ queda, lo cual le permite volver a ser puesta en circulación.¹¹⁹

Entonces, ¿cuál es el uso de esta categoría que hacen los mensajeros al adoptarla para su práctica específica? ¿Cómo enlazan estos pibes la rutinaria práctica de fletear con los valores, reales e imaginarios, que la sostienen? ¿Qué construcción simbólica organiza la experiencia con el poder, la autoridad y la jerarquía? ¿Cómo son estos pibes? ¿Qué piensan, qué sienten, qué valoran, qué condenan?

La insolente equiparación

Miguel relata que en una oportunidad una señora le había mandado a depositar una suma de dinero que no coincidía con la cantidad que había dentro del sobre. Luego de hacer el trámite, y habiendo depositado de su bolsillo la diferencia, fue a reclamar a su superior. Miguel comenta: “Todos nos confundimos, pero así como te confundiste podés decir, no sé, ‘fijate bien, bueno, habremos cometido un error’ y dejarte más tranquilo. Pero ella me dijo directamente: ‘Yo no me hago cargo de nada, si vos te lo gastaste en panchos’. No sé qué me quiso decir”. Pero Miguel sí que lo sabe. Sabe que lo que quiso decir la mujer es que juzgó, en base a su apariencia, que se había quedado con el dinero. Y Miguel se desmarca restándole importancia al comentario: “No sé qué me quiso decir”.¹²⁰

Juan cuenta un episodio en el cual terminó peleándose porque lo ‘caretearon’.¹²¹ Tenía que entregar en la mano un sobre para recibir a su vez una factura. Entró al edificio y tocó timbre en el departamento indicado. La persona que lo atendió, acostumbrada a que le dejen los sobres en portería, no quería abrirle porque, según le dijo, no tenía autorización. Cuando la mujer finalmente abre la puerta, comienza un

¹¹⁹ Aunque acotado a un espacio social específico, Moreira (2007; 2008) realiza un análisis similar en relación con la categoría de *hinja*, observando cómo el concepto es apropiado por distintos actores en pleno movimiento, es decir, en su colocación en clave política por los mismos practicantes. Y si bien Moreira no recoge los procesos de circulación de la categoría *hinja*, su estudio es relevante para observar el plus simbólico en el cual está envuelta. A su vez, la historización de la aparición en los medios populares y masivos de la categoría *hinja*, fue trabajado por Conde (2004).

¹²⁰ Es interesante notar el contraste entre el comentario de Miguel, que pretende no darle importancia a la acusación velada de la mujer, y los de los actores estudiados por Bourgois (2006), quien presenta, entre ellos, a un mensajero portorriqueño del Harlem Este en Nueva York. Enfrentado a una situación similar, el mensajero portorriqueño interpreta el comentario de una clienta blanca como un disvalor (*disrespect*) implicado bajo un sesgo a la vez clasista y étnico, un imaginario de polarización diferente al de la Argentina, tramado con alteridades históricas de otro tipo (Segato, 1998; 2007).

¹²¹ Esta entrevista forma parte de un conjunto más vasto realizado en ocasión de un proyecto sobre bandas musicales, dirigido por Pablo Semán y Pablo Vila. Agradezco que me hayan facilitado este fragmento, que ilustra sobre el punto que pretendo argumentar.

intercambio que termina cuando Juan le pide el recibo y ella le contesta que no tiene nada para darle. Juan relata la respuesta de la mujer calificándola de “ese corte basurero (...) ‘¿qué te crees, que voy a subir veinte pisos para robarte, payasa?’”, le digo (...) eh, ¡pero cómo me vas a decir así! Pero qué te pasa, te di toda la explicación y después cuando me voy me venís a hablar así...”.

Estos relatos indican un interjuego que, como caras de la misma moneda, se da entre dos elementos que fraguan el sentido del adjetivo careta (y/o su equivalente en la figura del payaso).¹²² Las dos caras de la moneda resultan de, por un lado, un igualitarismo que es el resultado de una operación de equiparación de las jerarquías (O’Donnell, 1984); y, por el otro, de la atribución de inautenticidad al otro, y de allí a su condena moral.

Respecto del primero, en un ensayo sobre las maneras en que se expresan culturalmente las vínculos y articulaciones intrasociales en Brasil y la Argentina, O’Donnell (1984) compara el conocido “Você sabe com quem está falando?” de Da Matta (2002) con la argentina respuesta “¿Y a mí qué me importa?”. Argumenta que, mientras que en Brasil los que sirven lo hacen incluso con simpatía, en Argentina “dejan claro que están trabajando, no tienen por qué ser obsequiosos” (O’Donnell, 1984: 7). La respuesta “¿Y a mí qué me importa?” expresa la puesta en acto de un “momento de equiparación” (7-8) de las jerarquías. La reacción “¿Y a mí qué me importa?”, afirma O’Donnell, no supera ni disuelve las jerarquías sino que las presupone, “aunque de la forma más irritante posible para el superior –lo manda a la mierda” (1984: 6).

¹²² Cabe aclarar que omití las itálicas en careta y/o payaso porque no son exactamente términos nativos. Ambos son utilizados con el mismo sentido en otros ámbitos populares, como por ejemplo el rock (Semán y Vila, 1999), la cumbia villera (Míguez, 2006), o los ‘vagos’ (Rossini, 2003), entre otros. No debe extrañar este uso extendido, ya que todo hablante individual tiene un repertorio comunicativo ampliado, que incluye variedades lingüísticas y estilos usados por la población en general. Y aunque “es muy improbable que cualquier individuo sea capaz de producir la variedad completa, diferentes subgrupos de la comunidad pueden comprender y utilizar diferentes subconjuntos de los códigos disponibles” (Saville-Troike, 2005: 57). Los mensajeros participan de varios circuitos culturales y de modos activos: “Vengo de escraches a militares, de recitales de los Redondos, de la cancha y soy fletero” (Fuente: Mariano Blejman: “Moto bronca”, en *Radar* del 6 de enero de 2002, pp. 20-21). Como contrabandistas-hormiga, llevan y traen significantes y significados de un ámbito a otro. En este caso, los mensajeros aplican la categoría de careta de modos homólogos al uso que se le da en otros circuitos culturales.

Sobre el final de su relato, Juan resume: “...vos podés ser más educado: ‘Mirá, yo no tengo la llave, no te puedo abrir, ¿me hacés el favor de dejar el sobre por debajo de la puerta?’ Listo, chau, gracias (...) o hacete el boludo o preguntá bien, no de canchero... hablame bien, loco, si yo estoy trabajando también, yo te estoy hablando bien, ¿por qué me venís con esas agresiones? (...) quiere ser más que vos, y todos somos iguales”.

Que “me hablés bien...” señala la demanda de ser tratado por el otro como un igual y no por los atributos de distinción externa. En el caso de los mensajeros, los atributos externos forman parte de una presentación de sí peculiar, pero especial y suficientemente peculiar como para irritar a quienes consideran que son los representantes de su contramodelo ideal: los caretas. Juan remata: “Si yo voy de traje y corbata (...) quedate tranquilo que la vieja pelotuda ésa no me discrimina”. Y Miguel dice, como al pasar: “A mí me agobia el trabajo, tener que dar la cara, siempre la cara bien, no decir la verdad...”

A la vez, la operación de equiparación, también se enlaza con situaciones de empatía hacia otros que ocupan situaciones desventajosas. Miguel me cuenta que una vez iba en la moto por la zona de Parque Centenario, en el centro geográfico de la ciudad de Buenos Aires, y ve pasar dos motos delante y entre seis y ocho detrás de la primera. Decide seguirlos y así llegan a Plaza de Mayo, donde confirma que el que conducía la moto que iba adelante era un ladrón y que el resto eran usuarios de moto que lo estaban persiguiendo. En ese momento, aparece un policía y, sin ponerse de acuerdo previamente, el grupo decide no denunciar al ladrón. Lo más significativo de esta anécdota es el remate de Miguel: “Lo miré al cana y le dije ‘no, papi, queremos la moto de vuelta, no lo vas a meter en cana por eso...’”. Nótese la estructura narrativa que posiciona al narrador como sujeto activo: “Lo miré y le dije...”, dos señales que antes que referir al acontecimiento en sí, están marcando el momento de equiparación, a través de un (incomprobable) posicionamiento simétrico frente al poder. Y nótese también la utilización del vocativo “papi” que resume cercanía y distancia jerárquica en un solo vocablo; un vocativo que se dirige a una autoridad posible de ser cuestionar e ironizada en el tratamiento, y además, a la que se le puede dar una sugerencia: “no lo vas a meter en cana por eso...”.

Cierto es que O’Donnell plantea esta operación de equiparación jerárquica como marco cultural general de la sociedad argentina,¹²³ advirtiendo incluso, en su línea

¹²³ Según O’Donnell, en Argentina, el desarrollo de “fuerzas no mediadas de la sociedad suelen arrasar los espacios potenciales para la política y para algún grado razonable de autonomía de un aparato estatal, por eso mismo, particularmente desarticulado” (1984: 33).

argumental que igualitario no es igual a democrático: “mandar a la mierda a quien invoca la jerarquía social, es ratificarla” (1984: 15).¹²⁴ En otras palabras, se trata de una actitud equiparadora antes que igualitaria, porque intenta equiparar aquello que no es igual. En este encuadre, la actitud de los mensajeros en moto se comprende como una forma específica y concreta que adopta la operación equiparadora general, que O'Donnell observa como característica cultural de una sociedad con articulaciones débiles entre la sociedad civil y la política. Para los mensajeros, esta operación apunta a restaurar un igualitarismo donde nadie es mejor que nadie, un argumento cuya sencillez recubre y le da alcance a las categorías de careta y de payaso.

Este es uno de los lados de la moneda. El otro es que la categoría lleva implícita también una condena a la falta de autenticidad. Cada vez que surgía un tema relacionado con la condición de careta, devolví la tarea de definir el término a mi interlocutor. En su momento, Enrique, como ya me había pasado con otros, no me pudo responder con una definición abstracta. Pero sí lo hizo contándome una anécdota, que no viene al caso, pero que, como ya había sucedido otras veces, terminó con una frase del tipo: “Y vos no sos mejor que yo, ni yo soy mejor que vos”. La renuencia a respetar a quien abusa de un rol no legítimo orienta el sentido de la mala opinión que tienen, por ejemplo, de la policía.¹²⁵ Porque los significados que se le atribuyen al poder y a la autoridad emanada de un rol se relacionan con la legitimidad o ilegitimidad de sus portadores, no están dirigidos a figuras particulares. Así, un egresado universitario puede estar legitimado por la academia, y un trabajador por su trabajo. Pero, en ambos casos, sólo serán respetados si no pretenden parecer más de lo que efectivamente son. Se respeta a quien no simula lo que no es, a quien es auténtico y coherente, a quien sostiene en su vida privada los mismos valores que en su vida pública. Por lo tanto, se respeta a quien es autónomo en sus convicciones.

Y aunque pareciera que la legitimidad en el uso del poder y la autoridad, está dada, en los relatos transcritos, por la igualación ante el trabajo (“yo estoy trabajando también”), en verdad lo que activa la reacción es la actitud por la cual se intenta parecer

¹²⁴ En verdad, dialogando con O'Donnell, podría decirse que más que de una ratificación se trata de una presuposición. En todo caso, lo que se desprende del planteo de O'Donnell es que esa ‘insurrección simbólica’ desafía la jerarquía, pero no termina de aniquilarla. Y eso es lo pertinente para el caso que nos ocupa.

¹²⁵ Isla y Míguez observan, en jóvenes marginales, el establecimiento de fronteras a partir de su socialización en grupos. Estos jóvenes contraponen su identidad a un Otro, el agente policial, considerado un enemigo, que es, además, representante del estado (2003). En el caso de los mensajeros, ese Otro no necesariamente es un policía, sino aquél que se auto-atribuye una autoridad no legítima, lo cual puede recaer (y de hecho sucede mayoritariamente) en la policía.

más de lo que se es y ubicarse, por eso, en un nivel superior. “Loco, vos no sos ni más ni menos que yo (...) ¿Por qué me tenés que tratar más, o menos? Si soy igual, yo no te voy a discriminar porque vos vivís... o porque tenés unas zapatillas... mientras vos me hablés bien...”, dice Juan.

Los relatos dan cuenta de la importancia que se le da a la cuestión del respeto, vinculada, a su vez, con el uso legítimo del poder emanado de la autoridad de un rol.¹²⁶ Aldo apareció en el medio de un asado. Estaba vestido completamente de negro, con anteojos oscuros y guantes sin dedos de cuero, llevaba al cuello un celular, dos handies y una petaca con cigarrillos. Urbano lo calificó como “un payaso”. Las señales que emite Aldo lo colocan en un lugar inauténtico. Y es condenado por ello. Según Urbano, Aldo “no tiene idea del fleteo”. Se compró la moto cuando fue puesto al frente de una agrupación sindical de base y salió a hacer viajes “para mostrar que conoce del tema”. La moto de Aldo por supuesto, contrasta por su aspecto impecable con la de aquellos que trabajan todo el día. Y, como se vio, son las señales de uso, y no las ornamentales, las que distinguen externamente la autenticidad de un mensajero en moto. La ambivalencia entre el respeto y la falta de respeto no se dirime ni en la posesión de capital (económico, social, o cultural). Sus interacciones, sean cotidianas o excepcionales, laborales o de ocio, se ordenan jerárquicamente según la posesión de un bien (la autonomía) que no pertenece exclusivamente a un repertorio de tipo cultural, pero tampoco plenamente social. A medio camino entre ambos, lo que se privilegia como organizador de las interacciones es la autenticidad, que es, en realidad, garante de la autonomía. Una autonomía que se tramita también, como se vio, en el ideal del cuentapropismo y en las experiencias de marcaje de la ciudad.

Quien no es auténtico es considerado careta o payaso, calificaciones que refieren a quien aparenta lo que no es, al que asume un rol ilegítimo, a quien falta el respeto por colocarse en una posición que no le corresponde. Autenticidad e igualitarismo son, entonces, en su interjuego, la contracara del careta. El igualitarismo pretende que todos son iguales y denuncia, en esa operación, que el ‘disfraz’ sólo intenta ocultar el ras. Lo que se señala es que los atributos externos, visibles, no son garantía del ejercicio de un rol. La autenticidad regresa en forma de un igualitarismo no procesado necesariamente por las ideas liberales. Entonces, cuando una persona ocupa el lugar que ocupa de

¹²⁶ El relato también sirve para reforzar los propios sentidos comunitarios. No interesa, para el caso, si efectivamente Enrique, Juan y Miguel dijeron exactamente lo que dicen que dijeron. Pero ornamentan sus prácticas, son parte de la pequeña política. Este punto, será profundizado en el capítulo 4.

manera legítima, es decir, por sus propios medios y sin aparentar, esa persona obtiene un voto de confianza y también de admiración. Y viceversa.

Esta concepción acompaña sus experiencias y sus opiniones; organiza, en fin, los modos comunes de entender el mundo. Y regresa en forma de contrafigura a partir de la cual se desmarcan.

La contrafigura

“Yo no quiero crecer: quiero seguir siendo pibe”.

“No quiero madurar, ¿para qué?”.

“No quiero ser grande.”

Esta postura no implica ‘irresponsabilidad’. Quienes emiten esas frases son padres de familia con dos, tres y hasta cinco hijos a cargo.¹²⁷ Si hay una figura oculta que organiza esos comentarios, por contraste, es la del adulto. Sin embargo, no se trata de un adulto genérico en términos etarios, sino de uno particular: el que usa traje y corbata.

Una de las últimas entrevistas que realicé se la hice a Mario, uno de los (escasos) mensajeros que milita gremialmente. En ese momento pretendía indagar sobre las modalidades de acción orientadas a la obtención de recursos. Para el momento de la entrevista con Mario, ya había reparado en el uso de la contrafigura de traje y corbata para discriminarse de quienes, según su propia perspectiva, están disciplinados al modelo. Estábamos hablando de los procesos de agremiación, de las disputas por la representación sindical, de las diferentes estrategias de crecimiento, de sus propias prácticas de militancia. Entonces, para referirse a aquellos que habían formado una agrupación gremial de base sin ser mensajeros, los llamó “unos tipos de traje y corbata”. Lo interesante del caso es que uno de ellos es Aldo, el que cayó a un asado todo vestido de negro, ‘disfrazado’ de mensajero.

Si la operación equiparadora implica ‘desnudar’ al otro para despojarlo de los atributos de su rol,¹²⁸ es lógico que entonces la contrafigura esté ‘vestida’. Más aún, que esté vestida con “ese perfecto símbolo de todo lo duro y contraído: la corbata” (O’Donnell, 1984: 13). El diacrítico no divide al integrado del excluido, sino que

¹²⁷ Aún más: Urbano, de jóvenes 34 años, además de cinco hijos, tiene una nieta de dos.

¹²⁸ Dice Turner (1988) que el período liminal de un ritual, la *communitas*, permite el reconocimiento del vínculo plenamente humano, aquel que no está condicionado por los atributos del status y colocado, por ende, ‘fuera de la estructura’.

atraviesa con una línea imaginaria al conjunto de los trabajadores, y discrimina entre aquel que no está disciplinado (los mensajeros) y el resto: los que usan traje y van a la oficina. Justamente, si la figura con la cual se contraponen, antes que con el plenamente integrado al sistema, es el disciplinado ‘de traje y corbata’, las maneras de marcar la distancia con la contrafigura adoptarán ciertas modalidades estilísticas e inscripciones simbólicas sobre la materialidad de las prácticas (esto será objeto de análisis en el siguiente capítulo). El adulto con el que se confronta es el adulto dependiente: de la rutina, de la oficina, de una vestimenta monocromática que no puede elegir. Desde este punto de vista, y por extensión, el mensajero se opone a la oficina, a la fábrica, en fin, a la rutina y el disciplinamiento. Y no necesariamente a la vestimenta. El traje y la corbata son meros símbolos de una posición frente al trabajo que está más allá de esos símbolos.

Una tarde, tomando una cerveza, Urbano y Enrique se pusieron a intercambiar opiniones sobre el aspecto que tienen algunos compañeros suyos en las empresas que trabajan. Urbano decía que le costaba creer que el tesorero tuviera su misma edad: “Está hecho mierda”, decía. Y Enrique aportaba un ejemplo similar. Mientras los escuchaba hablar, las descripciones de sus compañeros se me iban dibujando mentalmente. Los hombres que describían, de corbata, pelo corto, afeitados y relucientes, se contraponían a los rostros de Urbano y Enrique que, promediando la treintena, tienen todos los rasgos de los que se puede inferir una vida intensa. No sólo por los surcos de arrugas en la cara, sino también por la voz cascada, las manos ásperas o las dentaduras. Los “hechos mierda” son, en estas descripciones, los que se disciplinaron a un modelo. Por eso mismo, es en el estilo donde se juega la distancia con la versión restringida del modelo traje y corbata. Esto implica una estrategia exactamente inversa a la que encontraron Gorbán y Wilkis (2006) para el caso, comparado, de los cartoneros y los vendedores de la revista *Hecho en Buenos Aires*. A partir de las herramientas del interaccionismo simbólico, estos analistas observaron, en las ‘estrategias dramáticas’ de estos actores en posiciones desfavorables, una tendencia a ‘emprolijar’ la presentación de sí.¹²⁹ El caso de los mensajeros es exactamente inverso.

Puede parecer intrascendente confrontar con otro a través del estilo. Pero en el caso de los mensajeros la confrontación no es una mera oposición simbólica o de insurrección retórica, sino que es el resultado de una experiencia vinculada a la inserción laboral. Es en la dimensión del trabajo donde se pone en juego el diacrítico, y por eso mismo el diálogo

¹²⁹ Para ampliar ver Rodríguez (2007b).

no recae sobre evaluaciones estéticas, sino que penetra en zonas fuertemente determinadas por un encuadre laboral al cual no quieren sujetarse. Entre la juvenilización, que es parte de la presentación de sí (sobre lo que se profundizará en el siguiente capítulo) y la figura del adulto de traje y corbata, existe más que un vínculo retórico: hay un lazo que organiza y vertebra sus prácticas cotidianas.

De la moto a la identidad

En este capítulo se profundizó sobre los conceptos y los valores que los mensajeros construyen en la misma práctica de fletear. La vida cotidiana es un terreno clave donde los mensajeros experimentan el poder, la autoridad y la jerarquía. Esto resulta un dato decisivo para entender los elementos cotidianos que se pusieron en juego, re-contextuados, en los acontecimientos extraordinarios de diciembre de 2001.

Con esto no estoy afirmando que esos tres elementos, el poder, la autoridad y la jerarquía, son los únicos que intervienen en la construcción de su subjetividad.¹³⁰ Más bien intento recortar e iluminar tres dimensiones donde se fraguan unas modalidades particulares de negociación y confrontación identitaria. Los mensajeros experimentan la autoridad, el poder y la jerarquía en situaciones encuadradas por coordenadas de espacio y tiempo, donde está comprometida su identidad. O, mejor aún, son los particulares usos del espacio y el tiempo los que atraviesan su identidad como mensajeros en situaciones donde cotidianamente experimentan el poder, la autoridad y la jerarquía. Esta concepción permite articular la dimensión de lo público y la de lo privado presentes ambas en la vida cotidiana. Y, como afirma Isla (2006), permite hacerlo desde el propio punto de vista de los actores, en este caso, los mensajeros.

Sobre estas formas en que el poder, la autoridad y la jerarquía se experimentan, se ensayan, se evalúan, se modifican, o se reproducen, es posible resaltar dos notas: en primer lugar, que estas formas no están despegadas de la práctica laboral, por lo cual son puestas en acto en el propio ámbito de la calle, donde trabajan todos los días, y en el tiempo recortado de la jornada laboral. No son formas enmarcadas como extraordinarias, es decir,

¹³⁰ De hecho gran parte de su identidad como mensajeros gira alrededor de la atracción (real o supuesta, no tiene importancia) que aseguran posee la moto en la conquista amorosa. Otro eje significativo en la modulación de sus identidades está dado por el consumo de sustancias alteradoras de la conciencia. Aunque importantes, ni su presencia ni su ausencia modifica la secuencia analítica que intento desplegar, relacionada con el entramado político-cultural entre un grupo de jóvenes urbanos y los dispositivos de representación. Por lo tanto, más que desechar esos elementos, relativizo su importancia en función de mi argumentación.

fuera del marco cotidiano, sino una variedad de experiencia urbana posible. La práctica de fletear se efectiviza en la calle y es en la misma práctica donde se experimenta el poder, la autoridad y la jerarquía. Así, en el marco de una *cultura ordinaria* (de Certeau, 1999), se expresa una particular relación entre cultura y política, que incluye tanto a “las prácticas y los discursos verbales como a campos de simbolización e identificación relacionados a *expresiones de poder, a formas de autoridad y jerarquía*, concientes o no concientes en los actores” (Isla, 2006: 113. Resaltado del autor).¹³¹

En segundo lugar, y a su vez, es de destacar que el entramado de estos tres elementos compone un fondo donde se funden la dimensión política y la cultural. Y que al formar parte de la práctica laboral, este fondo no está separado de ella. Esta *politicidad* (Merklen, 2005) asumirá distintas formas según el contexto. Así, los tres elementos iluminados aquí (tácticas de antidisciplina espacio-temporales, la contrafigura de la cual se desmarcan y el igualitarismo equiparador) son componentes centrales de una politicidad básica que se despliega en configuraciones distintas según el contexto y las escalas de acción. Esta politicidad es un todo que conforma una identidad estratégica, situada y contextual. En lo que sigue se presentarán algunas de esas situaciones en donde la politicidad se moldea plásticamente.

Mientras tanto, de la descripción analítica realizada, es necesario retener los tres componentes ya analizados, porque luego serán re-interpretados a la luz de los acontecimientos de diciembre de 2001: las prácticas de fuga respecto del disciplinamiento y el control en el tiempo y en el espacio; la vertebración de valores identitarios alrededor de la contrafigura ideal encarnada en el adulto de traje y corbata; y un sentido de igualitarismo vinculado a la ausencia de atributos respecto de un rol establecido ‘desde afuera’ de la práctica. Estos tres componentes son cruciales para entender, por un lado, cómo la politicidad de base puede adoptar otras formas, diferentes en la superficie, y por el otro, las razones de la compatibilidad que estos valores tuvieron con lo que era socialmente esperable en las jornadas de diciembre de 2001.

Uno de los canales por donde fluyó esa compatibilidad fue el de las superficies massmediáticas, sensibles al diálogo establecido coyunturalmente entre la politicidad de base de los fleteros, y el *campo de interlocución* (Segato, 2007; 1988) específico de la sociedad argentina de diciembre de 2001. Es por eso pertinente contemplar un elemento que forma parte central en su vida cotidiana: la producción de señales para comunicar una

¹³¹ De hecho, como se comprenderá, me inspiré en el referido trabajo de Isla para discriminar los tres elementos señalados.

imagen de sí. Intento ligar esa producción estilística con la captura mediática, cautivada por su salida a las calles en diciembre de 2001. Una porción de esta captura fue convocada por sus prácticas concretas y efectivas en las calles; y otra porción, o un ingrediente que le dio exotismo, fueron sus rasgos expresivos, es decir, aquellas señales por las cuales comunican al resto de la sociedad quiénes son. Y por lo cual son reconocidos.

En Argentina, los estudios en cultura tienden a analizar las prácticas (juveniles) en clave de una producción (sub)cultural con relativa autonomía,¹³² y/o como prácticas de consumo que resisten, reproducen, o reelaboran el orden dominante.¹³³ Algunas investigaciones dan cuenta de una producción que se entiende en la doble articulación que se genera entre la búsqueda de una solución a las contradicciones de la sociedad adulta y la adecuación de ciertos estamentos a la fuerza expulsiva de la sociedad capitalista en su momento neoliberal (Míguez, 2006; Semán, 2006). En todos estos casos, se focaliza sobre los momentos de ocio.

A medida que discriminaba los datos hallados en la investigación, me daba cuenta de que pocos son los trabajos que se han dedicado a la producción estilística en el marco de un encuadre de trabajo.¹³⁴ Por lo tanto, las preguntas que surgen a partir de esto son: ¿qué comunican los mensajeros? ¿Y cómo comunican aquello que comunican? ¿Es una comunicación instrumental o conlleva otros rasgos? ¿Qué mecanismos específicos son los que organizan esta comunicación? ¿Difieren de grupos nucleados por los tiempos de ocio? ¿A quién o quiénes comunican? ¿Y cuándo? ¿Lo hacen todo el tiempo? ¿Dónde está la politicidad, si es que está, en ese mecanismo?

Ese será el tema central del siguiente capítulo.

¹³² Sin pretender exhaustividad, y sin que signifique una crítica, algunos ejemplos de esta clave son los trabajos de Míguez (2006) respecto de los pibes chorros y la cumbia villera, o el de Chávez (2005b) sobre los jóvenes 'alternativos'.

¹³³ En esta clave, por ejemplo, y con el mismo espíritu de la nota anterior, son ilustrativos los trabajos de Silba y Spataro (2008) y de Alabarces (2005).

¹³⁴ Una importante referencia es el estudio sobre jóvenes de Willis (1988) que da cuenta de la relación encontrada entre el mundo del trabajo, la cultura y la escuela. En Argentina, una excepción es el trabajo realizado por Svampa (2003) sobre un grupo de jóvenes de trabajadores metalúrgicos de segunda y tercera generación, donde la autora presenta una relación entre los cambios estilísticos y éticos de estos jóvenes, y los cambios socio-económicos asociados al neoliberalismo.

4. Señales

-Para hacer eso no necesitas conducir un taxi, muchacho. Cualquier cacharro te serviría.
-No, es distinto. Con un coche normal, evitarías el aspecto desagradable del trabajo, y ésa es la base de toda la experiencia.

Paul Auster, *Brooklyn Follies*.

Miguel tiene el pelo largo hasta los hombros, y acompaña el pantalón de jean que usa habitualmente con una campera de la misma tela y borregués. Javier presenta la misma apariencia. Sus brazos con tatuajes, que se dejan ver debajo de las camisas remangadas, tienen músculos trabajados. Ambos escuchan heavy metal y participan de bandas asociadas a ese estilo musical.

Urbano viste usualmente pantalón jogging y zapatillas; también tiene el pelo largo aunque enmarcado por un breve flequillo sobre la frente, conocido como ‘rolinga’ en la jerga de las culturas juveniles. De manera similar se presenta Enrique, aunque tiene el pelo corto. Enrique, además, suele usar pantalones amplios, de esquí, en invierno, acompañados de botas. Ambos dicen escuchar a bandas musicales como Los Redondos o La Renga.

A Mariano, un mensajero fanático del reggae, se lo reconoce por sus rastas. A Gustavo, por el contrario, por su pelo corto y teñido. Gustavo es fanático de bandas del rock nacional de los últimos años, como Divididos. Fernando, además de usar aritos, escucha a Rata Blanca y otras bandas relacionadas con lo gótico. El Moncho, con su larga trenza negra cayéndole sobre la espalda, es vegetariano; casi no habla; observa mucho, comenta poco, afirma o niega con la cabeza. Dice escuchar “de todo un poco”.

Si no fuera que estamos hablando de mensajeros, estas descripciones apuntarían a discriminar ‘estilos’ (o incluso ‘sub-estilos’) organizados a partir de una relación entre ciertas elecciones estéticas (musicales, por ejemplo) y la apariencia.¹³⁵ Y sin embargo, cuando se suben a su vehículo a trabajar, todos ellos quedan adscriptos a un mismo conjunto: el de los mensajeros.

¿Qué tienen en común Urbano, Miguel, Fernando, Mariano...? ¿Y qué de diferente? Evidentemente lo que tienen en común no señala hacia una frontera relacionada

¹³⁵ Aún más, para una persona que no comparte los saberes que permiten decodificar esta relación (pienso rápidamente en un corte generacional, pero no solamente), el listado presentado ni siquiera discriminaría por una orientación en los gustos, sino que los agruparía sin más dentro de un amplio conjunto indiferenciado de ‘sujetos juveniles’, aunque etariamente no necesariamente lo sean.

con opciones del *gusto*.¹³⁶ Aún así, estas opciones caen dentro de un abanico limitado: ninguno usa traje, como tampoco escucha música clásica. Entonces, ¿qué los agrupa? ¿El trabajo? ¿Y sólo el trabajo? ¿Acaso podría un mensajero fletear en mocasines y saco de tweed? ¿Cómo construyen su imagen de sí? ¿Es sólo una cuestión de gustos y apariencia?

El trabajo de campo realizado con los mensajeros me hizo dudar de algunas interpretaciones de los estudios sobre estilo, especialmente aquellos que ponen en primer plano los aspectos ‘visibles’ de la relación gustos-apariencia. Entre los mensajeros, las elecciones que hacen en torno a los gustos no implican fronteras identitarias rígidas e innegociables, sino que sugieren la existencia de un anillo grueso, con límites de aceptación, en el que se instala un espacio ‘muelle’. Como veremos en este capítulo, en este espacio ‘muelle’ se tramitan parte de los límites de inclusión-exclusión.

Por otro lado, la duda se fue transformando en certeza con el correr de los meses cuando todas las evidencias me enfrentaban con un dato que suele estar ausente en las investigaciones sobre estilo, y particularmente sobre estilo y juventud: la variable ‘trabajo’. Porque la apariencia ligada a los gustos (rastas, trenzas, aritos, flequillos, músculos trabajados) no es un indicador de pertenencia, sino solamente cuando entra en combinación con los elementos propios del formato laboral (handies, motos o bicicletas, morral).

No obstante, lo que también surgió del trabajo de campo es que las señales que resultan de esta doble combinación, se vuelcan sobre sí mismas y se hacen ‘comunicables’, lo cual conforma una *pequeña política* (Bailey, 1971) que organiza sus interacciones cotidianas.

Hasta aquí se trata del aspecto ‘visible’ de las fronteras identitarias, organizadas por un conjunto de reglas combinatorias que permiten configurar apariencias posibles. Debajo de esta zona, ‘visible’, hay otra zona, ‘invisible’, ligada a cuestiones morales y/o de posición en la estructura, cuyos componentes también definen límites de inclusión-exclusión aún cuando no tengan correspondencia plena ni equivalencia simbólica con los aspectos visibles.

¹³⁶ Bourdieu señala que los gustos se definen en dos espacios: por un lado las prácticas (deportivas, diversiones, de producción cultural, etcétera), y por el otro las propiedades (muebles, vestimenta, libros, cuadros, incluso cónyuges), por las cuales se manifiesta el gusto “entendido como el principio de las elecciones que así se realizan” (1988: 181). Además de esta primera definición, en esta tesis también se tienen en cuenta las afirmaciones de Grignon y Passeron (1991) respecto de que el gusto implica una modalidad selectiva de estilizar la vida que no sería exclusiva de los grupos dominantes, es decir, de aquellos legitimados por la posesión del capital cultural legítimo.

Para facilitar la comprensión y economizar los términos, a la primera dimensión, conformada por un conjunto de reglas, la denomino estructura superficial; y a la segunda, la que provee significado a esas combinaciones, la llamo estructura profunda. Esta distinción me fue inspirada por Bruner (1986) de quien tomé prestada su conceptualización sobre el formato de juego.¹³⁷

En las páginas que siguen, intentaré desovillar la complejidad de esta armadura, que se fue revelando a medida que me adentraba en el trabajo de campo. Al orientar la mirada hacia la relación de los procesos estilísticos con la práctica laboral, la indagación se fue vertebrando alrededor de una serie de interrogantes que pueden formularse más o menos de este modo: ¿cómo se construye concretamente la presentación grupal de sí? ¿Qué rol cumplen la moto y el casco? ¿Intervienen otros elementos? ¿Hay gustos en común? En ese caso, ¿son igualmente comunes a todos? ¿Existe un repertorio restringido de elementos que son usados por los mensajeros a la hora de estilizar su práctica de fletear? ¿Hay márgenes de aceptación? ¿Y quién legisla sobre estos márgenes? ¿Cómo se marcan las fronteras de pertenencia? ¿Son fijas? ¿Profundizan sobre aspectos éticos? Finalmente, como el trabajo de campo también me señalaba hacia la intencionalidad implicada en la producción estilística, me pregunté si esta construcción implica una ‘conciencia’ acerca de la imagen a comunicar sobre el rol de mensajero. En este sentido, los interrogantes acerca de ¿qué se comunica?, ¿cómo se comunica?, y ¿para qué se comunica?, resultaron cruciales para reincorporar la pregunta por el estilo en las dinámicas de ingreso a los procesos de circulación cultural en las cuales se precipitaron sus prácticas en diciembre de 2001.

En este capítulo me interesa dar cuenta, entonces, de la producción de señales estilísticas de los mensajeros en moto, y de los formatos que surgen de las posibilidades combinatorias cuando están restringidas por elementos vinculados al trabajo. Dilucidar si los rasgos expresivos de los mensajeros pueden considerarse señales ‘estilísticas’ es una cuestión que se intentará responder afirmativamente aquí. Para ello el hincapié se ha

¹³⁷ En su extenso trabajo sobre la dimensión simbólica del juego y el lenguaje de los niños, Bruner (1986) plantea que el formato de juego implica la concurrencia de dos tipos de estructura: la superficial, que provee un conjunto de reglas de realización, y la profunda, que le da significado al propio juego. Cabe aclarar que el formato no es fijo, sino que es inestable por su misma constitución. En efecto: las sucesivas repeticiones de la estructura superficial llevan a los niños a asumir mayor protagonismo en la propuesta y a controlar progresivamente la situación, lo cual permite que el formato se rompa dando lugar a ‘nuevos posibles’. Es entonces que pierde su carácter ritual y aparecen situaciones que van más allá de la repetición o la circularidad funcional. Las acciones dentro de este formato vuelven a aparecer pero nunca de la misma manera, porque el formato se vuelca sobre sí mismo y reaparece modificado. Para ampliar ver Bruner (1986).

colocado no sólo en los formatos que organizan su dimensión expresiva, sino también en los grados de ligazón de estas señales con los sentidos atribuidos a su vida cotidiana y al trabajo. Sobre el final del capítulo, se expondrán los modos en que los mensajeros tramitan simbólicamente estas cuestiones a través de una pequeña política que le da forma activa a esos gestos, y es a la vez una dimensión comunicacional de su vida cotidiana.

Anillos de exclusión/inclusión

Entre los mensajeros, los atributos ligados a los gustos y la apariencia colaboran en la construcción de fronteras de inclusión y exclusión que delimitan la pertenencia. Sin embargo, sólo colaboran. En verdad los rasgos expresivos definen una porción de la dimensión ‘visible’ del estilo, que está compuesta por dos trazos: uno que ilumina los atributos ligados a los gustos, y otro que se conforma con elementos provenientes de su formato laboral. La combinación entre ambos trazos configura lo que, con Bruner, denomino la estructura superficial.

Respecto del primero de los trazos de esta estructura superficial, el vinculado a los gustos, con él se delinea un espacio ‘muelle’ o acolchonado que hospeda variedades dentro de ciertos márgenes de aceptación. Así por ejemplo, respecto de los gustos, recogí un listado heterogéneo de consumos musicales que incluye heavy metal, reggae, rock nacional, cumbia, rock sajón en distintas vertientes, y algunos más. Ninguno de mis entrevistados dijo preferir escuchar música clásica, tango o folklore. En el rubro de la apariencia externa sucede algo similar. Los he visto con piercings, tatuajes, flequillo ‘rolinga’, con trenzas, o rastas; hay quienes son vegetarianos y quienes no consumen alcohol.¹³⁸ Pero, nuevamente, si bien este repertorio no es ni fijo ni excluyente, ninguno usa (ni usaría) traje o corbata. Por lo tanto, incluso acotando el análisis sólo a la dimensión del estilo que se trama en la relación entre la adscripción a ciertos gustos y la dimensión expresiva, esta relación habla de márgenes de aceptación antes que de homogeneidad. Hacia adentro de las fronteras del ‘nosotros’, la diversidad funciona, a la manera hoggartiana, como un mar de detalles, donde un conjunto relativamente amplio de rasgos

¹³⁸ El único rasgo visiblemente recurrente, es el estado de las dentaduras. Quizás deba resignarme a que éste sea el único resultado ‘objetivo’ de mi investigación: que los mensajeros y los dentistas no se llevan bien.

está ceñido por un margen de aceptación.¹³⁹ Las elecciones pueden variar entre el rock, el reggae, los castillos o el heavy metal. Pero ese es el límite aceptado, no más allá.

Cuando Javier, un ex-mensajero hoy disfrutando de un año sabático, intentaba contactarme con otros, definió idealmente a estos sujetos por la negativa: “Fernando no te va a servir: le gusta lo épico, los castillos, los vikingos, escucha metal clásico, Rata Blanca y es racista”. Después se acordó de Ramiro pero desistió porque dejó de fletear y actualmente es dueño de una agencia. Y cuando le pregunté por Mariano, que estuvo el 19 y 20 de diciembre de 2001 en la Plaza de Mayo y fundó una de las agrupaciones sindicales de base de mensajeros y cadetes, me aclaró que tampoco es el “mensajero emblemático porque está en el Polo Obrero”. Preguntado entonces por los rasgos del ‘mensajero emblemático’, Javier compendió: “faso, mina, birra, hinchas de Chacarita, para en el barrio”.¹⁴⁰

El listado de Javier dice muchas cosas: por un lado, señala que en el entramado de las propias narrativas nativas, sobrevuela un tipo ideal, imaginario, delimitado por consumos y prácticas culturales, que sería representante de todos los mensajeros en moto; pero por el otro, su incapacidad para encontrar al ‘mensajero emblemático’ indica que las variedades son a su vez parte misma de este tipo ideal. Porque lo cierto es que, más adelante en mi trabajo de campo, la confrontación del listado ideal que me presentó Javier con las prácticas efectivas de los sujetos confirmó que estos rasgos son uniformes solamente en el plano del imaginario, aunque esto no implique que la construcción ideal no esté permanentemente sirviendo de guía o de marco a la hora de organizar sus narrativas.

Si Javier no acierta a comunicar fielmente aquello que él pensaba que yo quería encontrar (un patrón), su intento me aportó la clave para, justamente, entender ese patrón: el trazo grueso, aquél que dibuja el espacio ‘muelle’. La *fachada*¹⁴¹ de los mensajeros es a la vez colectiva e individual: el trazo grueso que habilita el espacio ‘muelle’ es colectivo, y dentro de esos límites hay una zona relativamente ‘libre’ donde aparece la originalidad de cada sujeto. La imagen de sí es la resultante de una mixtura entre las prácticas efectivas de

¹³⁹ Hoggart (1971) plantea su análisis de la cultura obrera de mediados del siglo XX en Inglaterra, a partir de la delimitación de un ‘nosotros’ cuyas fronteras implican, al mismo tiempo, márgenes de tolerancia, ética y estilísticamente hablando, de la comunidad hacia sus miembros y viceversa.

¹⁴⁰ En lunfardo, el sociolecto utilizado por Javier, faso significa cigarrillo de marihuana; mina, mujer; y birra, cerveza. Asimismo, con Chacarita se refiere a un club de fútbol conocido por el fanatismo de sus hinchas.

¹⁴¹ La fachada, o *front*, es “la parte de la actuación del individuo que funciona regularmente de un modo general y prefijado, a fin de definir la situación con respecto a aquellos que observan dicha actuación (...) una dotación expresiva de tipo corriente empleada intencional o inconcientemente por el individuo durante su actuación” (Goffman, 1994: 48-49).

cada individualidad, y un conjunto de prácticas, atributos y consumos que operan como marco imaginario de lo que consideran que es, idealmente, un mensajero. Es decir que esta imagen ideal no se replica fielmente en cada uno, sino que se singulariza y adquiere matices. Pero hay un marco común, grueso, que soporta variaciones dentro de unos límites.

La insistencia de Javier en señalar(me) los rasgos del mensajero típico, podría interpretarse, en una primera aproximación, como una distancia entre el nivel de los enunciados y la dimensión de las prácticas. Sin embargo, a la vez, la diversidad implicada en el listado de algún modo impide su encasillamiento. Ante la pregunta por sus comienzos, Miguel me dice: “No soy mensajero típico porque no empecé porque me gustaban las motos sino por necesidad”. Las indefiniciones parecen funcionar, en este caso, como astucias para no ser encasillados.¹⁴²

En verdad, más que de indefiniciones, se trata de una operación de permanente desmarcación originada por los mismos sujetos. Son ellos los que delimitan el trazo grueso de la estructura superficial. Como se desprende de la lista por la negativa que hizo Javier, los atributos que enmarcan las fronteras de ese nosotros, no sólo se califican, sino que además se autorizan, desde adentro; incluso los vinculados con los bienes provistos por el mercado de la cultura.¹⁴³ En todos los casos son los propios sujetos los que los autorizan y legitiman. Lo que de algún modo marca los límites de extranjería es que los bienes y consumos culturales aceptados están vinculados entre sí por una posición subalterna respecto de la cultura legítima, y que la acción afirmativa refiere a los usos y consumos de bienes culturales provistos por el mercado. Es decir, que antes que la pertenencia a un ámbito delimitado por un repertorio ‘degradado’ de bienes culturales,¹⁴⁴ o a una operación de desclasificación y reclasificación cultural (Featherstone, 2000), los mensajeros se afirman en una posición particular de consumidor en torno del mercado de la cultura. Éste el límite del espacio muelle, donde se aceptan diversidades estilísticas: las posiciones que ocupan los bienes que se consumen en la jerarquía de los bienes legítimos, y la afirmación de sus consumos.¹⁴⁵

¹⁴² De hecho, el primer título que se me ocurrió para esta tesis fue “Los inapresables”, resultado más de mi percepción en mi acercamiento al campo, que de los atributos del grupo, como oportunamente me señalara mi director.

¹⁴³ He privilegiado el sintagma mercado de la cultura al más extendido de industria cultural porque permite diferenciar los distintos dispositivos de producción y los ámbitos de circulación de los productos, muchos de los cuales no provienen, en sentido estricto, de la industria cultural. Para ampliar ver Baranchuk (2007).

¹⁴⁴ Tal como a mediados de los ’80 ha definido a la cultura popular, desde una perspectiva bourdieuana, un autor como García Canclini (1988, 1990).

¹⁴⁵ Si bien los consumos culturales en sí pueden definirse desde el supuesto de que en todo consumo está implicada una posición de subordinación (de Certeau, 1996), es necesario precisar también los tipos de

En ese sentido, aunque la investigación no se orientó en esta dirección, no está demás señalar que estos sujetos, que mayoritariamente rondan los treinta años de edad, fueron también socializados por los consumos massmediáticos de la post-transición democrática. Siguiendo a Gándara, Mangone y Warley (1997), esos consumos configuraron una imagen de joven no sesgada por la edad sino por un estilo (informal, dinámico, ligero, irónico) que se asumía como ‘rebelde’. Aunque para estos autores esta rebeldía oculta la operación mediática de integración de la trasgresión, la representación coloca a los jóvenes como “fiscales de la hipocresía de los adultos” (1997: 25). Además, y particularmente, indica una relación con la estilización de la vida desde cierta audacia y libertad en la manipulación de los elementos del sistema cultural, prácticas que, como afirma García Canclini (2005), se caracterizan por estar sesgadas multidimensionalmente por la informalidad y la flexibilidad para crear y recrear simbolismos. Entre los mensajeros, partícipes de esos dispositivos de socialización, la selección de ciertos elementos de distinción entre otros, es un proceso de apropiación y re-elaboración, en un sentido gramsciano que, dicho rápidamente, no sigue sin embargo la dirección puntual que podría desprenderse de su hipótesis, esto es, que las clases subalternas se apropian de (hacen suyos) los bienes de la cultura dominante. La recreación simbólica, como se vio (y como se verá también con mayor detalle en el capítulo 5), se produce con elementos que provienen de diversos repertorios culturales, sean estos populares, masivos, letrados o escolásticos. Además, esta recreación simbólica no es una producción totalmente autónoma y ‘desde adentro’ del grupo; ni tampoco proviene de una imposición enteramente ‘desde afuera’.

Mi hipótesis no se orienta a pensar que un grupo social tendría creencias y valores que serían luego articulados con una dimensión expresiva, ligada con la presentación de sí y congruente con los gustos y los consumos.¹⁴⁶ En verdad, el formato estilístico articula en sí mismo una dimensión comprensiva de las relaciones de estos sujetos con los otros actores de la sociedad, y esta dimensión comprensiva recae tanto sobre la imagen colectiva

consumo cultural y los lugares que esos consumos ocupan en las jerarquías (clasificadas y ‘modernas’ o desclasificadas y ‘posmodernas’) del capital cultural común de una sociedad en un momento determinado. No hacerlo implicaría subsumir a todos los sujetos en la misma operación y perder de vista sus posiciones estructurales relativas. Por otra parte, esto marca una tensión con los desarrollos de Featherstone (2000), quien sostiene que la desclasificación y reclasificación del consumo sería una ‘marca de época’.

¹⁴⁶ En este sentido, lo analizado es congruente con las consideraciones vertidas por Frith en relación con los grupos de seguidores del rock: “no es que los grupos coinciden en valores que luego se expresan en actividades culturales, sino que se reconocen a sí mismos como grupos por medio de la actividad cultural y el juicio estético” (2003: 187).

como sobre la individual (la que admite variedades), y esta imagen se expone tanto en el plano público como en el privado. En efecto, uno de los elementos significativos en la relación que entablan entre el estilo, y la presentación de sí, es la línea divisoria entre lo público y lo privado. Porque si bien los escenarios y las actividades que organizan la factura estilística de los mensajeros en moto están vinculados con el trabajo, su estilo también los acompaña en otras dimensiones de sus vidas, como las del ocio. En cierta medida, que no abandonen el estilo que imprimen a su apariencia para las actividades que realizan fuera de su tiempo de trabajo, es un rasgo interesante que, de por sí, interroga a la casuística sobre producciones simbólicas durante el tiempo libre. Lo que Mario dice gustarle más de su trabajo, es que él nunca deja de ser *motoquero*;¹⁴⁷ cuando llega a su casa, o se va a ensayar, o sale con su mujer, se viste igual. La apariencia comunica una imagen de sí que no necesita ser actuada según las circunstancias, sino que los acompaña en todas las situaciones y contextos. Las veces que interactué con ellos fuera del encuadre laboral, no habían cambiado su apariencia. Al principio esto no me llamó la atención, quizás por la costumbre de vestirse de modos informales en mis propios ámbitos laborales. Sin embargo, percibí la disonancia un sábado a la noche cuando, en una peña, bailaban con sus handies ajustados al cinturón. Lo que es interesante de marcar a los efectos analíticos, son las acciones tendientes a comunicar que, justamente, ésa es su vestimenta habitual: Mario lo resalta con un comentario; los asistentes a la peña, con sus handies colgados de la cintura en pleno festejo, fuera del tiempo laboral.

Interesantemente, en esta relación de continuidad relativa entre los ámbitos públicos y los privados, lo que resalta es que la moto no es el elemento central de distinción. Como se mencionó en el capítulo 1, algunos de ellos sólo usan la moto para trabajar, mientras que otros no la dejan “ni para salir”. Este dato de por sí ameritaría poner en duda algunos desarrollos teóricos que cifran las argumentaciones sobre la producción de estilo en la puesta en escena que los sujetos realizan a partir de la exhibición de ciertos

¹⁴⁷ A Mario le hice una sola entrevista. Este detalle no es menor, dado que *motoquero* es una heterodenominación que fue apropiada por los mensajeros a posteriori de las jornadas de diciembre de 2001, y que utilizan como parte de la presentación de sí. Sólo después de haber entrado en confianza conmigo se autodenominaban *fleteros*. Es que el lenguaje tiene muchas funciones, una de ellas, fundamental, es la de “crear/reforzar fronteras, reunir a sus hablantes como miembros de una misma comunidad de habla y excluir a los extraños de la comunicación intragrupal” (Saville-Troike (2005: 26). Este tema será profundizado más adelante. Por ahora sólo es necesario retener que se trata de una nominación que utilizan en su diálogo con otros de ‘afuera’.

elementos seleccionados intencionalmente, y a los cuales se los ha investido de una carga simbólica que el grupo se encarga de sostener.¹⁴⁸

El caso de los mensajeros es, desde esta perspectiva, peculiar. Y el sesgo laboral es crucial para entender la cuestión del estilo. Por un lado, mantienen los atributos más allá de la situación de trabajo, y estos atributos no necesariamente están ‘atados’ a objetos o símbolos que los identificarían con esa filiación laboral. Paralelamente, en situaciones de tiempo libre, comunican a través de diversas señales que, justamente, de eso trabajan. Es que, como se sugirió al comienzo de este capítulo, la estructura superficial del estilo se organiza a través de los dos elementos de modos sistémicos.

Analíticamente, la operación (que será desarrollada con detalle más adelante) pone en juego un mecanismo dual, que oscurece e ilumina en un mismo movimiento. Por ahora, y sólo a los efectos de una argumentación que reconstruya de modos ordenados el análisis, se hace necesario regresar a los dos trazos mencionados que organizan la estructura superficial, a los elementos que entran en su combinación, y a sus grados y calidad.

Combinaciones: cuando el trabajo también hace al estilo

El estilo de los mensajeros no funciona en el ‘vacío’, ni los componentes que intervienen se sostienen en una elección plenamente intencional: una parte de ellos proviene de las condiciones laborales, las que serían, simultáneamente, un modo peculiar de habitar la ciudad. En ese sentido, Chávez señala que los jóvenes, insertos en la triple tensión entre culturas parentales, cultura hegemónica y el propio grupo de pares, se configuran como “productores en la dimensión cultural” (2005b: 265). De este modo se distancia de las interpretaciones tradicionales sobre estilo, sosteniendo que si bien los jóvenes han adquirido históricamente visibilidad fundamentalmente a través de su apariencia (vestimenta, peinados, etc.), también producen unos modos de hacer (lenguajes, música, literatura) y unos modos de habitar (la esquina, la calle, los paseos) distintivos.¹⁴⁹

¹⁴⁸ Por ejemplo, y para tomar un caso local, Svampa (2003) sostiene que, desde la perspectiva de los jóvenes metalúrgicos, si bien el trabajo aún mantiene su centralidad en la percepción de las divisiones sociales, ya no estructura una identidad colectiva, y que ésta se elabora también alrededor de los consumos culturales. Ahora bien, su mirada sobre la producción cultural de estos jóvenes, recae de algún modo sobre la hipótesis de la homología tempranamente trabajada por Clarke (1993). Dice Svampa: “¿Cómo no ver una suerte de afinidad electiva entre el trabajo metalúrgico (el “fierrierío”) y el tipo de música que Roque escoge (el rock metálico y pesado), que le sirve de base para la construcción de una nueva identidad?” (2003: 149).

¹⁴⁹ Dos notas interesantes resaltan en la propuesta de Chávez: en primer lugar, que estos modos de hacer y de habitar serían recuperables analíticamente a través de una perspectiva etnográfica; en segundo, que desde esta



Aún así, un sesgo analítico persiste: la cuestión del estilo parece estar presente mayoritariamente en los análisis vinculados con actividades de tiempo libre.¹⁵⁰ En el caso que nos ocupa, no estamos en presencia de actividades de ocio, lo cual abre espacios de vacancia desde los que interrogar sobre los sutiles mecanismos combinatorios realizados a partir de elecciones a medias contingentes y a medias condicionadas materialmente. ¿Qué ocurre cuando es el cotidiano laboral lo que se estiliza? Por tratarse de una práctica rutinaria, minúscula (casi invisible podría decirse), el trabajo necesariamente opera diferencialmente en los modos de habitar la ciudad respecto de los procesos de producción simbólica tramados en ocasión del tiempo libre. ¿Cómo opera el encuadre laboral? Los grados de restricción y/o libertad en las elecciones simbólicas, ¿son las mismas que en el ocio? ¿Qué sucede cuando el organizador central es el trabajo? Si la producción estilística implica un *bricolage*,¹⁵¹ ¿cómo se acomodan los elementos de la vida cotidiana cuando el trabajo motoriza el proceso de estilización?

El casco, el morral, la moto o la bicicleta, el handy o el celular, no son, evidentemente, objetos que haya sido seleccionado libremente del stock cultural ofertado por la cultura hegemónica, como tampoco puede decirse que ha sido impuesto por la fuerza inclusiva del mercado. Sin embargo, y aunque evidentemente no basta con ellos,

perspectiva el concepto de estilo es entendido como la construcción intencional de una alteridad. Para ampliar ver Chávez (2005a).

¹⁵⁰ Así, Feixa (1999) señala que las culturas juveniles expresan las experiencias colectivas de los jóvenes a través de la construcción de estilos de vida distintivos, localizados en espacios intersticiales de la vida institucional, es decir, en espacios de tiempo libre, los cuales, además, poseerían grados significativos de autonomía respecto de las instituciones ‘adultas’. En su argumentación, el estilo, como en la figura de un reloj de arena, cumple el papel de filtro entre la cultura parental y hegemónica y la propia de los grupos, filtro que opera a través de la homología y el *bricolage*. El papel de filtro del estilo es el que ‘adelgaza’ la figura metafórica, dándole la forma de reloj de arena. Asimismo, el estilo entre los jóvenes estudiados por Chávez se construye activamente alrededor del ocio, sólo que Chávez resalta el alto grado de inversión cultural y afectiva orientada al objetivo de generar “pertenencia, inclusión y exclusión a diferentes circuitos de sociabilidad” (2005b: 8). De ningún modo se está negando el valor de estos trabajos ni la importancia de los ámbitos y las prácticas de sociabilidad de los sujetos en su tiempo libre. Lo que se intenta señalar, simplemente, es que el recorte sobre las actividades de ocio es justamente eso: un recorte.

¹⁵¹ La referencia es, obviamente, a Levi-Strauss (1972).

igualmente comunican públicamente parte de su rol porque intervienen enmarcando, o limitando incluso, su papel en la presentación pública de sí, en la construcción de la fachada.

La frontera, en otras palabras, no está dada por una serie de objetos, sino por modos específicos de usarlos, y por la peculiar combinación de esos objetos y sus usos con las elecciones de los gustos. Entonces, ¿qué elementos del formato laboral, y cuáles del mercado de la cultura, se seleccionan y se combinan para la presentación pública?

El campo de las combinaciones posibles de los mensajeros, está limitado por restricciones directamente relacionadas con el formato laboral. Dicho en palabras más simples: hay elementos que no se eligen, y otros que sí. Así, handies (o celulares con el altavoz prendido) a la altura de la boca; bandoleras o morrales cruzados sobre la espalda; un vehículo con signos de uso continuado; los portaequipajes habilitados, cargados con paquetes o papeles, o vacíos pero disponibles; la utilización (opcional) de manoplas para mitigar los efectos del viento en las manos; el casco, para los que andan en moto; son todos dispositivos de trabajo de los que difícilmente se pueda prescindir. Aún más, el casco es más que un simple dispositivo: su uso está normatizado.¹⁵²

De este modo dos trazos encuadran la estructura superficial: uno que se corresponde con las variedades estético-expresivas autorizadas, y otro que atañe a los componentes exigidos por el desempeño laboral. En el tándem entre los dos trazos se construye la imagen del mensajero. Y las fronteras de inclusión/exclusión se arman en ese tándem, entre lo que surge del primer trazo, y lo que delimita (y restringe) el segundo. Miguel y Javier podrían ser clasificados, desprovistos de sus dispositivos laborales, rápidamente de seguidores del heavy metal, y quienes así decodifiquen los signos de su apariencia, no se equivocarían al tildarlos de ‘metaleros’. De modos similares, Enrique y Urbano son fácilmente identificables como ‘rolingas’, Mariano como ‘rasta’, y Fernando como ‘gótico’. Pero son mensajeros porque con esa misma apariencia trabajan, combinándola con los elementos básicos y necesarios para ejercer su profesión. A la inversa, en la ciudad pueden verse usuarios de moto en traje, o, menos esquemáticamente, vestidos con un pulóver de cuello redondo y zapatos abotinados, subidos a motos relucientes. A pesar del uso del mismo vehículo, claramente se diferencian de los mensajeros por su apariencia. Es necesario que se pongan en juego los componentes de los dos trazos para que las delimitaciones completen el cuadro estilístico.

¹⁵² Se trata de la Ley de Tránsito N° 24.449.

Como afirma Reguillo (2000), la dimensión expresiva no agota la identidad, en todo caso es un andarivel donde se procesa y se expresa esa identidad. Más que ‘autoconciencia’ (Clarke, 1993)¹⁵³ se trata de un sistema de decisiones organizado por una racionalidad relativamente limitada (como se vio en el capítulo 1), que se va tramando con las prácticas rutinarias y cotidianas del trabajo. En este sentido es que se afirma aquí que la producción estilística de los mensajeros es mucho más compleja que una simple delimitación atravesada por la relación entre apariencia y gustos, porque en verdad resulta de una doble línea que sólo hace sentido en tándem cuando esa relación se combina con los atributos derivados del propio trabajo. Y éste es el segundo de los trazos, el que traza una frontera ligada con la dimensión laboral y que, sólo en combinación con el primero, termina de configurar la imagen pública del mensajero. En este sentido, el de la imagen pública del mensajero, las fronteras de inclusión/exclusión hacen sistema y emiten una señal plena cuando ambos anillos se integran sinérgicamente en una sola imagen.

El mensajero típico

Como se mostró, la producción de señales estilísticas de los mensajeros para la construcción (pública y privada) de una presentación de sí, dista bastante de poder ser enmarcada dentro de esa restringida relación entre los gustos y la apariencia. La estructura superficial, dimensión ‘visible’ del estilo, es el resultado de una construcción compleja donde se combinan componentes procedentes de los gustos, y otros procedentes de las restricciones laborales. En esta compleja construcción, las fronteras que señalan el corte de inclusión/exclusión, dibujan una doble línea que conforma una suerte de ‘colchón’, o espacio ‘muelle’. Dos trazos dan sentido sistémicamente a este espacio ‘muelle’: uno que

¹⁵³ Clarke (1993) advierte que es necesario analizar la posición material de los grupos en relación con las experiencias locales; luego examinar la naturaleza de las relaciones entre el grupo y la autoconciencia grupal para hacer visible un estilo; finalmente, observar cómo los objetos seleccionados por los sujetos funcionan objetivando la imagen de sí del grupo en cuestión. La clave en el trabajo de Clarke es la noción de autoconciencia, que operaría como interfase entre las condiciones materiales y la producción simbólica de los sujetos, porque la creación estilística implica “una apropiación selectiva de objetos simbólicos dentro de un campo de posibles” (1993: 176). La demanda de Clarke se orienta entonces a la necesidad de revisar los grados de homología existentes entre la autoconciencia y los significados posibles de los objetos disponibles. Esta postura ha sido revisada, y aún criticada, por otros analistas. Así, por ejemplo, Frith (2003) advierte que, aún en la dimensión del consumo, el estilo (musical en su caso de estudio) no se corresponde con un sistema de valores que estarían representados apriorísticamente en la música en sí, sino que, en todo caso, lo encarna coyunturalmente. Es en la experiencia de participación musical donde los grupos ponen a prueba sus valores, constituyendo, así, lo que Frith denomina las *narrativas identitarias* (Frith, 2003).

posee un límite de aceptación en términos de apariencia y gustos, y otro que, por el contrario, restringe los atributos visibles con cuestiones relativas al trabajo.

No obstante, los límites identitarios se traman también en base a la estructura profunda, una dimensión ‘invisible’ que se sirve de ese espacio ‘acolchonado’ para tramitar afinidades vinculadas con sesgos de otro orden, como el que recae sobre las acciones políticas, las posturas éticas, y/o la posición laboral. Al decir que ‘se tramitan’ se está sugiriendo que se trata de una elaboración, que se da dentro de este ‘colchón’ y no por fuera, y que la resolución de estas afinidades no necesariamente implica la inclusión/exclusión del sujeto portador de estas disposiciones, sino solamente su tramitación.

Una segunda lectura del listado de Javier, rico en proporcionar varias interpretaciones, da cuenta de este tipo de tramitación. En efecto: si ingresamos por la negativa, Javier define al nosotros a partir de elementos relacionados con la cultura mercantilizada, como los gustos (“le gustan los castillos”), y los consumos culturales (“escucha metal clásico y Rata Blanca”). Pero también a partir de otros que exceden ese sesgo, como las acciones políticas (“está en el Polo Obrero”), las posturas éticas (“es racista”) y la posición ocupada en una estructura laboral (“es dueño de una agencia”). De hecho, una vez que fui a presenciar un ensayo de la banda donde Miguel toca la guitarra, él y el cantante, Ariel, terminaron discutiendo por una cuestión que había sucedido hacía pocos días en una marcha de desocupados.¹⁵⁴ Ya durante el ensayo habían estado protagonizando pequeñas escenas de disputa por el poder simbólico. Cuando Ariel sacó el tema de lo sucedido en la marcha, era evidente que estaba intentando presentarle a Miguel otra batalla. Según Ariel, el que le arrojó el botellazo a “la piquetera” había estado bien, “son todos una manga de ladrones”, dijo, desafiándolo a Miguel con sus palabras y con la mirada. Luego agregó: “Se llevan de arriba ochocientos mangos [pesos] y yo me rompo el orto [me esfuerzo denodadamente] todos los días arriba de la moto”. Miguel le contestó defendiendo a los manifestantes, y la discusión se hizo bilateral y bastante agria. Más tarde, en una conversación personal conmigo, Miguel adujo que en realidad Ariel no es fletero, es “gerente”. Lo que me interesa destacar, es que a pesar de que ambos, Ariel y Miguel, comparten el gusto por el heavy metal, admiran a Almafuerte (y a sus antecesores

¹⁵⁴ Se trata de un incidente ocurrido en agosto de 2004 en el cual una mujer que se encontraba manifestando en la Avenida de Mayo recibió un botellazo arrojado desde un balcón.

V8 y Hermética) y son consumidores de discografía de ese estilo musical,¹⁵⁵ la discusión tenía que ver con una cuestión más ética que política (quién se desloma trabajando ocho horas y quién se lleva dinero de arriba); y que, luego, la frontera que puso Miguel relacionó a Ariel con la posición que ocupa en una estructura laboral (acababa de poner una mensajería por su cuenta).¹⁵⁶

Lo cierto es que la presencia de un rango amplio de elementos utilizados para **marcar** el cotidiano laboral no se agota en la relación entre los gustos y los atributos expresivos, sino que incorpora componentes de otra índole. Lo que implica, extremando el argumento, que los límites de ese nosotros no se definen sólo por los bienes del mercado de la cultura, sino también por otras cuestiones que están legisladas ‘desde adentro’. La idea de *tribu urbana* (Maffesoli, 1990), parece ser poco apropiada para caracterizarlos: las fronteras identitarias no están constituidas (no podrían estarlo) por consumos culturales impuestos por el mercado (‘desde afuera’); además, los mensajeros presentan un grado reducido de relaciones interpersonales entre ellos por fuera de las rutinas laborales; finalmente, el nomadismo de los sujetos de las tribus se da de narices con la permanencia de los mensajeros en el mismo tipo de trabajo, como se vio en el capítulo 2. Aún más, la reducción de la noción de tribu a una socialidad basada en el contacto y el costado afectivo de microgrupos ligados por una suerte de comunalidad emocional, una corporalidad exacerbada y el peso fuerte de la experiencia de hábitos y consumos compartida planteada por Maffesoli (1990), impide discernir otro tipo de adscripciones. Los mensajeros se identifican por elementos provenientes de construcciones identitarias múltiples, sean éstas políticas, de clase, éticas, o socio-estéticas (Reguillo, 2000), pero enmarcadas, fundamentalmente, dentro del universo laboral. Denominarlos tribu sería empobrecer el análisis de su dinámica y de los vínculos con la sociedad (entre otras cosas, sin ir más lejos, con el índice de desempleo) en la que están inmersos, así como implicaría perder de vista la especificidad de su surgimiento histórico, ya tematizado en el primer capítulo. De modo que se equivocaría el camino si se caracterizara a estos sujetos, ‘maffesolianamente’, desde la radicalización de identidades fuertemente segmentadas y a partir de ciertos rasgos tales como su inestabilidad y fluctuación, como lo demuestra lo presentado hasta aquí, y/o

¹⁵⁵ De hecho la banda que conformaban, luego disuelta por razones evidentes de disputa por el liderazgo, replicaba ese estilo.

¹⁵⁶ Congruentemente, cuando le pregunté a Nacho qué pasa cuando un pibe pone una agencia, me contestó: “Lo pisás”. Claro que, como se vio en el primer capítulo, ésta es una negativización más imaginaria que ‘real’, porque, como se recordará, ser dueño de una mensajería es uno de los modos posibles por los cuales distinguirse jerárquicamente sin perder identidad. Pero este retazo de imaginario habla, justamente, de la dimensión ética implicada en la estructura profunda y en la construcción de la presentación de sí.

de elementos irracionales en sus comportamientos, como se desarrollará con más detalle en el capítulo 6.

La condición juvenil como señal

La indagación empírica demuestra que ser mensajero deviene de enfrentarse a la imposibilidad de no trabajar, por posición de clase. Desde esa imposibilidad, y en el marco de las restricciones materiales, ponen en juego un sistema de decisiones que posee, como se vio, una racionalidad limitada (Levi, 1990). Asumen y construyen un formato de trabajo, y sobre este formato sobretrazan su cotidiano laboral haciendo un uso particular de las herramientas simbólicas. Los mensajeros marcan estilísticamente su condición laboral con elementos que caen dentro de un conjunto de prácticas, imágenes, contrafiguras y discursos diversos pero demarcatorios. Y estas marcas son las que los señalan como ‘jóvenes’, a pesar de que, biológicamente hablando, no necesariamente lo sean.¹⁵⁷ Lo que me interesa plantear es que en la presentación de sí de los mensajeros se ponen en juego una serie de rasgos que dirigen el sentido hacia el significante juventud. Y que esto no se condice, necesariamente, con las edades reales.

Sobre este tema, es conocida la apreciación de Bourdieu (1990) quien afirma que “cada campo tiene *sus leyes específicas de envejecimiento*” y que “para saber cómo se definen las *generaciones* hay que conocer las leyes específicas de funcionamiento del campo, las apuestas de lucha y cuáles son las divisiones que crean esta lucha” (1990: 164. Resaltado del autor). Sin embargo, como se vio en el capítulo 3, las apropiaciones simbólicas realizadas por los mensajeros no tienen por objeto distinguirse de la sociedad adulta en general, sino de un tipo particular de adulto. Por eso, antes que un sujeto recortado por edad, el gesto de distinción remite a unos sujetos que juvenilizan las prácticas para desmarcarse de un otro singularizado. La operación de juvenilización que marca la presentación de sí de los mensajeros en moto señala hacia la combinación de su trabajo con los atributos externos delimitados por anillos de inclusión y márgenes de tolerancia, que comunican una *condición juvenil* (García Canclini, 2005). La operación permite que sean distinguibles de ese otro que funciona como contrafigura y que, más allá

¹⁵⁷ Las comillas en ‘jóvenes’ quieren, justamente, señalar esa distancia: la que existe entre la edad real y la edad proyectada. Tampoco, como se vio, pertenecen sociológicamente hablando a las clases menos favorecidas, a pesar de que se marquen como trabajadores precarios y, en ese gesto, se auto-definan desde una difusa subalternidad al orden constituido.

de su edad, es quien se abandonaría a las imposiciones del sistema (sea lo que sea que esto signifique), sin oponer resistencia.

Surge, en este sentido, una cierta consonancia entre esta condición juvenil, y las propuestas analíticas de Margulis y Urresti (1996) quienes plantean la existencia de jóvenes no-juveniles, categoría donde caerían aquellos sujetos pertenecientes a sectores populares que no disfrutan de la posibilidad de moratoria social y no son portadores de atributos relacionados comúnmente con la juventud, y la inversa, no-jóvenes juveniles, donde entrarían los sujetos de sectores medios y altos que, a pesar de tener disminuido su crédito vital, habrían sido capaces de incorporar los signos que hegemonícamente caracterizan a la juventud. No obstante, y según se dio cuenta en el capítulo 1, los mensajeros presentan características particulares que impiden ser categorizados en uno u otro sub-conjunto: provenientes de la franja más favorecida de los sectores bajos, han incorporado atributos y signos socialmente reconocibles como ‘juveniles’.

Al mismo tiempo, es necesario destacar que el significante juventud no está despegado de la propia práctica laboral, sino que es producto de ella misma. Aunque la contrafigura que organiza parte de su sistema de decisiones es la del adulto de traje y corbata, esto no implica un mero contraste en el sistema de apariencias, en el ‘look’. El traje y la corbata, como se vio, es un modelo que funciona como metáfora de un trabajo considerado como disciplinado, rutinario y, en palabras nativas, “gris”. De hecho, aquellos que describían como “hechos mierda” tenían la misma edad de quienes los calificaban de ese modo. Por eso, al marcarse como ‘jóvenes’, no se desmarcan tanto de la generación precedente como de un circuito al que no quieren pertenecer. Fletear, encontrar espacios y tiempos ‘robados’ a la cuadrícula oficial, son formas prácticas de desmarcarse de la contrafigura. No se trata de un modo intencional de expresar un conjunto de valores, ni de ‘parecer’ joven. Se es joven, y esto es un elemento crucial que se construye desde los márgenes hacia adentro de la propia práctica.

Indudablemente que a esta juvenilización contribuye el uso de un vehículo asociado fuertemente a la figura del ‘joven rebelde’. Como se verá en el capítulo 5, esta figura integra una serie cultural (especialmente la serie fílmica) que hunde sus raíces en las estructuras de reconocimiento, en las cuales la moto, en tanto elemento indispensable de la figura, se fue semiotizando, cargando de sentido.¹⁵⁸ La moto no es un elemento neutral: ya

¹⁵⁸ Este enfoque tributa la perspectiva de Clifford, para quien no existen totalidades socioculturales que luego se relacionan entre sí, “sino más bien sistemas ya constituidos de ese modo, que pasan a integrar nuevas relaciones a través de procesos históricos de desplazamiento” (Clifford, 1999: 18).

tiene historia cuando los mensajeros la adoptan para trabajar, ha sido semiotizada en otros ámbitos y otros circuitos por otros actores. En la serie cultural del ‘joven rebelde’, la moto se fue connotando con significados de algún modo ‘universales’, como la libertad, la solidaridad y la rebeldía. Estos valores, fácilmente hallables en las narrativas de los mensajeros, alimentan la *conectividad* (Brubaker y Cooper, 2001), entendida como un sentido emocional de adscripción grupal a partir de similitudes internas y diferencias con otros externos.

Y también se los puede identificar en las operaciones de reconocimiento. De hecho, la solidaridad fue recogida por las crónicas periodísticas de las jornadas de diciembre de 2001, y su tematización nutrió buena parte de los elementos con los cuales los mensajeros fueron representados. Sin embargo, el vínculo moto-solidaridad no es intrínseco ni a la historia del vehículo ni al sistema moral de los mensajeros.

¿Cuánto de esos valores ‘universales’ pueden homologarse a los atributos del elemento en sí? ¿Cuál es el grado de homología, si lo hay, entre la moto y los significados de libertad, solidaridad y rebeldía?

¿Homología o contigüidad?

Uno de los valores más frecuentemente hallados en la dimensión relacional de la identidad de los mensajeros, es la solidaridad. Sus relatos marcan potentes referencias a la solidaridad como un valor que cimenta los lazos, por ejemplo cuando en el encuadre urbano, ante cualquier dificultad, se detienen a colaborar con los pares.

Nosotros somos muy solidarios entre nosotros. Somos un gremio muy solidario. Vos te rompés la moto y estás parado ahí, la primera moto que pasa, para y te ayuda, te lleva hasta el taller. O si sabe te la arregla. Son códigos que hay en la calle (Mono).

La solidaridad, que también es uno de los valores más resaltados por las crónicas de diciembre de los medios de comunicación, es entre los mensajeros un elemento que si bien refuerza la conectividad interna, tiene distintas valencias según se trate de narrativas identitarias, del cotidiano laboral, y/o de contextos extraordinarios, es decir que posee, entre los mensajeros, un uso situado y diferencial.

De hecho, la solidaridad encuentra sus límites cuando interviene la competición.¹⁵⁹ De puertas para adentro, cuando de conseguir un viaje se trata, no importa quién está al lado (en sintonía, además, con una administración discrecional del poder en manos de quien recibe los pedidos). Y este límite ocurre tanto entre compañeros de una misma agencia, como entre trabajadores de agencias rivales. Hace unos años, el territorio de actuación de la mensajería para la que trabajaba Norberto, una localidad de la zona sureste del conurbano bonaerense, se lo repartían dos grandes agencias de mensajería en moto. La competición por una misma porción del territorio del servicio de mensajería llegó a altos niveles de disputa que excedía las acciones meramente laborales. En verdad, nunca pudieron repartirse el territorio entre las dos mensajerías que se lo disputaban y finalmente quedó una sola. Norberto me contaba que en los momentos más álgidos de la batalla por la hegemonía local que se entabló entre las dos agencias, cuando veía un mensajero en moto tirado en la calle, antes de acudir a socorrerlo chequeaba su filiación. Si el accidentado era de la agencia para la que él trabajaba, se apeaba a ayudarlo. Pero si era de la rival... “yo me hacía el reverendo boludo”. Entonces, en el trabajo cotidiano la solidaridad se combina con la competición de modos complejos: por un lado, enmarca fuertemente sus narrativas; por el otro, la solidaridad puede ocasionalmente obstaculizar sus relaciones prácticas concretas.

Esto no implica hipocresía ni falsedad ni tampoco una ‘distorsión’ entre lo que dicen y lo que hacen, como una mirada prejuiciosa ponderaría. Aunque cabría preguntarse por el hiato entre lo que señalan discursivamente y lo que los moviliza en sus prácticas cotidianas, más bien lo que el hiato ilumina es el componente situacional del valor ‘solidaridad’ y el uso estratégico de prácticas solidarias según el contexto de actuación.

Para densificar aún más las relaciones entre prácticas y representaciones, vale la pena hacer un pequeño desvío. El vínculo moto-solidaridad no es intrínseco pero tampoco completamente extrínseco a la práctica de fletear. El vínculo se trama con algunos elementos que sustentan al grupo de los motociclistas cuyo objetivo de máxima es la realización de largos viajes con ella.¹⁶⁰ De lo que se apropiaron los mensajeros es de una

¹⁵⁹ Avlasevicius, Mutfaf y Neto (2007) han encontrado que entre los ‘motoboy’ paulistas la solidaridad ha dejado paso a un sentimiento de temor ante la posibilidad de ser asaltados por otros motoboy que simulan estar accidentados, cosa que les ha sucedido en varias oportunidades. En mi trabajo de campo, no hallé un temor similar.

¹⁶⁰ Para los motociclistas, el viaje distingue a los auténticos del resto. Y la cantidad de kilómetros acumulados es la marca que jerarquiza a los miembros de un club. “Con esta moto tengo más de cien mil kilómetros. Tengo viajes a Córdoba, a Chile, varios a Entre Ríos, a Brasil” (citado en Malagón, 2006).

parte de lo que la moto representa en un imaginario sedimentado en tiempos largos, uno de cuyos operadores fue la figura de los motociclistas. Pero el sentido en ambos grupos difiere, como no podría ser de otro modo. El objetivo de los motociclistas no es el trabajo sino el viaje. Un viaje considerado de algún modo iniciático y que hace que un sujeto sea merecedor de un plus valor cuanto más kilometraje haya realizado subido a su moto. Por eso la personalizan y la mejoran. Obviamente, en la ruta, en ocasión de un accidente, la soledad puede resultar fatal. De modo que ayudar a otro motociclista, vitalmente comprometido con su viaje, se convierte en una cuestión crucial, al modo en que sucede con los camioneros. Los mensajeros en moto se apropiaron de este valor. Lo adoptaron como propio. Y no es ‘pura retórica’: ciertamente lo ponen en práctica en su trabajo cotidiano. Pero no es un valor ‘útil’ todo el tiempo, sino que es situacional y estratégico: a la hora de competir, la solidaridad se desvanece. Visto desde el otro lado: los motociclistas no se enfrentan como sí lo hacen los mensajeros, a la posibilidad de poner en juego la competición por una porción del recurso de sobrevivencia económica. O, en otras palabras: para los motociclistas ser solidario es más fácil.

Entonces, a pesar de las críticas que recibió la hipótesis de la homología, en verdad algo de la hipótesis funciona, sólo que no de modos mecánicos. Para su análisis, se requieren dos desplazamientos. En primer lugar, aunque el elemento moto no se vincula punto a punto, es decir, homológamente, con la solidaridad, el vínculo estaba hecho desde antes. Y éste es el sentido del que se apropiaron los mensajeros en moto. Un sentido desplazado pero no totalmente desacoplado, que no se liga mecánicamente con el objeto (la moto) sino con el significado atribuido a él, y que ha ingresado en el imaginario social en la figura de los motociclistas. La operación que define el vínculo, entonces, antes que la homología, es la contigüidad.

Otros elementos con los que viene ‘equipada’ la moto son la libertad y la rebeldía. El primero presenta un grado mayor de identidad con la autonomía que los mensajeros en moto sostienen como un bien valorable. Pero la libertad que connota la moto no está relacionada, al menos en el caso de los mensajeros, con un tiempo liberado de obligaciones (no podría estarlo), sino con su maniobrabilidad, agilidad y velocidad. La libertad esgrimida por los mensajeros (la autonomía, en verdad) es de otra calidad que la que postulan los motociclistas vinculada a sus viajes en ruta.¹⁶¹

¹⁶¹ En *El Salvaje* (1953), el personaje que interpreta Marlon Brando, Johnny, define así su estilo de vida: “[Los fines de semana] no vas a ningún lugar en especial. Simplemente... te vas”.

Finalmente, la rebeldía no es atributo del objeto (la moto) en sí, sino de los jóvenes retratados por los textos ficcionales que los tienen por protagonistas, y que son quienes, montados en ellas, realizan acciones contra la generación que los precede. Aquí, entonces, y nuevamente, se trata de un sentido que opera metonímicamente y no por sustitución.

En suma, entonces, y en principio, no hay nada en la moto que la vincule directamente con el valor solidaridad, éste es un valor que los motociclistas adosaron a su práctica de viajar por las rutas, y del que los mensajeros se apropiaron. Por vías indirectas, entonces, la moto habilita a tender algún puente con la solidaridad. A la vez, la moto sí tendría algo que posibilita experimentar algún grado de libertad a sus usuarios en general (no sólo a los mensajeros). Por eso mismo, es posible decir que, entre los mensajeros en moto, un retazo de homología puede observarse entre el elemento seleccionado (la moto) y alguno de los valores que se le atribuye.

En un punto de la dinámica cultural, entonces, los objetos disponibles ya poseen significados medianamente estabilizados socialmente, son reconocibles en las tramas de las significaciones sociales. Y por eso mismo tienen potencial para ser vehículo de comunicación, para portar sentidos. Por lo tanto, en un intento por superar la cuestión de la homología que proponía Clarke (1993), puede decirse que los argumentos en torno a la homología, al menos en este caso, no deben ser totalmente desechados. Más bien conducen a preguntas que permiten iluminar las condiciones sociohistóricas de la cultura en las cuales se realizan dichas selecciones.

Con lo cual, regresando a lo señalado por Clifford (1999), en un punto es difícil discriminar qué está primero: si la moto, el formato laboral o la estilización.

Estilo y reputación

Indudablemente, y a pesar de que existe una importante cantidad de mensajeros que utiliza bicicletas para trabajar (particularmente en el microcentro), la moto es un elemento llamativo entre los componentes de su imagen. De alguna manera la moto califica y comenta el trabajo. Y aunque, como se vio, el vínculo entre la moto y los sentidos que porta no es mecánico, el elemento sirve a los fines de **comentar** la práctica. Trabajar en moto les da una alta y rápida visibilidad, así como también los ubica en la

‘polifonía’ de las relaciones que se establecen en el tránsito.¹⁶² Si la moto es, primero, un medio de trabajo, también posee funciones comunicativas.

Hace ocho años que Miguel fletea con la moto. Primero trabajó en una mensajería y actualmente lo hace para un laboratorio. Un día que se le rompió la moto fue hasta el centro de la ciudad en tren pero con el casco en la mano. Según Miguel, la posesión del casco era imprescindible para intercambiar favores con otros mensajeros en las diversas colas que deben hacer para realizar las tareas relativas al tramiterío. Las razones de por qué lo lleva en la mano en ausencia de la moto, abarcan lo que aduce Miguel y, a la vez, lo exceden. Por un lado, su uso está legislado; pero Miguel también usa el casco como una señal: la que le permite diferenciarse de sus vecinos, los repartidores y los cadetes de a pie. Al valor instrumental del casco se le suma un valor simbólico, casi ornamental, a través del cual exhibe su identidad de mensajero y, en ese gesto, sostiene su reputación. Sólo que Miguel no puede asumir esto último: sería contradictorio con su propia versión de lo careta. Por eso invoca, ante mí, una razón instrumental.

Más allá de estas contradicciones, llevar el casco en ausencia de la moto implica, para Miguel, algo más que un gesto instrumental y también algo más que otro puramente ornamental: está cuidando su reputación. El casco, que opera en ausencia de la moto como comentario, habilita el reconocimiento entre pares, y también ‘hacia fuera’. Señala y comenta su relación con la sociedad. Porque la práctica de fletear combina disposiciones hacia la sociedad adulta particulares, con rutinas materiales concretas, y con valoraciones ideales hacia lo que implica ser un sujeto que interactúa con otros iguales. Y la misma práctica incluye la producción de señales que los mensajeros en moto utilizan para comunicar sentidos de distinta índole: para marcar públicamente su condición de trabajadores, para cuidar su reputación, y para generar relaciones instrumentales.

Es posible parangonar esta producción de señales con lo que Bailey (1971) denomina la *pequeña política*, tomando como ejemplo a las mujeres de Valloire que usan el delantal de cocina en las calles para cuidar su reputación. En el encantador ejemplo que relata Bailey el uso del delantal de cocina implica una señal que las mujeres emiten hacia la comunidad, con la cual indican que están atareadas y que, por eso mismo, no pueden detenerse a intercambiar ‘chismes’ o novedades de familia. Quedarse en las calles conversando puede ocasionar que se las considere ‘chismosas’ y eso les generaría una pérdida de la reputación. Pero, a la vez, negar el saludo a alguien o excusarse de

¹⁶² En esta dirección, la de una socioantropología urbana, se orienta el trabajo, ya mencionado, de Avlasevicius, Mutaf y Stiel Nieto (2007) sobre los ‘motoboys’ de San Pablo, Brasil.

intercambiar novedades con una vecina, podría ser interpretado como que esa vecina es considerada inferior, lo que también pondría en riesgo su reputación. El uso del delantal es una coartada para evitar ambas situaciones y, de ese modo, no poner en riesgo la reputación. El casco posee para Miguel usos y sentidos en efecto similares respecto del delantal para las mujeres de Valloire porque la reputación descansa más en las opiniones de los otros que en las cualidades de una persona y, al igual que el delantal para esas mujeres, el casco es para Miguel una forma de señalar “qué rol uno considera que está jugando” (Ibid: 5).¹⁶³

Pero además de, y junto con, la intención de mantener la reputación, esta pequeña política sirve también a otros fines. Miguel usa el casco en su horario de trabajo, circula por las calles de la ciudad en ese horario, con el casco en la mano aunque vaya a pie, porque la importancia de la acción de emitir señales es que “el juicio recae sobre todos los implicados, no sólo sobre el que está actuando” (Ibid: 10). De ese modo Miguel se marca a sí mismo como trabajador. Y no cualquier trabajador: el casco en la mano, sumado al pelo largo y al jean gastado que usa habitualmente, más el horario laboral, cifran en esa combinación, signada por el tándem de los dos anillos, la figura del mensajero. Así el casco de Miguel comunica su rol de trabajador y, simultáneamente, pone de relieve, frente a los otros, qué tipo de trabajador es.

Finalmente, y sin que esto sea menor, el casco presenta una tercera posibilidad: la de intercambiar favores con otros mensajeros, lo que significa que el estilo tiene participación, en este caso, en una dimensión instrumental.

Lo que aquí se ha caracterizado como la pequeña política de Miguel, está indudablemente ligada con una dimensión comunicacional del estilo, entendido, como intenté argumentar, como una combinación particular entre las restricciones laborales y las variedades del gusto autorizadas. El uso del casco implica que Miguel, por un lado, cuida su reputación al comunicar al resto de la sociedad que él está trabajando; por el otro, enfatiza que él no es un simple cadete de a pie, tampoco un repartidor, y mucho menos, un trabajador de traje y corbata; y finalmente, lo habilita a ingresar en una pequeña red social. La pequeña política de Miguel se engarza con su identidad de trabajador como mensajero.

¹⁶³ Aunque podría decirse que el ejemplo de Valloire, una localidad de 400 habitantes situada en los Alpes franceses, no es homologable a una comunidad ampliada y por definición multisituada como la de los mensajeros, el propio Bailey afirma en ese mismo texto que “las conclusiones sobre las estrategias de administración de la reputación no son aplicables solamente a las comunidades campesinas de las montañas del sur de Europa. El problema es universal (...) La razón de esto es que la vida comunitaria no depende sólo de la vecindad. Puede encontrarse en iglesias, fábricas u oficinas, en pubs y otros lugares de esparcimiento, de hecho puede encontrarse en cualquier tipo de asociación, formal o informal” (1971: 5. Mi traducción).

En ausencia de la moto, el casco de Miguel cuida su reputación, comunica y enfatiza su rol, y le provee beneficios de uso.

Dado que los gestos y las señales de la pequeña política de los mensajeros son a la vez expresivos (comunicar un rol), políticos (iluminar una parte), e instrumentales (intercambio de favores), homologar estas acciones a la mera producción expresiva empobrece el análisis. Sea con fines instrumentales, expresivos o políticos, hay una dimensión comunicacional en la producción de señales que es un modo de sesgar el propio mundo respecto de los otros-disciplinados. Forma, por eso, parte misma de la pequeña política, e importa en sí misma tanto como importa que sea comunicada y comunicable.

Ocultando en la luz¹⁶⁴

Sin embargo, no siempre esta comunicación es lineal y transparente. Una de las primeras cosas que advertí en el trabajo de campo con los mensajeros en moto, fue una suerte de fisura que se insinuaba entre lo que expresan verbalmente y los significados prácticos que corren por debajo de sus expresiones. Más allá de los atributos ‘visibles’, todo parecía remitir a las tempranas advertencias de Ginzburg en relación con el método de Giovanni Morelli.¹⁶⁵

Con el correr de los meses, y avanzado ya mi trabajo de campo, recordé el primer relato de Javier acerca del mensajero típico o emblemático. Me di cuenta entonces de que aquello que Javier omite describir, es, justamente, lo que tienen en común: un trabajo. Y que, mientras que lo obvio, el trabajo, no se dice, simultáneamente se resalta aquello que los distancia de la contrafigura. Concretamente, los mensajeros dejan en sombras la parte más rutinaria y ‘gris’ de su trabajo: hacer trámites. Esta dimensión es la que privilegian no mostrar, priorizando, y echando luz, en cambio, sobre los atributos estilísticos de sus vidas, es decir sobre aquello que los marca como ‘outsiders’, aunque por su condición laboral estén lejos de serlo. Si hacer trámites es el costado más determinante de este trabajo, por eso mismo es el que prefieren esconder hasta hacerlo casi invisible. De otro modo, en su absurda desnudez, el cadete que hace trámites los acercaría demasiado al modelo ‘traje y corbata’, el mismo del que se quieren distanciar. Para evitarlo, se

¹⁶⁴ Este subtítulo es una paráfrasis de la frase de Hebdige (2004) *hidding in the light*, que el autor utiliza para señalar, justamente, el mecanismo por el cual se oculta algo iluminando otra cosa.

¹⁶⁵ Según Ginzburg, Morelli, este historiador del arte y especialista en descubrir cuadros falsos, sostenía que para distinguir los originales de las copias “no hay que basarse, como se hace habitualmente, en las características más llamativas, y por eso más fácilmente imitables, de los cuadros (...) Es preciso, en cambio, examinar los detalles más omisibles...” (citado en Ginzburg, 1983: 56).

ensombrece la parte que no se puede elegir, y para ensombrecer esa parte se sobretraza la frontera pibe/traje y corbata. El 'lápiz' con el que se realiza ese sobretrazo es la moto (o el casco en su ausencia, o el morral). Porque, ¿qué tendría de 'outsider' un sujeto haciendo trámites en horario de oficina? La moto, combinada con la apariencia externa, les otorga un plus valor, los distingue. Y, por eso, se la ilumina. De modos contradictorios, la contundencia de la 'realidad' se oscurece con una fuente potente de luz.

El 'núcleo duro', aquello que los conforma como mensajeros, es el trabajo, uno donde ponen en juego la estilización de las prácticas: la moto; la posibilidad de vestir jeans y zapatillas; el uso de espacios de refugio; la conquista, aunque parcial, de autonomía; las representaciones que conectan su trabajo con 'aguantar' la lluvia, el frío y el calor; los momentos de equiparación; la sensación de escaparle a la mirada panóptica, entre otros componentes. Todo ello les permite seguir considerándose 'outsider', aunque en verdad están "agarrados de la falange, en el borde pero sin llegar a caerse" (Garriga Zucal y Rodríguez, 2007: 1). En términos nativos, la variedad semántica de pibe usada en este universo, es aquél que no se deja apresar por el sistema, y su contrafigura se encarna en el modelo 'traje y corbata'.¹⁶⁶ Por eso lo que les permite eludir la 'integración' total es lo estilístico. Y por eso lo obvio, el trabajo, apenas se lo marca. Lo importante a comunicar es una modulación peculiar de su identidad como trabajadores. El juego de exhibición y ocultamiento es central en la lógica que organiza la práctica de fletear. La necesidad de hacer visibles ciertos atributos expresivos, a modo de estilización de la vida cotidiana, funciona cubriendo aquello que los acercaría a la figura de la que se quieren diferenciar (el modelo 'traje y corbata'). En otras palabras: mostrando, ocultan.

Claro que, si fletear significa encontrar espacios de libertad relativa durante el trabajo y arrancarle retazos a la rutina cotidiana, la moto es un elemento central para operar concretamente. Y es, simultáneamente, un elemento que comenta el trabajo. Ahora bien, como se argumentó, la moto no soporta todos los sentidos que se pretenden comunicar, no los condensa, ni pretende hacerlo, aunque está de por sí suficientemente semiotizado como para servir de comentario. Para hacer este comentario, la moto se ubica en este caso como marco organizador y, en términos de visibilidad, 'por delante'. Pero no se trata de que el elemento en cuestión esté ocultando una suerte de 'parte maldita' que no se desea mostrar:

¹⁶⁶ Esta variedad de pibe, como ya se sugirió en el capítulo 3, difiere de las usadas en otros ámbitos, como el del fútbol, el rock, o la militancia política.

antes bien, califica al trabajo y le da otro valor. Aquello que pretenden comunicar se expresa en un conjunto de elementos estilísticos que, en su combinatoria, iluminan una condición juvenil a la vez que ensombrecen la parte anodina de su trabajo.

Dicho con otras palabras, la moto, en este sistema, sobretraza justamente aquello que se quiere exhibir, no porque la moto en sí misma posea cualidades homologables a los valores que los sujetos iluminan, sino por los sentidos históricos de los que el objeto es portador (sobre objetos que ya tienen historia y pertenecen al stock cultural común, los sujetos operan culturalmente sesgando sus sentidos).¹⁶⁷ Y si bien el proceso es opaco, esto no implica hipocresía, ni falsedad, ni incoherencia, porque no se trata de comunicar explícitamente algo que no se es, sino de iluminar aquello por lo que se pretende darse a conocer, conocer a los pares y ser reconocido. En esta ‘no transparencia’ se engarza un formato laboral con la comunicación de una imagen de sí. Como afirma Hebdige, “la retórica no es de fiar” (2004: 160), no sólo porque, como bien señala este autor, sería peligroso extrapolar de los elementos retóricos una relación lineal significante/significado, sino también porque los elementos puestos en juego en esa retórica forman parte de la misma ‘propaganda’. En el caso que nos ocupa, la moto (o el casco, o el handy, o el morral) no es una ‘propaganda’: es más bien un adjetivo calificador del trabajo. Si se les saca la moto no son más que cadetes que hacen cobranzas. La moto (y el casco por extensión, como vimos en el caso de Miguel), funciona como **comentario** de un tipo de práctica (laboral, en este caso) que, sin esa calificación, sería anodina, rutinaria y gris. Entonces, no es sólo que la retórica no sea de fiar, sino que los elementos son presentados de manera invertida. ‘Dar vuelta’ la retórica permite comprender el sentido de lo que se comunica.

El mecanismo comunicacional presente en la producción estilística, entonces, no consiste en expresar un conjunto de atributos identificables de modos transparentes o lineales con los sentidos existenciales elaborados por el grupo; más bien consiste en oscurecer aquellos rasgos que lo acercan a la figura de la cual se pretenden desmarcar, iluminando aquellos que los distancian de ella.

Claro que no hay novedad en este planteo. Hace casi cincuenta años decía Goffman que “la actuación de un individuo acentúa ciertos asuntos y oculta otros” (1994: 93), y que en presencia de otros el individuo “dota a su actividad de signos que destacan y pintan

¹⁶⁷ Lo que recuerda las tempranas advertencias de Hall (1984) quien, basándose en la teoría de la multiacentualidad de Voloshinov (1976), argumenta que “no hay garantía intrínseca dentro del signo o forma cultural mismo” (Hall, 1984: 107), y que un objeto será popular según la apropiación de determinados grupos en un momento específico de la batalla por el sentido.

hechos confirmativos que de otro modo podrían permanecer inadvertidos y oscuros” (Ibid: 57). Aún admitiendo, y pasando por alto, el hecho de que el interaccionismo simbólico de Goffman hace recaer su análisis sobre conductas individuales, la diferencia entre el argumento goffmaniano y lo que surge de mi empiria se basa, radicalmente, en la calidad de los representantes idealizados presentes en la actuación. Según Goffman la actuación expresa un estándar, dado por las expectativas sociales y la interacción. Lo que el individuo encubre en su actuación es aquello incompatible con el estándar. “Un actuante tiende a encubrir o dar menor importancia a aquellas actividades, hechos y motivos incompatibles con una versión idealizada de sí mismo y de sus obras” (Ibid: 74). El tema crucial, aquí, lo que me permite marcar la diferencia con lo que ocurre con los mensajeros, es que la versión idealizada de sí mismo de Goffman se relaciona puntualmente con los valores oficiales: “Así, cuando el individuo se presenta ante otros, su actuación tenderá a incorporar y ejemplificar los valores oficialmente acreditados de la sociedad, tanto más, en realidad, de lo que hace su conducta general” (Ibid: 62). ¿Cuál es el estándar de los mensajeros? ¿Es un modelo que ejemplifica los valores oficialmente acreditados de la sociedad? ¿O es un modelo emergente, posible, de las condiciones del mercado laboral de los 90 en Argentina? ¿Y en qué medida el ideal se ha desplazado hacia, y mixturado con, otras imágenes de jóvenes posibles?

El primer argumento que se podría proponer es que entre la sociedad norteamericana de la década de 1950 y la argentina de las últimas décadas median más que sólo cincuenta años. Sin embargo, en verdad lo que ocurre es que el marco goffmaniano privilegia los libretos y los roles sobre el conflicto; y en el caso que se presenta aquí, el estándar (no oficial) que opera como referente, es en realidad en sí mismo un comentario sobre los estándares oficiales, una forma de calificación, un modo de enunciar su postura.

No obstante, las figuras con las que se identifican, re-envían a su vez a estándares juveniles contruidos en y por el mercado de la cultura. Si en la misma operación que se ensombrece el costado rutinario se ilumina la supuesta juventud (y, por esa vía, la oposición a la contrafigura del modelo traje y corbata), la juventud iluminada está atravesada, a su vez, por estereotipos masificados. Como afirma Hebdige, sería un error observar en estos procesos pasividad total o resistencia plena por parte de los sujetos: “...existe una sustancial cantidad de terreno ideológico compartido no sólo entre ellos y la cultura adulta de clase trabajadora (...) sino también entre ellos y la cultura dominante” (2004: 120). El relato de Javier ilumina la juventud del mensajero típico, que es, simultáneamente, un retrato del joven rebelde y transgresor que propone la cultura

masiva hegemónica argentina, ese joven que describen Gándara, Mangone y Warley (1997) y al que apelan los discursos massmediáticos de los programas con las mayores cifras de audiencia: “Son las 10.40 de la mañana. ¿Cuánto falta...? ¿Seis, siete horas a lo sumo para que te larguen?”, pregunta Mario Pergolini desde el programa radial más escuchado por los jóvenes del AMBA.¹⁶⁸

Aún así, el gesto comunicacional que ilumina/oscorece algún fragmento en detrimento de otro, señala que se trata de una modalidad productiva de experimentar el poder, la jerarquía y la autoridad.¹⁶⁹ La peculiaridad del caso es que este gesto ilumina los rasgos estilísticos para oscurecer algunas señales de identificación laboral. Los primeros los desmarcan de la contrafigura que actúa imaginariamente como la frontera de lo que no quieren ser; y las segundas quedan opacadas, de ese modo, por la luminosidad del ‘estilo’. Si en esta iluminación los rasgos estilísticos los emparentan con la condición juvenil, no serán ellos quienes se encarguen de desmentir esta confusión. Obviamente esto colabora en su proyección identitaria como pibes, lo cual trae aparejado ser más reconocidos por aquello que expresamente iluminan y menos por lo que ensombrecen.

Y si bien la dimensión expresiva del estilo pudiera confundirse, en este argumento, con su dimensión instrumental, desde la perspectiva de la práctica de fletear, es la dimensión expresiva la que organiza el estilo, porque es la manera a través de la cual se desmarcan del modelo ‘traje y corbata’. Que luego, esa dimensión ‘sirva’ también a fines instrumentales (intercambiar favores) no implica que haya habido una instancia de cálculo costo-beneficio elaborado previamente. O sea: no se ‘disfrazan’ de mensajeros en moto para ingresar en las redes de intercambios (aún más: esto es condenado, como en el caso de Aldo, al que identificaron como ‘payaso’). Y aunque no se trata de un mero uso instrumental, puede terminar otorgándoles visibilidad y permitiéndoles, entonces, el ingreso a redes tanto de reconocimiento público, como de intercambios económicos. Por ejemplo, en relación con los procesos de asociación gremial, el estilo en su doble estructura

¹⁶⁸ El programa radial del cual se extrajo este fragmento es *Cuál es*, que va de lunes a viernes, de 9 a 13 por la radio Rock&Pop. No hubo mensajería a la que fui donde no estuvieran escuchando esta radio, a toda hora del día. El fenómeno de la popularidad de la radio Rock&Pop, y particularmente de su conductor-productor, Mario Pergolini, es justamente una gran ausencia en los estudios de mediatización en la Argentina. El equilibrio entre la reproducción del orden dominante y la transgresión al mundo formal de los adultos es especial aunque no excluyentemente identificable en el contenido sexista de los comentarios de los conductores, donde el modo de decir y lo dicho se funden peligrosamente en un sentido común de difícil desmonte.

¹⁶⁹ Podría suponerse cierta cercanía con la hipótesis de Hebdige (2004), quien estima que una subcultura expresa una tensión entre los que ocupan el poder y quienes están condenados a posiciones subordinadas. Sin embargo, a la distancia ya mencionada respecto de entender el estilo sólo como resultado de un empleo particular del ocio por grupos juveniles, se agrega que Hebdige está pensando en subculturas espectaculares, que expresarían, en contextos de pleno empleo, una resistencia sesgada por el estilo.

superficial y profunda, les permite dejar en sombras su efectiva inclusión laboral y comunicar, así, una especie de ‘inclusión bajo protesta’. Sobre la obtención de la personería jurídica de una de las agrupaciones, dice uno de los más sindicalizados: “Porque la idea está perfecta: es un sindicato medio hippie, ¿no es cierto? Pero si no lo materializamos...”. A su vez, la comunicabilidad del estilo juega también su fuerza en la dimensión del reconocimiento: “todo el mundo lo quiere al motoquero. (...) porque somos jóvenes, estamos medio locos, somos un sindicato sin cúpula y nada, si vos vas a una reunión de mensajeros, después de las siete de la tarde, todos sucios, gente que labura todo el día...”. Y, continuando dentro de los procesos de crecimiento sindical, la dimensión instrumental aparece claramente cuando se la vincula con la convocatoria a los medios: “Es visual. Nos ha pasado de estar en Plaza de Mayo y que el reportero de Canal 11 nos pide ‘Che, en vez de estar quietos por qué no se dan una vuelta alrededor de la pirámide, así los sacamos en vivo’ (...) Quizás la misma cantidad de motos, pero parados y discutiendo en una asamblea no es noticia, pero dando vueltas alrededor de la Plaza de Mayo tiene más ‘color’, como lo llaman los periodistas”.¹⁷⁰

Política y cultura

Si bien la comprensión plural de las prácticas de los jóvenes en particular, y de los sujetos en general, ha dado lugar a una revisión de las interpretaciones tradicionales de las prácticas políticas, y de los mismos conceptos de cultura y de política (Grimson y Semán, 2005), en Argentina los estudios sobre juventud tienden a centrarse en las variaciones del componente participativo (Balardini, 2000; Urresti, 2000). Y aún cuando se han hecho significativos ajustes al concepto de participación (Balardini, 2005), las prácticas políticas juveniles son interpretadas desde un sentido dominocéntrico de lo político.¹⁷¹ Evaluadas por lo que les ‘resta’ o les ‘sobra’ de la definición en cuestión, la operación conduce, o bien a generalizar los atributos autonomistas y radicales de lo político a una parte (Svampa, 2005), o a la totalidad (Zibecchi, 2003) de la juventud argentina; o bien a juzgar a estas

¹⁷⁰ Agradezco a Mariana Malagón por estos aportes.

¹⁷¹ Así, ciertas encuestas de opinión pública aseguran que existen evidencias de una cierta ‘desafección política’ por parte de la juventud, o que los jóvenes afirman no tener ningún tipo de ‘participación ciudadana’. Sin embargo, los estudios también muestran que muchos jóvenes están ‘participando’ si bien los ámbitos donde desarrollan sus prácticas no suelen ser relevados como dimensiones de la participación. De hecho, las organizaciones que convocan mayor cantidad de ciudadanos son aquellas vinculadas con la vida cotidiana (Deutsche Bank, 1993; 1999). Es evidente que existe una disputa por el sentido mismo atribuible al término participación, y esto tanto en el discurso social como también en el ámbito académico.

acciones por sus carencias señalando, por ejemplo, procesos de ‘despolitización’ (Margulis, 1994).¹⁷²

Por otro lado, mmuchos de los abordajes sobre la relación entre estilo, cultura e identidad, han derivado el análisis hacia los rasgos observables de los grupos, entendidos a priori como epifenómenos de las formas en que se resolverían las contradicciones generacionales de la entrada a la vida adulta.¹⁷³ La cuestión básica de estos trabajos se vincula con los grados de continuidad/discontinuidad entre los valores y modos de entender el mundo entre generaciones, entendiendo que en esa relación se pone en juego el origen social de los sujetos pertenecientes a esos grupos juveniles. Por este motivo, las culturas juveniles no serían, entonces, sino expresiones particulares de culturas de clase (Hall y Jefferson, 1993). La mayoría de estas investigaciones, que hunde sus raíces en la tradición de los estudios culturales británicos,¹⁷⁴ sostiene que los estilos y rituales derivados de estas expresiones de clase son una forma de resistencia (y por eso, son políticas). La combinación de generación y clase dejó atrás el concepto de culturas juveniles para ceder paso a la categoría de *sub-cultura*, utilizada para definir una cultura subordinada a la dominante con grados de acuerdo/desacuerdo con ella.¹⁷⁵ En esta

¹⁷² En la década de 1990, un conjunto de estudios sobre juventud (enmarcados en lo que se conoce como sociología de la cultura), han tendido, justamente, a caracterizar a la juventud argentina como despolitizada, falta de proyectos y retirada del espacio público, “resignando en los hechos y en los sueños la construcción del mundo” (Margulis, 1994: 27). La proyección de una definición (si se me permite la expresión) ‘modernocéntrica’ de política sobre las actividades juveniles, se alimenta de una mirada nostálgica que, eventualmente, obtura la posibilidad de reflexionar sobre los procesos efectivos de agenciamiento relacionados con formas propias de concebir y de imaginar el mundo de los jóvenes. Los ejercicios comparativos que realizan, por ejemplo, Urresti (2000) entre dos contextos históricos, o Balardini (2000) entre sectores populares y jóvenes de clase media, pierden de vista la especificidad de los vínculos específicos que los propios sujetos proponen entre cultura y política, vínculos que exceden las prescripciones de lo que debería o no debería ser la política.

¹⁷³ Para distanciarse de la sociología del ‘desvío’ que permeaba los análisis de la escuela de Chicago, Cohen elaboró la hipótesis de que la subcultura es “una solución de compromiso entre dos necesidades contradictorias: la necesidad de crear y expresar la autonomía y la diferencia respecto a los padres, (...) y la necesidad de mantener las identificaciones con los padres” (Cohen, 1972, citado en Hebdige, 2004: 108-109). Un productivo repaso histórico de las perspectivas más importantes en relación con este tema, puede hallarse tanto en Hebdige (2004) como en Feixa (1991). En nuestras costas, Míguez y Semán (2006) recientemente han elaborado lo propio, con el agregado de un procesamiento del problema desde una perspectiva local.

¹⁷⁴ La referencia es, obviamente, al Centro de Estudios Culturales Contemporáneos (CCCCS por su nombre en inglés: Centre for Contemporary Cultural Studies) de Birmingham, creado en 1964 bajo la dirección de Richard Hoggart. Su segundo director, Stuart Hall, le dio el giro decisivo en su orientación analítica, que colocó a la cultura masiva ya no como obstáculo al mantenimiento de los valores esenciales de la cultura popular, sino como dimensión constitutiva y constituyente de la vida social contemporánea.

¹⁷⁵ Según Hall y Jefferson (1993), la categoría de sub-cultura permite simultáneamente sostener el nivel intermedio que se registra entre la estructura y los sesgos simbólicos, y mostrar así que las subculturas juveniles son, antes que nada, relaciones de clase. Esto, como sugiere Chávez (2005b), trae aparejado al menos dos problemas: la colocación subordinada, por definición, de la subcultura a la cultura hegemónica, y la suposición de que las subculturas son conjuntos culturales homogéneos y con relativa autonomía.

dirección, algunos autores discriminan las confrontaciones estilísticas como posicionamientos diferenciables de diversos grupos de sujetos juveniles frente a la totalidad de una cultura hegemónica que sería una mezcla de la cultura letrada, la de masas y la popular. Estos análisis han aportado pistas para entender tanto las tramas de la dialéctica cultural en las que ingresan las así denominadas *subculturas espectaculares* (Hebdige, 2004), como las operaciones por las cuales jóvenes insertos en un grupo de pares organizado alrededor de las actividades de tiempo libre, realizan una producción simbólica particular que les permite distinguirse de sus respectivos ‘otros’, lo que sería definido como *estilo*.¹⁷⁶ Con un fuerte foco en análisis interpretativos sobre grupos de jóvenes que se definen y se autodefinen, básicamente, a partir de sus actividades de ocio, pareciera que la mayoría de estos análisis mantiene el foco sobre las actividades localizadas en los espacios intersticiales de la vida institucional (Feixa, 1999), a la vez que recorta las prácticas estilísticas a una porción de la población (la juventud).

Sea privilegiando la dimensión ‘política’ sobre la ‘cultural’, o viceversa, por ambas vías quedan invisibilizadas, así, las prácticas específicas de unos sujetos que se mueven de modos poco rígidos entre la cultura y la política, o más bien, entre las delimitaciones de cultura y política que los analistas solemos hacer de ellas. Como señalamos en otro lugar (Chávez, Faur y Rodríguez, 2006) la perspectiva analítica actualmente predominante en Latinoamérica recoge un grisado de prácticas político-culturales emergentes. Esta perspectiva, con la que esta tesis pretende alinearse, indaga la calidad y textura de las sensibilidades y experiencias de los jóvenes actuales, antes que las actividades desarrolladas en el marco de instituciones políticas clásicas.¹⁷⁷

En este capítulo se intentaron ‘zurcir’ las dos dimensiones, la cultural y la política, alrededor de la noción de la producción de estilo, observada no desde una perspectiva analítica exterior a las prácticas de los sujetos, sino desde el centro mismo de su constitución.

Por un lado, si la gran mayoría de los estudios sobre estilo ha tendido a privilegiar a los componentes del ocio y de la juventud, el caso de los mensajeros en moto presenta distancias relativas con estos dos componentes. La presentación de los datos intentó

¹⁷⁶ Como afirma Zaluar (2004), el concepto de estilo se ha convertido finalmente en un concepto clave en las tradiciones teóricas de los estudios culturales, porque pretende sustituir a los de cultura y subcultura. Estos últimos tienen “presupuestos y consecuencias teóricas inaplicables a la rapidez con que las identidades y las prácticas sociales van siendo modificadas y operadas por los agentes sociales en el mundo globalizado” (Zaluar, 2004: 9).

¹⁷⁷ El mejor ejemplo de esta perspectiva, pero no el único, es el trabajo de Reguillo (Cfr. especialmente 2000).

desagregar y analizar estos detalles para discriminar la especificidad del formato de su construcción estilística. En este sentido, se sugirió la co-presencia de dos estructuras en la construcción de este formato: una superficial, compuesta a su vez por elementos ligados a los gustos y otros vinculados al trabajo; y una profunda que organiza el significado de esa construcción. Esta discriminación resulta crucial para comprender, en el marco de los procesos de circulación cultural, los mecanismos por los cuales los dispositivos mediáticos focalizaron sobre una porción del formato estilístico.

Por otro lado, y a partir de esta construcción, los mensajeros componen con ella una ‘pequeña política’ que participa de la presentación de sí. En este sentido, en el caso analizado se reparó no sólo en los códigos de la comunicación, sino también en los usos de esa comunicación, a fin de observar las reglas de las interacciones sociales y los interlocutores que se construyen (Saville-Troike, 2005). De otro modo, toda producción simbólica, sea de ocio o de trabajo, y se corresponda con la edad que sea, termina teniendo, analíticamente, la misma entidad. Así, como se vio, el estilo es traducido por los mismos sujetos en señales que se exponen en una dimensión comunicacional: algo se expresa a alguien de algún modo. Concretamente, a través de su estilo los mensajeros en moto le comunican a sus pares y al resto de la sociedad que son trabajadores con una peculiar condición juvenil (es decir, que no son adultos de traje y corbata), y lo hacen ocultando, estilísticamente, aquellos rasgos más fronterizos con esa contrafigura, e iluminando esos otros que los distancian. En las operaciones de comunicar un estilo de los mensajeros en moto, están implicadas, según la ocasión, la dimensión moral, la ornamental o la instrumental en grados diversos. Demás está decir que se traman en una suerte de claroscuro estratégico, más que en usos preferenciales de una dimensión u otra. En ese sentido, la visibilidad obtenida por los mensajeros en moto en diciembre de 2001, no fue producto de una acción instrumental, sino de la no prevista condición de noticiabilidad que les otorgó el estilo. Como ya exploráramos (Garriga Zucal y Rodríguez, 2007), tanto en este caso particular como en el de los hinchas de fútbol, la visibilidad que obtienen a través de la dimensión expresiva, se sostiene en una suerte de subsuelo moral de las prácticas cotidianas: la que enmarca al fleteo, la que enmarca al hincha.¹⁷⁸

¹⁷⁸ Esta exploración, producto de una comparación entre nuestros respectivos trabajos de campo, quedó asentada en un trabajo (Garriga Zucal y Rodríguez, 2007) que hoy reconocemos como carente del suficiente refinamiento académico (tanto en registro narrativo como en reflexión teórica) como para merecer una difusión ampliada. No es casual que ese trabajo haya sido publicado en un sitio electrónico que aloja, justamente, trabajos en progreso, borradores refinados, exploraciones preliminares y provisionales. A ese trabajo le siguió otro, que titulamos “Nota al pie 14” porque continuaba una pregunta que nos habíamos hecho en el primero acerca de los procesos de visibilidad y de ingreso en redes sociales

De la pequeña política a la captura

Hasta aquí intenté dar cuenta de los elementos, las prácticas y los sentidos con los que los mensajeros en moto construyen cotidianamente el formato de su presentación de sí. Aún con recortes, la dimensión sincrónica de la aproximación etnográfica permitió reconstruir el universo simbólico de estos sujetos: los valores que sostienen las elecciones del gusto, las combinaciones con los elementos restrictivos, las relaciones sociales que establecen a partir de este formato entre ellos y con los otros externos, los mecanismos de comunicación, y su pequeña política.

Justamente, como resultado de la pequeña política, las jornadas de diciembre de 2001 los precipitaron en una dinámica cultural que los reubicó, en términos del análisis, en un eje diacrónico. Porque si en esta operación de iluminar/oscurer hay destinatarios que cotidianamente descifran las señales emitidas, cuando la práctica se juega en un contexto con alto contenido político, la operación impacta especialmente sobre los dispositivos mediáticos. Durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, los medios capturaron una parte, ciertos elementos, de la práctica de fletear (la cual, además, fue presentada como una práctica política). La estructura superficial del estilo de los mensajeros fue lo que atrajo la atención de los dispositivos de representación masivos y populares. Combinado con el contexto beligerante, se armó el cóctel: los mensajeros en moto se convirtieron en noticiables.

Las prácticas y tramas simbólicas de los mensajeros fueron puestas en movimiento y engarzadas en un entramado de series culturales que exceden, temporal y espacialmente, a sus prácticas cotidianas (aunque dialogan con ellas). Un análisis que pretenda entender los mecanismos que participan en la dinámica cultural, exige recolocar la dimensión de las prácticas en una línea que historicice los intercambios culturales (Williams, 1982; 2001) que intervienen en los procesos de circulación cultural. En el capítulo siguiente se presentarán las modalidades de esa captura.

de grupos que no tienen ese propósito. Aunque nunca publicamos (ni terminamos de escribir) este segundo trabajo, el ejercicio enriqueció nuestras tesis y, creo, significa un aporte innovador a las poco exploradas relaciones entre la visibilidad y las prácticas, entre la dimensión expresiva y la instrumental, entre los procesos de autorreconocimiento y el ingreso a redes por fuera del grupo. Y, fundamentalmente, señala también hacia los elementos culturales que comparten los grupos tradicionalmente subalternizados con ámbitos legitimados, y las redes materiales que ocurren en ese andarivel común. Este último tema fue desarrollado por Garriga Zucal (2007).

5. Ángeles en dos ruedas

En los últimos años antes de quedarse ciego, creyó por fin ver esos textos interlineales semiocultos. Conforme las letras y las palabras empezaban a desaparecer bajo sus dedos y de su vista, vio otra cosa, igual que en la guerra los daltónicos pueden ver la estructura real de una figura más allá del camuflaje.

Michael Ondaatje, *El fantasma de Anil*.

El 19 de diciembre de 2001 se produjeron en Argentina una serie de manifestaciones populares que incluyeron desde saqueos a supermercados¹⁷⁹ hasta multitudinarias marchas por las principales arterias de las ciudades. Desde hacía bastante tiempo (medible en semanas para las clases medias, que vieron afectada la libertad de disponer de sus ahorros por vía de decretos; o en años para los sectores populares), un sentimiento de disconformidad hacia las políticas de gobierno, y especialmente hacia algunos de sus funcionarios, venía creciendo cada vez con más fuerza en la ciudadanía.¹⁸⁰ El miércoles 19 a la tarde, luego de un discurso emitido en cadena por el entonces presidente Fernando De la Rúa, miles de ciudadanos se lanzaron a las calles, con o sin cacerolas, con o sin destino prefijado. Sobre las 20 horas de ese miércoles miles de personas poblaban ya el centro de la Capital Federal, habiendo irrumpido en el espacio urbano de manera improvisada (en el sentido de que no fue una marcha programada o anticipada por la sociedad civil, como tampoco organizada y/o convocada de urgencia por ninguna agrupación política o partidaria).

En ese momento, junto con los vecinos que salían a marchar, varias decenas de mensajeros también se lanzaron a las calles. Algunos de ellos (no casualmente quienes hoy lideran, aún con altibajos, los procesos de constitución sindical) se encontraban realizando su asamblea gremial semanal en el local de HIJOS;¹⁸¹ otros acababan de terminar su jornada; muchos ya habían vuelto a sus casas; entre estos, algunos regresaron al centro; otros no. La salida a las calles de los mensajeros no fue una salida organizada, de igual

¹⁷⁹ Los saqueos a supermercados habían comenzado unos días antes. Un excelente análisis de esas acciones, puede verse en Auyero (2007).

¹⁸⁰ Sólo profundizar sobre estas jornadas llevaría casi la misma longitud que esta tesis. A los efectos prácticos, señalo brevemente algunos de los núcleos del proceso, cuya historización y análisis han sido objeto de extensa producción tanto en sede académica como periodística. Para quienes no estén familiarizados con lo sucedido en esas jornadas, recomiendo la lectura de la crónica de los acontecimientos que hacen Schuster et al (2002).

¹⁸¹ La agrupación HIJOS (Hijas e Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio), es una organización política de derechos humanos que inició su trabajo en 1995.

modo que no lo fue para muchas otras personas que se dirigieron improvisadamente hacia el Obelisco, en el centro de Buenos Aires. Lo distintivo del caso de los mensajeros es que lo hicieron en moto y no a pie y que se quedaron en las calles pasada la medianoche, momento en el cual se radicaliza la represión.¹⁸² Los sucesos del día los precipitan en un escenario de beligerancia donde terminan convertidos en actores de un drama que no escribieron... aunque consideren que al menos apuntaron una parte de la historia: acaso un renglón.

En la cobertura de los hechos, los medios informativos los compararon con una especie de “infantería motorizada del pueblo”, produciendo un efecto puntual de reconocimiento popular:

Allí se concentraba medio centenar de motoqueros con sus motos rugiendo, como hermosos Ángeles del Infierno (*Página 12*, 21 de diciembre de 2001).

Que la remisión a “ángeles del infierno” no llame la atención, que se acomode tan fácilmente a la representación de los mensajeros, es parte del argumento que pretendo proponer: el de una colocación en *serie cultural* (Ford y Longo, 1999) de la actuación de los mensajeros por parte de la prensa.

Las series culturales se conforman con elementos residuales de una cultura, es decir con aquello que proviniendo del pasado “todavía se halla en actividad dentro del proceso cultural” (Williams, 2000: 144), y que por eso mismo, puede ser activado en el presente. En este marco entonces, el de la activación de elementos residuales, este capítulo pretende, a la par de describir los procesos narrativos que enmarcaron a los mensajeros tras las jornadas de diciembre de 2001, reponer también las series culturales históricas que, desde las narrativas massmediáticas, propusieron articular sus acciones con un escenario de beligerancia, utilizando para ello una coloratura épica. ¿De qué ángeles se trata? ¿Cuál infierno modeliza su hermosura? ¿Con qué series culturales se armaron las crónicas periodísticas que tuvieron a los mensajeros en moto como protagonistas? ¿Qué elementos fueron utilizados para convocar a su reconocimiento por parte de las audiencias? ¿Cuáles mecanismos culturales procesaron las calificaciones sobre las acciones de unos sujetos ‘comunes’ precipitados en sucesos extraordinarios? ¿Y con qué elementos, emergentes o residuales, del stock cultural se subrayaron o colorearon sus representaciones? ¿Y cómo

¹⁸² Aunque las interpretaciones de las jornadas difieren, hay consenso respecto de este hecho. La represión en la ciudad se radicalizó a partir de la madrugada del día 20, momento en que comenzaban a arribar los habitantes de los sectores más alejados del centro porteño (mayoritariamente, los más pobres), a la vez que se retiraban los sectores medios, y permanecían diversos grupos beligerantes.

fue que las prácticas cotidianas de los mensajeros se tradujeron, y reconocieron públicamente, como prácticas políticas? (¿Se transformaron efectivamente en ‘políticas’? ¿O fue un efecto puramente ‘retórico’?).¹⁸³

En este capítulo me interesa presentar los resultados de un análisis en el cual se discriminaron las operaciones por las que una cultura ordinaria y cotidiana (en este caso, la de los mensajeros) es capturada por las narrativas de los medios de comunicación, y puesta en circulación en la escena massmediática. Al interés por estas operaciones y por el ordenamiento cognitivo que las enmarca, inspirado en los tempranos lineamientos de Martín Barbero (1987) y en las hipótesis cognitivas de Ford (1994), lo motorizó la curiosidad de observar las atribuciones de sentido provistas por los medios de comunicación al narrar las prácticas de los mensajeros en moto en diciembre de 2001.

Trabajé con los intertextos (Verón, 1987) porque me habilitaron a reconstruir las series culturales en las cuales las narrativas mediáticas ubicaron a los mensajeros. A su vez, estas series culturales fueron las que proveyeron, en su conjunto, una *clave* que enmarcó las operaciones de recepción. En tanto componente de un suceso comunicativo, la clave introduce un elemento metalingüístico que resulta crucial para la comprensión global de la comunicación. La importancia de este componente radica en que la calidad de la clave proporcionada domina sobre el resto de los elementos lingüísticos presentes en el suceso comunicativo. Esto significa que, ante la posible aparición de incertidumbre en la información, la clave predominará sobre el contenido o la forma (Saville-Troike, 2005). En este caso, la clave que atraviesa las narrativas de los mensajeros en moto resulta de su tono épico. Pero esta clave no surge de la nada.

Recorreremos, en estas páginas, una suerte de ‘historia cultural mínima’ de los mensajeros; ‘mínima’ en el sentido de que no busco reconstruir su historia ‘fáctica’, sino aquella construida culturalmente. El punto de partida fue el sintagma ‘hermosos ángeles del infierno’. Desde allí, fue necesario ir hacia atrás para desandar los nudos de las series. La presentación de la historia mínima estará, entonces, por momentos vuelta del revés: desde los tiempos más largos de la historia cultural, hasta los que se actualizan en el periodismo argentino de diciembre de 2001. No me guía la intención de encontrar causalidades ni mecanicismos simplificadores, sino la de describir los modos, las figuras,

¹⁸³ Según la postura de Mauger (2007), la dimensión política de las acciones se encuentra en los resultados de una disputa de calificación/descalificación de estas acciones como ‘políticas’. Les pido prestadas las palabras a Vommaro y Wilkis (2007), quienes comentan la obra de Mauger, señalando que la atribución de condición política a las acciones colectivas, es el resultado de las condiciones sociales de recepción de los acontecimientos. La importancia de este señalamiento será recogido en las conclusiones.

los marcos, las narrativas con que los mensajeros y otros usuarios de moto aparecieron en diversas escenas culturales, y las variedades culturales (históricas y contemporáneas) que alimentaron la representación en diciembre de 2001. Las representaciones se nos ofrecen a la cultura como la síntesis obligada de un discurso que contiene a un ‘otro’ (sujeto u objeto) que fue capturado por los sistemas de representación social (Prendergast, 2000). Si entendemos, con Peirce, que no hay designación posible de las cosas de este mundo sin contrato social que la sostenga (Eco, 1981), la representación se coloca como una particular construcción de sentido producto de una operación de selección y síntesis donde intervienen tanto las gramáticas de producción como las de reconocimiento, las cuales van configurando, en su intertextualidad, los procesos de entramado discursivo (Verón, 1987). Esto implica un gesto de poder, el poder de la autoridad, porque las representaciones son una particular construcción cultural, “una convención (...) que tiene el triple carácter de poner de manifiesto una totalidad en sí misma inasequible, de ser susceptible de un control, por último, de tener una función operativa al ejercer un cierto poder” (de Certeau, 1996: 54).

Por eso mismo, los efectos de realidad no pueden vincularse mecánicamente con los referentes empíricos que la constituyen.¹⁸⁴ O, más simplemente, el mapa no es el territorio, la cosa representada no es ‘la cosa’ ni el sujeto de la representación es el sujeto empírico. De modo que no puede haber correspondencia absoluta entre ‘realismo’ (o, más bien, textos realistas) y una problemática particular. Y acaso si hubiera una correspondencia plena debería ser comprendida como un logro y no como un dato (Morley, 1996). Pues, en definitiva, toda correspondencia naturalizada responde, en verdad, a una relación históricamente concreta.¹⁸⁵

En lo que sigue, pues, el sentido de un texto o de una representación debe entenderse no como signo de un ‘dato’, sino como componente de una interacción entre los códigos introducidos en el texto y los códigos en los que ‘habitan’ los distintos sujetos, y a través de los cuales aquellos se consumen. En esa relación se activan los elementos residuales que operan en los mecanismos de reconocimiento.

La captura mediática

¹⁸⁴ Como afirma Chartier: “La relación de representación se ve entonces alterada por la debilidad de la imaginación, que hace que se tome el señuelo por lo real, que considera los signos visibles como índices seguros de una realidad que no lo es” (Chartier, 1999: 59).

¹⁸⁵ Para ampliar sobre el tema de la calidad concreta de las representaciones mediáticas, ver Rodríguez (2003a).

Las operaciones de captura que producen los medios informativos están gobernadas, y atravesadas, por los criterios de noticiabilidad (Martini, 2000).¹⁸⁶ Durante los eventos de diciembre de 2001 los medios de comunicación se dedicaron prácticamente por completo a su cobertura, sensibles a las acciones disruptivas, que en este caso eran profundamente políticas e involucraban a las instituciones de la nación en su conjunto. En tanto elementos espectaculares, las motos y sus conductores fueron rápidamente capturados por la variable cualitativa que aportaban: heroísmo, frescura, velocidad, valentía, confrontación. Esta activación de registros de conductas solidarias no vinculadas a actitudes partidarias o sindicales proporcionó la clave épica de esas representaciones.

Para dar cuenta de la construcción épica de los mensajeros que realizó la prensa gráfica y audiovisual en ocasión de las jornadas de diciembre de 2001, constituí un corpus de análisis¹⁸⁷ que agrupa periódicos gráficos de alcance nacional, programas televisivos y medios electrónicos de tipo ‘alternativos’.¹⁸⁸

Los resultados del análisis indican la presencia, en la superficie textual, de series culturales de diversas procedencias, y con distintos grados de residualidad. En términos de atribuciones, el análisis señala dos procedencias: un primer conjunto que les atribuye a los mensajeros elementos como rebeldía, combatividad y/o solidaridad; y un segundo conjunto que, por el contrario, focaliza sobre sus atributos simbólico-expresivos.

Pero además, del análisis emerge una línea temporal que separa las aguas, justamente, en diciembre de 2001. Hasta esa fecha, todos los usuarios de moto son representados sin distinciones netas y, en ese sentido, si bien se registran algunas notas de género informativo, las representaciones mayoritarias provienen del género documental. A su vez, el género documental, que es donde se observa mayor nivel de indiscriminación entre los mensajeros y otros usuarios de motos, opera con señales de reconocimiento

¹⁸⁶ Las condiciones de noticiabilidad de un hecho se corresponden con el marco clasificatorio de una cultura específica. De allí se desprende su valor informativo, los cuales presentan dos variables básicas: las de efecto y las de cualidad. Entre las primeras se destacan la novedad, la originalidad, la importancia y/o gravedad, la proximidad geográfica, el alcance numérico de personas afectadas, la jerarquía de los personajes, etcétera); mientras que las segundas se corresponden con la comprensión e inteligibilidad, la credibilidad, la exclusividad, la brevedad, etcétera. Para ampliar ver Martini, 2000. Así, tanto las catástrofes, como las crisis institucionales y/o políticas y las acciones colectivas, presentan potencial para ser convertidos en noticia, aun cuando se trate de hechos que afectan a dimensiones diferentes.

¹⁸⁷ El detalle del corpus está desagregado al final. Agradezco a Brenda Focas, Javier Palma, Mauro Vázquez y Sebastián Settani por su atenta y desinteresada colaboración en recopilar material de prensa.

¹⁸⁸ Las comillas en ‘alternativos’ pretende señalar que no desconozco los desarrollos teóricos de larga data que se forjaron en torno al concepto de *comunicación alternativa*, así como los debates generados en relación con éste. Sin embargo, no es mi intención dirimir estas cuestiones aquí, aunque una actualización de estos desarrollos puede leerse a través de la noción de *contrainformación* que algunos colectivos culturales están re-elaborando en la actualidad. Ver, sólo a modo de ejemplo, Rodríguez Esperón y Vinelli (2004), y también Dodaro (2008).

populares provenientes de una serie fílmica de tiempos más largos. Estos antecedentes anticipan, de alguna manera, y modelizan la construcción de la clave épica que harán los medios de comunicación luego de diciembre de 2001. En esta historia mínima, las representaciones de los mensajeros ingresarán, así, en un registro histórico-político.

Camperas, riesgo y epidemia

Finalizando la década de 1990, los mensajeros tienen una muy tímida cobertura mediática. En agosto de 1999, se manifestaron en las cercanías del Puente Pueyrredón (uno de los que comunica a la Capital Federal con el Conurbano Bonaerense) para reclamar por el esclarecimiento de una muerte reciente.¹⁸⁹ El criterio de noticiabilidad que organizó la crónica fue que un automovilista particular hizo varios disparos luego de no haber podido atravesar la manifestación.

Azul Noticias, el noticiero de Azul TV,¹⁹⁰ titula: “Furia de motoqueros. Puente Pueyrredón. Tiros y fuegos en medio de una protesta”. Es de noche. La nota se presenta editada con imágenes que alternan planos generales de un coche con el parabrisas roto, fogatas en la calle y un automóvil prendiéndose fuego, con primeros planos de un mensajero con el casco puesto que cuenta atropelladamente los episodios recientes: “Lo tiró: ocho tiros. Le apuntó así, hicimo’ así todos (...) Estamo’ pidiendo por un pibe muerto (...) En la avenida Córdoba murió otro pibe más ayer”.¹⁹¹ Sobre el fondo de un sonido en el que se yuxtaponen sirenas, puteadas, gritos, coros y ruidos de vidrios estrellados, las imágenes muestran alternadamente una ronda de motos y al automovilista en cuestión refugiándose en un bar de Avellaneda. Sobre el final de la nota, van las declaraciones de un comisario. Los llama ‘motociclistas’.

Entre 1999 y agosto de 2001, los medios informativos no los cuentan entre las noticias del día. Pero sí son objeto de algunos programas documentales de televisión, cuya

¹⁸⁹ Los manifestantes reclamaban puntualmente por la muerte de Diego Schiano, un mensajero que murió en agosto de 1999. Algunos mensajeros recuerdan este episodio como el que dio inicio a la organización del gremio de base más antiguo. En abril de ese mismo año había fallecido Néstor Roldán, también en un accidente mientras trabajaba (sobre este episodio, ver el mail que recibí de su mujer). La cifra de víctimas fatales por accidente entre los conductores de moto es significativa: según la Asociación Civil Luchemos por la Vida, en 2006, sobre un total de 7557 muertos en accidentes de tránsito, alrededor de 1000 fueron conductores de motos de diversas cilindradas.

¹⁹⁰ En 1990 Azul TV era el nombre con el que se conocía a Canal 9, un canal de televisión nacional de aire de propiedad privada.

¹⁹¹ Las marcas de oralidad no implican en modo alguno un sentido despectivo, sino que pretenden reponer la *diglosia* y la *dinomia*, entendidas como la expresión, lingüística y social respectivamente, que da cuenta de la distribución y uso desiguales de la lengua dentro de la misma sociedad. Para ampliar ver Saviile-Troike (2005).

permeabilidad para exhibir lo exótico es quizás una marca construida en el transcurso de los años 90.¹⁹² Destacablemente, hasta agosto de 2001, los documentales de televisión señalan la novedad: “Nuevo hábito urbano [en referencia al delivery] provocó una nueva tribu urbana: los motoqueros”, titula *Punto.doc/2* (10 de diciembre de 2000); mientras que en *Radiolagos* (24 de agosto de 2001) se habla de una “fauna nueva en Buenos Aires”.

Si bien algunos sectores periodísticos insisten durante un par de años más en este sesgo (“Epidemia de alto riesgo” se titula en *Edición Chiche* el 30 de mayo de 2004), se trata en verdad de excepciones. La serie de la supuesta novedad de la profesión concluye a fines de 2001, con la construcción espectacularizada, y politizada, de la figura del motoquero.

La cuestión de la nominación (motoqueros) no es aquí un dato menor. Aunque los nombres varían según el enunciador, también pueden convertirse, como efectivamente sucedió, en un autorreferencial de reconocimiento y prestigio. Por ahora, conviene prestar atención a los elementos trabajados, los cuales, además, difieren según se trate de documentales, donde la noticia de una manifestación pasa a segundo plano, o de noticieros, cuya matriz está configurada en torno a privilegiar los *issues* políticos.

En los documentales el discurso periodístico resalta una rebeldía que parece expresarse, básicamente, sobre dos rasgos, asociables a los que Bourdieu (1990) clasifica diferenciando entre las prácticas, y las propiedades de los objetos elegidos: el riesgo/placer de andar en moto y la música (*heavy metal*).¹⁹³

En los documentales, además, el sentido de las representaciones icónicas y sonoras se complementa con abundantes comentarios verbales:

Se necesita muchísimo coraje (...) Son rápidos y escurridizos (...) Son nómades y baqueanos de la ciudad (...) Volver con vida siempre es incierto para quien viaja

¹⁹² En realidad se trata de parte de un corrimiento mayor que, como caracteriza Reguillo (2003), desplaza el conflicto estructural hacia zonas emotivas, lo cual adquiere un cariz trágico porque el proceso puede culminar invisibilizando las violencias estructurales y fortaleciendo a quienes, interpelados desde los medios, terminan constituyendo ‘comunidades del dolor’. Para ampliar ver Reguillo (2003).

¹⁹³ Cabe aclarar que es difícil encontrar algún documental que no musicalice las presentaciones de usuarios de moto con este estilo musical. Sólo basta con echar una mirada a la programación televisiva. La conexión moto/heavy metal es tan poderosa, que aparece hasta en documentales naturalistas, como por ejemplo el ya desaparecido *Bruce George: temerario*, un programa que narraba las aventuras de un cazador de serpientes en Australia, y que era presentado andando en moto por una solitaria ruta, vestido de negro, con fondo musical metalero. Nada hay que permita vincular, en la línea de las hipótesis sobre homología, a las motos con el heavy metal. En un estudio sobre música popular, Frith (1996) sostiene, en la misma sintonía, que contrariando su propia imagen rebelde, el rock desarrolló una estructura musical rítmicamente sencilla y pauta, fácilmente reconocible. Desde el punto de vista estrictamente musicológico, afirma, el rock no tiene nada que lo asocie con la rebeldía y la trasgresión, a pesar de que ha sido históricamente vinculado con la juventud y sus modos de impugnación social.

en moto (...) Ser motoquero es de por sí una profesión de riesgo (*Punto.doc/2*, 10 de diciembre de 2000).

De hecho, en este documental se llega hasta la exageración de sostener que “Ponen en peligro su vida para que la comida llegue caliente” (Ibid).

Cabe resaltar que, antes de diciembre de 2001, los medios encuadran, bajo el mismo denominador de motoqueros, tanto a los mensajeros en moto como a los repartidores de delivery y a los motociclistas. La rebeldía, el aguante, el riesgo, el coraje, pasan así a formar parte del mismo conjunto indiferenciado, de la misma matriz de representación. La indiscriminación entre los tres tipos de figuras que usan motos (el mensajero, el delivery y el motociclista) se expresa, por ejemplo, en la cita de unas estadísticas sobre accidentes en moto que no diferencian entre los que los han tenido trabajando de los que no.

Por otro lado, en el plano de lo icónico, se refuerza el riesgo más que la rebeldía: aunque en casi todos los documentales las cámaras se recrean en primeros planos de las patadas a las motos para hacerlas arrancar, las tomas privilegiadas son las subjetivas desde las motos, lo que incrementa la sensación de peligro por el uso de este vehículo. Y si bien en 2004 los documentales hablan de un “desmedido amor por la velocidad” (*Edición Chiche*, 30 de mayo de 2004), comentario que los ubica en el tema de las interacciones ciudadinas entre transeúntes y motorizados, en 2002 aún prevalece el retrato romántico:

Una vida muy peligrosa (...) Vivir a mil (...) Cómo se puede combinar el placer de andar en moto y la necesidad de laburar (...) Ser motoquero es combinar independencia y libertad, vivir el riesgo (*Los osos*, 7 de junio de 2002).

Siempre desde el punto de vista de la representación icónica, cuando la mirada se posa sobre los actores, a excepción de los repartidores de delivery que aparecen con el uniforme de las empresas para las que trabajan, los usuarios de moto (sean mensajeros o motociclistas) son objeto de una representación que focaliza sobre sus rasgos estilísticos: aritos, pelo largo, desaliño, rostros curtidos, un modo de hablar, el casco en la mano. Estos atributos externos emparentan a los mensajeros con sus vecinos los motociclistas, sólo que a estos últimos se le suman las camperas de cuero (que no es un atuendo utilizado por los mensajeros en moto).

Uno de los afluentes que alimenta a esta construcción, es particular, aunque no únicamente, una serie cinematográfica que tiene más de medio siglo.

He seleccionado sólo tres películas para trabajar en este apartado, a sabiendas de que son sólo una muestra de una serie más extensa. Considero que, en función de lo que pretendo argumentar, este pequeño número será suficiente.

La primera película que tematiza a los motociclistas es *El Salvaje*; más adelante en el tiempo la británica *Quadrophenia*, de considerable éxito en los circuitos comerciales, continuó la temática; acaso la más famosa sea *Easy Rider* (titulada en castellano como *Busco mi destino*).¹⁹⁴ De las tres, las dos primeras tematizan a los motociclistas como grupos juveniles que enfrentan a los adultos, es decir, formando parte de una identidad colectiva. La tercera, en cambio, con un foco individualista y existencial, retrata el derrotero de dos jóvenes que realizan un viaje por el sur de Estados Unidos, ‘endulzados’ por la obtención de dinero en una transacción ilegal de drogas en la frontera con Méjico. Más allá de la diferencia entre la conformación de grupalidad o de dúos, uno de los tópicos centrales en estas películas es la temática de la jerarquía valorativa que poseerían, entre estos jóvenes, los lazos de amistad por sobre otros (contractuales en general, sean de trabajo o comerciales).



Imagen de la película *Quadrophenia*

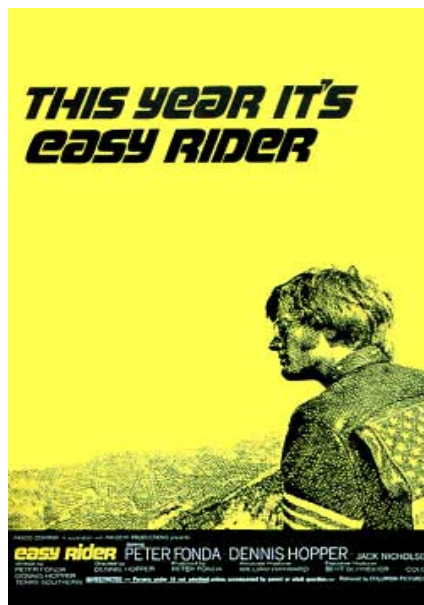
¹⁹⁴ *El Salvaje* (*The wild one*) es una película estadounidense de 1953, dirigida por Laszko Benedek y protagonizada por Marlon Brando. *Quadrophenia*, de origen británico, fue dirigida por Franc Roddan y estrenada en 1979. *Busco mi destino* (*Easy Rider*) fue dirigida en 1969 por Dennis Hopper, y protagonizada por éste y Peter Fonda. La edición de *Easy Rider* tardó más de dos años porque Hopper, envuelto y comprometido en esos momentos en la cultura psicodélica, nunca estaba conforme con la edición previa, realizada invariablemente bajo el efecto de sustancias alteradoras de la conciencia.

Otro rasgo invariante en las tres películas es la oposición de los usuarios de motos hacia la sociedad adulta. El protagonista de *Quadrophenia*, Jimmy, es un empleado subalterno en una farmacia. Todas las noches se va de su casa a dar vueltas con su scooter. Un día, antes de salir, la madre le dice que andar toda la noche en moto “no es normal”, a lo que Jimmy responde: “¿Y qué es normal?”. Sin embargo, la oposición con la generación que los precede no se resuelve en acciones afirmativas. A pesar de la orientación negativa hacia sus padres, el conflicto narrativo de *Quadrophenia* no gira alrededor de ese enfrentamiento, sino del que se produce entre dos grupos de motociclistas: los rockers (en ropa de cuero), y los mods (con traje).¹⁹⁵ Estos dos grupos terminan confrontando entre sí durante un fin de semana en Brighton. El final es conocido y se vincula con los desenlaces trágicos de los géneros del espectáculo (omito relatarlo por si acaso algún lector lo desconozca).

En *El Salvaje*, film que inaugura la serie, la oposición generacional no está representada por los padres concretos del protagonista, sino por una genérica sociedad adulta que no comprende por qué estos sujetos se visten de ese modo.

Cuando este grupo de jóvenes invade con sus motos la tranquilidad del poblado, sus habitantes comentan: “Parecen forajidos, ¿qué tratan de probar? (...) ¿Encontrar a alguien que los mire mal, sentirse ofendidos y probar lo duro que son?”. Esto lo dice uno de los adultos, todos varones, todos vestidos ‘correctamente’ con corbata y/o moño. Interesantemente, al irrumpir en un pueblo subidos en sus motos y vestidos con camperas negras de cuero, quienes salen a mirarlos son hombres maduros y mujeres jóvenes: no parecen existir varones jóvenes del lado de quienes los juzgan (para amarlos o para detestarlos). El conflicto narrativo, en este caso, se relaciona con la imposibilidad de un amor: Johnny, el protagonista, descubre que el padre de la chica a la que intenta seducir, es policía. Y Johnny nunca podría, por principio, involucrarse con alguien tan cercano a la autoridad. Tras una serie de episodios y disturbios con la ley, finalmente Johnny sube a la chica a su moto y, tras una pasional (aunque pacata, evaluada con los parámetros actuales) escena de amor/odio, se separan. Johnny llora por un amor que ‘no podrá ser’ y ella, a su vez, lo salva de la cárcel con una declaración a su favor.

¹⁹⁵ Para más detalles sobre los rockers y los mods, y sobre las disputas entre ellos, ver Hebdige (2004).



La historia de este amor imposible se enmarca en un conflicto mayor: el de la incomprensión de la juventud por parte de la sociedad adulta. La película inserta así los ya probados y exitosos tópicos de los amores imposibles en una nueva serie, o sub-serie, relacionada con la juventud.¹⁹⁶

Dieciséis años más tarde, *Easy Rider* parece contestar de algún modo, aún con una salida individual, a las preguntas de *El Salvaje*. “No te tienen miedo a ti, sino a lo que tú representas: la libertad”, dice el personaje que interpreta Jack Nicholson.

Junto con los tópicos y narrativas, varios *motivos* de índole retórica se agrupan en torno a lo que se irá constituyendo finalmente como el *tema* (Segre, 1985) de los motociclistas.¹⁹⁷ La ruta y el viaje; la vestimenta como signo; la música como distinción; los sucesos imprevistos (los acasos); son los motivos principales. La suma de estos motivos, dará lugar al tema ‘jóvenes rebeldes’. Así, la primera escena de *El Salvaje* es la

¹⁹⁶ No es casual que esto suceda a principios de la década de 1950. La mayoría de la bibliografía experta en juventud insiste en señalar a esta década como un momento histórico de emergencia, en términos de visibilidad, de las culturas juveniles, especialmente en Europa y Estados Unidos. Emergencia que, como también se ha señalado, se vincula con la conformación de nuevos nichos de un mercado de bienes de consumo en expansión, motorizada por las industrias de la música y la vestimenta, entre otras. De ahí que, como vengo sosteniendo, el ‘aguante’ en el fútbol sea sensiblemente masculino, mientras que el ‘aguante’ en el rock cruza los géneros y adquiere, entonces, una modalidad práctica distinta. Es que el rock se constituyó en una etapa de la historia donde las mujeres eran ya un potencial público consumidor, mientras que el fútbol comienza su desarrollo como industria del espectáculo en momentos en que sólo el público masculino era un destinatario posible. No es que pretenda explicar con este argumento la contundencia de las prácticas derivadas de la masculinidad en el fútbol. Simplemente señalo que es un dato que se suele omitir poner en consideración.

¹⁹⁷ Segre discrimina entre *motivo* (el particular) y *tema* (el universal) definiendo al primero como un fragmento de la totalidad del segundo, cuya autonomía relativa permite su pasaje de un texto a otro (Segre, 1985).

imagen fija de una carretera tomada con la cámara desde el piso, imagen sobre la cual se sobreimprime un texto breve (“esta espantosa historia nunca podría acontecer en pueblos americanos, pero sucedió en éste. Es un desafío impedir que vuelva a ocurrir”). Por esa carretera se acerca un grupo bastante grande de motociclistas, todos con idéntica campera de cuero negro con el dibujo de una calavera cruzada por dos rulemanes en la espalda. También en *Quadrophenia* se ven a los motociclistas andando por carreteras, y en *Easy Rider* son abundantes (y conforman ya un clásico de las imágenes de la historia de la cultura) las escenas de los dos protagonistas montados en sus motos atravesando interminables rutas.

En esta última película, la música es mucho más que un simple acompañamiento: es casi una co-protagonista, pero su presencia es básicamente ornamental, y apunta a diferentes adscripciones del gusto del momento. Aunque hay varios temas de Jimmy Hendrix, con la característica guitarra distorsionada (ícono de la época), llama la atención la diversidad de estilos utilizados en la musicalización: soul, country y el efectivo y recordado “Born to be wild” de Stepen Wolf, entre muchos otros. Los temas musicales acompañan las distintas escenas de la película, sin incidir en la evolución del relato, sin ser ‘actantes’ del drama.

En *Quadrophenia*, en cambio, además de la banda de The Who, la música tiene una función intradiegética, es decir, hacia adentro del relato. Es una (poderosa) marca de los jóvenes para oponerse al mundo adulto y disciplinado, y cumple esa función dramática en la narración.



Imagen de la película *Quadrophenia*

Es interesante resaltar que lo que realmente motoriza a los tres relatos son los ‘acasos’, o sucesos imprevistos, que no parecen poder tener lugar en un ambiente rutinario como el del trabajo. En las tres películas se narran conflictos dentro de situaciones de ocio y tiempo libre (en *Quadrophenia*, a pesar de que los sujetos representados trabajan, las acciones que dan pie al conflicto dramático se producen durante un fin de semana).

Estos motivos, y su recurrencia, aún con leves variaciones, indican la posibilidad, como señala Segre (1985), de construcción y reconstrucción de un tema, en este caso, el de una juventud incomprensida que encarna en los motociclistas. La ruta, la vestimenta, la música y los acasos, son motivos que pasan a integrar el stock cultural de una sociedad y ‘viajan’ entre los textos de manera relativamente autónoma. Cada motivo en el presente remite, si está enmarcado en el contexto narrativo adecuado, a un universal del que formó parte en el pasado de la cultura.

La discriminación de los motivos presentes en tres películas paradigmáticas que han tematizado a los motociclistas como representantes de la incomprensión adulta hacia la juventud, da cuenta de los simbolismos con que los medios han re trabajado las crónicas y los documentales de los mensajeros en moto.¹⁹⁸ La operación no se da de modos lineales, sino que, más bien, descansa en la co-participación de productores (de noticias, en este caso) y consumidores en un dominio simbólico común. La matriz de reconocimiento es, a la vez, matriz de producción, y viceversa. Como indica Verón (1987) todo texto en producción está informado por operaciones de reconocimiento y es ésta la argamasa que se pone en juego en los procesos de circulación. Estereotipos, similitudes, motivos, figuras, forman parte del stock común de una cultura, en la cual participan no sólo los tópicos sino también las profundas estructuras de significación. El discurso informativo, mediado por los productores de información, requiere echar mano de elementos estabilizados, conocidos y aceptados. Y a través de esto, balizan los sentidos de su lectorado/audiencia y refuerzan, simultáneamente, el contrato de lectura.

El repaso fílmico presentado pone de relieve que las representaciones nunca son absolutamente ‘nuevas’ (Gruzinski, 1995; Gené, 2005, entre otros). Y que en la dialéctica cultural, los bienes del mercado de la cultura han cumplido, y cumplen, un rol fundamental, poniendo estos elementos residuales en circulación. Sin embargo, como se

¹⁹⁸ Este análisis pretendió iluminar algunos de los procesos que operan en producción, sin importar si alguna de estas películas ha sido o no consumida por los mensajeros en moto. Un análisis en recepción hubiera derivado hacia otras preguntas que no son las que me convocaron en esta investigación. Y aún si ése hubiera sido el caso, lejos de mí estaría postular la simplificación de una operación que vería las consecuencias del uso de la moto en el consumo de este tipo de películas, como si los consumos culturales incitaran mecánicamente a la realización de unas prácticas.

profundizará más adelante, gracias al mismo proceso de circulación, las representaciones tampoco son exactamente las mismas, sino que en cada oportunidad regresan renovadas y renovando, de paso, las estructuras sociales de significación.

Un ejemplo de este proceso lo aportan los nombres que recibieron en las coberturas del periodismo gráfico, que contribuyeron a la creación del campo semántico que se estableció durante esas jornadas: “Infantería motorizada del pueblo” (*Rebelión*, 31 de diciembre de 2001); “medio centenar de motoqueros con sus motos rugiendo, como hermosos ángeles del Infierno” (*Página 12*, 21 de diciembre de 2001); “En Avenida de Mayo al 900 quedó tendido otro joven, al parecer sólo herido. Era uno de los motoqueros, convertidos en la caballería de los manifestantes (*La Nación*, 21 de diciembre de 2001); “Ayer fueron ‘la montada del pueblo’” (*Indymedia*, 21 de diciembre de 2001); “fueron nombrados por el mundo como la infantería motorizada del pueblo, patrulleros de la rebelión popular, o los caballeros del Argentinazo” (*Punto Final*, s/f).

La referencia a ángeles, rugientes, hermosos o infernales, conecta con la serie de los motociclistas, cuyo club más famoso es el de los Hell’s Angels (Ángeles del Infierno), fundado en 1948 por un grupo de veteranos de la Segunda Guerra Mundial en California, Estados Unidos, y con una relativamente reciente (1999) filial en Argentina. A su vez, el nombre está inspirado en la película *Hell’s Angels*, film de género bélico que narra la historia de unos hermanos aviadores de la Real Fuerza Aérea británica.¹⁹⁹ Es una película sobre la fraternidad y el honor. Una de las escenas más notables es aquella donde un centenar de aviones rugientes libra una batalla en el cielo contra la aviación alemana. Esta escena es la que da origen a su título. Los sentidos se enrulan, ingresan en un espiral de significaciones y regresan, recursivamente, con otras acentuaciones.



¹⁹⁹ La película, de 1930, es de origen norteamericano aunque los escenarios son europeos y sus protagonistas británicos. Fue dirigida por Howard Hughes y protagonizada por Ben Lyon, James Hall y Jean Harlow.

La infantería motorizada del pueblo

Como se vio, en la superficie periodística argentina (en sus géneros documental e informativo) previa a las jornadas de diciembre de 2001, los mensajeros en moto habían sido objeto de alguna (aunque escasa) cobertura. Hasta ese momento, estas representaciones focalizaban, dependiendo del género, sobre los rasgos estilísticos de los usuarios de moto, y, en mucha menor medida, sobre sucesos ligados a tragedias durante el trabajo y/o a reclamos gremiales.

Las cosas cambian luego del 19 y 20 de diciembre de 2001. Las acciones disruptivas de los mensajeros se combinan con elementos procedentes de otra serie: la que remite a sus prácticas. Así, las acciones beligerantes, sumadas al grado de exposición de sus señales estilísticas, producen una empatía con los medios informativos.²⁰⁰ La operación es doble: mientras que en un gesto se los eleva a una dimensión heroica, y por eso extraordinaria, el otro los reubica en el conjunto de los ‘ciudadanos comunes’, convocados por la insatisfacción o el descontento y no por razones político-partidarias.

En la operación que los vincula con el sentido de nación, los noticieros televisivos los retratan a través de una suerte de calificación en dos tiempos: en un primer momento ligando su aparición al viraje hacia una protesta más radicalizada, y en un segundo momento vinculando su accionar con la nación y/o la patria. Aunque el epígrafe de una nota indica el segundo momento del enmarcado (“Vivo. Gases en Plaza de Mayo. Oíd el ruido”, en obvia referencia al símbolo patrio), la voz del cronista en off connota, aún, el primero: “grupos de motoqueros enfrentando a la policía (...) Se desmadró lo que hasta hace instantes era una protesta pacífica (...) Vemos lamentablemente que ya hay jóvenes con pañuelos en la cara” (*Especial del 20 de diciembre*, 20 de diciembre de 2001). La voz temblorosa califica los hechos de modos dramáticos, es más que un simple comentario.²⁰¹

La velocidad con que se van sucediendo las crónicas, y los cambios que se producen en ellas, es vertiginosa. Más adelante en el transcurso de ese mismo jueves 20, se presentan elementos retóricos que señalan e intentan dirigir la decodificación hacia sentidos más cívicos e integrados. El despliegue de una bandera ondeando de la mano de

²⁰⁰ Las crónicas sobre los mensajeros rápidamente conectan con zonas del imaginario poderosas como, por ejemplo, la reposición de la idea de nación. Una idea que pareciera haber estado vertebrada, y sesgada, por la construcción de lo que Segato (2007; 1988) denomina *alteridades históricas* en la Argentina. Para ampliar ver Rodríguez (2004).

²⁰¹ Singularmente, tres días después *Clarín* mantiene este sesgo en la representación: “Para colmo, los servicios de inteligencia registraron que en los alrededores del Obelisco ‘actuaron motoqueros de Quebracho que atacaron símbolos políticos como un McDonald’s y un banco’” (*Clarín*, 23 de diciembre de 2001).

un mensajero en su recorrido circular por la Plaza de la República, impacta, así, en la ya mencionada idea de nación. El cronista dice: “La gente común, las familias, están cerca del móvil; los grupos más peligrosos, que vienen a delinquir concretamente, están cerca de la policía” (*América noticias*, 21 de diciembre de 2001). Las calles están llenas de gente. Es el jueves 20 por la mañana. Con la imagen de fondo del Obelisco,²⁰² un grupo de no más de veinte o treinta mensajeros da vueltas a la plaza. Sólo una moto lleva la bandera argentina que ondea. La pantalla se desdobra: a la izquierda Graciela Röhmer, periodista de América TV, desarrolla su urgente columna de opinión; a la derecha, el grupo de mensajeros se detiene y hace una ronda. La bandera se deja ver. En primer plano un semáforo que sigue funcionando para ningún automóvil. Luego de la columna de opinión, el cronista continúa: “Un grupo de motoqueros que están recorriendo la 9 de Julio con capuchas...” “¿Capuchas?”, inquires el conductor desde estudios. “No, la cara tapada con pañuelos. Están dando la caravana triunfal”, puntúa, definitivamente, el movilero.

El 21 de diciembre de 2001 el estado de sitio ya se había levantado. A través de la agrupación gremial existente en ese momento, los mensajeros protagonizan una marcha “en repudio a la salvaje represión del 20 y en homenaje a Gastón Riva, compañero nuestro asesinado por la Federal”.²⁰³ La concentración, que comenzó alrededor de las seis y media de la tarde, fue interrumpida por agentes policiales de las comisarías 17ª y 4ª. Ese día las cámaras de televisión los mostraban, nuevamente, dando vueltas al Obelisco haciendo ondear una bandera argentina.

En estos fragmentos audiovisuales puede rastrearse la clave épica, así como también en ciertos componentes presentes en las narrativas del periodismo gráfico: las denominaciones recibidas; la descripción de sus acciones; la posesión de muertos; y/o la referencia a otros acontecimientos beligerantes del repertorio histórico nacional.

Un elemento central a la hora de la construcción épica de los mensajeros, fue el papel que tuvieron durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. Los medios coinciden en atribuirles un repertorio de actividades calificadas de heroicas, ligadas a acciones solidarias, que abarcaban desde alcanzar agua y movilizar heridos, hasta avisar por dónde venía la policía:

²⁰² Este fondo de símbolos no hace más que reforzar la hipótesis ya trabajada en relación con una construcción legitimista de nación que producen los principales medios nacionales durante esas jornadas, asociando los símbolos nacionales con atributos de clase de los sujetos intervinientes en las crónicas. Ver más en Rodríguez (2003b).

²⁰³ En www.simeca.org.ar. Acceso 30/07/04.

Los mensajeros en moto son aliados de los manifestantes. El gremio que los agrupa avisó a las agencias que pagaría el día de cada motociclista. Se mueven por todo el microcentro y se ocupan de avisar ante cada nueva carga de la policía (*La Nación*, 21 de diciembre de 2001).

...gestos como los de los motoqueros, que hicieron de la solidaridad su bandera en los dos días de la contienda (*Rebelión*, 31 de diciembre de 2001).

...decidieron sumarse a la protesta cumpliendo un papel inédito: repartiendo agua, alejando a la gente de los palos de la Federal y buscando ambulancias (*La Haine*, 21 de enero de 2002).

Por un costado algunos tiraban sus piedras mientras por el centro de la calle, dando vueltas los motoqueros hacían el aguante, puro rugir de motores (*Página 12*, 21 de diciembre de 2001).

...se expusieron en la primera línea para avisar del accionar policial a unos y a otros indistintamente (...) metieron sus motos entre los caballos, para trabar su avance (...) repartieron limones, pelearon como el que más (...) fueron ovacionados a la hora del festejo (*Rebelión*, 31 de diciembre de 2001).

El centenar de militantes, apoyado por motociclistas, había sobrepasado a los policías acordonados sobre la Avenida de Mayo y Tacuarí y avanzaba hacia la Casa Rosada. Al llegar al edificio del HSBC encontró la resistencia de una decena de policías, con un patrullero, que vigilaba el lugar, debido a la ubicación de la embajada de Israel. Fueron atacados a pedrazos e incluso un manifestante les tiró una valla metálica (*La Nación*, 28 de diciembre de 2001).

Eran ellos los que arrinconaban de a ratos a la policía, los que asistían al que se ahogaba demasiado y no resistía los gases, los que salían carpiendo por una ambulancia (*Indymedia*, 22 de diciembre de 2001).

Claro que, como se indagó en el capítulo 4, la relación entre el sentido de solidaridad presente en las prácticas de los mensajeros, la captura de los medios de la solidaridad como operador de la clave épica, y los vínculos de esos sentidos con la moto, no son lineales. En un contexto extraordinario, la solidaridad de los mensajeros se activó de modos ligeramente diferentes a los de la vida cotidiana. Los medios informativos, sensibles a lo noticiable, capturaron, embellecieron y sobretrazaron un sentido situacional de solidaridad, combinado con otro previamente conocido. Y es que entre la representación y las prácticas siempre hay un ‘resto’, o un ‘exceso’. La saturación completa es, por definición, imposible. Justamente, uno de los elementos que muestra esa imposibilidad, es la distancia entre lo que relatan las crónicas que han tratado a la solidaridad de los mensajeros en las jornadas de diciembre, y lo que surge del trabajo de campo tal como fue expuesto en el capítulo anterior.

Sea como fuere, estas acciones los instalaron como figuras heroicas. Y, además, como una suerte de corolario de estas acciones, se arma urgentemente el panteón de muertos de los mensajeros:

Pero los motoqueros que hacían de mensajeros tenían dos motivos de tristeza: “Somos del SIMECA (Sindicato de Mensajeros y Cadetes) y esta tarde nos mataron a dos pibes cuando intentamos entrar por la avenida de Mayo, así que mucho para festejar no hay” (*Clarín*, 21 de diciembre de 2001).

Cuatro “motoqueros” fueron asesinados por la policía y por eso, ayer muchos de sus compañeros recorrieron otra vez las calles céntricas en sus motos para reivindicar a los caídos. Fueron duramente reprimidos por la policía que hirió a seis de estos corajudos manifestantes (*Rebelión*, 24 de diciembre de 2001).

Uno de ellos cayó muerto ayer: por el disparo que le dieron en el pecho, o porque caído al suelo lo pisotearon varias veces las motos policiales, según dos relatos (*Página 12*, 21 de diciembre de 2001).

Que perdieron cinco compañeros. Cinco motoqueros asesinados (...) Gestos de coraje que vale mencionar (*Rebelión*, 31 de diciembre de 2001).²⁰⁴

Aunque los medios no coincidan en la cantidad (se mencionan dos, cuatro y hasta cinco mensajeros asesinados), el 20 de diciembre es recordado por los mensajeros como el día que tuvieron un ‘caído en combate’: Gastón Riva, un mensajero de 30 años. Y si bien, como fue mencionado, ya en 1999 reclamaban públicamente por el esclarecimiento de la muerte de un compañero, en este caso se trata de una baja distinta: no es un muerto por accidente de tránsito, sino un asesinado por las fuerzas represivas en una situación pública. El hecho de que haya sido una muerte producida en circunstancias extraordinarias, en un estado de beligerancia cívica, produce una diferencia con las muertes más cotidianas y opacadas producidas en ocasión del trabajo.

El contexto de la situación también aporta elementos para la predisposición mediática a vincular el accionar de los mensajeros con otros sucesos de beligerancia cívica, como el Cordobazo:

En la 9 de Julio, la gente se fue enterando de la renuncia de De la Rúa a través de unos veinte motoqueros que iban a lo largo de la avenida voceando la noticia (*Clarín*, 21 de diciembre de 2001).

...cientos de jóvenes subidos a sus motos rodaron las calles del centro porteño (y muchos también en el Gran Buenos Aires) apoyando y participando en las manifestaciones y en las luchas cuerpo a cuerpo contra la policía. Recordaban en su

²⁰⁴ Este medio alternativo no menciona su fuente cuando afirma que fueron cuatro/cinco los muertos entre los mensajeros. Hasta donde pude averiguar, el único mensajero muerto en esas jornadas fue Gastón Riva.

accionar, a aquellos precursores que bajaban con sus motos de pequeña cilindrada durante los días del heroico Cordobazo o luego en el Viborazo cordobés (*Página 12*, 21 de diciembre de 2001).

Como es sabido, en la mañana del 29 de mayo de 1969, jornada que se recuerda como el Cordobazo, una columna de la fábrica IKA-Renault, con agregados de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) y estudiantes, fue creciendo en una marcha hacia el centro de la ciudad de Córdoba. Entre ellos había trabajadores que, subidos a sus motocicletas, se adelantaban a explorar la ruta de acceso llevando y trayendo noticias. Especialmente, cumplieron el rol de avisarles a los líderes sindicales que cerca de allí los estaba esperando una enorme concentración policial, con perros y caballos. La tarde de ese mismo día, en el medio de una ciudad controlada por las fuerzas represivas, estudiantes y trabajadores en moto intercambiaban mensajes entre las dos sedes sindicales, donde estaban los dirigentes Tosco y Torres, para reunir información y así intentar re-organizar la lucha.²⁰⁵

Estas acciones, además, fueron capturadas por los dispositivos audiovisuales. Por un lado, por la televisión, y en una etapa muy temprana de las posibilidades tecnológicas de la televisión argentina; por el otro, por el cine de intervención política, cuyos circuitos de exhibición son restringidos aunque pregnantes.

Respecto de la televisión, Varela (2005) afirma que los registros audiovisuales que puso en circulación la televisión argentina, han construido una memoria visual del Cordobazo, particularmente a partir de las imágenes que obtuvo *Telenoche*, que son los que se seguirán usando en los sucesivos aniversarios (Ulanovsky, Itkin y Sirvén, 1999).²⁰⁶ Esta superficie se destaca de las del cine y/o la prensa gráfica por varias razones: en primer lugar, porque dejaron registro no sólo del suceso en sí, sino también de la sorpresa que significaba transmitir en simultáneo un evento de tal naturaleza; en segundo lugar, porque le otorgaron dimensión nacional a un hecho ocurrido en la ciudad de Córdoba; en tercer lugar, porque, tomadas desde el lateral de la contienda, las imágenes “construyen un sujeto de enunciación inédito en la televisión argentina de la época” (Varela, 2005: 229); en cuarto lugar, porque la instantaneidad de las imágenes dificultaba reubicar a los actores que participaron del enfrentamiento en divisiones que el periodismo habitualmente producía en esos momentos. Siempre siguiendo a Varela (2005), la televisión presenta, durante el Cordobazo, a unas masas actuando en el medio de un suceso extraordinario, con actitudes

²⁰⁵ En Brennan (Año, 1984). Agradezco a Lucrecia Gringauz por sus aportes bibliográficos sobre el tema.

²⁰⁶ Las imágenes del Cordobazo fueron capturadas por *Telenoche*, noticiero televisivo de Canal 13 que compone un estilo diferente de transmitir noticias de los conocidos hasta entonces: el de Canal 7, y el del clásico *Reporter Esso* (Varela, 2005).

extraordinarias, que son proyectadas nacionalmente y en simultáneo. El suceso, además, rompe con el flujo televisivo, interrumpido por flashes informativos que le otorgan al evento una dimensión de urgencia e instantaneidad. Así, actores ‘comunes’ participando en acciones extraordinarias, toman por sorpresa a un medio que por primera vez se enfrenta a la transmisión de sucesos no programables. Estas señales forman parte de la memoria visual del Cordobazo.



Imágenes del Rosariazo

Por otro lado, las imágenes de los sucesos de mayo de 1969 ingresaron en una memoria específica, constituida por los filmes del cine militante.²⁰⁷ En este sentido, Mestman y Peña (2007) señalan que la gran mayoría de las películas de esta serie, inaugurada apenas un año antes del Cordobazo con *La hora de los hornos* (Getino y Solanas, 1968), incorporan estas imágenes en sus producciones, aunque no traten puntualmente sobre el evento.²⁰⁸ Sólo dos películas tematizan específica y concretamente el Cordobazo, si bien sólo una se ha preservado: *Ya es tiempo de violencia* (Enrique Juárez, 1969).²⁰⁹ Como una marca de época, este documental comienza con una voz en off que pone en serie al Cordobazo con episodios similares ocurridos en Colombia, Brasil, Venezuela y Santo Domingo.

Aunque de circulación restringida a circuitos fílmicos relacionados con la militancia, las imágenes documentales han colaborado en la construcción de esta memoria

²⁰⁷ También denominado cine de intervención política, se reconoce al *cine militante* por ser “un cine de temática social y política con objetivos extradiegéticos” (Mestman y Peña, 2007: 48), porque sus producciones poseen intenciones de intervención política más allá de su mera exhibición. Este elemento es central para diferenciarlo del cine de contenido político (Rodríguez Marino, 2008). Para ampliar ver, entre otros, Mestman y Peña (2007); y también Campo y Dodaro (2007).

²⁰⁸ Según estos autores, “en el cine militante argentino el Cordobazo es interpretado casi siempre como un punto de inflexión en la historia de las luchas populares”, aunque con variantes interpretativas según “la perspectiva político-ideológica del cineasta o grupo realizador, así como de la coyuntura particular atravesada” (Mestman y Peña, 2007: 59).

²⁰⁹ La otra película es *Argentina, mayo de 1969: los caminos de la liberación*, del grupo Realizadores de Mayo (1969), uno más de los materiales perdidos o dispersos como resultado de la última dictadura militar (Mestman y Peña, 2007).

audiovisual de la que habla Varela: la secuencia emblemática recurrente es aquella que muestra a los manifestantes tirando piedras a la policía montada que, ante este ataque, se retira inmediatamente. Y también en el caso del cine militante se tematiza el carácter nacional del conflicto. En relación, específicamente, a los mensajeros, *Ya es tiempo de violencia* ha colaborado, aún de modos tenues, en la incorporación de estos trabajadores en moto durante el Cordobazo a la serie cultural sobre la que trabaja el imaginario común. No hay una operación de *jerarquización* (Alsina, 1993) producida por la cámara sobre ellos, sino que son mostrados junto al resto de los sujetos populares. Las imágenes en movimiento de los motociclistas se observan intercaladas con las de los sucesos generales. Sólo hay una toma, sobre la mitad del film, donde se muestra la foto de unos cincuenta hombres subidos a sus motos usando cascos blancos.²¹⁰ Una de las cosas que resalta en el relevamiento de esta serie audiovisual sobre el Cordobazo, es que las motos no constituyen el componente central del recuerdo aunque están presentes. Lo que sobrevive con más potencia, son las imágenes de las fuerzas represivas abandonando la escena, y cayendo ante la contundencia de las ‘armas’ populares caseras (como los rulemanes arrojados a los pies de los caballos o la suelta de gatos para despistar a los perros de la policía).

Sea como sea, la presencia, en el discurso mediático sobre los mensajeros, de motivos de diversa procedencia, confluyeron en la armadura de la clave épica: jóvenes rebeldes, referencias a la disimetría moto-caballo, solidaridad, panteón de muertos-héroes, argentinidad, inserción en series históricas nacionales. Sin embargo, y como en esas jornadas el campo semántico se organizó a partir del eje oposicional ‘gente común’/sociedad política, era necesario regresar a estos sujetos a la vereda de los comunes. Por eso, si los motivos revisados apuntalan el sentido épico, extraordinario y combatiente de la actuación de los mensajeros en moto en esas jornadas, una segunda operación los reincorpora al encuadre del ‘ciudadano común’, produciendo, en el camino, un sesgo etario. Para no exceder el sentido de lo extraordinario, y reubicar a estos sujetos en el marco del universo del ‘hombre común’, aquel que es ‘igual a cualquier otro’, las narrativas mediáticas recurren a los rasgos estilísticos: “Son chicos duros, con olor a hollín de los caños de escape” (*Página 12*, 3 de noviembre de 2002). Y la referencia a sus

²¹⁰ Es interesante señalar, aunque no sea motivo de esta tesis, que el imaginario que pesaba en ese momento sobre las imágenes visuales era la de ser garantes efectivas de la ‘realidad’. La presencia de francotiradores en terrazas y techos fue un hecho peculiar durante el Cordobazo. Uno de los fragmentos recogidos por el documental es un reportaje que le realiza un cronista al Secretario de Gobierno, Dr. Mario Díaz Colodrero, que acababa de llegar a la ciudad de Córdoba. El cronista le pregunta si los francotiradores son extremistas, ante lo cual el ministro responde que las imágenes que “todos vimos lo dicen con claridad”. Esto idea refuerza las razones de haber filmado la fotografía de los motociclistas.

atributos visibles se conjuga con la representación de unas prácticas que son reconocibles como pertenecientes a sectores juveniles extendidos. Así, aunque no se los nombre específicamente, los mensajeros en moto son re-enviados al conjunto de sujetos juveniles de diversas procedencias que serían ‘comunes’, y cuyas acciones nacieron al calor de unos circuitos culturales aparentemente neutrales y despolitizados:

Como en la popular del fútbol o en los recitales de rock, no hay distinción de clases entre la gente. Los diferencia sí, la actitud: junto al Obelisco están los de choque. Más atrás, una multitud expectante ocupa Corrientes, hasta pasar Callao. Sobre esa gente cargó la policía al atardecer, con una demoledora lluvia de gases y un operativo en pinza (*Página 12*, 21 de diciembre de 2001).

Sobretrazos

Recapitulando, puede decirse que en el recorte informativo de los últimos años en Argentina, tanto los noticieros como los documentales, aún con sus diferencias, presentan un conjunto de rasgos invariantes que colaborarán, un tiempo más tarde, en configurar en los públicos las señales de identificación activadas en diciembre de 2001. Hasta ese momento, cuando el género con el que se captura a los mensajeros en moto es el documental, las imágenes recrean trazos reconocibles: primeros planos de las patadas a las motos para hacerlas arrancar, subjetivas desde las motos para incrementar la sensación de riesgo, el heavy metal como el único género musical posible para presentarlos, la exhibición de un conjunto de rasgos que enfatizan sobre una supuesta estilización de la vida (aritos, pelo largo, desaliño, rostros curtidos, la modulación de la voz, el casco en la mano, camperas de cuero -que no es una vestimenta habitual de los mensajeros en moto-). La representación es abigarrada pero produce un sobretrazo, si puede decirse así, ‘sub-cultural’, aplanando las diferencias entre distintos usuarios de motos, con remisiones a un repertorio de rasgos ‘conocido’ por las audiencias y lectorados. En diciembre de 2001, los mensajeros son enmarcados en clave épica a través de su vinculación con la serie fílmica de ficción que reconstruye el tema ‘jóvenes rebeldes que andan en moto’. A la vez son insertados en acontecimientos locales extraordinarios y concretos de combatividad popular, como el Cordobazo. Al mismo tiempo, y conforme a las lógicas de producción periodística, la representación los devuelve al universo de los ciudadanos ‘comunes’ asociándolos con grupos populares juveniles actuantes en otros ámbitos culturales y sociales. En ese sentido, la imagen de los mensajeros conecta con un imaginario de los medios que, si por un lado tiende a fijar las incomprensiones de la sociedad en los jóvenes,

especialmente los jóvenes de sectores populares (Reguillo, 1997), por el otro reconoce en estos sujetos no sólo a un grupo de consumidores ávidos, sino también a una generación post-dictatorial, rebelde y transgresora (aunque esto sea, o no, más que una postura retórica).

Ambos mecanismos, el recorte extraordinario, y el re-ingreso al universo de los ‘hombres comunes’, eran necesarios para la lógica (masiva y comercial) de los medios. Durante las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001, el campo semántico se organizó en una dicotomía que colocaba de un lado a los aparatos represivos y los políticos, y del otro a la amplia categoría de ‘gente’, devenida, en esos escasos días, en ‘pueblo’. Los mensajeros se articularon del lado de los segundos y frente a los políticos y los aparatos represivos. Y en el juego de invocaciones mutuas con los medios, la figura del mensajero fue capturada no sólo como ejemplo de epicidad sino también como excusa para dar cuenta de cierta porosidad de los significados que se dieron cita esa noche y, por eso mismo, de las ‘alianzas’ provisorias que se establecieron entre grupos sociales diversos. Las narrativas mediáticas de la nación aparecieron, durante esas jornadas, organizando los significados de lo vivido, enmarcando las prácticas de los sujetos, dando coherencia a una tumultuosa experiencia. Cobró sentido, entonces, la cadena significativa rebelión-pueblo-nación y, ubicados en esa cadena, los mensajeros otorgaron color y calor.

No estoy de ningún modo afirmando que los medios produjeron todo el espectro de representaciones, simbolizaciones y/o enmarcados de interpretación de esa experiencia. Lo que pretendo iluminar, más modestamente, es el papel de los medios y de los bienes del mercado de la cultura en la construcción de algunos sentidos. Al echar mano de series culturales con contenidos residuales, los medios estabilizan el sentido común, en la acepción más fuertemente gramsciana del término. Porque, aunque el estado es el agente privilegiado de la construcción de la idea de nación, por la eficacia de su capacidad de interpelación a través, particularmente, de sus instituciones (Brubaker y Cooper, 2001), no es el único operador de identificadores: los medios de comunicación, que capturan, representan y califican las acciones de los sujetos, colaboran en esta operación desde posiciones más o menos hegemónicas según los contextos históricos, culturales y políticos.²¹¹ Y esto enmarcado en la tendencia de los medios de alcance nacional de

²¹¹ Como afirmé en otro lugar (Rodríguez, 2004), en el campo de interlocución de la Argentina de hoy, los medios juegan un papel que, si bien puede no llegar a desafiar las significaciones de lo nacional, sí recoloca las condiciones en las que el sentido de la nación se dirime: qué grupo social puede manifestarse por reivindicaciones cívicas y qué otro grupo social sólo puede reclamar por necesidades insatisfechas

producir representaciones cuyas imágenes se postulan como sinécdoques de la nación, en parte debido a la *tradición racional-iluminista* de la que provienen (Sunkel, 1986) pero también impulsados, justamente, por la necesidad de interpelar a un lectorado de alcance nacional.

Es sabido que los medios de comunicación organizan sus narrativas balizando las lecturas de los receptores y dirigiendo la decodificación hacia ‘domicilios’ de significados dominantes (Hall, 1980).²¹² Y cuando digo ‘dominantes’ no me refiero necesariamente a los operados por la cultura letrada, la cultura de las elites o la cultura escolástica, sino a la idea de Hall de significados ya procesados, conocidos, aceptados, estabilizados, incluso esperables. Aún cuando, luego, las lecturas puedan adoptar otros rumbos, estos significados orientan las operaciones de puesta en escena de los dispositivos del mercado de la cultura hacia el armado de series culturales construidas para guiar la lectura del receptor. La figura del motoquero se armó con varias series culturales, que, aunque de diversas procedencias, se revelaron igualmente cruciales para entender la dinámica de captura de sus prácticas. Y, a su vez, reingresa en esas mismas prácticas, enfatizando una porción de ellas mismas.

Parafraseando a Borda (2008), el sentido nunca muere del todo sino que resurge una y otra vez en nuevos contextos, reacentuado. La intertextualidad permitió leer no sólo el juego de reconocimiento y complicidad entre receptores y medios, sino también la ligazón de las representaciones con la historia cultural que modela a un estado de la cultura (el ejemplo paradigmático estaría en el sintagma ‘ángeles del infierno’ proveniente del Motoclub más famoso del mundo, que a su vez toma su nombre de la película bélica *Hell’s angels*). Insertos en una red espiralada de significantes, torsiones de sentido, operaciones de captura y de reconocimiento, de dinámicas de re-ingresos y apropiaciones por parte de los sujetos, en estos procesos se observa la marca de un sesgo histórico, donde cada figura será el resultado, siempre cambiante pero nunca totalmente ‘nuevo’, de una dinámica cultural que está en permanente movimiento. Los mensajeros salieron a las calles; los medios capturaron sus prácticas; enfatizaron una parte; pusieron en circulación esas imágenes; actualmente los mensajeros las incorporaron a sus autorrepresentaciones.

En este sentido, la hipótesis de *circularidad*, tal como es trabajada por Ginzburg (1981), ameritaría un ajuste cuando es traspolada a épocas contemporáneas, en términos

son cuestiones que los medios, partícipes de los sentidos consensuados en la Argentina, continuamente ponen en escena.

²¹² En la conjunción de lo aceptado y lo novedoso, se construye la *relevancia* de los textos (Fiske, 1995).

de las direcciones que se reconstruyen en el análisis. No siempre la circulación de textos, prácticas y representaciones es bidireccional entre la cultura popular y la letrada (si fuera así, los motociclistas serían la ‘cultura dominante’ respecto de los mensajeros; y ciertamente, lo único que puede decirse de la relación entre ambos es que unos tienen más tiempo de existencia que los otros). En la escena contemporánea, la misma superficie es compartida y los ejes de distinción ya no se corresponden con las competencias de lectura. En el caso de los mensajeros en moto, las diversas dimensiones se retroalimentan sin pasar necesariamente por la ‘zona letrada’. De allí que pueda decirse que la figura del motoquero, si bien fraguada al calor de las jornadas de diciembre de 2001, es fruto de una condensación particular, medianamente contingente, de otras figuras y otros sentidos relativamente estabilizados en el marco de esta cultura específica. Como afirma Jelin, “los acontecimientos ‘nuevos’ se insertan en estructuras de sentido preexistentes (...) Hacerlo implica que toda reproducción de la cultura es una alteración (...) Lo que se ‘recuerda’ es el marco cultural de interpretación, herramienta que permite interpretar circunstancias que, vistas desde afuera, son ‘nuevas’ aunque no lo sean para los propios actores” (2002: 24). Dicho en palabras más simples, el periodismo, sea documental o informativo, no ‘inventa’ nada nuevo.

Pero sí hay un elemento ‘nuevo’: son los sujetos y sus prácticas. Estos son los que efectivamente proveen elementos que compatibilizan o no con las representaciones autorizadas. Los medios procesan estas prácticas para activar en sus públicos señas de reconocimiento, echando mano de series culturales. Las series culturales sólo colaboran en ‘traducir’ el acontecimiento en unas narrativas decodificables, fácilmente reconocibles por los receptores. Allanan el camino. Pero difícilmente impongan novedades. Los sujetos que protagonizan hechos noticiables, capturados por los medios en razón de un ‘exceso’, proveen nada más (y nada menos) que su experiencia.

El 19 de diciembre de 2001, los mensajeros en moto estaban ahí, en la Plaza de Mayo. Fleteando. Experimentando los modos de la autoridad, la jerarquía y el poder. En el ojo del huracán. Salieron a las calles, las que recorren todos los días con sus motos. Y sus prácticas compatibilizaron con el contexto extraordinario. De esta variedad particular y específica de compatibilidad entre elementos de las prácticas cotidianas y los encuadres de sucesos extraordinarios, trata el siguiente capítulo.

6. ¿Ejércitos?

¿Qué revolución es ésa en que se
alardea de palabras complicadas que el
pueblo no entiende? ¿Qué clase de
cambio social es ése? Yo también
quiero mejorar el mundo.

Haruki Murakami, *Tokio Blues*.
Norwegian Wood.

En este capítulo presento los resultados derivados del análisis de un momento del proceso de circulación: el de las prácticas concretas, aquellas que son representadas por los medios de comunicación. Un momento al que habitualmente las Ciencias Sociales han subestimado.²¹³

Para el problema que analizo este momento resulta de crucial importancia en función de completar el espectro de elementos que intervienen en el proceso de circulación. Negar, u olvidar, las competencias prácticas de los sujetos que son representados, adelgazaría, desmerecería y sesgaría el objeto de estudio construido en esta tesis. Al mismo tiempo, desestimar el análisis de las modalidades concretas de la práctica representada implica sobreponderar el dispositivo mediático y atribuirle unilateralmente la capacidad de producción simbólica.

Este capítulo da cuenta de la intersección del sentido práctico de los mensajeros con los sentidos sociales convocados en las jornadas de diciembre de 2001, pero prestando particular importancia a las modalidades por la cuales ese sentido práctico, encarnado en la práctica de fletear, se precipita en una situación beligerante, y le da marco y forma a sus acciones concretas.

Una de las hipótesis de trabajo es que la práctica de fletear de los mensajeros compatibilizó de modos contingentes con el peculiar y excepcional contexto cívico de revuelta popular. No obstante, el hecho de señalar la contingencia como elemento participante en la situación que dispara las prácticas beligerantes, no le resta valor ni potencial a las mismas prácticas. Más bien intenta iluminar zonas relativamente

²¹³ Una excepción a recuperar son los trabajos de Mata (1991), quien ha avanzado de maneras pioneras sobre la indagación de este momento, particularmente en su dimensión histórico-cultural. Asimismo, son relevantes los recientes estudios en esa dirección de Dodaro y Vázquez (2008) y Silba y Spataro (2008) que trabajan en sincronía.

indeterminadas desde donde la contingencia de la situación gatilla la conversión de una práctica cotidiana en otra de ‘combate’.

Vale aclarar asimismo que el buceo en los relatos no señala hacia la búsqueda de un pasado de militancia, ni hacia una biografía que permitiera observar ‘migraciones’ de experiencias de beligerancia entre contextos similares, ni tampoco hacia la activación de marcos racionales para la acción (como lo sugeriría un análisis sostenido en los presupuestos del paradigma de la intervención estratégica).²¹⁴ La reconstrucción focaliza, por el contrario, a través del análisis de los testimonios, en sus reflexiones y recuerdos, en el centro mismo de la práctica evocada. Y, en esa orientación, se detiene en el señalamiento de hitos contextuales a partir de los que la práctica se ‘convierte’ en beligerante. También se prestó atención a los nodos cruciales relacionados con el universo simbólico de los mensajeros que activaron el pasaje entre el cotidiano laboral y el ‘combate’. Finalmente se reparó en las reflexiones sobre la experiencia, y en su formato narrativo, las que pasan a formar parte de una suerte de memoria intersubjetiva donde se sedimenta el *fondo de experiencias* (Schmucler, 1994) de los sujetos.

La lectura de los trabajos de Auyero (muy especialmente 2002a), fue sumamente inspiradora a la hora de organizar la presentación de estas líneas de análisis.

Voces y registros narrativos

Para dar cuenta del momento de pasaje desde el fleteo, en diciembre de 2001, hacia la experiencia beligerante de los sujetos estudiados, presento los resultados del análisis de los testimonios de mensajeros que participaron en esas jornadas. Advierto que este capítulo tiene un registro narrativo distinto de los anteriores, acaso como resultado de haber utilizado una herramienta metodológica diferente. En el caso de la participación de los mensajeros en las jornadas, realicé, junto con un equipo de investigación,²¹⁵ una urgente serie de entrevistas a posteriori de las mismas, entre diciembre de 2001 y enero de 2002, es decir, ‘al calor’ de los acontecimientos. Estas entrevistas fueron grabadas, desgrabadas y leídas en esos momentos, pero usadas en años posteriores. En aquella oportunidad aún no había decidido que los mensajeros serían mi unidad de análisis, si bien por alguna razón ya habían capturado mi atención. En términos metodológicos, entonces, la reconstrucción del

²¹⁴ Para ampliar ver McAdam, McCarthy y Zald (1999). Volveré sobre esto más adelante en este mismo capítulo.

²¹⁵ Agradezco la colaboración, en este tramo empírico puntual, de Lucía Rodríguez Iglesias y Nicolás Horovitz.

sentido de las prácticas de los mensajeros durante las jornadas de diciembre de 2001, no es fruto de la observación sino de entrevistas realizadas a las pocas semanas de los sucesos. Esta diferencia hace que el registro de este capítulo sea cualitativamente distintivo.

Grabar y desgrabar las entrevistas fue una decisión sobre la que en aquel entonces no reflexioné. Mi trabajo de campo con mensajeros comenzó un tiempo después, en el año 2004, e incluyó entrevistas en profundidad, observaciones e interacciones en situaciones cotidianas y participación en eventos. En las entrevistas en profundidad de esta (segunda) etapa se indagó, entre otras cosas, sobre el **recuerdo** de las jornadas de diciembre. Pero por la distancia entre los sucesos y el momento de las entrevistas, este segundo corpus no será utilizado aquí, sino en el siguiente capítulo, que refiere a rituales, recordaciones y memorias.

En la etapa central de la investigación, entre 2004 y 2006, las decisiones respecto de las herramientas metodológicas a usar fueron el resultado de decisiones más meditadas. Los intercambios orales cara a cara que realicé en la etapa central de la investigación, son distintos de las entrevistas realizadas al calor de las jornadas de diciembre de 2001. Por ejemplo, esos intercambios no fueron grabados porque prefería privilegiar la charla informal y distendida al registro fiel.

Cuando, años después, releí las primeras entrevistas, me di cuenta de que hay en ellas testimonios cualitativamente interesantes, por lo que me pareció oportuno transcribir textualmente algunos fragmentos, y marcar allí los elementos a analizar. De allí también el registro narrativo diferente.

La tarde del 19

Se habla de que entre doscientos y trescientos mensajeros en moto estaban el día 20 en el centro de Buenos Aires (lo que podría estimarse como un 1% del total aproximado de mensajeros en actividad en 2001). En verdad resulta difícil saber cuántos mensajeros efectivamente participaron en las jornadas de diciembre de 2001, en primer lugar, porque, preguntados por su participación, la mayoría asegura haber estado ahí, cosa imposible de constatar; y en segundo lugar, porque aún cuando todos los que afirman haber concurrido hayan estado, la misma definición de participación difiere (algunos, por ejemplo, dicen haber ido sólo a mirar). Más allá de la cantidad de mensajeros que hubiera en las cercanías de la Plaza de Mayo y el Obelisco el 19 y el 20 de diciembre de 2001, su presencia bastó para su captura mediática.

Cuando el miércoles 19 de diciembre de 2001, el presidente De la Rúa declara el estado de sitio, miles de ciudadanos comienzan a manifestar pacíficamente. Golpeando cacerolas se dirigen de manera improvisada hacia la Plaza de Mayo, *centro simbólico* de la República Argentina (Neiburg, 2003).²¹⁶ Fue en horas de una calurosa tarde-noche. Los mensajeros acababan de terminar su jornada de trabajo. Algunos de ellos, militantes de derechos humanos, se enteraron del estado de sitio mientras realizaban su reunión gremial en el local de HIJOS-Capital. En ese momento deciden sumarse a la protesta a partir de su oposición a la medida de gobierno.

Siempre me pregunté qué habría pasado con las representaciones públicas de los mensajeros si las jornadas extraordinarias de diciembre de 2001 hubieran caído en sábado o domingo, es decir, no, como cayeron, en un día laboral. ¿Hubieran salido los mensajeros en moto como lo hicieron? Claro que esta pregunta contrafáctica es imposible de ser respondida. Pero ayuda a pensar. Por otro lado, una respuesta posible a este dilema es la fórmula opuesta: no importa qué hubiera pasado; lo que importa es que los mensajeros estaban ahí.²¹⁷

Ricky. 30 años.²¹⁸ Participaba en reuniones de HIJOS y del gremio de base.

El 19 estaba en la casa de HIJOS con otros chicos de la agrupación hablando por lo del estado de sitio (...) A cada rato caía más gente por el tema éste del estado de sitio. Al toque empezamos a oír el ruido de las cacerolas y ahí nomás agarramos las motos y salimos a la calle. Empezamos a dar vueltas por el barrio y de buenas a primeras teníamos como tres cuadas de gente. Era muy bueno porque nosotros íbamos por

²¹⁶ Geertz entiende a la producción de *centros simbólicos* como lugar de cercanía entre las ideas y las instituciones dominantes (1991). Basándose en esta idea, Neiburg (2003) reconstruye la serie de movilizaciones y luchas callejeras que se produjeron desde principios de junio hasta el 17 de octubre de 1945 en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires, y analiza la consagración de la Plaza de Mayo como *centro simbólico* de la Argentina. La perspectiva adoptada por Neiburg privilegia el problema de las relaciones entre los grupos sociales y el espacio urbano y entiende, desde esa perspectiva, que la consagración de la Plaza de Mayo como escenario ritualizado de un diálogo entre la 'multitud' y el nuevo 'líder', Juan Domingo Perón, también consagra un nuevo *centro* de la vida política del país. Resalta, en este caso, la especificidad histórica que señala Neiburg: mientras el análisis de Geertz focaliza en las descripciones de los modos en que esos rituales reposan en consensos ya instituidos (1991), para Neiburg la ocasión del 17 de octubre significa, por el contrario, un momento privilegiado para observar, ya no la ritualización de esos consensos establecidos, sino la emergencia de un nuevo poder carismático surgido de los propios conflictos entre clases de una sociedad. Desde una perspectiva más culturalista que etnográfica, Lerman (2005) realiza su propio relevamiento diacrónico de los usos simbólicos de la Plaza de Mayo.

²¹⁷ Este fue el comentario de Alejandro Grimson, mi director de tesis, cuando le planteé la suposición contrafáctica. Este comentario modificó la orientación de mi búsqueda, porque pensar en esta última dirección implica también discriminar que entre quienes adquirieron visibilidad en esa ocasión no estuvieron los diarieros, ni los bancarios, ni los vendedores ambulantes, ni ningún otro grupo laboral, sino los mensajeros. Por lo pronto, entonces, es evidente que alguna relación se puede (se debe) establecer entre la visibilidad obtenida y el grupo en sí.

²¹⁸ Todas las edades son las que tenían en el momento de la entrevista.

Perú y de Perú hacia el bajo se veía gente pasar por el bajo, por todas las cuadras, por todos lados, era una cosa impresionante. Yo sentía: ‘esto es histórico, nunca lo viví, nunca tan de la nada’.

Polo. 20 años. Estudiante de historia. Usaba bicicleta para trabajar.

Estábamos todos laburando, así. Después, digamos, con todo el tema que había saqueos en la provincia, De la Rúa saca el tema ése del estado de sitio, sale por la tele (...) Mi experiencia personal fue parar en un kiosco a comprar cigarrillos y ver así, *Crónica*, saqueos, se quema el país, el presidente declaró el estado de sitio... En esa movida, lo primero que sentí yo fue que, la puta que lo parió, ¡me voy a mi casa! (...) Te cagás en las patas pero es un cagazo en las patas que es bueno. Porque es más bronca. No era me voy a meter abajo de la cama, sino era ¡la puta madre que los parió, hijos de puta!

Orlando. 40 años. Una hija. Hacía 8 años que trabajaba de mensajero.

Yo salí por curiosidad, no tomaba conciencia en su momento (...) Un poco me dio miedo, por eso no me quedé, porque eso habrá pasado tipo seis y media, siete de la tarde (...) para mí fue una cosa repentina, no se organizó previamente. En el medio del kilombo se juntaron veinte, treinta muchachos: “a ver, vamos, vamos al frente de la caravana...”, creo que era de las Madres [de Plaza de Mayo].

Mono. 29 años. Un hijo. Después de trabajar siete años en una farmacia, lo echaron. Le hizo juicio al dueño. Con el dinero del juicio se compró la moto. Tiene los dos padres desaparecidos.

El 19, el momento en que salió la gente, fue por el discurso de De la Rúa. Que terminó de colmar a toda la gente con lo del estado de sitio (...) Terminó el discurso, la gente apagó la tele y salió a la calle. Igual nosotros nunca lo escuchamos, nos enteramos por la gente que venía diciendo ‘está declarado el estado de sitio’.

Secuencias

No obstante, las verdaderas jornadas en las que los mensajeros se sintieron protagonistas, al menos las que surgen de las marcas subjetivas en los relatos, son la del jueves 20 y el viernes 21 de diciembre de 2001. El jueves 20, específicamente, es el día en que la gran escena beligerante nacional los precipita en el centro de Buenos Aires, donde estaban fleteando, como todos los días.²¹⁹

La experiencia del 19 a la noche sirvió para que la gente se pudiera movilizar el 20. En ese sentido lo veo: **el 19 íbamos a hacer un cacerolazo, tin, tin... y el 20 ya nos habían tirado balas, gases, ya era otra cosa** (...) Nosotros fuimos a hacer una protesta pacífica, que fue el cacerolazo, y nos cagaron a palos. Al otro día la protesta ya era otra. **Ya le habían pegado a las Madres** (Polo).

²¹⁹ Todos los resaltados en negritas de las transcripciones, son identificaciones analíticas mías, con las que pretendo señalar las marcas de los sujetos en los relatos que me permiten hilvanar algunos argumentos teóricos.

El 20 fue otra secuencia. El 20 era una carnicería. Y nosotros **el 20 a la mañana arrancamos laburando**, ya había gente en la plaza. Así que a media mañana **era una mezcla entre laburar e ir a la plaza a ver qué pasaba, cuando estabas libre.** Eso hasta el mediodía (...) Como **a eso de las dos nos avisan que habían matado a un compañero.** En realidad no había muerto. Le habían pegado un tiro en la cabeza y la bala le queda alojada detrás de la oreja (...) Y ahí ya estábamos hechos una furia (...) salimos a dar vueltas, por donde sabemos que paran los demás, y salimos para la 9 de julio (...) Es difícil calcular cuántos éramos. Lo que sí te puedo decir es que todos los que estábamos en el centro, estábamos (Mono).

Es como que era una sumatoria de cosas que el 20, ya de día, **y para mí en medio del laburo**, que es por donde yo estoy, pleno centro, era como que... ‘ja mí de acá no me sacan!’ (Polo).

El 20 nos encuentra laburando, en la calle. Las calles eran un desastre, estaban humeantes (Ricky).

El 19 no se sintió tanto [la represión], **el 20 a las dos y media de la tarde, dejé de trabajar**, me quedé acá en el centro hasta cerca de las seis a ver qué pasaba (Orlando).

Al otro día [se refiere al día 20] **me desperté, me fui a laburar, como siempre.** Y en medio del laburo, qué sé yo, tengo que pasar por acá [por Avenida de Mayo] y veo que la gente se empieza a quedar. Me quedo un rato, pero tengo que ir a laburar. **Cuando termino con ese trámite que estaba haciendo, veo que les estaban pegando a las Madres.** Y veo que ya había estado medio descontrolado todo. Y bueno, me encuentro a un grupo de gente amiga y... me quedo con ellos (Polo).

Dos cosas son destacables: en primer lugar, la diferencia que establecen entre el miércoles 19 y el jueves 20 (“el 19 íbamos a hacer un cacerolazo, tin, tin”; “el 19 no se sintió tanto”; “el 20 era una carnicería”; “era una sumatoria de cosas”; “las calles estaban humeantes”); y en segundo lugar, la señal de que en el momento en que se desata la represión, estaban trabajando. En relación con estas dos cuestiones, todas las marcas subjetivas resaltan la línea porosa que parece ligar el eje tiempo y espacio de trabajo, con el de tiempo y espacio de ‘combate’. Esta línea es atravesada rápidamente para pasar del trabajo al combate. ¿Cuándo la atraviesan? La puntuación de la secuencia de los hechos la establecen dos sucesos: la represión contra las Madres de Plaza de Mayo, y el asesinato del mensajero (Gastón Riva).

Lo que esto sugiere es que el tiempo y el espacio de trabajo fueron resignificados como tiempo y espacio de combate a partir de una ponderación de los hechos desde la propia perspectiva de los sujetos actantes. Es decir, que la resignificación opera sobre un continuum sobre el que los propios mensajeros puntúan la secuencia, delimitan los puntos de inflexión, marcan los giros en las acciones, señalan los cambios en los encuadres.

Resuena aquí el concepto de *tiempo de la política* elaborado por Heredia y Palmeira (1995; 1997), sólo que, en el caso que nos ocupa, el encuadre temporal no provino de un calendario anticipable y externo, sino de límites propios.²²⁰ La distinción es delicada pero interesante, porque durante el *tiempo de la política* también se reconvierten las coordenadas cotidianas en extraordinarias, marcadas por el calendario electoral de Brasil. Lo que resalta como similitud entre uno y otro caso, es la presencia de lo que Heredia y Palmeira describen como un interjuego entre la dimensión de la vida cotidiana y la de ‘la política’: aunque el tiempo de la política no elimina la dinámica diaria, sí interfiere en su manera de operar, porque, dentro de estos límites, “la política tiende a invadir todos los dominios” (Heredia y Palmeira, 1997: 170). Lo que me interesa señalar es que en ambos casos los sujetos habitan una zona de la vida cotidiana disponible para desarrollar prácticas políticas; y que esta disponibilidad se activa a partir de una operación de delimitación temporal. Difiere la procedencia de la ponderación y valoración del límite temporal: externa en el caso de los comicios entre los campesinos del Nordeste de Brasil; o interna en el caso de la puntuación que realizan los mensajeros a partir de dos eventos represivos (la carga contra las Madres de Plaza de Mayo, y el asesinato de Gastón Riva). Estos eventos re-encuadraron un tiempo y espacio que hasta ese momento eran cotidianos, resignificados como otros de combate. Y cuando me refiero a que tiempo y espacio fueron resignificados, no me refiero a una operación meramente simbólica, sino a que fueron las mismas prácticas las que se reconvirtieron, tanto simbólica como materialmente, de cotidianas en beligerantes.

Espacio, equiparación e identidad

Como sugieren sus relatos, esa reconversión no se produce como consecuencia de una acción premeditada, racional y estratégica, sino a partir de un juego de deslizamiento desde el contexto cotidiano al excepcional. Esto implica simultáneamente la existencia de una continuidad (entre el fleteo y el ‘combate’), y de una discontinuidad (que es la que articula la práctica a partir de ciertos cambios en los elementos del contexto). La discontinuidad, como se vio, está activada por la percepción de sucesos concretos que se producen en la contienda. La continuidad proviene de un conjunto de disposiciones

²²⁰ A partir de sus etnografías con campesinos nordestinos de Brasil, Heredia y Palmeira (1995; 1997) reconstruyen la perspectiva nativa que delimita el *tiempo de la política*. Este tiempo resulta ser, así, un momento atravesado por los marcos temporales del período electoral (los comicios señalan el inicio y el fin del *tiempo de la política*), pero identificado y definido como tal por los propios sujetos.

prácticas que confluyen en la práctica de fletear, que de algún modo se ‘encuentran’ con prácticas colectivas.

De hecho, las disposiciones prácticas que los mensajeros ponen en juego el día 20, surgen de los tres elementos nucleares de la práctica de fletear que el abordaje etnográfico permitió reconstruir: los usos insurreccionales del espacio y del tiempo; la puesta en acto de momentos de equiparación; y el diálogo crítico con una contrafigura encarnada en el modelo traje y corbata. Estos tres elementos, que fueron observados en la vida cotidiana y reconstruidos analíticamente, motorizaron las prácticas de los mensajeros la tarde del jueves 20, como se verá en el detalle que sigue.

1. Usos del espacio. Ese día, los mensajeros replicaron las prácticas de espacio-tiempo generadas en la misma experiencia de fletear, en el territorio reducido de la Plaza de Mayo y sus inmediaciones. Operaron sobre un espacio conocido, sobre los trazados por los que circulan todos los días, re-dibujando mini-secuencias con sus motos.

Y en medio del laburo (...) tengo que pasar por Avenida de Mayo, veo que la gente se empieza a quedar (...) Entonces está esa secuencia: era como que nosotros abríamos y la gente se metía atrás (...) **Yo a la cana** [la policía] **la veía como una barrera** (Polo).

Y a eso de las 4 y media, cinco, la hacemos, porque la onda era entrar a la plaza (...) porque era la secuencia de que los canas defendían la plaza y nosotros queríamos entrar en la plaza. En realidad era cagarse a trompadas. **Era ver por dónde podíamos entrar.** En un momento, a eso de las 3 de la tarde, entramos. Ahí fue cuando les pegan a las Madres (...) Me acuerdo que calculábamos cuánto tardan en recargar los gases y las balas de goma, y habían unos que iban y venían trayendo más municiones (...) Fuimos, **rompimos el cerco** de ahí, de Avenida de Mayo, y entramos, hicimos tres cuadras, hasta Maipú, y ahí salen los canas que estaban en la plaza, tirando con todo (...) Ahí es cuando lo matan a Gastón (...) Volvemos, y nos quedamos en el centro, nunca más podemos volver a entrar, hasta la noche. A la noche, recién cuando ya oscurecía, entrábamos por Corrientes hasta el bajo, y del bajo a la Casa de Gobierno, todo por atrás. **Hicimos mil recorridos así, esquivando canas,** y nos fuimos (Mono).

Las marcas subjetivas en estas narraciones dan cuenta particularmente de la relevancia otorgada a la ruptura de las restricciones espaciales impuestas por la autoridad. La posibilidad de esta ruptura implicaba que los espacios cotidianos se reconvirtieran en utópicos (Reguillo, 2006), y no sólo en términos de lo que significaba sortear las barreras, sino también por la reconversión del encuadre espacio-temporal de un laboral cotidiano, en uno de combate.

Paralelamente, estas acciones de ‘apertura’ de los espacios se montan sobre una equiparación de fuerzas puesta a jugar a partir de la imagen especular entre motos y caballos. Un retazo de simbolismo queda colgado en las variadas referencias equinas en torno a ejes de confrontación, y esto tanto por parte de los medios (“la infantería montada del pueblo”) como de los propios mensajeros (“¿viste cómo es? Capicúa: bestia-montura-bestia”). El vínculo simbólico especular entre los mensajeros y la policía montada estaría dado por un valor de equivalencia entre la moto y el caballo y, metonímicamente, entre quienes los conducen: el mensajero y el policía.

Se ve que **la policía no sabía que los caballos le tienen miedo a las motos**. ¡Que nosotros tampoco sabíamos! Pero, bueno, los pibes corrieron ahí, y **abrían el camino**. Era... yo veía... como que era que **ellos abrían y la gente se metía atrás**. O sea, no era que ellos abrían y se quedaban solos, que la gente se iba. Se quedaban ahí, se metían. A mí me pareció muy bueno (Polo).

El comentario de Polo señala simultáneamente hacia la posición superordinada de las motos respecto de los caballos, y hacia la operación de cuña que permitía liderar el ingreso a la Plaza.

Por otra parte, la apertura del espacio no sólo habilitó el combate y la equiparación simbólica de fuerzas entre motos y caballos; además, en la misma reconversión del fleteo, una práctica que ‘sabe’ también cómo habitar espacios de refugio y de sociabilidad, la función social de las paradas se instrumentalizó en una dimensión comunicacional.

Entonces... está esa secuencia: los pibes pasan, yo me quedo en el Obelisco, corro por 9 de julio, o sea yo corriendo, pero **ellos pasaban, saludame y hablame**: ‘¿qué onda la secuencia ahí?’ (...) ‘¡Vamos, vamos!’ Sumaban gente, entonces se corrió a los caballos, se abrió una parte de Diagonal Norte, se avanzó un par de cuadras, **los pibes corriendo a los caballos**, los caballos venían (Polo)

Si decidimos algo un día, al otro día los pibes ya saben. Porque nos cruzamos todo el tiempo. Estamos todo el tiempo moviéndonos. Encontrándonos en el banco, en la parada. Si a las seis decidimos algo, salimos a recorrer la parada y en veinte minutos... entonces **uno en realidad va a laburar por inercia, porque tiene que ir a laburar, pero además sirve...** (Mono).

Imposible no ceder a la tentación de ir a releer a Thompson (1990), cuando da cuenta de la *economía moral de la multitud*. En su análisis histórico de los motines del campesinado inglés del siglo XVIII, dice Thompson que “los pobres tenían sus propias

fuentes de información (...) Con frecuencia conocían los hechos locales mucho mejor que la gentry” (1990: 264).²²¹

Seríamos 20 motos. **Nos autoconvocamos** (...) Llegamos a la plaza y escuchamos eso de ‘que se vayan todos’ y el ‘que se metan el estado de sitio en el culo’, que estuvo buenísimo (Ricky).

2. Contrafigura. Toda frontera posee zonas de apertura y de cierre, no obstante lo cual, como sugiere Segura (2006), los motivos o razones para atravesarlas difieren según las evaluaciones concretas y situadas de los sujetos. Si las tácticas de uso del espacio con fines no previstos por los dispositivos de control fueron centrales a la hora de actuar en esas jornadas, los motivos por los cuales tomaron esa decisión ponen en primer plano al estado de sitio declarado por el presidente De la Rúa. Esta medida representa para los mensajeros más que una cuestión vinculada a los derechos cívicos, una afrenta proveniente de la contrafigura ideal contra quien se desmarcan en su trabajo cotidiano.

No sé, yo tenía la idea de que el poder, el poder opresor, que si bien es el sistema, **en ese momento era el presidente que saca un decreto para decirme que me tengo que ir a dormir**. Yo vivía en provincia, en Quilmes, diez años, y era irme a dormir a las tres de la mañana. Entonces, era, esta movida, vuelvo a mi casa... (...) Estaban los cantitos, ‘el estado de sitio te lo metés en el orto...’ (...) Yo creo que si bien no había así un cantito para todos, fue en realidad lo del estado de sitio el cantito que aglutinaba a toda la gente (...) Yo veía que la gente estaba así, y como que no conciliaba con nada. Estaba recaliente con el tema del estado de sitio (...) **Y yo fui más por el estado de sitio. Yo el corralito... digamos, no tengo un peso** (Polo).

¿Por qué salí? Por lo mismo que todo el mundo: el estado de sitio, a partir de eso la gente va a la plaza, como diciendo **‘te lo metés en el orto el estado de sitio’** (Mono).

El [cantito] que más me gustaba era el de **‘que se metan el estado de sitio en el culo’**, era como si la rebeldía nos había contagiado a todos. Por una vez vencíamos el miedo que nos dejaron de la dictadura (Ricky).

...era una **batalla contra el presidente**, contra el sistema, contra el modelo, contra todo (Martín Galli, en *La dignidad de los Nadies*).²²²

²²¹ En sus intentos por dialogar con el marxismo desde los aportes de las teorías antropológicas, Thompson bucea en las fuentes históricas para iluminar modalidades propias, aunque heterónomas, de la cultura plebeya. Para Thompson no sólo los contenidos y los sistemas cognitivos difieren de la cultura oficial, sino que también son de otro carácter los ámbitos de socialización y de organicidad institucional. De hecho, frente al mercado que opera, en el momento y lugar estudiado por Thompson, como un nexo social donde unos individuos comunican con otros su experiencia de explotación tanto como su organización, parecería obvio oponer los ámbitos de socialización de las clases dominantes, tales como la cátedra, el parlamento o los mismos negocios. Thompson da cuenta así de las líneas efectivas de estructuración del poder o, en otras palabras, de que la lucha se planteó desde un comienzo como una batalla desigual, tanto en términos de los recursos disponibles como de las posiciones desde las que se disputaba.

Es que el 19 de diciembre, a estos pibes que estaban fleteando, unos adultos de traje y corbata les dijeron qué era lo que no debían hacer, y por dónde no podían andar: decretaron el estado de sitio. “Te lo metés en el orto al estado de sitio. Me sentía en una gesta en la que yo estaba participando, era histórico”; “Yo tenía la idea de que el poder, el poder opresor, que si bien es el sistema, en ese momento era el presidente que saca un decreto para decirme que me tengo que ir a dormir”.

3. Equiparaciones. El tercer elemento que se juega en el pasaje del estado cotidiano al de combate, se vincula con los momentos de equiparación, como se vio con el ejemplo que contrapone especularmente las motos y los caballos.

En el capítulo 3, que trata sobre la práctica de fletear, se afirmó que los momentos de equiparación implican la activación de dos sentidos que, como caras de una misma moneda, se repliegan uno sobre el otro: el reclamo de igualitarismo, y la condena de la inautenticidad. En las prácticas de diciembre de 2001 en su reconversión beligerante, reingresa el par oposicional careta/auténtico y la pretensión igualitaria, sólo que connotados, ahora, con el ‘modo combate’.

En realidad no fue un combate, por lo desigual. **Éramos, los que yo digo que teníamos razón, y el sistema reprimiéndonos.** Eso no es un combate: es una represión, pero con resistencia (Polo).

La gente dijo ‘nos está mintiendo, ahora te vas’. Entonces para mí eso es un punto a favor para **nosotros, los que estamos en el horno** (Mono).

Para los pibes que van en moto, [la policía] **son los putos que te hacen la multa todos los putos días.** Es como que ellos siempre encuentran la manera de hincharte las pelotas. Porque, no sé: porque **tenés el pelo largo, porque tenés un aro, porque tenés un tatuaje, porque tenés una remera de alguna banda...** (...) Yo a la cana la veía como una barrera (...) Eso es lo que me molestaba (Polo).

El par oposicional se revela a través del estilo: de un lado, “los que teníamos razón”, de pelo largo, aro, tatuaje y “remera de alguna banda”; del otro, “el sistema reprimiéndonos”, el presidente que manda a dormir, “los putos que te hacen la multa”, “una barrera”, los de uniforme.

²²² La frase aparece registrada en un texto fílmico. La incluí (a pesar de ser conciente de que todo texto traiciona la pretensión de autenticidad de las voces registradas, aún en su versión documental) porque es congruente con el resto de los testimonios recogidos en las entrevistas.

La misma percepción de la disimetría respecto de la posición en el combate, pretende reponer la igualdad a partir de los relatos de momentos de equiparación. Experimentar esos momentos es poner en juego sus autorrepresentaciones. Relatarlos, es un elemento crucial para refrendarlas. Ambos, la experiencia y su relato, son elementos con los que juegan, todos los días, el juego que mejor saben jugar.

En Mitre y Cerrito justo viene un tipo que tenía la cara desfigurada porque le habían pegado un balazo justo al lado del ojo, sangraba chocolate. Pedía que alguien lo llevara al hospital y le dije: 'bueno, te llevo yo'. Lo cargué a él y a la mujer, yo sentado casi arriba del tanque. Hasta que como a diez cuadras del [Hospital] Fernández encontré una ambulancia y le dije: 'loco, tenés que llevarlo, tenés que llevarlo, tenés que llevarlo'. 'No tengo médico', dice. **'No me importa un carajo', lo cargó y se lo llevó. Se lo dije re mal y no le quedó otra** (Ricky).

En síntesis, los mensajeros, que estaban fleteando, re-enmarcaron su práctica en un contexto beligerante y la modificaron en función de ese contexto. Utilizaron sus tácticas espacio-temporales para autoconvocarse, y para salir a desobedecer a un adulto que les prohibía moverse libremente por las calles. Y una vez adentro del combate actuaron urgentes momentos de equiparación, identificaron la excepcionalidad de los iguales, de quienes no se rigen por roles de status sino por la pertenencia a una comunidad, se sumergieron, en fin, en la escena dramática. Justo lo que el contexto cívico estaba reclamando.



Compatibilidad y contingencia

El análisis de las prácticas que intervienen en el proceso de circulación habilita también a reflexionar acerca de la relación que éstas establecen con la construcción de representaciones y simbolismos de una sociedad específica en un contexto particular. Las disposiciones prácticas de los mensajeros se enlazaron ‘desde adentro’ con la experiencia colectiva, y con los sentidos construidos colectivamente en su transcurso.²²³ En la misma experiencia, dice Auyero (2002a), se vinculan las disposiciones y los sentidos compartidos.

Ahora bien, si se tienen en cuenta solamente las disposiciones prácticas, se pierde de vista la importancia del contexto, y de la emergencia de situaciones que convocan al despliegue de las acciones políticas. Por el contrario, si sólo se consideran los elementos contextuales, se pierden de vista la agencia misma de los sujetos y los intersticios donde se construye, también, poder (o empoderamiento). Así, o bien se deja librada la acción a la suerte de un voluntarismo individual, o bien se supone que el único motor de las prácticas es la fuerza de la ‘adecuación’ a las estructuras.

En verdad, los dos ingredientes, disposiciones y contexto, parecieron en este caso haber cumplido su papel. La reconstrucción del sentido de las prácticas de los mensajeros habilita a plantear la hipótesis de que en esas jornadas se estableció una *compatibilidad contingente* (Rodgers, 2006) entre elementos endógenos, procedentes de las propias prácticas cotidianas de los mensajeros (las prácticas espaciales y temporales de desafío al control; la contrafigura; y los momentos de equiparación), y elementos exógenos al grupo, como fue, en este caso, el contexto extraordinario de crisis político-institucional, que en diciembre de 2001 activó un imaginario cívico nacional.

La hipótesis de que las disposiciones prácticas del fleteo compatibilizaron de modos contingentes con la situación política excepcional está inspirada en el trabajo de Rodgers, quien propone explicar la naturaleza específica de un cambio social teniendo en cuenta las modificaciones macroestructurales pero sin perder de vista las acciones orientadas a un fin producidas por los sujetos. Para ello plantea analizar el cambio social como un proceso socio-cultural en el cual factores exógenos y endógenos “se combinan de

²²³ Casi le estoy pidiendo prestadas las palabras a Auyero (2002a) cuando describe la experiencia por la que atraviesa Laura, una maestra devenida delegada en los cortes de ruta de Cultral-có de mediados de 1990. Laura parece llevar consigo ‘sólo’ su lógica práctica: “A pesar de lo que afirman los teóricos de la acción racional, obsesionados como están con momentos de cálculo y toma de decisiones, no hay una instancia en la que Laura toma una decisión clara y tajante, de quedarse en la ruta. En realidad, ella es *absorbida* en su papel de piquetera por las interacciones en la ruta” (Auyero, 2002a: 42).

una manera determinada en un momento preciso” (Rodgers, 2006: 91). El caso de los mensajeros durante las jornadas de diciembre de 2001 no presenta los mismos ingredientes contextuales que los de Rodgers, principalmente porque no se trató de un ‘cambio social’, sino de una articulación puntual motorizada por un acontecimiento extraordinario. No obstante, la hipótesis ilumina aquí los modos en que factores exógenos (el contexto político de beligerancia) y factores endógenos (los valores del grupo) se combinaron de modos históricamente únicos.

Dice Rodgers que más que de trayectorias determinadas, “tal vez sea más exacto hablar en términos de una compatibilidad contingente” (2006: 92), donde una gama de posibilidades con potencial de agenciamiento, se articula con factores exógenos al grupo. Esta figura planteada por Rodgers, que implica un juego complejo y recíproco, me permitió enmarcar el argumento que pretendo desplegar, aunque, obviamente, reservando otros sentidos tanto a la calidad de contingente como a la de compatibilidad. Y esto tanto desde el punto de vista nativo, como desde la perspectiva de los procesos políticos.

Por un lado, y desde la perspectiva de los mensajeros, el repertorio de disposiciones prácticas y experiencias urbanas compatibilizó con un contexto percibido como de excepcionalidad política (“esto es histórico, nunca lo viví”). La contingencia fue ese tiempo extraordinario, que los ‘sorprende’, justamente, en el medio de la rutina cotidiana. Y dentro del paréntesis con el cual delimitaron un tiempo y un espacio extraordinarios, se habilitó una zona ‘porosa’ donde desplegaron su repertorio de disposiciones prácticas. Si es posible calificar de contingente este despliegue es por la ausencia, entre los mensajeros, de procesos de reflexión endógenos, como grupo instituido, previos a la salida a las calles. Estos procesos de reflexión hubieran sido homologables a lo que Reguillo (2004) caracteriza como *momentos de repliegue* de los grupos que realizan acciones colectivas. Pero no los hubo. Al igual que el resto de la ciudadanía, los mensajeros salieron a la calle porque ‘estaban ahí’, con toda la densidad que tiene esta frase, reconstruida ahora en su resonancia con el ‘ser-en-la-ruta’ de Auyero (2002a). En parte puede decirse que ese ‘estar ahí’, en la calle, tiene el mismo grado de contingencia que el ‘estar ahí’ acompañando con sus motos al grupo de rock Los Piojos cuando éstos dieron un recital sorpresivo en la calle Corrientes subidos a un camión. Sólo que este contexto no gatilla acciones beligerantes.

El martes 7 de agosto de 2007, alrededor de las dos de la tarde, el grupo de rock Los Piojos aparece en la intersección de la Avenida Callao y Corrientes, en pleno centro de Buenos Aires. Subidos en un camión, sin anuncio previo, Los Piojos irrumpen en la calle

para promocionar el lanzamiento de un nuevo disco. La estrategia tiene efecto: rápidamente la noticia se expande a través de celulares.



“Inesperada también, pero no inesperable, fue la actitud de la masa motoquera que recorre diariamente las venas de la city; convertidos en los jinetes del aguante, los mensajeros llegaron en cardumen, se pusieron detrás del registro digital, y se prendieron al bocinazo aguantador. Un clima de cancha, de 19 y 20 de diciembre, al menos por un momento” (Mariano Blejman, “Esperar lo inesperado”, Suplemento No, *Página 12*, 9 de agosto de 2007).

El fútbol, el rock y las manifestaciones políticas se solapan en las crónicas periodísticas. Y los mensajeros son, nuevamente, retratados como jinetes. Aunque también como peces que van juntos a todos lados. A la izquierda del camión, se agrupan los mensajeros en moto. Esa tarde, como tantas otras, estaban ahí, fleteando. Y si no, estaban cerca y alguien les avisó del evento sorpresivo.

Por otro lado, y desde la perspectiva de los procesos políticos, la calidad de contingente de las jornadas de diciembre de 2001 es poco sostenible.²²⁴ Los sentidos, diferentes, que me reservo al concepto de contingente en relación con el trabajo de

²²⁴ Se ha hablado de *estallido* a raíz de las jornadas de diciembre de 2001 (Cafassi, 2002; Fradkin, 2002; Álvarez Tejeiro y otros, 2002, entre otros). Incluso Cerdeiras (2002) o Zibecchi (2003) las consideran un suceso extraordinario, no anticipable. Otros análisis, acaso más precavidos, consideran que, si bien se trató de una forma de *acción colectiva discontinua y contenciosa* (Tilly, 2000), las jornadas deben ser leídas históricamente como el pico máximo de un proceso que involucró a las dimensiones económicas, políticas y culturales de la sociedad argentina de los últimos veinte años en la Argentina (Auyero, 2002b; Giarracca, 2001; Schuster et al, 2002; Pereyra y Svampa, 2003, entre otros). La protesta de diciembre de 2001 es conceptualizada, entonces, no como una ‘explosión’ sino como la culminación de un proceso de movilización popular de más de una década. En esa línea, incluso, Auyero (2002b), por ejemplo, polemiza con los analistas que ven esas protestas como simples respuestas a estímulos económicos, y retomando a Thompson, critica a quienes ven estos procesos desde una concepción ‘espasmódica’ de la historia popular.

Rodgers (2006), tienen que ver justamente con la refutable hipótesis de que las jornadas de diciembre de 2001 fueron un simple ‘espasmo’. Auyero (2002b) señala incluso que la forma de la protesta tiene que ver no sólo con procesos políticos, sino también con formas de reclamo aprendidas en repetidos enfrentamientos con el Estado y con su relativo éxito o fracaso.

La calidad de compatible, por su parte, atraviesa las improvisadas acciones que esos días llevan a cabo los mensajeros, cuando, estando en la calle, se manifiestan en contra del estado de sitio. Porque en esa salida a la calle, los mensajeros pusieron en juego un conjunto de disposiciones prácticas, de acciones razonables, de estrategias conformes a los parámetros que rigen el *habitus*. En esas jornadas el sentido práctico de los mensajeros, ese “dominio práctico de la lógica y de la necesidad inmanente de un juego que se adquiere por la experiencia del juego, y que funciona más acá de la conciencia y el discurso” (Bourdieu, 2000: 69), encontró su definición de *excelencia* (Bourdieu, 1990).²²⁵

Claro que no son todos los mensajeros. Los que estuvieron participando, unos doscientos, fueron un porcentaje pequeño de los 50.000 calculados. Pero si bien cuantitativamente la cifra estimada parece irrelevante, los efectos de la actuación de ese porcentaje mínimo revistió la práctica cotidiana del fleteo con un resplandor que hoy los recubre a todos. Y es que la visibilidad adquirida por los mensajeros durante las jornadas de diciembre no tiene precedentes. La captura y posterior calificación épica de estos sujetos y de sus acciones, dio lugar a un encuentro que debe mucho a los criterios de noticiabilidad presentes tanto en sus prácticas espaciales y temporales como en sus políticas de identidad. El juego de luces y sombras, que intenta invisibilizar lo rutinario y gris e iluminar lo distinto, rindió en forma de visibilidad mediática.²²⁶ En este sentido, sólo puede afirmarse que las prácticas situadas de los mensajeros en esas jornadas, actualizaron las disposiciones del *habitus*, interactuaron dialécticamente con las oportunidades generadas objetivamente por la situación (Bourdieu, 2000), y, en ese proceso, sus prácticas

²²⁵ Debe advertirse, sin embargo, que no todo se adecua de modos lineales: cuando Bourdieu plantea la cuestión de la excelencia, la piensa en términos de un ajuste entre las estrategias generadas conforme al *habitus*, y los intereses objetivos que rigen las necesidades del campo (1990). Y si algo se resiste a ser conceptualizado como campo es la mensajería en moto.

²²⁶ Más temprano que tarde, conviene aclarar que la visibilidad mediática no es homologable, ni en esta tesis ni en ningún otro lado, a empoderamiento cívico, sea en términos de derechos o de representación; ni tampoco es garantía de reconocimiento por las instituciones políticas. Del pasaje entre una y otra, es decir, entre la obtención de visibilidad mediática y la posibilidad de incidir, como grupo instituido, en alguna redistribución de los recursos (materiales y/o simbólicos), me he ocupado en investigaciones individuales (Rodríguez (2007a; 2007b; 2008a y b), y también grupales (Dodaro, Marino y Rodríguez, 2008). Las mejores ideas de esos desarrollos fueron inspiradas por los análisis críticos de Reguillo (especialmente, 2004), a quien le agradezco la atención prestada a mi propio trabajo.

compatibilizaron con el contexto beligerante y fueron re-enmarcadas por los dispositivos de representación masivos.

Sentido práctico y procesos cognitivos

De los relatos de los entrevistados se induce²²⁷ que el jueves 20 algunos mensajeros jugaron un juego que conocen bien por ponerlo en práctica cotidianamente.

Sin embargo, la dimensión pre-reflexiva del sentido práctico, que siguiendo a Bourdieu (1990) no alcanzaría el nivel de la representación explícita ni de la expresión verbal, es puesta en duda por los relatos de los sujetos entrevistados.²²⁸ La presencia de ‘grises’, de zonas donde las prácticas, sin llegar a ser el resultado de una sesuda reflexión previa, alcanzan tanto niveles de representación explícita, como de expresión verbal (e incluso adquieren cierta calidad estratégica), puede señalarse, básicamente, en dos dimensiones del análisis: una, la de la competencia narrativa que registra, organiza, representa y reproduce la secuencia de los hechos; y otra, la que permite iluminar las marcas de los sujetos, en los propios relatos, colaborando de ese modo tanto en la capacidad de anticipar acciones futuras como de organizar lo vivido en narrativas estratégicas.

Respecto de la primera dimensión, la referida a la competencia narrativa, en los relatos se hacen explícitos los modos en que se organiza la narración, y la eficacia de su replicabilidad, procesos que son eficaces, sostengo, tanto para la organización cognitiva del sentido práctico, como para la transmisión de la memoria práctica.²²⁹ En los párrafos seleccionados se señalan con negrita los actores que intervienen en la narración, las acciones que arman la secuencia narrativa, y las reflexiones ad hoc que el relato provoca

El 21 hubo una concentración en el obelisco en homenaje a los pibes que mataron. Éramos como **200 motos** y de repente aparece un auto de civil que le pega a una moto, la tira, sube dos ruedas arriba de la vereda y sale para el lado de Roque Sáenz Peña. Nosotros **salimos en estampida a buscarlo**. Muy pelotudos estuvimos, porque **era una provocación** más grande que una casa (...) En Bartolomé Mitre y Rodríguez Peña el tipo se escuda en un patrullero y ahí **empiezan a salir motos de todos lados**,

²²⁷ Hablo de ‘inducción’ porque esos días yo no estuve ahí. No estuve ahí como investigadora, se entiende.

²²⁸ Lejos de mí postular un sesgo ‘intelectualista’ en el marco de la teoría del sentido práctico. Simplemente quisiera resaltar la existencia de acciones orientadas a un fin que, sin embargo, no responden pura y exclusivamente a mecanismos intelectuales.

²²⁹ Lo que habla de la posibilidad de acumulación de esta memoria ‘sin soporte material’, hipótesis que derivaría hacia un diálogo con de Certeau (1996), quien niega la posibilidad de acumulación de ganancia en las tácticas.

de todos los costados. Del patrullero **nos entran a tirar y pegamos la vuelta** para el Obelisco. Cuando estábamos volviendo, **una moto se me pone al lado**. Escuché el motor pero no me di cuenta de que eran ratis [policías] (...) **el de atrás le pega un itakazo a una flaca de HIJOS Capital que venía conmigo y le fractura el brazo**. Al toque, **el de adelante me pateo el tanque de nafta y me tira**. Caemos a más de cincuenta kilómetros por hora. Lo primero que hago es levantarme para plantarme, para ver por dónde venían, pero al toque me caigo por el dolor. De ahí nos llevan en dos ambulancias al hospital. En el hospital pregunto si estaba preso y me dicen que no. Me hice nueve puntos, una linda concha... (Ricky).

El 21 nos juntamos en el Obelisco (...) **éramos 100, 200**, por ahí pasa un auto verde y atropella a dos chicos. Agarra por Diagonal. Todos los pibes sacados. **Lo van a buscar**. Vamos todos atrás. Cuando llegamos a Diagonal y Maipú nos estaban esperando, **era una emboscada**. Una bocha [gran cantidad], **una bocha de canas**. El auto queda detrás del cordón policial. Cuando nos ven **empiezan a tirar con balas de verdad, nos volvemos**, nos salen a correr, nosotros le decimos 'la hormiga negra', una moto de los canas que están todos vestidos de negro, encapuchados (...) **Una moto de canas comunes lo tira a un compañero** que iba con una chica atrás. Le **pega un culatazo y le rompe el brazo a la chica**. Después el de adelante **le pega una patada a la moto y se cae**. Ahí paramos todo, y se arma quilombo (Mono).

La misma 'secuencia' (para usar sus propias palabras) es relatada en plenitud de uso de la competencia lingüística, expresiva y comunicativa, y ambos sujetos arman la narración a partir de los mismos elementos: la fecha; la cantidad; el primer movimiento (cuando van a buscar al auto de civil que apareció en la escena); el descubrimiento de que había sido un ardid para emboscarlos; la gran cantidad de motos que estaban esperándolos; el tiroteo del que fueron objeto; el segundo movimiento (cuando regresan al lugar donde estaban concentrados); la acción del policía contra uno de ellos; la acción contra una militante de HIJOS; la consecuencia (le fracturan un brazo); la acción del otro policía ("el de adelante").²³⁰

²³⁰ El 18 de mayo de 2005, el Servicio Privado de Información (SEPRIN) publica una nota firmada por Miguel Bonasso titulada "Aprietas a los que hablan del 20 de diciembre". La narrativa periodística relata el episodio de esta forma: "El 21 de diciembre de 2001, cuando ya se había levantado el estado de sitio en la Capital Federal, los motoqueros agrupados en SIMECA (Sindicato de Mensajeros y Cadetes), convocaron a una marcha "en repudio a la salvaje represión del 20 y en homenaje a Gastón Riva, un compañero nuestro asesinado por la Federal". La concentración había sido citada para las seis de la tarde en el Obelisco. A las seis y media –según el relato de los motoqueros– irrumpió en el lugar un Ford Falcon sin identificación que casi aplasta a los manifestantes sentados en el cordón de la vereda. Según testimonia el motoquero David Acevedo: "La primera reacción nuestra fue salir corriendo atrás de los agresores. Los seguimos por Diagonal y a la altura de Talcahuano nos interceptan, había celulares estacionados, autos, motos, todos de la Federal. Y uno de los canas le pega un itakazo a uno de los pibes, (...) y lo tiran junto a su acompañante, Verónica Viega. La compañera sufrió la fractura de su brazo izquierdo y ambos tenían golpes en el cuerpo. Nosotros quisimos asistirlos pero la policía no nos dejaba y nos decía que nos fuéramos porque ya venía la ambulancia. Estos polis eran todos de las comisarias 17ª Y 4ª". (...) Hace poco los motoqueros recibieron una notificación donde se les informaba que la Justicia les había dictado un embargo preventivo por tres mil dólares, el monto de los repuestos de los coches policiales que les acusan de haber dañado. La Justicia es lenta y demasiado ciega: hasta este momento no hay ni un solo imputado por el asesinato del motoquero Gastón Riva, ocurrido a las cuatro de la tarde del 20 de diciembre, ante miles de testigos". Disponible en <http://www.seprin.com/portal2/index.php>. Acceso: 13 de junio de 2005.

Con estos elementos, arman lo que de Certeau (1996) denomina un *relato de la partida*, necesario para testimoniar y traspasar a otros los saberes que van conformando el sentido práctico, cuyo soporte significativo es la memoria y la transmisión oral. Tanto las experiencias mismas como este tipo de relatos pasan a formar parte del repertorio del fondo de experiencias de los sujetos, aunque no en su calidad de ‘puro relato’, sino más bien en su calidad estratégica, es decir, de saberes reutilizables como marcos de comprensión.²³¹ De hecho, como afirma Melucci (1994), simultáneamente con las dimensiones racionales, la identidad se tramita y elabora en el mismo proceso de la acción, es decir, no necesariamente antes o después.²³² Aunque no sean permanentes, ni estables, ni únicos, ni consensuados (Jelin, 2003), los marcos de comprensión nutren los componentes cognitivos del fondo de experiencias y prácticas.

Porque además del armado narrativo, que es parte de la competencia expresiva necesaria para la transmisión oral, existe también una segunda dimensión cognitiva implicada en la reflexión sobre la práctica, que excede a la mera expresión verbal y que se vincula con la capacidad de rescatar elementos para la organización de narrativas estratégicas activables en acciones similares en un futuro.

Al menos dos operaciones cognitivas aparecen involucradas en esta dimensión estratégica: la competencia para anticipar acciones futuras, siempre en relación con el propio sentido práctico; y por el otro la reubicación de las acciones en un contexto histórico-social.

Respecto de la primera, en estos fragmentos se observa la operación ‘meta’ que discrimina acciones y consecuencias de sus acciones:

²³¹ Marcos de comprensión entendidos como “esquemas de interpretación que permiten a los individuos ubicar, percibir, identificar y rotular los acontecimientos en su vida cotidiana y en el mundo más amplio” (Jelin, 2003: 40). Carozzi, por su parte, prefiere agrupar estas operaciones bajo la denominación común de *procesos de enmarcado*. Un exhaustivo relevamiento de esta categoría y sus aplicaciones casuísticas puede encontrarse en Carozzi (1988).

²³² Los argumentos de Melucci (más amplios que los brevemente mencionados aquí) se orientan a dialogar con los presupuestos del denominado Paradigma de la Intervención Estratégica, que privilegia las dimensiones estratégicas y racionales de la acción sobre la misma experiencia. Los marcos conceptuales de este paradigma han habilitado a pensar las acciones de los grupos en términos de una perspectiva cognitivista, donde es central la pregunta por las estrategias adoptadas en cada contexto por grupos sociales orientados hacia la movilización de los recursos. La noción misma de marcos estratégicos implica la formulación de problemas que se le presentan a estos grupos en sociedades con relativa estabilidad institucional y con cuestiones de distribución de recursos materiales y simbólicos medianamente resueltas. Algunos de sus representantes más conocidos son Sydney Tarrow, Mayer Zald, Doug McAdam, John McCarthy, entre otros. Para ampliar ver McAdam, McCarthy y Zald (1999).

Cuando hice media cuadra nos empiezan a recagar a balazos (...) La policía comienza a avanzar porque no sé cómo queda un colectivo 59 atravesado en 9 de Julio y Avenida de Mayo. Yo en ese momento tenía una punta [una navaja], por si me querían robar la moto o qué sé yo, cualquier cosa, y me acuerdo que alguien empieza a preguntar si alguien tenía algo para cortar, para pincharle las ruedas, y yo le metí un cuchillazo solo y se pinchó, después la de atrás. Y cuando queríamos empezar a prenderle fuego al bondi [colectivo], la yuta [policía] empieza a avanzar porque si no se le armaba una terrible barricada con el bondi prendido fuego. Estaba muy bien ubicado el colectivo. La yuta se dio cuenta de que si queda ahí se les iba a complicar con la tanqueta. **Ahí le encontré la vuelta: encaraba para la policía con la moto y me ponía las piedras entre el tanque y los huevos. Encaraba, apretaba el embrague, dejaba que la moto siga, ¿entendés?, y con la derecha les tiraba piedras** (Ricky).

Yo creo que por eso fue tan viable eso de la resistencia arriba de la moto. **En el caso de que vuelva a pasar una rebelión como la que pasó, ya están preparados** (...) nosotros el 20 estábamos en las motos, y el 21 hicimos una marcha homenaje, de protesta, por los caídos, que nosotros pensábamos que eran dos o tres, y al final se dilucidó que era Gastón nomás. **Hicimos un homenaje y ya no era la misma moto de la policía del día anterior.** Ya era un grupo más tipo Halcón. Las hormigas negras (Polo).

En ese ínterin atropellan a dos pibes que habían venido con nosotros, que eran de HIJOS, y los llevan presos. A ellos los seguían porque tenían el rollo de fotos (...) **habían sacado fotos a la secuencia de cuando le patearon la moto, y ese chico le sacó la foto al cana que lo había tirado** (...) Los chicos fueron al hospital, nosotros nos atrincheramos acá en HIJOS, mandamos un par de gente al hospital, y los cagan a piñas en la guardia. Toda una secuencia (Mono).

Entré por Avenida de Mayo para el lado de la Casa Rosada, **iba con el casco puesto para evitar piedrazos** (Ricky).

De ese modo, el armado de los relatos de las partidas denota no sólo la organización de los hechos, sino también la identificación de los actores en esos hechos, y de su accionar, para poder anticipar y prevenir, en un futuro, su propia actuación en situaciones similares.

La otra operación cognitiva mencionada se vincula con la recolocación de las acciones propias en un registro histórico, lo cual las devuelve al marco de la sociedad nacional (en este caso). Portelli (1991) caracteriza a esta operación como la marca del sujeto en la trama histórica.²³³ Claro que, en este caso, no se trata de un 'error' en la cronología de los sucesos narrados, sino de una colocación subjetiva de los eventos

²³³ Portelli plantea que la historia oral presenta un desafío a la historiografía basada en fuentes documentales tradicionales, porque en los testimonios orales los sujetos inscriben su marca. En ese sentido, afirma que contrariamente a los supuestos de la historiografía tradicional, los 'errores' entre los hechos concretos y la memoria narrada dan cuenta de "las formas y los procesos culturales por los cuales los individuos expresan su sentido de sí mismos en la historia" (Portelli, 1991: IX). Así, cuando el hecho se desplaza de su registro fáctico, esto indica que en esa dirección debe analizarse el investimento de valores y significados, como un modo activo y creativo de atribuir un sentido propio a la historia.

emocionalmente significativos en series de mayor alcance. No obstante, y de modos similares, acciones y sujetos participantes son re-enmarcados y re-ubicados, a través de esta operación, en la serie histórico-nacional:

Lo que sí me pasó cuando agarramos Córdoba para volver a casa, no podía creer lo que era la ciudad. Era fuego, fuego por todas las calles. **Era otro país.** Buenos Aires era Tartagal, Mosconi, eso era la ciudad, sentía que **Buenos Aires era parte de la Argentina** (Ricky).

Lo que señala la empiria seleccionada, y especialmente la reconstrucción de estas dos operaciones cognitivas, es que el sentido práctico posee un momento reflexivo que es parte del mismo juego. Esto implica una instancia crucial para entender las prácticas: no se trata sólo de un repertorio situado ‘por fuera’ del sujeto y del cual debe apropiarse en sus trayectorias por diversos campos, sino de unas prácticas que, siguiendo a de Certeau (1996), ‘hacen’ y ‘dicen’ a un tiempo, y que, en su despliegue diacrónico, van constituyendo una *ratio* popular. Las lógicas particulares de esta ratio, heterogéneas y difíciles de registrar, son inapresables desde la razón dominante.²³⁴

Ahora bien: evaluar la mejor situación y la mejor forma de sacarle provecho implica la posesión de una competencia estratégica. Negarla sería una necesidad. Sobreestimarla también. Por eso, desde el lugar donde de Certeau y Bourdieu confluyen y no desde el que disienten, puede decirse que jugar el mejor juego posible no significa ganarlo, sino, en todo caso, aprovechar la mejor situación que ofrece la partida y sacar la mejor ganancia que se pueda. Más aún cuando el juego se juega en la heteronomía de un encuadre puesto por otro.

²³⁴ Vale aclarar que la distancia entre Bourdieu y de Certeau respecto del sentido y la lógica prácticos es más teórica que empírica. Allí donde Bourdieu encuentra la ligazón entre las estructuras y las prácticas, de Certeau va a definir este espacio como en sí mismo estructurante de una memoria histórica y no como, simplemente, la habilidad de maniobrar entre reglas explícitas y principios implícitos, lo que sería el *sentido práctico* bourdieuano: una especie de ‘docta ignorancia’ en palabras de de Certeau. El ajuste entre estructuras y prácticas, que define al mismo tiempo la coherencia y la inconciencia de las prácticas, es explicado por Bourdieu en términos de *adecuación*, lo que le hace concluir a de Certeau que la experiencia en este marco no tendría un movimiento propio y que todo principio de movilidad provendría solamente de un cambio en las estructuras. La inquietud de de Certeau, es que la actualización del habitus en una puesta en situación remitiría, nuevamente, a un límite desde lo estructural y esto es lo que de Certeau le ‘reprocha’ a Bourdieu: la incapacidad de la teoría de resolver la circularidad. Y no se trata de que de Certeau haya omitido la lectura de Bourdieu en torno a la incertidumbre constitutiva de las coyunturas donde se sitúa la lógica práctica, argumentación que desobturaría el círculo, sino que este ‘ajuste’ teórico aparecería como válido solamente en el caso de sociedades tradicionales mientras que parece ausente en el modo de analizar las sociedades complejas. En alguna medida, dice de Certeau, entre el Bourdieu etnólogo y el Bourdieu sociólogo, la distancia es insalvable. Para ampliar sobre estas reflexiones, ver Rodríguez (2005b).

A eso de las cuatro y media [se refiere al jueves 20], los canas flaquean. Me acuerdo que **calculábamos cuánto tardaban en recargar los gases y las balas de goma**, y había unos [agentes represivos] que iban y venían trayendo más municiones. Hubo un momento en que, no sé, se fueron y no volvieron. No tenían más. Estaban ahí, y no tenían más. Y empezamos: “y, bueno, vamos, vamos, vamos, vamos” (...) **Fuimos, rompimos el cerco de ahí de Avenida de Mayo, y entramos**. Entramos, hicimos tres cuadras, hasta Florida (...) Ahí salen los canas que estaban en la plaza, tirando con todo. Ahí empezamos a sentir que eran balas de plomo, porque silbaban. **Volvemos**. Ahí es cuando lo matan a Gastón (Mono).

Suerte de inteligencia (o capital) estratégica, la particular competencia construida en estas experiencias está intrínsecamente involucrada en el sentido práctico, y se traduce no sólo en la puesta en acto de una “representación explícita” y/o de una “expresión verbal” (Bourdieu, 1990: 289), sino también de aspectos del ‘juego’ que se van incorporando a la *ratio* a partir de la reflexión (y de su consecuente simbolización) sobre las mismas acciones prácticas.

Del habitus a la politicidad

Del trabajo de campo surge que, tanto en el fleteo cotidiano como en una situación extraordinaria específica, los mensajeros en moto ponen en juego un conjunto de disposiciones prácticas ligadas con sus formas de comprender, relacionamente, el poder, la autoridad y la jerarquía. Ese conjunto de disposiciones compatibilizó, de modos contingentes, con un contexto político excepcional concreto el día 20 de diciembre de 2001. Como se reconstruyó y expuso en este capítulo, este conjunto de disposiciones adopta diferentes formas según la situación, aunque todas esas formas sean expresión de una misma politicidad básica.

He tomado la noción de *politicidad* sugerida por Merklen (2005), quien afirma que la política es una parte constitutiva de la vida cotidiana de los sujetos, no importa qué posición ocupen en la estructura social. Según Merklen, la condición política de las personas, “engloba al conjunto de prácticas, su socialización y su cultura política (...) es constitutiva de la identidad de los individuos y, por esta razón, evitaremos las fórmulas, más frecuentemente empleadas, de ‘relación con lo político’ o de ‘identidad política’. En éstas, lo político aparece como una dimensión autónoma de la vida social con la que los individuos entrarían en relación” (2005: 24).²³⁵ Este ámbito en el que se constituye la

²³⁵ Unos años antes Auyero (2001) ya había planteado la necesidad de adoptar una perspectiva similar a la propuesta por Merklen. Auyero afirma que, desde el punto de vista de los actores populares, la política es

politicidad, es analogable a lo que Auyero denomina la *microfísica de la política* (2001: 40). Lamentablemente ni Auyero ni Merklen desarrollan en extenso la especificidad de esta condición que, entendida como una dimensión constitutiva de la vida cotidiana, se pierde, se difumina en ella misma.

En la otra punta del arco, y más cercanos a los planteos de Heredia y Palmeira, Balbi y Rosato (2003) señalan que, aún cuando la política no puede entenderse separadamente de otros dominios de la vida como el económico, el religioso o el cultural, ello no implica sostener que no existe una especificidad de lo político. Sólo que esa especificidad tiene que ser demostrada a partir de una análisis que no reduzca la política “a una concepción topográfica de la vida social (...) como se observa a un mapa donde, en abierta oposición con la realidad allí representada, el mundo parece hecho de espacios predefinidos y fijos” (Balbi y Rosato, 2003: 16).

En este sentido, entiendo a la politicidad desplegada por los mensajeros durante las jornadas de diciembre de 2001, bajo esta doble advertencia: la de Merklen y de Auyero respecto de la co-participación de la dimensión política en la vida cotidiana, y la de Balbi y Rosato en relación con la necesidad de entender la especificidad de lo político en el entrecruce con otros dominios de la vida social.

Con estos señalamientos en mente, los elementos desagregados que componen la politicidad de base que opera día a día en la calle, en el espacio y el tiempo ordinarios del trabajo de los mensajeros, me permitieron ver, en movimiento, aquello que sostiene a sus prácticas. A su vez, pude observar y registrar las distintas formas que adopta esta politicidad de base, y las maneras en que estas formas se materializan de modos diferentes según el contexto o la situación concreta (usando una metáfora deportiva, según la ‘cancha’ donde se juega un mismo juego). En cada ‘cancha’, las prácticas se modifican levemente, exacerbando y/o minimizando algunos de sus atributos. El ejemplo de la solidaridad presentado en el capítulo 4, y de las formas singulares que asume este valor en un contexto cotidiano y en uno extraordinario, ayuda a entender las modificaciones y los usos situacionales y tácticos de los elementos que componen la práctica.

Estas modificaciones hablan más de lo nuclear, es decir, de aquello que está en el corazón de las prácticas, que de diferentes ‘gradaciones’ en las acciones políticas, lo que significa que, vistas en conjunto y articuladas sistémicamente, las diversas formas que adopta la politicidad no pueden ser consideradas según una escala jerárquica, donde, por

una práctica cotidiana; y seguidamente postula que le interesa describir cómo “la política se entremezcla en la vida cotidiana de la gente” (Auyero, 2001: 40).

ejemplo, las acciones cotidianas serían ‘menos políticas’ que las acciones extraordinarias, o las públicas ‘más políticas’ que las privadas. Interpretarlas de ese modo equivaldría a ver, o bien un exceso, o bien una ausencia (o grados diversos de carencias) respecto de un modelo ideal de la política que definitivamente no pertenece al universo simbólico de los mensajeros. Más bien lo que ocurre es que las distintas dimensiones en que la politicidad de los mensajeros en moto es puesta en juego se traman simultáneamente unas con otras, se alimentan, se combinan y se compatibilizan en grados diversos con el contexto político y cultural general.

A través de la presentación de una empiria seleccionada, intenté argumentar que entre las formas concretas que adoptan las prácticas, las diferencias no son de ‘grados de politicidad’ sino de contextos en los que esa politicidad se pone en juego.

¿Ejércitos? ¿O capital(es) en disponibilidad?

En relación con los jóvenes franceses de los suburbios parisinos que protagonizaron hechos públicos de protesta, Mauger (2007) sugiere que estos jóvenes son poseedores de un tipo de capital que define como ‘capital agonístico’. Contemporáneamente, Garriga Zucal (2007) postula que los hinchas de fútbol argentinos detentan un tipo de capital que denomina ‘capital violencia’. Ambos autores, aún sin conocer sus respectivos trabajos, y dialogando en un ‘mano a mano’ con Bourdieu, identificaron un conjunto de bienes simbólicos, deslegitimados por los representantes de la cultura hegemónica, que poseen algunos sujetos ubicados en posición de subalternidad.

El capital del que disponen los mensajeros, relacionado con una peculiar experiencia urbana y disposiciones relacionales sobre el poder, la autoridad y la jerarquía, es de la misma naturaleza. Si estos conjuntos son caracterizados como capital (‘agonístico’; ‘violencia’), es porque gozan del beneficio de ser legítimos para otros. En primer lugar, para otros pares: identificado por los mensajeros como legítimo, el despliegue de los atributos de este capital los condujo a la excelencia y, de ese modo, ganaron prestigio. Y en segundo lugar, para otros no tan pares: en algunas ocasiones, como lo fueron las jornadas de diciembre de 2001 para los mensajeros, sus poseedores son reconocidos públicamente y adquieren fama.²³⁶

²³⁶ Esto puede significar a su vez que este capital se visibilice y, reconocido por otros no-pares, les permita a sus poseedores ingresar en redes de relaciones sociales específicas (Garriga Zucal, 2007). Porque, mientras que el prestigio implica el reconocimiento de los pares, la fama incide sobre los otros no pertenecientes al

Hasta aquí, y en relación con la dinámica de los capitales en juego (y no con su contenido), esta somera comparación arroja más similitudes que diferencias. Pero cuando el capital ingresa como bien simbólico en circuitos masivos, es decir, en su circulación, aparecen las diferencias. Esto significa que la calidad y textura de la trama simbólica por donde circulan, incidirá en la obtención de reputación, porque esta trama no es inocente, y no pone en escena prácticas de modos neutrales. Los circuitos y dispositivos de la cultura son vehículos de sentidos que contribuyen a fortalecer/debilitar los vectores de la *comunidad moral* (Bailey, 1971) de la que se forma parte. Y aquí comunidad debe entenderse no por su delimitación territorial o geográfica, sino por sus fronteras culturales, lo cual significa que una comunidad se reconoce por compartir “un conjunto de valores y categorías compartidas” (Bailey 1971: 8). Asimismo, Bailey también afirma que la fuerza de la *comunidad moral* disminuye a medida que el círculo se agranda y que los sujetos se alejan del centro. Justamente, cuando trabajamos con objetos masivos, como los discursos massmediáticos, y con comunidades extendidas y mediatizadas, la operatoria que cimenta las distancias y las lejanías respecto del centro es asumida por los medios de comunicación, que mediatizan los valores compartidos y los hacen circular por el espacio de la cultura. Y, claro, junto con los valores, los medios de comunicación son también soporte de las reglas, los códigos y las señales comunes para su procesamiento por los sujetos.

Por eso mismo, y concretamente, los mensajeros ganaron reputación a partir de su actuación en el marco de un tiempo extraordinario. Allí, las prácticas de excelencia del capital puesto en juego, entraron en sintonía, de modos compatibles y contingentes, con un contexto beligerante que no sólo las puso de relieve sino que además las calificó de acuerdo con ese “conjunto de valores y categorías compartidas” mencionado por Bailey (Ibid).

Y como este capital se visibiliza a través de su pequeña política, fueron capturados por los medios de comunicación por la alta noticiabilidad que generaban sus prácticas.

Nos destacábamos, no porque seamos mejores, sino porque íbamos en moto, y la moto genera ruido y la bocina. Pero te digo, todo el mundo la peleaba (...) Yo fui a pelearla al igual que toda la gente, **y si estaba arriba de la moto era porque laburo arriba de la moto** (Ricky).

grupo y rebasa sus límites. Para ampliar ver Barreiro (2002). Agradezco a José Garriga Zucal por acercarme esta discriminación analítica.

La politicidad de los mensajeros en moto, puesta de relieve en su trabajo a través de una peculiar marcación estilística, se combinó de modos contingentes y con cierto grado de compatibilidad con las representaciones surgidas al calor de un tiempo extraordinario como fueron las jornadas de diciembre de 2001. La pequeña política los diferenció del resto, y la emisión de señales les sirvió, finalmente, para generar otras ganancias, situadas más allá de las vinculadas con el fleteo en sí. Cuando la vida cotidiana se transformó en un tiempo y un espacio de combate, el capital rindió en visibilidad, y en ese proceso, la representación massmediática articuló las prácticas de los mensajeros con elementos provenientes de otras series culturales. La actuación de los mensajeros en esas jornadas, como se vio previamente, fueron leídas privilegiadamente en clave épica. Así, los mensajeros obtuvieron prestigio, fama y reputación. Y recibieron su bautismo histórico: motoqueros.

Y si bien los que estuvieron ahí esos días fueron un porcentaje mínimo de los que fletean diariamente, la reputación los recubre a todos. En palabras más simples, unos pocos refrendaron la posesión, y los grados de excelencia, del capital de todos.

Actualmente, la nominación de motoqueros es activada en esa misma clave por los propios sujetos. Si el fletero trabaja, el motoquero, en cambio, no sólo trabaja sino que también puede, llegado el caso, convertirse en héroe. Por eso mismo, la experiencia beligerante invocada en el motoquero, es incorporada a las tramas de su politicidad de base. Más de un lustro después de las jornadas de diciembre de 2001, los mensajeros, fuera ya de escenarios cívicos donde convertirse en héroes, convalidan su reputación en ocasión de sus rituales de recordación.

Este será el tema del siguiente capítulo.

7. Recordar, celebrar

...decir el *tigre* es decir los tigres que lo engendraron, los ciervos y tortugas que devoró, el pasto de que se alimentaron los ciervos, la tierra que fue madre del pasto, el cielo que dio luz a la tierra.

Jorge Luis Borges, “La escritura del dios”, en *El Aleph*.

En este capítulo me interesa presentar la incidencia que tiene en los mensajeros la circulación de sus imágenes en clave épica. Las situaciones y soportes donde es posible observar esta incidencia son de diversa índole, y van desde las narrativas de conmemoración de los sucesos de diciembre de 2001 (donde los mensajeros son actores secundarios), hasta los rituales autoadministrados, pasando por momentos de festejo y celebración comunitarios. En el primer caso, el relevamiento da cuenta de los mecanismos de consolidación de los sentidos épicos producidos desde los dispositivos del mercado de la cultura; el segundo, el de los momentos de autocelebración, el análisis descubre indiciariamente las modalidades de adopción contextuada de la figura del ‘motoquero’.

La presentación de este capítulo discrimina, en primer lugar, entre las rememoraciones mediáticas y las recordaciones propias.²³⁷ Y luego, dentro de estas últimas, distingue entre las permanentes y fijas; las episódicas (como el caso del ritual); y las aleatorias.

Trazas del motoquero

La caravana en moto a Ramallo, ciudad de donde era oriundo Gastón Riva, se realiza todos los años desde diciembre de 2002 en alguna fecha cercana al 20 de diciembre. Ese día es el “Día del motoquero”. La efemérides no está definida en términos oficiales,

²³⁷ El uso de dos palabras, *rememoración* y *recordación*, es un artificio lingüístico que me permite diferenciar dos formas de recuperar y traer al presente hechos y figuras claves del pasado. A los efectos del análisis utilizaré *rememoración* para describir las producciones que realizan los medios con el objetivo de sellar los sentidos ocurridos en ocasión de un suceso histórico, a partir de su remisión a una serie cultural que se pretende estabilizar. Me referiré a *recordación* para dar cuenta de aquellas acciones realizadas por los mensajeros en moto en sus intentos de recordar y fijar sus propios sentidos del pasado. Esta distinción lingüística no implica una valoración positiva o negativa a priori. No se trata de que los momentos de recordación sean de algún modo ‘mejores’ o ‘peores’ que las producciones de rememoración. De lo que se trata, simplemente, es de señalar las distancias entre unos y otras. Y, más aún, estas distancias tampoco parecen señalar una batalla por las memorias, en el sentido en que los procesos de lucha por los sentidos del pasado son trabajados por Jelin (2002) o Feld (2002), entre otros.

sino que es una delimitación producida por los mensajeros, que reconocen la diferencia entre sus actividades cotidianas y las acciones destinadas a recordar a un compañero muerto. Las delimitaciones simbólicas de esta actividad, no obstante, son detectables por el analista, porque hay señales que así lo indican.²³⁸

En diciembre de 2006, la cantidad de motos que recorrieron la ruta 9 hacia la ciudad de Ramallo, no llegaba a la docena. La escasa concurrencia de mensajeros no debe sorprender. Así como de las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 participó un porcentaje mínimo, de las caravanas a Ramallo participan aún menos. La escasa participación podría considerarse como un dato que por sí solo da cuenta de los hiatos existentes entre el ‘decir’ y el ‘hacer’, entre el nivel discursivo y el de las prácticas de los mensajeros. De hecho, incluso a las marchas por reclamos gremiales concurren muy pocos, a pesar de estar en perfecto conocimiento de las convocatorias. En ocasión de una de estas marchas, por ejemplo, Miguel me la recordó asegurándome, además, que iba a ir. Cuando traté de ajustar detalles para acordar un lugar y una hora de encuentro, comenzó sin embargo a dar excusas tratando de esquivar el compromiso. Finalmente, no pude concertar la cita. Otro día, en el Obelisco, mientras un grupo de veinte o treinta mensajeros llamaban la atención con sus motos y las banderas de una de las agrupaciones, a escasos cincuenta metros de allí, en 9 de julio y Perón, había un grupo disfrutando de un recreo momentáneo. Preguntados por esta aparente indiferencia, respondieron con evasivas relacionadas con los necesarios momentos de descanso. No hubo, de parte de ninguno, respuestas que pusieran en duda la movilización. Muchas veces, además, la misma excusa que le dan al patrón para no ir a trabajar, es la que usan para no concurrir a una marcha o a una conmemoración: “se me rompió la moto”.

Claro que mi interés no está puesto, solamente, en las prácticas del grupo, ni tampoco, únicamente, en las distancias entre el decir y el hacer; sino además, y más ampliamente, en los circuitos en los que sus prácticas ingresan, lo que implica pensar en una dinámica más general que la de sus propios intercambios comunitarios. Lo que pretendo es señalar no sólo la circulación y/o confirmación de los sentidos hacia el interior de los mensajeros, sino también cómo esos sentidos se tensionan al circular entre (desde y hacia) sujetos y representaciones. Por lo tanto, a los efectos de esta dinámica, las

²³⁸ Este comentario puede sonar obvio. Pero estoy intentando simplemente señalar la distancia entre una conmemoración oficial, presentada a la sociedad en términos absolutos, sin posibilidad de discutirla, y los trazos producidos por los propios sujetos para darse a sí mismos un espacio de recordación. Lo que quiero señalar es la energía invertida en el conjunto de gestos destinados a comunicar la sacralidad de la práctica. También, luego, en organizarla y ponerla en acto.

representaciones que genera la caravana a Ramallo, aún siendo producidas por un porcentaje minoritario de mensajeros, tienen igual peso simbólico que las prácticas concretas, cotidianas, de los otros miles. Y en ellos repercuten. Porque cuando realizan estos eventos de recordación, se asumen como motoqueros. En ese sentido, la caravana la realizan motoqueros, no importa cuántos sean.

Saville-Troike (2005) afirma que el lenguaje y sus funciones no están dadas de antemano sino que son parte del problema a dilucidar. Motoqueros, en tanto heterodenominación, y en tanto figura estereotipada, termina de elaborarse en la circulación mediática. Ambos, nominación y estereotipo, son reapropiados por los mensajeros para señalar, con ellos, una politicidad potencial, una suerte de beligerancia que puede ponerse en movimiento en cualquier momento.²³⁹ Por eso Orlando, uno de los que volvió a su casa el 19 de diciembre de 2001 luego de haber participado ‘sólo mirando’, dice: “Motoqueros sería, digamos, el nombre de batalla de uno. En vez de decimos cartero o mensajero, a nosotros nos dicen motoqueros. Es como que nos gusta”. Orlando es tan motoquero como quienes estuvieron ahí. Porque no importa solamente si los elementos que participan de su construcción identitaria son producto de una experiencia efectiva; también son importantes los retazos de acciones gloriosas vividas por otros pares, que ingresan a la predisposición subjetiva de cada uno.

La actual figura del motoquero, que activa unas señales celebratorias ligadas a las jornadas de diciembre de 2001, pasa a formar parte de su propia identidad. Y a raíz de la clave épica con que fue construida, se integra a su politicidad de base. Porque el motoquero se identifica con una porción de sí mismo (tan válida como las prácticas cotidianas) aunque más ideal que concreta, que es el resultado de unas prácticas extraordinarias vividas por unos pocos iguales al resto. Tanto las narrativas de rememoración como los rituales de recordación colaboran en mantener viva esa porción. Claro que los mecanismos difieren: en los relatos mediáticos de rememoración de las jornadas de diciembre de 2001, las crónicas que dan cuenta de las acciones de los mensajeros se ubican subordinadamente en relación al texto mayor, que es la evocación de las jornadas de 2001. Y a la inversa: en las caravanas y otros rituales organizados por ellos, las jornadas se ubican como el fondo de una figura, el motoquero, que las trasciende.

²³⁹ Dilucidar si la autodenominación implica un gesto de ‘resistencia’, y si la heterodenominación uno de sumisión, o viceversa, me parece innecesario. Con este comentario me estoy remitiendo al argumento de Bourdieu respecto de las paradojas del dominado frente a la alternativa de someter su lengua (vulgar) a la colonización de la lengua oficial. Para ampliar ver Bourdieu (2000). En todo caso, resulta más interesante resaltar el proceso de apropiación y recontextualización de ciertas unidades de lengua por un grupo.

“Ese día, los motoqueros fueron una especie de ángeles rugientes” (*La Nación*, 15 de diciembre de 2002). Una vez que los sentidos vinculados a la actuación de los mensajeros en las jornadas de diciembre de 2001 se estabilizaron, fue relativamente fácil recurrir a frases como la de *La Nación* que condensa, justamente por su capacidad de síntesis, un sentido cultural e históricamente construido.

Así también ocurre en las rememoraciones audiovisuales, en las cuales las imágenes de archivo van acompañadas con cintillos simples y breves: “Motoqueros. Fuerza de choque” (*Va por vos*, 16 de noviembre de 2002). El re- envío al elemento épico presente en el cintillo televisivo, es directo, no se requieren ni explicaciones ni refuerzos verbales. En otros casos la imagen se combina con el recuerdo trágico de los muertos en la jornada, lo que le agrega epicidad: una toma en contrapicada que muestra unas ruedas de moto, es acompañada por el cintillo “El primer caído”, sin necesidad de hacer referencia al mensajero asesinado (*Punto.doc*, 20 de diciembre de 2002).

De todos modos, para las narrativas audiovisuales de rememoración, las imágenes privilegiadas son las generales de los mensajeros en moto circunvalando la Plaza de la República con una bandera argentina (aunque también aparece la bandera de la agrupación gremial existente en ese entonces). Los documentales periodísticos que rememoran esas jornadas, no sólo echan mano del archivo audiovisual, sino que también producen documentos especiales para la ocasión. En uno de ellos, por ejemplo, se les hace un reportaje a dos mensajeros (referentes gremiales en ese momento) quienes realizan un pormenorizado relato de los diversos enfrentamientos que habían tenido con la policía montada en diciembre de 2001. Es especialmente significativa, porque implica uno de esos momentos de equiparación analizados previamente, la narrativa de los caballos que, asustados por las motos, hacían caer a sus jinetes. “¿Viste cómo es?”, dice uno de ellos, “capicúa”, y aclara: “bestia-montura-bestia” (*Punto.doc*, 20 de diciembre de 2002).²⁴⁰ El documental concluye con imágenes de archivo de los mensajeros sobre el sonido en off de un grupo que varonilmente canta “¡Motoqueros, carajo!”, haciendo de la nominación massmediática, su ‘nombre de guerra’.

²⁴⁰ Esta narrativa, además, refuerza la idea mítica del pequeño que lucha contra el poderoso y triunfa, un motivo que ya había aparecido en las imágenes televisivas del Cordobazo en 1969 (Varela, 2005).

La prensa gráfica también convoca a los mensajeros para recordar las jornadas de diciembre de 2001:

Algunos llegaron a sus casas con las manos manchadas de sangre; otros, con los ojos hinchados por los gases y las lágrimas (*La Nación*, 15 de diciembre de 2002).

Es uno de los grupos más duros y jóvenes, y tiene una afirmada costumbre contestataria que lo lleva a ser la vanguardia de las marchas de piqueteros. El odio que, juran, les tienen “los ratis” [la policía] es apenas uno de sus problemas: prácticamente todos trabajan en negro en una profesión de riesgo físico (*Página 12*, 3 de noviembre de 2002).

En una plazoleta de Bartolomé Mitre y Cerrito convivían a la sombra motoqueros y policías en cuatriciclos, un año después de haber chocado (*Clarín*, 21 de diciembre de 2002).

Y no falta el recuerdo a las acciones solidarias que realizaron, foco crucial de la primera serie de representaciones épicas:

...repartían agua, limones y esperanza. Socorrían a los manifestantes y buscaban ambulancias (*La Nación*, 15 de diciembre de 2002).

Nuevas fracciones de trabajadores ocupados que se hacen presentes en medio del fragor de los hechos aportando sus saberes (...) en diciembre en Buenos Aires fueron los motoqueros, que operaban como enlaces veloces entre los diversos grupos que confrontaban a las fuerzas represivas (*Rebelión*, 12 de julio de 2002).²⁴¹

Otro modo de rememoración es a través de las superficies fílmicas. Especialmente significativo es el largometraje documental *La dignidad de los nadies*, que ingresó al circuito de salas comerciales con un éxito relativo de público.²⁴² Realizado expresamente con la intención de documentar la situación social de los ciudadanos argentinos a partir de la crisis de diciembre de 2001, su director seleccionó un conjunto pequeño de casos que, en la relación que pretende establecer la película, funcionan como representantes de la experiencia crítica. Cada perspectiva individual se agrega a una sumatoria general. Significativamente, uno de ellos es el caso de un mensajero que recibió una bala en la cabeza y fue socorrido por un dirigente gremial. El mensajero es presentado como “El escritor motoquero”, pues se trata de un estudiante del profesorado de Letras que en ese

²⁴¹ Obviamente que las notas de los medios alternativos (y *Rebelión* lo es) poseen un lector modelo diferente al de, por ejemplo, *La Nación*. Por eso la referencia a “fracciones de trabajadores ocupados (...) que aportan sus saberes”, debe entenderse en relación con el contrato de lectura que *Rebelión* establece con su destinatario.

²⁴² Este largometraje, cuyo director y guionista es Fernando “Pino” Solanas, fue estrenado en abril de 2005. Contó con la colaboración, en las tareas de investigación, de Alcira Argumedo.

momento trabajaba de mensajero en moto, “haciendo cien kilómetros por día”. La historia es conocida: se trata de Martín Galli, un mensajero que recibe un balazo en la cabeza y es asistido con respiración boca a boca en plena calle por Héctor “el Toba” García, dirigente del Movimiento Evita, quien no desiste de su ayuda hasta que consigue que Galli sea trasladado al Hospital Argerich.

El Mono, en una entrevista personal, relató el episodio de este modo:

También estaba Martín Galli, un compañero con rastas, que le pegaron un tiro en la cabeza (...) Se salva por las rastas. Porque se lo pegan en la nuca, y le entró en la cabeza pero le amortiguó. O sea, tenía el matete de las rastas, si no le hubiera entrado de lleno en la cabeza. Y está el Toba, que lo revive tres veces. ¿Conocés la secuencia ésa? En medio de ese quilombo [lío] hay otro compañero que también anda por todos lados, pero no es de ningún lado, pero siempre anda en las marchas (...) En esa secuencia estaba y lo trata de salvar (...) lo saca, por primera vez, después lo suben a un taxi y el Toba va con él, y le agarra un paro cardíaco, y el Toba sabía primeros auxilios y lo saca. Lo revive. Ya segunda vez. Y la tercera, se desmayó. Entonces lo mantuvo despierto, no sé con qué secuencia de primeros auxilios... y... Capo (Mono).

El hecho de que Martín usara rastas es hasta hoy resaltado también en las recuperaciones de los relatos de ese día publicados por los medios cada diciembre, porque, según dicen, las rastas amortiguaron el impacto de la bala en su cráneo. El estilo, en este caso, se convirtió en un salvoconducto para la vida.

Es relevante, además, señalar que en el largometraje *La dignidad de los nadies*, realizado casi cuatro años después de las jornadas de 2001, se recorten algunos personajes, y entre ellos se seleccione a un mensajero. Así, se refuerza su ingreso a la serie épica: la de “los nadies”, la de quienes “se la aguantan” (SIC). La figura de Martín Galli, tanto como la de Gastón Riva, se erige en representante posible de una figura colectiva: el motoquero. Incluso cinco años después de las jornadas de 2001, *Página 12* recrea la historia de Martín Galli y sus rastas (Suplemento *No*, del jueves 21 de diciembre de 2006).

Los muertos, por su parte, merecen más que el suplemento: a Gastón Riva se lo jerarquiza ubicando su tragedia en una posición central. En la página 2 de la Sección El País del mismo medio se lee:

Sobre la Avenida 9 de Julio esperaban los motoqueros nucleados en SIMECA, que el 20 perdieron a Gastón Riva, mientras ejercían como avanzada de “caballería” de los que se defendían con piedras de las balas de goma y plomo policiales (*Página 12*, 21 de diciembre de 2006).

Sea en soporte gráfico como audiovisual, y tanto televisivo como cinematográfico, en todos los casos se trata de relatos de rememoración de las jornadas de diciembre de 2001 donde aparecen otros sujetos. Es decir que, dentro de la rememoración, los mensajeros son unos actores entre tantos otros, y no la estrella principal. En la economía simbólica de la rememoración, las acciones de los mensajeros funcionan como hipotexto dentro de un sistema textual que los excede: las jornadas de diciembre son el texto mayor, el de la conmemoración, dentro del cual ellos son un renglón.

Recuerdos privados

Un día recibí el mail de la esposa de Néstor Roldán, un mensajero muerto en abril de 1999. El relato llegó a mi casilla de mails, a raíz de la lectura que hizo la mujer de Néstor Roldán de un artículo mío publicado en una revista electrónica (Rodríguez, 2005). El mail decía lo siguiente:

“El 22 de abril de 1999, en el Puente Pueyrredón, sobre las 18 hs. perdió la vida mi último compañero, Néstor Oscar Roldán, quien trabajaba para la empresa Dyamon, en las mismas negreras condiciones en las que aún continúan laburando estos pibes. Néstor ya no era un pibe, portaba ya los cuarenta, pero la crisis de los noventa lo ilusionó con un retiro voluntario con el cual pensó en independizarse comprando la moto y trabajando como cadete. Así laburaba, casi 12 horas diarias, con la única carrocería de su cuerpo. Ese día los moteros se solidarizaron con él, ya que el juez tardó dos horas en constituirse en el lugar del hecho, y el cuerpo todavía estaba allí. Así que los chicos motoqueros cortaron ahí nomás el puente como señal de protesta y por supuesto se bancaron los palos policiales y la furia urbana de los automovilistas... lo de siempre.

Fue la mala suerte que hizo que una rueda se saliera de un vehículo para golpearle la cabeza y quitarle la vida a Néstor. Por supuesto que su agencia de trabajo no me avisó del accidente hasta las nueve de la noche, cuando yo los llamé, por segunda vez, preocupada porque "el Negro", como le decíamos, no llegaba a casa. Primero, a las 20 hs, improvisaron un supuesto desconocimiento, prometiendo llamarme cuando averiguaran su paradero. Por supuesto que esperaron a que volviera a comunicarme con ellos por mi cuenta -pocos saben la espera angustiada de la familia, cuando el motero no vuelve a horario a su casa- y allí me dijeron que si iba hasta la agencia por mis propios medios podían decirme el paradero de Néstor, quien estaba accidentado. Cuando llegué

a la agencia por supuesto me enteré que ya había muerto hacía varias horas. Pudieron por lo menos pagar el sepelio, y acompañarme hasta la Comisaría 1° de Avellaneda y allí siguió el curso: la policía me ofrecía un servicio funerario, más un servicio legal para reclamar el seguro, todos "recomendados" y conocidos por ellos.

Bueno, María, para qué seguir. La empresa jamás inició el trámite por el seguro de vida que le hicieron firmar, me ofrecieron bajo la mesa un arreglo que rechacé, y acudí a vías legales.

Creo que ni la vida de un motero ni la de nadie tiene meramente un "valor vida" como se dice en términos judiciales. Nuestras vidas portan tanto valor que este es inconmensurable, inapresable. Nada paga la pérdida de un ser amado. Nada lo restituye. El economicismo capitalista desconoce absolutamente esto último. Todo es restituido, reciclado, y transformado, completito, y cerrado.

Ya pasó mucho tiempo de esta lección de vida que tuve que atravesar, de la cual hice un aprendizaje irremediable. Pero por lo que sé este gremio sigue comiéndose los mismos garrones a pesar de sus luchas.

Espero que ellos sigan peleando para que no se siga poniendo "valor vida", sino mejorando la vida de todos.

Un abrazo. Gracias por la nota.”

La mujer de Néstor Roldán optó por contar los pormenores del accidente de su esposo privadamente. No obstante, también hay modos de hacerlo público, en otros soportes, con otros lenguajes, y otras retóricas.

El poema pisoteado

Paralelamente, los mecanismos de construcción de la memoria son distintos cuando los productores son los sujetos involucrados. El rol de productor ubica a los practicantes en la posición de voceros de sí mismos, más allá del volumen que esa voz pueda adquirir en el coro popular, de que llegue a destacarse, o por el contrario, de que permanezca en la periferia. Una de las formas que este grupo encontró para intentar hacer oír su voz en este coro fue señalar y jerarquizar la jornada como histórica; otra forma, como no podía ser de otra manera, fue inscribir una señal de recordación en plena calle.

Las memorias, dice Jelin (2002), se organizan alrededor de tres tipos de elementos: acontecimientos, personas o personajes, y lugares.²⁴³ Pero estos tres elementos nunca aparecen de modos aislados. En todo caso, uno de ellos asomará en mayor medida a la superficie que los restantes, funcionando como organizador. En una mensajería del sur del conurbano bonaerense, por ejemplo, se privilegia el acontecimiento sobre el lugar y los personajes. En una pared de su despacho el Pato colgó un cuadro con la hoja de ruta realizada por su agencia el 19 de diciembre de 2001. Son menos de una veintena de viajes. Apenas me acerco a mirar el cuadro, el Pato me comenta: “Hoy hacemos 130/150 viajes diarios”. Su enmarcado tiene una doble lógica: la empresarial, y la de la recordación. Por un lado permite, por contraste, evaluar a su empresa a partir del crecimiento de la mensajería; y por el otro, persigue recordar la jornada en la cual los mensajeros obtuvieron visibilidad.

Además de estos ‘homenajes’ mínimos, también hay un espacio de recordación que privilegia tanto el lugar como la persona. En la esquina de Avenida de Mayo y Tacuarí, a poquísimas cuerdas de la Plaza de Mayo en el centro de Buenos Aires, hay una placa que recuerda a Gastón Riva. La placa que lo homenajea está en el suelo. Fue realizada por los obreros de la fábrica de cerámica Zanón, tradicionalmente solidaria con los actores populares desde que los trabajadores se hicieron cargo de la empresa, bajo el nuevo nombre de FASINPAT (FÁbrica SIN PATtrón). La placa es bastante modesta, e inclusive los transeúntes la pisan sin siquiera darse cuenta de que está allí.



El porcentaje mayor de la superficie lo ocupa un poema, escrito por su mujer. No hay ninguna referencia a su actividad como mensajero en moto. Pero sí a las jornadas de diciembre: en el árbol que está justo encima de la placa, se han clavado dos carteles de

²⁴³ Jelin sigue en esto a Pollak (1992).

latón donde se solicita información sobre las muertes del 20 de diciembre de 2001 y se da el número de una fiscalía para realizar denuncias o aportar datos. Este particular espacio de recordación física replica la imagen épica del hombre común construida por los medios de comunicación, que re-envía a Gastón Riva directamente a las jornadas de diciembre de 2001.



A pesar de todo esto, hay algo que cuesta decir abiertamente. Enrique, casi confidencialmente, me comenta que “a Gastón Riva nadie lo conocía”. De hecho, en cada caravana a Ramallo, el mismo padre de Riva les pregunta asombrado a los mensajeros: “¿por qué hacen tanto barullo con Gastón, que era un simple laburante [trabajador]?”. Según Enrique, “tuvo la mala suerte de quedarse ahí ese día. Yo en cambio, me volví a mi casa”. Gastón Riva es uno de los que efectivamente ‘estaban ahí’, también por eso alcanza estatura mítica. Su fantasma se corporiza en dispositivos de recordación y, de ese modo, se eterniza. Igual que se percibe su fantasma en este fragmento literario escrito por un mensajero:

Nunca volvimos a saber de ella. Nos contaron que se la vio en su ‘125’ por la ruta a Ramallo, andando a la par de un tal Gastón (que tenía un agujero en su remera negra), aunque no podemos dar fe de todo lo que nos cuentan, ‘y es que los cuerdos mienten tanto’ (Fragmento de “La inseguridad según Mariel”, de Sebastián Gianetti, inédito).

Las cosas cambian aún más cuando, episódicamente, quienes construyen, organizan y administran el evento de recordación son no sólo productores sino también, simultáneamente, sus oficiantes, y la figura (auto)celebratoria. Es el caso de la caravana a Ramallo, ritual por excelencia de los mensajeros donde ellos cumplen al mismo tiempo los tres roles.

El detrás de la escena de la caravana

En diciembre de 2006 me sumé al ritual de recordación conocido como la caravana a Ramallo. Ese año la caravana fue motorizada por una de las agrupaciones gremiales: la que aquí llamo Celeste y Blanca. Pero la agrupación más antigua es la que en esta tesis denominé Roja y Negra.²⁴⁴ Se desconocen datos de los comienzos de esta agrupación. “Los primeros en intentar algún tipo de organización fueron el Pelado y el Chino, en el ‘99”.²⁴⁵ Como paraban en la plazoleta de 9 de Julio y Perón, cerca del Obelisco, a este grupo se lo conocía como ‘Los muchachos de Perón’. El sindicato se reunía los miércoles a las 19 en el local de HIJOS. Empezaron convocando a marchas por mejoras laborales y libre acceso en las autopistas. Poco tiempo después obtiene cobertura mediática con los sucesos de diciembre. Otros medios ubican los comienzos en octubre del 2000 cuando 500 ‘motoqueros’ se manifestaron frente al Obelisco,²⁴⁶ mientras que sus propios relatos afirman que la Roja y Negra nació a partir de las movilizaciones de 1999 en Avellaneda, suceso ya mencionado, donde se pedía por la mejora y la protección en el tránsito. Según el encargado de prensa, la Roja y Negra tiene 850 afiliados en la Ciudad de Buenos Aires y 2000 en todo el país.

En 2003 un pequeño grupo inicial crea la agrupación Celeste y Blanca. Afirman contar con 450 afiliados. Su rama sindical, busca desde entonces la obtención de la personería gremial para alzarse con la representación ‘oficial’ de los mensajeros en moto. Esta agrupación tuvo su bautismo público en ocasión de un escrache realizado al ex-dictador Jorge Videla junto con la agrupación HIJOS, el 18 de marzo de 2006, fecha cercana al 30º aniversario del inicio de la última dictadura militar.

Las diferencias entre las dos agrupaciones son congruentes con las dos grandes líneas sindicales de la Argentina. La Roja y Negra está asociada a la CTA, tiene conexiones sólidas con HIJOS, y forma parte del MIC (Movimiento Intersindical Clasista). La Celeste y Blanca responde a la CGT (Central general de Trabajadores) y, desde esta posición, buscaron durante 2005 y 2006 pelear la conducción de gremial, al frente de la cual la CGT puso a uno de sus hombres.

²⁴⁴ Los nombres de las dos agrupaciones han sido cambiados.

²⁴⁵ Fuente: Vales, Laura: “El sindicato de los motoqueros, Los combativos”, *Página 12*, 3 de noviembre de 2002, disponible en www.pagina12web.com.ar.

²⁴⁶ Klener Hernández, Luis: “Motoqueros del Apocalipsis”, en *Punto Final*, s/f, disponible en www.puntofinal.cl/516/argentina.htm

Cuando comencé mi trabajo de campo sólo existía la agrupación Roja y Negra. Las banderas gremiales que se vieron el 20 de diciembre en la ronda de mensajeros al Obelisco, pertenecían a esta última agrupación, la primera en reunir, en 1999, a los mensajeros. Uno de los que promovió su creación, entre otros, fue Urbano (quien luego, en la caravana de 2006, estaría militando en la Celeste y Blanca). A los pocos años de crearse la Roja y Negra, se creó otra agrupación que funcionaba en un taller para motos, pero tuvo poca vida. En noviembre del año 2005 la Roja y Negra, alineada con la izquierda partidaria en el plano político, inaugura un nuevo local con el apoyo económico de una asociación de trabajadores extranjera, la CNT (Central Nacional de Trabajadores) de España, de la CTA (Central de Trabajadores Argentinos), y de algunas Ongs europeas. En ese local ha funcionado hasta la actualidad. Fue a raíz de una serie de desavenencias internas, ligadas tanto a perspectivas estratégicas para la consecución de la personería gremial, como a diversas maneras de entender y administrar el manejo de los fondos, que poco tiempo después Urbano y un pequeño grupo de mensajeros se separan de la Roja y Negra y conforman la Celeste y Blanca.

Las estrategias de crecimiento político-gremial varían: mientras que la Roja y Negra se caracteriza por realizar movilizaciones y reclamos públicos, por su horizontalidad en la toma de decisiones, y por un principio de independencia respecto de la central sindical oficial, la Celeste y Blanca aboga por producir acuerdos con instituciones sindicales de segundo y tercer grado (sindicatos y confederaciones de trabajadores) para la consecución de capital político que, a su vez, les posibilite convertirse en interlocutores válidos dentro del espectro gremial.

En el plano individual, mientras que la Roja y Negra privilegia la subsunción de cada trabajador dentro del sindicato que los agrupa, la Celeste y Blanca ha optado por estrategias de representación gremial por empresa. Esto, por un lado, los obliga a negociar la presencia de personajes como Aldo, nombrados ‘desde arriba’ por un jerarca sindical; y por el otro, a subsumir su perfil laboral en algún otro que los ampare. Por ejemplo, como resultado de la política gremial de la Celeste y Blanca, Urbano y Mario son actualmente representantes gremiales, elegidos a través de mecanismos genuinos, de las empresas donde trabajan, que no son mensajerías.

La caravana a Ramallo del 2006, como mencioné, fue organizada por la Celeste y Blanca. La alineación de esta agrupación con el peronismo de base no implica la inexistencia de diferencias internas, atravesadas por una ‘delgada línea’ que divide a un peronismo tradicional u ortodoxo (ligado a la formación de cuadros partidarios, juveniles y

sindicales), del peronismo de izquierda (que reivindica la militancia de la década del 70).²⁴⁷ En diciembre de 2006, dentro de la recientemente creada Celeste y Blanca convivían, por ejemplo, Mario, ligado a la primera línea, y Urbano, vinculado con la segunda. Hoy las desavenencias internas ligadas a las diferencias ideológicas carcomen su funcionamiento.

Sin embargo, hacia afuera las diferencias desaparecen: por un lado, Urbano y Mario se unieron para organizar la caravana solicitando el apoyo de una agrupación política del peronismo de base, uno de cuyos dirigentes, Mataco, concurrió a la caravana; por otro lado, ambos se unieron en el objetivo central de la caravana que era colocar, en el nicho de Gastón Riva, una placa de recordación firmada por la Celeste y Blanca. Diciembre de 2006 era, por eso, un momento muy especial, porque la Celeste y Blanca estaba intentando disputar la hegemonía de la Roja y Negra como representante sindical. Y la placa en el nicho implicaba entonces mucho más que un simple recordatorio.

La administración y puesta en acto de este ritual, debe ser comprendida en el contexto de todas las fuerzas que lo tensionaban: desde el cuestionamiento paterno (“¿por qué hacen tanto barullo con Gastón, que era un simple laburante?”), hasta las desavenencias gremiales, pasando por la necesaria escenificación de los valores ideales condensados en la figura del motoquero. Lo interesante de este caso es que exhibe los modos en que los mismos practicantes colocan a la figura ideal en clave política, lo cual relativiza un enfoque de la política que la piensa exclusivamente como aquella que se da en el marco institucional y/o en el circuito de los políticos profesionales. Los modos de hacer política de los propios motoqueros aparecen aquí en pleno movimiento, es decir, integrados en una misma esfera con la instancia puntual de una celebración, y mezclados con otros sentidos (los comentarios familiares, las disputas gremiales, la condensación de valores), donde todo confluye dinámicamente en el uso estratégico de la denominación motoqueros.²⁴⁸

²⁴⁷ De ahí el vínculo con HIJOS, tanto de parte de los agrupados en la Roja y Negra, de tendencias cercanas a la izquierda combativa, como de esta vertiente, representada por Urbano, dentro de la Celeste y Blanca.

²⁴⁸ En este mismo sentido se orienta el trabajo de Moreira (2008) respecto de los hinchas de un club de fútbol.



“Nadie conocía a Gastón”

En diciembre de 2006 no fueron más de una docena las motos que recorrieron los calientes²⁴⁹ 205 kilómetros que separan el Obelisco de la ciudad de Ramallo, en el norte de la provincia de Buenos Aires. El resto de la comitiva estaba conformada por un auto donde viajaba Mataco, el dirigente del movimiento popular, una mujer y una pareja de músicos; una camioneta que llevaba la bicicleta de un mensajero, instrumentos musicales y los equipos de sonido para el recital que se hizo ese mismo sábado a la noche; y un micro con no más de quince personas en el cual íbamos el resto de la comitiva, formado por los integrantes de una cooperativa gráfica (que habían colaborado con la impresión de afiches y volantes), miembros de dos bandas de música, y simpatizantes y/o amigos. Uno de los mensajeros que concurrió con su moto es Urbano, encarnación perfecta de lo que Jelin caracteriza como un *emprendedor de la memoria* (2002: 48).²⁵⁰ Haciendo uso del capital social del que dispone, Urbano fue uno de los organizadores de la quinta caravana a Ramallo para recordar a Gastón Riva, el mensajero asesinado el 20 de diciembre de 2001.²⁵¹

²⁴⁹ Ese día, 16 de diciembre de 2006, la temperatura fue altísima y la sensación térmica superó los 40°.

²⁵⁰ Jelin sitúa al *emprendedor de la memoria* como un agente social que moviliza sus energías en pos de una empresa, de carácter grupal o colectivo, implicada en mantener y reactivar el recuerdo de un suceso. La importancia que le asigna Jelin al emprendedor es su doble condición, individual y social, en tanto su acción compromete a otros, genera participación y a través de ella se propone el reconocimiento social de alguna versión o interpretación narrativizada del suceso que los convoca. Para ampliar ver Jelin (2002).

²⁵¹ El otro organizador, Mario, fue por su cuenta y llegó después que el resto.



Durante las cuatro horas que duró el viaje de ida,²⁵² los vehículos iban organizadamente uno detrás del otro, a una velocidad media. En todo momento Urbano se mantuvo a la cabeza de la caravana y dirigía las paradas. Nos detuvimos sólo dos veces: una para almorzar, y otra para recargar los tanques de nafta de las motos. Las detenciones, los arranques, la distribución de los bidones, todo lo dirigía él. Nadie se desviaba del camino. ¿Por qué habrían de hacerlo? Se trataba de un espacio y de un tiempo que les pertenecía: no estaban fleteando, ni escapando al control del patrón. En la caravana, en esa ruta, son los propios dueños del espacio y el tiempo.

Una vez que llegamos a Ramallo, la caravana se dirigió directamente al cementerio. En el nicho de Gastón Riva ya había, además de floreros con flores, varias placas: una de su esposa e hijos; otra con el escudo de Boca Juniors; dos más (de años anteriores) de la agrupación Roja y Negra, contraria a la que representaban Urbano, Mario y el resto de los integrantes de la caravana.

Al acto en el cementerio asistieron, además de la comitiva en pleno, amigos, vecinos y familiares del mensajero asesinado en diciembre de 2001. Pocos kilómetros antes de doblar la curva de entrada a la ciudad, apareció Mario, el otro referente gremial, que no participó de la caravana sino hasta ese momento. Mario llegó con un compañero, subido cada uno a su moto, justo para la hora de comienzo del acto. Fue él quien inició la ceremonia tocando el nicho de Gastón Riva y persignándose. Inmediatamente después convocó verbalmente la figura de Gastón Riva confesando que nunca lo llegó a conocer. A

²⁵² Participé sólo del viaje de ida. La noche de ese caluroso sábado de fines de diciembre (que culminó con una fuerte tormenta), la mayoría de los participantes de la caravana pernoctaron en un camping de Ramallo donde realizaron un mini-festival de música. A las 18 horas tuve que regresar a Buenos Aires por compromisos familiares.

continuación, le dio la palabra a Aldo, en su calidad de secretario general de la Celeste y Blanca, la agrupación gremial recientemente creada.

Había visto a Aldo durante el almuerzo en San Pedro. Internamente lo había apodado ‘el cyborg’.²⁵³ Vestido todo de negro, de lentes oscuros, canoso, con mitones de cuero negro, llevaba colgados del cuello dos handies y una petaca con cigarrillos. Hablaba por teléfono a través de un micrófono de los que se colocan en la oreja y quedan justo curvados a la altura de la boca. La moto en la que viajó contrastaba por su aspecto impecable con la de los auténticos fleteros.²⁵⁴ En la parte trasera, flameaba una bandera celeste y blanca con el nombre de la agrupación gremial. Según la versión de Urbano, a Aldo lo había puesto como secretario general de la Celeste y Blanca un jerarca sindical.²⁵⁵ Aldo es a quien Mario agrupó, meses más tarde, dentro del conjunto “unos tipos de traje y corbata”.

Aldo comienza su oratoria después de la de Mario. Apenas empieza a hablar, dice que efectivamente él “tampoco conocía a Gastón Rivas”. “Riva”, se escucha fuerte la voz de Urbano, corrigiendo al impostor. Aldo se disculpa, mira a los familiares y continúa. Dos veces más a lo largo de su discurso, el secretario general de la Celeste y Blanca cometió el mismo error al nombrar el apellido del mensajero asesinado: Rivas en lugar de Riva. Pero Urbano ya no lo corrigió. Sin embargo, fue una suerte estar enfrente de él. Porque la breve e ínfima mueca que hizo con la cara fue mucho más elocuente que cualquier palabra, al menos para quienes estábamos atentos a sus gestos.

Después de Aldo tomaron la palabra Mataco, la madre de Gastón Riva y Urbano, que se reservó el cierre. Luego se cantó el himno nacional; se gritó el nombre de Gastón Riva al que se le respondió “¡Presente!” tres veces y finalmente “¡Ahora!”, “¡Y siempre!”, algunos haciendo la V de la victoria con los dedos.²⁵⁶

Los discursos de todos ellos, aún con variaciones, habían resaltado dos cosas: por un lado, el hecho trágico de la muerte de Gastón Riva, hecho que era reinterpretado como una ‘caída en combate’; por el otro, las desfavorables y/o precarias condiciones laborales de los mensajeros. El sentido épico de la muerte en combate se re-integraba al orden de lo

²⁵³ Se trata del ‘payaso’ al que ya se hizo referencia.

²⁵⁴ Confieso aquí, porque soy conciente de ello, que esta afirmación implica mostrar mi simpatía con los ‘auténticos fleteros’, y mi repudio hacia los falsos. Pretender una distancia ‘objetiva’ con los sujetos con quienes compartí tantas situaciones de modos tan cercanos, sería ofensivo no sólo para las Ciencias Sociales, sino, peor aún, para ellos, que me cedieron tantas porciones de su vida en nombre de mi investigación.

²⁵⁵ Me reservo su nombre. De todos modos, a los efectos de esta tesis, no interesa de quién se trata.

²⁵⁶ Este símbolo es utilizado por las agrupaciones peronistas, para identificar su procedencia ideológica.

laboral cotidiano para enmarcar el ritual de recordación en clave gremial, que era uno de los objetivos buscados por la Celeste y Blanca.



Pero la última palabra, fuera de programa, la tuvo una vecina, que comenzó diciendo que ella sí lo conocía a Gastón porque había sido compañero del colegio de su hijo. Cuando esta vecina empezó a hablar de la infancia de su hijo, la madre de Gastón Riva comenzó a dialogar con ella en voz alta. Ambas recordaban, en un contrapunto de anécdotas mínimas, incluso risueñas, los momentos que sus hijos habían pasado juntos siendo niños. La vida cotidiana se ‘coló’ en la clave política y gremial en la que supuestamente se estaba encuadrando el acto, y jugando a partir de esa especie de acuarelas de la infancia, la vida de Gastón Riva fue transformada en una biografía mínima, lo cual terminó reenviando al personaje recordado a la vereda de los comunes. El Gastón Riva que ingresaba por una puerta, salía por la otra. Esta es la dialéctica del fletero-motoquero.

Fuera de esa vecina y de los familiares, nadie de los que estábamos allí había conocido a Gastón Riva. Y por supuesto ningún mensajero les pudo disputar el recuerdo cotidiano a las dos mujeres. Fue el nicho donde está su cadáver el que se convirtió en espacio de disputa: dos placas de la agrupación Roja y Negra; otra, recién colocada, de la Celeste y Blanca.

Gastón Riva tuvo la desgracia de estar en Avenida de Mayo y Tacuarí, en el centro de Buenos Aires, la tarde del 20 de diciembre de 2001. Su figura alcanzó, a fuerza de emprendimientos de la memoria, una estatura mítica que en vida tal vez no sería capaz de sostener por sí mismo. De hecho la figura de Gastón Riva se inviste de un contenido político a través de la recordación de las jornadas de diciembre, lo cual lo coloca en serie con una ‘pueblada’ evocada como épica. Y en esta serie su significado es inviolable. Pero también, de paso y por añadidura, es erigido en el símbolo del riesgo que significa trabajar en las condiciones de trabajo precarias de los mensajeros en moto. En esta segunda operación, Gastón Riva condensa los reclamos gremiales, y es ahí, en ese desplazamiento, donde se convierte en objeto de disputa. Motoquero por excelencia, la figura se transforma en una especie de ‘comodín’ que sirve tanto para reconfirmar la reputación ganada en las jornadas de diciembre, como para que las agrupaciones de base luchen por la hegemonía denunciando en clave gremial, y en una ocasión pública, las condiciones laborales de todos los demás.

Pero hay una última operación de la que es objeto Gastón Riva, y que trasciende al motoquero para devolverlo a la vida cotidiana: la que hacen la madre, el padre y las vecinas, poniendo en suspenso su cualidad mítica para regresarlo a la condición de ser humano. Así, el niño es fletero, es trabajador, es motoquero, es héroe. Y por otra vía el fletero es motoquero, es peronista, es MotoKero.

Rituales: la comunicación de una imagen (ideal) de sí

Como afirma Da Matta, el ritual colabora en la asignación de sentido a “ciertas cristalizaciones sociales más profundas que la propia sociedad desea ubicar como parte de sus ‘ideales’ eternos” (2002: 41).²⁵⁷ Y no cabe dudas de que la caravana a Ramallo es un ritual, particularmente por el grado de repetición de las prácticas, que se desenvuelven en un espacio y un tiempo extraordinarios, y que ponen en escena los significados comunitarios de los participantes.

Si una de las características de los rituales tiene que ver con dejar en suspenso las coordenadas cotidianas, la caravana a Ramallo lo hace en dos sentidos: por un lado,

²⁵⁷ Cabe aclarar que no pretendo realizar una comparación punto a punto con su trabajo. Hay una dimensión incommensurable que impide la homologación, y es la escala: mientras Da Matta (2000; 2002) focaliza sobre comunidades extendidas (Brasil, Nueva Orleáns), el caso de los mensajeros tiene una escala muchísimo menor.

señalando con el trayecto distancias entre lugares con distintos significados; y por el otro, involucrando en el ritual al conjunto de los mensajeros.

En relación con los lugares, la gran mayoría de los mensajeros son habitantes del conurbano bonaerense, y desde allí realizan diariamente el trayecto que los conduce hacia Buenos Aires, donde trabajan, asumen riesgos y acumulan tensiones. La caravana, por el contrario, les provee la posibilidad de ‘abandonar’ la ciudad momentáneamente y realizar el trayecto inverso: dejar atrás el cotidiano y regresar a los orígenes. La caravana parece implicar, así, volver a señalar públicamente la distancia espacial que separa el conurbano (la infancia, el ocio, la vida), de la ciudad (la adultez, el trabajo, la muerte), una dicotomía que recubre insistentemente sus propias prácticas (recuérdese los intersticios espacio-temporales que construye el fleteo en su cotidianeidad), y que está históricamente marcada, además, por las jornadas de diciembre de 2001. Por eso mismo el ritual focaliza sobre el cuerpo de un mensajero que cayó ‘en combate’, a quien homenajean porque les recuerda quiénes son, quiénes supieron ser un día, y quiénes podrían volver a ser si las circunstancias lo requieren.

El otro elemento de lo cotidiano que se deja en suspenso es la individualidad. Como ya se mencionó, uno de los aspectos valorados de la profesión es el relacionado con la soledad, o más precisamente, con el hecho de realizar viajes solitarios sin tener la obligación de compartir conversaciones o charlas con quien no se desea. La caravana, en tanto ritual, significa no sólo salir de la ciudad y dirigirse hacia el conurbano, sino más aún, emprender un viaje colectivo. Y al asumir un compromiso común, el trayecto se realiza con otros, junto con esos otros se comparten las paradas y se respetan las directivas del que coordina.

Entonces, tanto a través de vectores espaciales que redireccionan los investimentos de los lugares, como de dejar en suspenso la soledad para incorporarse a un viaje colectivo, el ritual reubica el momento de pasaje desde el cotidiano a lo político, desde lo privado a lo público, y desde lo individual a lo colectivo. Lo que se recuerda y celebra en este ritual, es la actuación que tuvieron en diciembre de 2001, cuando la situación los precipita como ‘pibes que fletean’ en el compromiso de ser motoquero. El ritual recuerda y celebra, particularmente, el momento del pasaje en que el fleteo, ese trabajador cotidiano que transita por la ciudad, se convirtió en motoquero, un actor mitificado luego por las narrativas épicas. Como todo ritual, éste tiene el “poder estructurante de la imaginación” (Grimson, Amati y Kodama, 2007: 413-414) y en ese sentido el del Día del Motoquero se re-elabora la figura ideal del motoquero.

No obstante, en los dispositivos ritualísticos de la caravana a Ramallo de diciembre de 2006 se fueron ‘colando’ sentidos profanos a través de ciertos *lugares de apertura* (Da Matta, 2002) que el mismo contexto ofrecía. Esto significa que en el ritual, junto al poder imaginativo de la cristalización, también se ponen en juego las dimensiones ‘reales’ de esos hombres, como se vio en el ejemplo del anecdotario contrapuntístico de las dos mujeres en el cementerio.

Y hay otros lugares de apertura donde, si bien también se dan disputas simbólicas, sus expresiones aparecen de modos más sutiles, y por lo tanto requieren otras distinciones analíticas. Un ejemplo es el de la impostura de Aldo, lo cual obliga a reparar más allá de los atributos visibles (los cuales, en verdad están sobreiluminados) y hacer reingresar en el análisis lo que fue caracterizado, en el capítulo 4, como la estructura profunda del juego estilístico. Todos quienes participamos de la caravana vestíamos más o menos igual. Aún con variantes, nuestra combinación estilística caía dentro del primer anillo de tolerancia respecto de la presentación de sí: rastas, trenzas, tatuajes, piercings, aros, zapatillas, remeras... pero ningún traje, ni siquiera una camisa. Sin embargo, aún dentro de este anillo, hay versiones no aceptadas, aunque éstas sean casi invisibles para los profanos. Es el caso de Aldo, el ‘payaso’ (al que yo bauticé internamente como el ‘cyborg’), el que se equivoca al nombrar el apellido del compañero asesinado. El sobretrazo estilístico de Aldo y su exageración del estereotipo es imperdonable. Tampoco se le perdona la ostentación de una falsa experiencia en el fleteo (“se compró una moto y salió a fletear cuando lo pusieron al frente del gremio”). Aldo es juzgado tanto por exceso, como por impostación y falta de autenticidad.

Pero hay algo más: y es que, a pesar de esta impostura, y a juzgar por sus atributos visibles, Aldo no se exhibe como un ‘tipo de traje y corbata’. Y sin embargo, así fue calificado por Mario meses más tarde, cuando me relataba las idas y venidas de la Celeste y Blanca. Desde el punto de vista de los mensajeros que fueron a Ramallo, es decir, desde el punto de vista de quienes integraban la Celeste y Blanca en ese momento, Aldo no sólo es un impostor: es también el que ocupa, de modos inauténticos, el lugar que ellos pretenden ocupar. Ha sido impuesto por los burócratas y es por eso un ‘tipo de traje y corbata’, a pesar de lucir exagerada aunque correctamente como motoquero.

Otro aspecto que habla de estas disputas en los lugares profanos, refiere a un particular momento en el cual se pone a consideración del resto quiénes son y quiénes pueden o no ser. Si bien en la caravana todos participaban en un aparente pie de igualdad, con la única excepción de Urbano, que comandaba los movimientos, hubo un momento en

el cual la pretensión igualitaria del fletero fue devuelta al mundo real.²⁵⁸ El liderazgo de Urbano y de Mario como emprendedores de la memoria en la organización de la caravana de 2006, se había complementado con el apoyo político de Mataco, el dirigente popular de base. Pero la amistad entre Urbano y Mataco está a su vez teñida de una velada disputa por el poder. Durante la caravana de 2006, los dos se mostraron públicamente hermanados ante una ‘causa justa’ como es el asesinato de un trabajador en manos de la policía. Sin embargo, de modos sutiles, una batalla simbólica por el liderazgo se puso en escena cuando los integrantes de la comitiva paramos a almorzar en San Pedro. Bajo un toldo se habían dispuesto dos largas mesas, una a continuación de la otra. En la cabecera de una se sentó Mataco, rodeado de los integrantes de la cooperativa gráfica. Mataco, un orador nato, seductor y agradable, hegemonizaba claramente la palabra, acompañado de comentarios confirmatorios de una pareja veinteañera que asentía a lo que Mataco decía, o agregaban ‘color’ a sus anécdotas. En la otra punta se ubicaron los integrantes de las bandas musicales y los mensajeros. Yo quedé en el medio.

Urbano, de pie, iba y venía de una punta a la otra, caminaba entre las mesas y la parrilla, monitoreando que todo estuviera en orden.²⁵⁹ El clima era cordial. Con su carisma natural Urbano se paseaba haciendo chistes y contando en voz alta anécdotas breves. Cada tanto dedicaba una alusión que se pretendía graciosa a Mataco, del tipo: “Es la primera vez que veo a un indio con mechón blanco”, lo que provocaba las risas de los presentes. Urbano intercalaba frases de este tenor en la cadencia de los silencios de Mataco, de modo casual, sin intenciones explícitas de disputarle la centralidad, ni tampoco interrumpiéndolo, y mucho menos confrontándolo en el plano de las ideas. Los intercambios se jugaban en un registro simpático y amistoso, mientras los tetra bricks de vino tinto se vaciaban irremediablemente.

Después de varios de estos comentarios, en un momento Mataco decide responder a las alusiones de Urbano, y lo hace en voz bien alta: “Por lo menos yo no soy un burócrata sindical”, en obvia referencia a su reciente elección como delegado gremial de la empresa donde Urbano trabaja. La estocada verbal fue certera. Tras un brevísimo momento, de la comitiva surgieron comentarios e interjecciones que denotaban asombro y emoción por el desafío. Las cabezas se volvieron hacia Urbano; todas las sonrisas congeladas apuntaban hacia él. El silencio cortó el aire por unos segundos. Urbano se echó hacia atrás, sacudió su

²⁵⁸ Da Matta dice que la equiparación devuelve al ofensor al mundo real, y envía a la fantasía la pretensión jerarquizante (2002). En este caso, en sintonía con lo planteado por O’Donnell, esta dirección se invierte.

²⁵⁹ Como se recordará, Mario no participó del asado.

cabellera y su flequillo rolinga, luego se miró el estómago, sonrió.... y no dijo nada. Parecía estar pensando la respuesta pero no: sólo estaba recibiendo el impacto y decidiendo callar. Me recordó a un león que se queda inmóvil cuando el adversario le pone la dentadura en el cuello. Con su actitud aceptó su derrota en la lucha por el liderazgo. No hubo ningún intento de equiparación.

El clima festivo regresó rápidamente. De hecho la ‘partida’ entre Mataco y Urbano duró mucho menos de lo que he tardado en relatarla. No casualmente, a continuación Mataco empezó a hablar acerca del valor de la palabra, y el conductor del micro, que estaba sentado solo frente a una mesa individual (bebiendo peligrosamente su tetra brick de vino tinto), recordó que de San Pedro era oriundo el gran payador Airala. La figura de los payadores, matriz simbólica popular de disputa oral entre dos contrincantes, irrumpe, justamente, luego de la disputa oral entre Mataco y Urbano. La referencia a la payada entre dos hombres enmarca y comenta así, aunque en otro registro (no lingüístico) la batalla por el poder. Luego el conductor del micro dio inicio a una larga y aburrida perorata sobre el tema de los payadores, y las miradas del resto se fueron desviando una por una de la del chofer, que terminó hablando solo. El resto, iniciamos conversaciones parciales sobre diferentes tópicos.

Si bien la construcción gremial específica de la Celeste y Blanca está atravesada por las reglas de la política ‘grande’, la de los sindicalistas,²⁶⁰ aún así no pierde algunos elementos esenciales hechos de pequeñas luchas, sutiles y violentas al mismo tiempo, que hablan más a través de gestos, lugares y tonos que de palabras explícitas.²⁶¹ El almuerzo se transformó, así, en una buena ocasión para discutir quiénes son los motoqueros (y más específicamente los MotoKeros, la agrupación gremial de base peronista cuya hegemonía disputaba la Celeste y Blanca), y quiénes pretenden ser. De todos modos, esa pequeña pero intensa batalla, que exhibe su riqueza si se la desplaza desde la dimensión verbal hacia la de la proxémica y la kinésica, se disolvió cuando, antes de irnos de allí, Mataco y Urbano fueron juntos a pagar los gastos a los dueños de la parrilla.²⁶² Poco más tarde, la batalla por el liderazgo se re-enmarcó definitivamente como alianza, cuando, en el acto en el cementerio de Ramallo, se le entregó la placa de la agrupación Celeste y Blanca a la familia de Gastón Riva. Hablaron los dos. En pie de igualdad. Mataco improvisando un

²⁶⁰ Como ya se mencionó, la Celeste y Blanca difiere en este sentido de la Roja y Negra, orientada por mecanismos más autónomos y radicales de hacer política.

²⁶¹ Agradezco a Andrea Lobos por sus comentarios en este tramo.

²⁶² Un comentario hecho al pasar por Urbano hace suponer que Mataco había conseguido dinero para sostener la caravana.

discurso. Urbano (un gran escritor, dicho sea de paso) leyendo un breve escrito que había elaborado para la ocasión.

Hombres reales y hombres imaginados

Estando ‘adentro’ del ritual, percibí que la caravana a Ramallo era una de las maneras que los mensajeros tienen efectivamente de contarse “un cuento sobre sí mismos” (Geertz, 2000: 368), acaso uno entre diversas versiones, inclusive acaso la versión mejorada de sí mismos, y también de comunicar ese “cuento sobre sí mismos” al resto de los mortales. En ambos casos, el cuento dice lo mismo: quiénes son y quiénes desearían ser. En un sentido, la caravana teatraliza (y en la misma teatralización, inscribe) un modo imaginario de pensarse como sujetos y resulta, por eso, “una pintura de la manera en que, vistos desde un determinado ángulo, los hombres son imaginativamente” (Geertz, 2000: 367). Y simultáneamente, la teatralización habilita la discusión respecto de quiénes son.

El hecho de que en el ritual se consideren motoqueros, no implica necesariamente una adscripción plena con los relatos de los medios. Preciso es repetir que la pintura imaginativa no nace con las narrativas mediáticas, sino que se forja en el encuentro entre sus prácticas laborales y las lógicas de lo noticiable. El propio carácter de su práctica laboral, y su rápida conversión en práctica de combate en las jornadas de diciembre de 2001, proveyó los elementos necesarios para elaborar esta imagen co-construida: una suerte de subalternidad constitutiva en la jerarquía sociolaboral, en paralelo con la alta visibilidad que genera su práctica en la vida urbana.²⁶³ Esto no obsta que la imagen así co-construida requiera ser celebrada, reafirmada y exhibida, y que en estas operaciones no sea objeto de discusión.

Por otro lado, el componente comunicacional del ritual permite comprender por qué, a pesar de tratarse de un grupo reducido, el ritual de recordación impacta en todos. Quienes participan son una suerte de ‘embajadores’ que, en tanto tales, presentan a los mensajeros al resto del mundo, se interpretan a sí mismos en un teatro delimitado en un espacio y un tiempo extraordinarios, con prácticas y ceremonias organizadas por los mismos oficiantes. Estos ‘embajadores’ comunican, a través del dispositivo, una imagen

²⁶³ Una hipótesis similar manejan Avlasevicius, Mutaf y Stiel Nieto: “Ciertamente ser motoboy es motivo de orgullo para muchos, que ganan relativamente bien y pueden vanagloriarse de pertenecer a una profesión viril y peligrosa” (2007: 19). Es necesario hacer la salvedad, sin embargo, de que el estudio paulista no apunta a observar los procesos de circulación, y/o de ingreso a producciones de sentido extendidas, sino que focaliza sobre un análisis socioantropológico del ‘motoboy’, en tanto categoría social que construye relaciones urbanas en las calles.

que es el resultado de la mezcla entre la imagen ideal, anclada en un pasado reciente, que ratifica la reputación obtenida; la imagen surgida de la vida cotidiana, invisibilizada en la rutina diaria, no exenta de las condiciones en que desarrollan su trabajo; y las tensiones a las que se ven sometidas cada una de estas imágenes en la situación concreta del ritual.

Como afirma Peirano (2002), si miramos hacia ‘adentro’ de una comunidad, las identidades no son homogéneas; pero éstas se cristalizan episódica y contextualmente. Y es importante recalcar que son los propios oficiantes del ritual los que producen y sacralizan esa mezcla. Y por eso les pertenece. En este caso, el fletero se cifra, episódica y contextualmente, en el motoquero, una identidad que pareciera estar cristalizada pero que, como se demostró, es objeto de disputa. La identidad a comunicar, en fin, no es aquella del motoquero construida por los medios, sino la del fletero/potencial motoquero.

En este punto, parece entonces más operativo detenerse a observar los aspectos simbólicos elementales de los grupos, aquellos que atraviesan tanto a los rituales como a los eventos críticos (Peirano, 2002).²⁶⁴ Basándose en Tambiah, Peirano desarrolla una propuesta que consiste en correrse de la preocupación por definir y/o delimitar una práctica como ritual (producida desde las teorías antropológicas con diversos grados de ajustes teóricos y metodológicos que Peirano se ocupa de historizar), para observar, en movimiento, los aspectos simbólicos elementales de la práctica. Afirma Peirano, entonces, que tanto los eventos críticos como los rituales, parten de una naturaleza similar, sólo que los segundos tiene un orden que organiza “un sentido de acontecimiento cuyo propósito es colectivo” (2002: 7). Entre lo que tienen en común los rituales y los eventos críticos, y lo que los diferencia, se ubica un espectro de prácticas que, en su conjunto, apuntan a detectar la cosmología del grupo practicante. La propuesta de Tambiah, de la que se hace eco Peirano, es sumamente sugestiva, porque propone superar los debates en torno a la noción restringida de ritual, y ampliar el sentido del concepto para poder utilizarlo como instrumento analítico. Sería entonces la cosmología de los sujetos, y no la sujeción a la forma o al contenido, la que orienta los sistemas rituales (Peirano, 2002).

¿Motoqueros, carajo?

²⁶⁴ Peirano (2002) toma la noción de *eventos críticos* de Tambiah (1985), y sigue los desarrollos teóricos de este autor para proponer una de sus líneas argumentales.

Los mensajeros sostienen, real y/o imaginariamente, varias posiciones de sujeto. Así, el fletero y el motoquero conviven en el marco de una misma orientación simbólica, y se ajustan a las situaciones vividas. Entre una y otra posición de sujeto, media y opera la representación co-construida, como se vio, en diálogo con la figura fraguada mediáticamente en las jornadas de diciembre de 2001.

La caravana a Ramallo permite celebrar y renovar al motoquero. En el contexto ritual, el término motoquero permite dos movimientos simultáneos: uno que los alberga a todos, calificándolos por extensión como sujetos políticos; y otro que, si bien tolera variaciones y matices dentro de un ordenamiento moral nativo, expulsa a los inauténticos. La categoría de motoquero resulta entonces ser tanto una construcción por la cual comunican su identidad, como una vara para juzgar moral y políticamente a los compañeros.

En un sentido, ser motoquero encierra un potencial beligerante y define, por eso, un horizonte posible de agenciamiento: cualquier puede pasar de ser fletero a ser motoquero, basta que se den las condiciones extraordinarias correctas. En tanto término común a los actores involucrados, las contingencias son las que pondrán en juego la potencialidad de la categoría. Este sentido del motoquero se nutre de las narrativas de los medios, que pusieron en circulación las prácticas –extraordinarias– de los fleteros y las conectaron con el imaginario popular en las jornadas –extraordinarias– del 19 y 20 de diciembre de 2001. Hoy, esos valores se hallan inscriptos en su cosmología. La conexión, motorizada por los mecanismos de puesta en circulación de ciertas representaciones mediáticas, colaboró en fraguar la figura del motoquero.

Actualmente, y en sentido inverso, la resultante de esa experiencia de participación regresa como figura cultural con un plus de sentido épico que activa en ellos la celebración de sus señas de identidad. Concretamente, entre los mensajeros, esta figura del motoquero es una suerte de condensación representada en un símbolo público de esta imagen ideal.

Aquellas jornadas fueron nuestro bautismo de fuego frente a la sociedad, nosotros ya veníamos luchando, pero la sociedad nos reconoce a partir de esa fecha (Mario).

Entramos por Defensa a la plaza, la gente venía atrás. Empezamos prendiendo fuego en la esquina de Venezuela y Piedras y a golpear las persianas, los postes, y a tocar bocina para invitar a la gente a que baje. Las motos hacen ruido, hacen bocina, la gente se copaba [entusiasmaba], ¿viste? Era nuevo, el ruido de las motos, las cacerolas, prendías la tele y todo era quilombo, yo qué sé... (Ricky).

Motoqueros es (fue), en principio, una heteronominación, es decir, ‘creada’ por fuera de los sujetos así nombrados, y por otros. Uno de esos otros fueron los medios. No estoy afirmando con esto que los medios ‘crearon’ el nombre de motoqueros (difícilmente sean capaces de imponer, por sí solos, una nominación). Pero lo que sí hacen es capturar un significante, ya cargado por otras operaciones simbólicas desde otras zonas de producción cultural (no necesariamente relacionadas con dispositivos masivos). Sobre este significante, realizan una re-semantización, y la figura regresa a los circuitos masivos de circulación cultural con un plus de sentido.²⁶⁵

En este sentido puede decirse que los medios de comunicación, más que productores, son especialistas en poner en circulación sentidos que condensan, en su articulación discursiva, estructuras de significación extendidas y relativamente estabilizadas. Sólo que, en el proceso, las categorías identificatorias arrastran consigo una carga simbólica producto de las operaciones retóricas y enunciativas propias de las gramáticas de producción mediática. Por ende, la categoría identificatoria es puesta en circulación acompañada de marcos de comprensión particulares, elementos textuales y paratextuales que desbordan o restringen la representación, señales que orientan la decodificación y habilitan lecturas preferenciales (Hall, 1980).

Por otro lado, la frecuencia de la exposición pública del grupo incide en las posibilidades de que esa representación sea objeto, aunque en distintos grados, de una disputa ampliada por el sentido, en la cual participe toda la sociedad. En un trabajo reciente, Ferraudi Curto (2007) analiza (entre otras cosas) el uso situado de la nominación ‘piqueteros’ por parte de sujetos que participan de una organización de desocupados del sur del Gran Buenos Aires, y que, en calidad de tal, han investido esa nominación de sentidos morales, políticos, cotidianos y utilitarios a la vez.²⁶⁶ El propósito de Ferraudi Curto es desentrañar los múltiples sentidos envueltos en el uso nativo del término ‘piqueteros’, desovillando la pluralidad de puntos de vista de los actores, tanto como las situaciones concretas en que esa nominación es utilizada. Justamente, y respecto de esta

²⁶⁵ En los procesos de mediatización intervienen varias lógicas relacionadas tanto con la cultura popular, como con la cultura letrada, la cultura de las elites o la cultura escolástica, y la cultura de masas. Para ampliar ver, entre otros, Martín Barbero (1987). La principal lógica que organiza la puesta en circulación mediática, es la que tiene que ver con una llegada a la mayor cantidad de destinatarios. Orientados por la lógica de la ganancia en los medios comerciales, y por la de la persuasión en los llamados ‘alternativos’, en ambos casos se privilegia la lógica del alcance masivo.

²⁶⁶ En este análisis, Ferraudi Curto toma la frase “Cuando vamos de piqueteros” para revisar críticamente el concepto de identidad, cuando éste es asociado a los atributos derivados de las prácticas de los sujetos. Según su análisis, la frase en cuestión permite comprender a la multiplicidad de sentidos identitarios que se traman en el agenciamiento de múltiples medios de vida. Para ampliar ver Ferraudi Curto (2007).

cuestión, una de las características de estos sujetos que dicen que ‘van de piqueteros’, es que al hacer públicas sus prácticas de protesta (por más rutinarias que sean) en situaciones concretas, donde además el estado está involucrado porque es el que otorga los beneficios sociales, necesariamente ponen la nominación a consideración del resto de la sociedad. Y por lo tanto, ‘piqueteros’ se ubica como objeto de disputa.

Los mensajeros, por su parte, no tienen oportunidad de poner la nominación a prueba con la misma frecuencia. Los reclamos gremiales, parciales y esporádicos, casi no ingresan a las agendas públicas, y menos que menos a las gubernamentales²⁶⁷ (los mensajeros, por ejemplo, no son beneficiarios de planes sociales estatales). De modo que el sentido del término ‘motoqueros’, que fuera reapropiado por los mismos sujetos, se mantiene relativamente ‘incontaminado’. La actuación de los mensajeros en las jornadas de diciembre de 2001, fue enmarcada en clave épica y de ese modo puesta en circulación. Una clave que no sólo, como afirma Saville-Troike (2005), se privilegia sobre los contenidos de la narración, sino que, además, en este caso no tuvo grandes oportunidades de ser modificada, como sí lo fue el término ‘piqueteros’.

Asimismo, la categoría no concluye su ‘viaje’ en la puesta en circulación mediática, sino que, justamente, es ‘arrojada’ desde allí nuevamente a la zona de la vida cotidiana, donde (aunque suene obvio) también se produce y reproduce la cultura. Es por eso necesario atender no sólo a los mecanismos de atribución ideológica de las representaciones, sino también, como afirma Filc (2001), a los modos en que la representación es liberada, en el proceso de circulación, de una porción de la carga impuesta por la industria cultural para su manipulación por parte de los consumidores.

Y, más aún, esto obliga a repensar la categoría de *circularidad*, porque no siempre la circulación de textos, prácticas y representaciones es bidireccional. A diferencia de las épocas históricas para las cuales fue pensada la categoría de circularidad, en la escena contemporánea la cultura popular y la letrada o escolástica comparten la misma superficie y los ejes de distinción ya no se corresponden con las competencias de lectura.²⁶⁸ Como se vio, en el caso de los mensajeros en moto, las

²⁶⁷ McCarthy, Smith y Zald (1999) diferencian las agendas de los públicos, de las de los partidos políticos, y de las de los responsables en el ámbito legal y ejecutivo.

²⁶⁸ El análisis histórico que realiza Ginzburg (1981) le presenta un problema en relación con la cercanía entre las fuentes y los sujetos portadores de la cultura que pretende estudiar. El enfoque de Ginzburg supone que Menocchio no había podido leer otros libros distintos a los leídos por los sectores letrados de la época. Las lecturas diferenciales hablan de diferentes competencias de lectura, y a la vez, de distintos sedimentos culturales. En el caso de Menocchio, este sedimento, legible oblicuamente en los documentos inquisitoriales, se corresponde con una cultura oral de tiempos largos. La cultura popular del siglo XVI de la región del Friuli, argumenta Ginzburg, puede reconstruirse, de modos conjeturales, en esos intersticios.

dimensiones épica y cotidiana se retroalimentan sin pasar necesariamente por la ‘zona letrada’. Y es que en la cultura, que es impura por definición (Said, 1978), se va construyendo en diálogo permanente con diversas expresiones, simbolismos y prácticas de la cultura popular, la letrada, la masiva. Lo que Ginzburg distingue son, justamente, esas procedencias en un momento de la cultura en el cual había menos cantidad de superficies de expresión. Pero de ahí a suponer un origen ‘puro’ en alguna de estas manifestaciones, hay un trecho.

Paralelamente, si consideramos que la figura épica del motoquero no hubiera podido aparecer sin las experiencias cotidianas de la pequeña política, la inversa también es verdad: fraguada de modos contingentes aunque compatibles, hoy la figura del motoquero activa un plus de sentido político, que regresa para renovar su sentido en la vida cotidiana. Porque, como afirma Semán, “la politicidad se constituye singular e históricamente, más allá de las idealizaciones a las que esa historia da lugar” (2006: 163). El motoquero es hoy, en palabras más simples, una versión mejorada de sí mismos. En este sentido, la cultura expresa, construye y mantiene los modos en que los sujetos se posicionan frente al mundo que les ha tocado vivir. Y contribuye, desde la perspectiva de los cambios en las subjetividades, a la construcción y expresión de la agencia de estos sujetos (Ortner, 2005).

A su vez, la articulación concreta entre las prácticas y las representaciones se torna de algún modo irreversible en el sentido en que, una vez estabilizada la representación épica de los mensajeros, resulta difícil de ignorar. La activación que produce el “¡Motoqueros, carajo!” debe mucho al resultado de la compatibilidad contingente que se produjo en diciembre de 2001. Por supuesto que la figura del motoquero, parafraseando a Semán (2006), se ‘declina en la lengua madre’, que no es la de los sujetos que van a encuentros de motos y hacen viajes iniciáticos, sino la de los fleteros.²⁶⁹ Sólo que en esta interfase se construye también politicidad. Orlando decía: “Motoqueros, sería, digamos, el nombre de batalla de uno”, una batalla en la que pueden ingresar en cualquier momento. De hecho, el nombre con el que se denominan a sí mismos es el de fleteros, y sólo utilizan el motoquero en ocasión de una activación que les permite recordar su actuación en las jornadas de diciembre de 2001. Por ejemplo, en una peña organizada para celebrar la consecución del nuevo local de la agrupación Roja y Negra, uno de ellos cantó “El rock

²⁶⁹ Más allá de que algunos mensajeros concurren a los encuentros de motos y participan de los circuitos culturales de los motociclistas. Esto hablaría de otro poliglottismo.

del motoquero”.²⁷⁰ En el estribillo se vuelve a exponer, como en el ya referido relato inédito escrito por Sebastián Gianetti, la corporización fantasmática de Gastón Riva.

Somos caballeros motorizados.
No del Medioevo sino del asfalto.
Chasqui, Ponny Express, Mensajeros.
Casco y handy en mano
Saetas en el viento.

No nos para nadie ni la lluvia ni el trueno.
El trabajo es duro pero poco el sueldo.
Documentos, pizza, valores, remedios.
Kamikazes del asfalto.
Ningún carril es el nuestro.

(Estribillo)

Que manden a la Yuta, manden a la montada.
Que acá en el microcentro los motoqueros mandan.
En Tacuarí está Gastón acelerando y esta vez nadie lo para
Y va a tomar al cielo por asalto.

No fue cosa espontánea ya se venía gestando.
Fueron muchas las luchas y se rebalsó el vaso.
Santiagoñazo (vino derramando), Río Turbio, Cutral-Co,
La Matanza, San Fernando.

Congreso y la Avenida, hasta Plaza de Mayo.
Caballería ligera del pueblo sublevado.
Adelante, que no hay perros ni hidrantes.
Con cuidado vienen los ratis ladrando.

(Estribillo)

Hasta el momento del estribillo, los asistentes a la peña se habían mantenido en una posición de escucha estática. Pero la combinación de la referencia a Gastón Riva con la interpelación a los motoqueros que cantó Avelardo (SIC), provocó que los mensajeros inmediatamente comenzaran a saltar gritando “¡Motoqueros, carajo!” efusivamente. Más adelante, terminado el rock, pusieron música grabada (específicamente, cumbia) y salieron a bailar.

Fleteros y motoqueros

Visto el proceso solamente ‘desde afuera’, entre las representaciones de los mensajeros que produjeron los medios de comunicación en esas jornadas, y la vida

²⁷⁰ El autor del Rock del Motoquero es Avelardo (SIC) Martín. La letra está precedida por un epígrafe que dice: “A la memoria de Gastón y de todos nuestros luchadores”.

cotidiana de estos trabajadores, el sentido común dibujaría una distancia. Una distancia que se transforma en indescifrable si se la caracteriza como muros que se alzan entre dos orillas irreconciliables: la política sería una cosa, y la vida cotidiana otra distinta. Pero que deja de ser distancia cuando se la descifra a través de una mirada analítica que desmonta la del sentido común: las formas de la politicidad se expresan de modos diversos según las distintas situaciones. En esa dirección, si la figura del motoquero está atravesada por el enmarcado que las narrativas mediáticas produjeron sobre ellos en las jornadas de diciembre de 2001, como resultado de este enmarcado la figura se reviste de una densidad épica que excede las prácticas cotidianas de estos sujetos. Aún más: en el trajín laboral cotidiano, ellos son fleteros. Y en determinadas situaciones la figura del motoquero revierte sobre ellos y produce un eco de esas jornadas.

Pero la significación política de la figura del motoquero no está relacionada solamente con el enmarcado épico que produjeron los medios sobre los mensajeros en moto, ni únicamente con la compatibilidad que se dio entre sus prácticas cotidianas y el contexto extraordinario. Hay otro elemento que completa el cuadro: la experiencia y las representaciones del resto de la ciudadanía sobre las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. En ese sentido, cuando Gorbán y Wilkis (2006) analizan las disposiciones morales que se traman alrededor de la interacción de dos recientes actores urbanos del AMBA (los cartoneros y los vendedores de la revista *Hecho en Buenos Aires*) con vecinos y compradores respectivamente, se pierde de vista que los marcos valorativos de unos y de otros están pre-informados con las representaciones sociales que se construyeron a partir de las jornadas de diciembre de 2001. De hecho, un entrevistado observa que el trato que reciben (evaluado, por ejemplo, a través de la suma de dinero que les dan a los vendedores de la revista), difiere respecto del mismo trato que le dan a un vendedor de encendedores. Asimismo, los compradores de la revista señalan la existencia de un reconocimiento al esfuerzo de los vendedores de la revista de “salir para adelante” (citado en Gorbán y Wilkis, 2006: 12). Este análisis, inteligentemente trabajado a partir de las herramientas del interaccionismo simbólico, permite ver las ‘estrategias dramáticas’ de estos actores en posiciones desfavorables. Sin embargo, lo que considero que deja a oscuras es que estas estrategias dramáticas, así como la posibilidad de su codificación ‘en positivo’ por parte de sus interlocutores, están enmarcadas por elementos del imaginario fraguados en situaciones históricas y políticas concretas. Y que gran parte de los discursos que informan estas representaciones han circulado (y aún circulan) por los grandes medios de comunicación nacionales. De otro modo, la explicación de que resulta más valorable un

vendedor de una revista que uno de encendedores solamente a partir de las acciones intencionales de los sujetos, deja afuera del análisis las correspondencias de estas acciones con tramas culturales y políticas que atraviesan a la sociedad en su conjunto y circulan por ella.

De modo que la figura del motoquero es una imagen que tiene también en la ciudadanía resonancias políticas. Y por eso es utilizada por los mensajeros situacionalmente con intenciones, o bien de recuerdo y celebración, como en el caso del homenaje a Gastón Riva, o bien de mera expresión afirmativa. La utilización del motoquero es por eso tanto una expresión de parte de la identidad imaginada, como de una celebración de ella. Cuando se auto-nominan motoqueros (o responden a esa interpelación, como en el caso de la peña), están emitiendo una señal hacia el resto de la sociedad acerca de su auto-consideración como sujetos políticos. Y en ocasiones ritualísticas, estos sujetos sacralizan la figura así co-construida. Por eso, las diversas dimensiones de la politicidad²⁷¹ se condensan en una figura, la del motoquero, que activa actualmente la autocelebración de su identidad. Y esto tanto respecto de la colocación en serie con la epicidad de diciembre de 2001, como de los reclamos gremiales. Es ahí donde, justamente, y además de condensar una identidad laboral común, la figura del motoquero es también objeto de disputa. De hecho la figura del motoquero también está presente en agrupaciones gremiales de base, como la denominada Motokeros Peronistas, creada a posteriori de las jornadas de diciembre. La otra agrupación gremial, el SIMECA (SIndicato de MEnsajeros y CAdetes), se creó antes de esa fecha, cuando el motoquero todavía no había sido adscripto simbólicamente a las jornadas de diciembre.



²⁷¹ Sin ignorar, ni desoír, los análisis que preceden a esta tesis, con *politicidad* propongo agrupar a las condiciones que, alojadas en la vida cotidiana de los sujetos, orientan sus disposiciones subjetivas hacia determinadas posiciones respecto del poder, la autoridad y la jerarquía. En el marco cotidiano de estas orientaciones, que dependen de las inscripciones específicas de las prácticas, habitan sujetos concretos antes que universales.



Por otra parte, en esta batalla particular, la que tiene por objeto de disputa la hegemonía gremial, los elementos cotidianos que se han reconstruido en el capítulo 3, y que se agruparon como politicidad, no aparecen implicados en las prácticas concretas. Más allá del mantenimiento de los rasgos ornamentales y de los atributos morales del fleteo, la disputa se juega en los marcos prácticos de la lógica de las dinámicas gremiales, y dentro de las reglas de este particular juego institucional. En este encuadre, los elementos de la politicidad quedan en suspenso, toda vez que los bienes en disputa participan de reglas de juego heterónomas, tales como la cantidad de afiliados; la adscripción sindical a asociaciones reconocidas o no por el Ministerio de Trabajo (CGT o CTA); la filiación de la agrupación de base por pertenencia laboral o por empresa, entre otras.²⁷² En este capítulo se mencionó, por ejemplo, que Mario y Urbano participaban codo a codo en la agrupación Celeste y Blanca, con la política interna de lograr representación gremial por empresa; mientras que la agrupación Roja y Negra plantea la representación por figura laboral. Además, el gremio de base que organizó la caravana a Ramallo en 2006 está vinculado a

²⁷² Por poner sólo un ejemplo, para adquirir representación gremial en términos de adscripción laboral, debería haber una figura legal que contemple al mensajero como tal, en su especificidad (actualmente la figura está tensionada entre la del cartero y la del cadete de a pie). La posibilidad de lograr este encuadre normativo es rechazada por los dueños de mensajerías, que ven amenazadas sus ganancias por la obligatoriedad que supondría asegurar a sus empleados como tales en una ART (Aseguradora de Riesgos del Trabajo). Los costos de un seguro para un empleo de este tipo conllevan altos cálculos de riesgo, lo cual elevan considerablemente los valores y ponen a los empresarios (la mayoría de los cuales no cuenta con un gran capital económico) en una disyuntiva relacionada con la lógica de la ganancia.

una de las dos grandes asociaciones sindicales, la que tiene reconocimiento legal; mientras que la Roja y Negra está asociada a la que aún no lo tiene. Si bien entre los mensajeros que militan en estas agrupaciones se distinguen discursos encontrados respecto tanto de cuestiones ideológicas como de funcionamiento interno y de política de crecimiento, quienes carecen de militancia presentan una ‘amable’ distancia con ambas.

Asimismo, e incluso en el contexto mismo de la acción gremial acotada a la propia agrupación y a la militancia, las relaciones distan de ser serenas: a pesar de que ambos son representantes gremiales, elegidos democráticamente, de empresa similares, actualmente Mario y Urbano están distanciados por cuestiones relativas a diferentes actuaciones gremiales.²⁷³

Esto permite sugerir que cuando el contexto implica una disputa por los recursos, como es el caso de las dinámicas de agremiación, las prácticas adoptarán la forma de *acción política*, si entendemos, con Swartz, Turnen y Tuden (1966) que ésta se define por ser: a) un proceso público antes que privado; b) proceso que involucra metas y objetivos concretos y c) que compromete la utilización del poder en forma diferencial. Independientemente de cuáles sean los elementos de la politicidad comprometidos en el ejercicio de las prácticas cotidianas, la acción política se subsume a un tipo de agencia que se despliega en la disputa por los recursos, y que se disuelve en los avatares de la misma dinámica gremial. Desde esta perspectiva, objetivista, que define a la *agencia* en relación con las dimensiones de participación y de acceso (Grossberg, 2003), no parece haber un vínculo íntimo entre la politicidad y las acciones destinadas a la obtención de recursos.

En este sentido, aunque, como se demostró, la cultura organiza los modos en que los mensajeros experimentan, y recrean discursivamente, el poder, la autoridad y la jerarquía; que estos elementos están siempre presentes, en todas las situaciones; y que la politicidad adoptará formas concretas según la especificidad de cada contexto, en ocasiones de disputar el acceso a los recursos, los mensajeros están implicados en una acción política cuyos gestos se destinan concretamente a pelear por la utilización del poder en forma diferencial, y la consecuente redistribución de los recursos del estado. En todo caso, lo que sesgará la manera concreta de las acciones políticas destinadas a la adquisición de mejoras en su vida será una suerte de ‘cultura política’ de los implicados. Por ‘cultura política’ pretendo referirme aquí a una dimensión simbólica ligada con experiencias anteriores y/o discursos que enlazan las tramas biográficas con las prácticas de disputa por

²⁷³ De hecho, ambos me invitaron a charlar para contarme, cada uno por su lado, su propia versión detallada del distanciamiento. Uno habló de traiciones; el otro de inacción.

los recursos en un presente coyuntural.²⁷⁴ La reconstrucción de las prácticas relacionadas con las acciones públicas de los mensajeros muestra que la cultura política experimentada incide en los modos en que los sujetos conforman sus acciones políticas efectivas: pertenecer a la Celeste y Blanca o a la Roja y Negra se traduce en distintas maneras de entender a las estrategias de acumulación de poder y de capital político, y por ende distintas maneras de actuar en consecuencia. Pero más allá (o más acá) de estas diferencias, los tres elementos del fleteo las ignoran.

Donde sí están presentes estos tres elementos es en la práctica laboral cotidiana, independientemente de la filiación ideológica-partidaria de los practicantes, de su cultura política, e incluso de sus biografías de militancia.

Una historia en proceso

Dice Jelin que “en ese presente donde el pasado es el espacio de la experiencia y el futuro es el horizonte de expectativas, es donde se produce la acción humana” (Jelin, 2002: 13). Afirma también, y coincido, que ésta es la zona donde trabaja la cultura: en la intersección entre la experiencia concreta, las re-elaboraciones cotidianas de esa experiencia, y las narrativas sobre esas experiencias que circulan socialmente.

Durante las jornadas de diciembre de 2001, dos mensajeros ganaron fama (desgraciada fama): Gastón Riva y Martín Galli, aunque en grados distintos; unos doscientos obtuvieron prestigio: los doscientos que efectivamente ‘estaban ahí’; el resto, adquirió reputación, válida para ser juzgados con los valores de la comunidad ampliada.

Esto significa la caravana a Ramallo: un puente entre los que obtuvieron fama, los que adquirieron prestigio, y los que gozan de reputación. El ritual, por su carácter público, no recae sólo sobre los oficiantes, sino que habilita al resto a participar del simbolismo que se recrea allí, permite socializar la fama y el prestigio. Y, como se vio, esto no se realiza en armonía: el ritual también ofrece lugares de apertura donde se dirimen cuestiones ligadas a la identidad política, gremial e incluso moral.

Por eso mismo es necesario resaltar un último detalle: y es que mientras que los motoqueros fueron quienes adquirieron fama, prestigio y reputación, los fleteros aún están

²⁷⁴ Ensayo esta definición para señalar una distinción respecto de lo que Isla denomina *cultura política* (Isla, 2006). En mi opinión, adjetivar de ‘política’ a la categoría de ‘cultura’, la coloca, analíticamente, como algo que sería exterior a la práctica, a pesar de su encuadre histórico y contextualizado. No es mi intención discutir, ni aquí ni en ningún otro lugar, definiciones, taxonomías o tipologías de política, politicidad, cultura política. Simplemente lo señalo para producir un registro analítico sobre mis propias argumentaciones.

bregando por su reconocimiento. La ganancia simbólica recayó sobre los motoqueros. La historia de los fleteros, parece, habrá que seguir contándola.



La placa que pisan los transeúntes

Tu ruido en el aire
Otro día gris
Amaneció esta mañana
Las nubes se anudaron
Tan blancas como la luz
Tan negras como
El descanso eterno
De tus pisadas.
Aún sigo sin despertarme
De esta pesadilla
Que el tiempo reconstruye
Pero los miembros
Que me componen
Día a día se desarmen
Se desgajan
Se atormentan
Cómplices de tu ausencia
El efímero calor
De tu sonrisa
Me visita en sueños
En imágenes pasadas...

Sólo el invisible
Ruido de tu presencia
Quedó en el aire sin pausa
Sin distancias
Instalado para siempre
Dentro de nuestra casa
Afianzado como nunca
Despedido sin consultas
De la vida
Que sin prisa disfrutabas
Sorprendido sin defensas
En la trampa mortal
De tu peor enemigo
Y en el callejón
Sin salida de la muerte
De tu caminar firme y libertario
El feroz dictador
Se acomoda culpable
En su cárcel
Enferma y homicida
El fuego del infierno
Le abre paso.

Mari.



Conclusiones

¿Qué hacemos aquí? (...) ¿Puede decirse que también nosotros mantenemos el país en marcha, o que somos seres insignificantes de los suburbios de la vida?

Henning Mankell, *Zapatos italianos*.

En esta tesis me interesó contar un proceso: el de unos jóvenes trabajadores que en diciembre de 2001, en el marco de un espacio y tiempo laborales, salieron a la calle, a protestar, a sumarse a las acciones de rebelión cívico-popular, a poner en juego unas prácticas que realizan todos los días. De modos notables, el jueves 20 puntuaron la secuencia de los hechos a partir de sucesos percibidos con conmoción: la carga contra las Madres de Plaza de Mayo y la muerte de Gastón Riva. En esa puntuación, la práctica cotidiana de fletear se deslizó rápidamente hacia una práctica política, de similares características básicas, pero orientada a la acción beligerante: recogieron heridos, transmitieron información, desplegaron ondeantes banderas argentinas, intentaron una y otra vez ingresar a la Plaza de Mayo. En ese proceso, algunas características de sus acciones fueron tomadas por los medios informativos, y así contribuyeron parcialmente a conformar las narrativas massmediáticas referidas a las jornadas de diciembre. Los mensajeros fueron particularmente enmarcados en una clave de lectura épica, que guió la recepción de las audiencias y de los lectorados. En este entorno se rehace una figura del motoquero, asociada a la profesión urbana de unos sujetos que portarían un potencial de beligerancia cívica. Y a su vez, en el marco de esta figura, ideal y real a la vez, los mensajeros construyen y reconstruyen diariamente su imagen de sí, sus prácticas de agremiación, el sostenimiento de su reputación, las narrativas que historizan su actuación.

El caso presentado en esta tesis trata de un proceso de circulación. Un proceso en el cual, en un contexto extraordinario, las prácticas cotidianas de unos sujetos se transforman a su vez en prácticas extraordinarias; estas prácticas son capturadas por los medios de comunicación; para este momento de producción los medios apelan a cadenas significantes ya conocidas provenientes de varias series culturales; estereotipadas y rotuladas como épicas, las imágenes de los mensajeros son puestas a circular por la comunidad ampliada; la cristalización alcanza su punto máximo en la nominación de motoqueros; y este ‘nombre de guerra’ regresa luego para ser usado estratégicamente en situaciones particulares,

celebratorias, recordatorias y/o de dinámica gremial. Las representaciones de los mensajeros de diciembre de 2001, co-construidas por sujetos y dispositivos simbólicos, se incorporan a la identidad de los primeros con un plus de sentido.

Pocos trabajos se han dedicado a analizar de modos concretos el proceso de circulación. Abundan investigaciones acerca del momento de producción;²⁷⁵ asimismo, aunque en menor cantidad (al menos para el caso local), también se conocen investigaciones que trabajan puntualmente sobre el momento de recepción. En ambos casos el momento de circulación se da por sentado: en los estudios sobre producción, entendiendo que las gramáticas de reconocimiento están implícitas en las gramáticas de producción (Verón, 1987); y en los estudios sobre recepción, trabajando a partir de un texto que ya fue puesto en circulación, lo cual coloca al medio (y a sus textos) como eje central del análisis, desconsiderando la realidad sociohistórica del sujeto, así como la multipolaridad y multiplicidad de los procesos de significación (De la Peza, 2001).²⁷⁶

La preocupación de esta investigación en particular estuvo centrada en los procesos de circulación en los cuales los sujetos son involucrados, entendiendo que los medios son sólo uno de los múltiples espacios de elaboración de significaciones.

Cierto es que, especialmente en los últimos años, también algunos análisis han dado cuenta de los desplazamientos de sentido producidos por sujetos que reciben nominaciones a partir de un sentido común que los medios ayudan a estabilizar.²⁷⁷ En estos

²⁷⁵ La mayoría son, o bien análisis semióticos, o bien análisis histórico-culturales, que hacen foco en la dimensión textual. Algunos, los menos, también han trabajado desde las rutinas periodísticas o, de modos más amplios, desde las prácticas de los sujetos que construyen la información mediática a partir de abordajes etnográficos.

²⁷⁶ Las reflexiones en torno a los estudios de recepción han sido, y son, prolíficas. En Latinoamérica, acaso una de las más destacables es la de Orozco Gómez (1996; 2001) quien, a partir de la noción de mediación propuesta por Martín Barbero (1987), desarrolla una suerte de tipología de las mediaciones que ocurrirían en el proceso de recepción. Y aunque, de algún modo, esto supone concebir a la recepción como un proceso, en el cual la producción de sentido antecede y prosigue al ‘momento’ puntual de recepción, la teoría de las múltiples mediaciones en su operacionalización, como señala Saintout “se asemeja más a la idea tradicional de variable sociológica” (1998: 161), con lo cual vuelven a perderse de vista las múltiples determinaciones de espacios, tiempos e identidades en que los sujetos re-elaboran los sentidos propuestos por los medios de comunicación.

²⁷⁷ Esto fue particularmente relevante en el caso de los piqueteros, un término originalmente acuñado por la prensa para designar a quienes realizaron los primeros cortes de ruta en 1995 en las provincias de Salta y Río Negro, en ocasión del desmantelamiento de ciudades construidas alrededor de empresas petroleras que recibían los efectos de la privatización. Los participantes de estas protestas se autodenominaron *fogoneros* primero y más tarde “trabajadores desocupados”. Después de la estabilización del sentido común algunos se permitieron llamarse piqueteros. Según Pereyra y Svampa (2003), el término piqueteros se fue estabilizando también en la medida en que las organizaciones de desocupados del AMBA comenzaron a cortar las rutas de acceso a la Ciudad de Buenos Aires. Pero, a la vez, la cercanía de los hechos con la ciudad capital de la Argentina fue orientando, como bien señala Settani (2005) para el caso de *La Nación*, la definición que los medios proponen de los piqueteros: a medida que los cortes se replicaban en las fronteras de la capital, los piqueteros recibían valoraciones cada vez más alejadas de una ciudadanía plena.

estudios, se da por supuesto que las diferentes nominaciones, y sus clasificaciones valorativas, se registran en primer lugar en las superficies informativas de los medios y son luego apropiadas, y resignificadas, por los sujetos que son, en principio, su referente. Y si bien se toma en cuenta la dinámica cultural en la cual estas nominaciones ingresan, la especificidad de los procesos concretos de circulación sigue sin haber recibido la atención que merece.

Una de las dificultades que surgen al indagar sobre los procesos de circulación proviene de la imposibilidad de ‘aislar’ a los sujetos y/o a las representaciones en un espacio y tiempo recortables: jóvenes marginales, piqueteros, migrantes, por nombrar sólo algunos ejemplos posibles, son rótulos que abarcan un amplio arco de sujetos, con múltiples filiaciones, además de que, en cada caso, las identificaciones están atravesadas por coordenadas situacionales concretas, lo que termina ‘desagregando’, y relativizando, el rótulo abarcador.²⁷⁸ El caso que vertebra esta tesis posee, en cierta medida, una ventaja respecto de los mencionados: aún cuando no se trate de una grupalidad con recortes nítidos, la figura del motoquero recae sobre unos sujetos relativamente identificables, rastreables y accesibles, quienes, además, actuaron públicamente en una situación concreta, datada, y fueron reconocidos socialmente por esa actuación.

En ese marco entonces, la investigación que dio origen a esta tesis, me permitió arribar a unas conclusiones que pretendo presentar a continuación. A los efectos de una mejor comprensión, organicé estas conclusiones en tres argumentaciones sobre las que pude reflexionar durante la investigación:

- el proceso de circulación;
- las formas de la politicidad;
- la metodología de análisis cultural.

El proceso de circulación

Uno de los aportes más relevantes de la *sociología de la actualidad* que propone Mauger (2007), es la importancia que este autor le confiere al proceso de calificación/codificación de las prácticas populares, proceso que tiene lugar en una dimensión donde se ponen en juego conceptos y estructuras de significación al mismo

²⁷⁸ No puedo dejar de asociar este párrafo con las preocupaciones de la micro-historia respecto de estas cuestiones.

tiempo extendidas y en disputa. Sobre su análisis de los disturbios en los suburbios parisinos de 2005, dice Mauger:

En cierta medida, el sentido que se confiere a la revuelta y las intenciones que se atribuye a sus participantes dependen del resultado de las luchas simbólicas que se dan entre los diferentes emprendimientos de descalificación y de habilitación política, así como de las repercusiones desiguales que éstas pueden llegar a tener. Si se considera cada una de estas tomas de posición y las representaciones que les están asociadas como ofertas políticas, dirigidas no sólo a los jóvenes de los barrios populares sino también al ‘pueblo’ entero, el resultado –siempre más o menos reversible- de estas luchas simbólicas (y políticas) depende, en definitiva, de la recepción que encuentren dichas ofertas en el ‘pueblo’ en general y en los jóvenes de los barrios populares en particular (2007: 107).

La longitud de la cita transcripta obedece a que me interesa recalcar aquí dos cosas: por un lado, que en las sociedades mediatizadas los medios de comunicación cumplen el papel, nada menor, de poner a consideración de la sociedad, para disputar el sentido, algunas prácticas de sujetos específicos que poseen atributos calificables como ‘políticos’; y por el otro, que en esta sociología de la actualidad, al analista se le exige una conciencia exasperada porque junto con su rol de analista, es también parte integrante de la misma sociedad donde se dirimen y resuelven los conflictos que analiza. Calificar, como analista, unas prácticas como ‘políticas’, ‘pre-políticas’, o incluso, ‘pre-revolucionarias’, implica olvidar que el mismo analista participa de las redes de circulación a través de las cuales se ponen en disputa las clasificaciones de esas mismas prácticas (Mauger, 2007). Teniendo en cuenta esa distancia, y en términos del proceso mismo de circulación, en la investigación que dio origen a esta tesis se le atribuyó la correspondiente importancia a una de las superficies (acaso la de mayor masividad y ‘agilidad’ cultural) donde se puso a consideración pública la calidad y el carácter de las prácticas de los mensajeros en moto: los medios informativos.

Ahora bien, el caso presentado aquí difiere respecto del analizado por Mauger, porque, por un lado, los mensajeros no fueron protagonistas únicos ni principales de las jornadas de diciembre, como de algún modo sí lo fueron los jóvenes de Mauger; y por el otro, porque si bien la mayoría de las voces intelectuales que Mauger releva en su estudio aparecieron en los medios de comunicación, su análisis se centra puntualmente en el debate que se dio entre intelectuales, respecto del alcance de las acciones de esos jóvenes como políticas o no. El caso sobre el que trabajé en mi investigación da cuenta de las narrativas mediáticas locales, lo que no implica necesariamente la conformación de una palestra de voces intelectuales. Y aunque así lo fuera, la superficie de los medios no puede

homologarse a un ámbito ‘transparente’ donde, al modo habermasiano,²⁷⁹ múltiples voces dirimen democráticamente un conflicto. Si bien el espacio público no puede reducirse a los medios, estos co-participan de su construcción (Caletti, 2006), en esta construcción la calidad discursiva de los medios posee la particularidad de que no sólo ponen en circulación tópicos y narrativas, sino que lo hacen a través de unos mecanismos retóricos peculiares que apuntan a la *estructura de sentimiento* (Williams, 2000) de sus respectivos destinatarios-modelo. En este sentido, los mecanismos retóricos encaminan las producciones informativas hacia un encuadre acorde con la representación específica que los medios poseen de sus públicos (Chartier, 1999) en un momento determinado. Por eso las prácticas de los mensajeros fueron reubicadas, en el contexto concreto de diciembre de 2001, en clave épica, porque conectaba con aquello que los medios concebían como relevante para sus públicos. La clave de lectura implica un modo metalingüístico de enmarcar y direccionar la decodificación. Desde esta clave los mensajeros sintonizaron con una situación extraordinaria, con un tiempo por fuera de lo cotidiano donde la población se veía comprometida porque involucraba los destinos de la nación.

Pasado el ciclo de protesta (Svampa, 2004; 2005),²⁸⁰ las “condiciones de recepción política” (Mauger, 2007: 110) se modifican: las agendas de los medios de comunicación nacionales comienzan a privilegiar la cobertura de marchas convocadas por *comunidades del dolor* (Reguillo, 2003) relegando las manifestaciones ‘piqueteras’ a secciones secundarias (cuando no a una suerte de ‘parte diario’ de corte de rutas destinado al transeúnte).²⁸¹ Ni ‘perversión’ ni ‘ingenuidad’: su lógica comercial, que busca alcanzar a públicos (y consumidores-compradores) masivos, queda ‘atrapada’ en las representaciones que construyen de sus propios lectorados y audiencias (Marino y Rodríguez, 2007).

A su vez, no todos los elementos implicados en la propia identidad de los sujetos representados ingresan a la circulación social extendida propuesta por los medios, sino

²⁷⁹ Cfr. Habermas (1990).

²⁸⁰ Svampa (2004) señala que, luego de las jornadas de diciembre de 2001, se abre en la Argentina un ciclo de protesta ubicable entre principios de 2002 y mediados de 2004. Svampa describe al año 2002 como ‘extraordinario’ y habla de un año ‘pico’ en términos de la diversidad de acciones colectivas que adquirieron visibilidad: asambleas barriales, protestas piqueteras, cooperativas de trabajadores que recuperaban empresas o fábricas, etc. Siempre siguiendo a Svampa, este ciclo de protesta termina en febrero de 2004, cuando, “luego de la ocupación de Castells en el Ministerio de Trabajo, el gobierno cerró una etapa” (2004: 6). Y si bien Svampa privilegia, para periodizar el ciclo de protesta, el punto de vista de las acciones del gobierno sobre las de los propios grupos piqueteros, lo cierto es que la protesta encabezada por el Movimiento Independiente de Jubilados y Desocupados (MIDJ), provocó reacciones negativas por parte de la opinión pública.

²⁸¹ De algún modo, se torna evidente que el modo particular de organizar las ideas que se prefieren activamente en un momento dado, que implica una jerarquización (Alsina, 1993) por parte de las empresas periodísticas, participa activamente en el proceso de circulación. Pero esta cuestión ameritaría una tesis aparte.

sólo aquellos mejor equipados para su reconocimiento y validación/desconfirmación por parte del resto de la sociedad. Es que en la captura mediática tampoco hay transparencia. Aún de modos contradictorios, en esa puesta en circulación se definen (y al definir se hacen visibles) los límites de prácticas aceptadas y prácticas no válidas produciendo, por obra de la misma dinámica, cierta *inflación cultural* (Featherstone, 2000). Entonces, si, como se sugirió en el capítulo 4, la comunicación de un estilo por parte de los mensajeros es un proceso opaco (aunque esto no implique ni hipocresía ni falsedad), los tropos con los que trabajan las narrativas mediáticas, también están lejos de ser transparentes, lineales y unívocos. Y esto señala que entre prácticas y representaciones hay un ‘resto’ (inenarrable) donde también se procesan los sentidos.

En las jornadas de diciembre de 2001 los medios, que comparten y colaboran en construir la concepción hegemónica, capturaron y privilegiaron, en su puesta en escena, la dimensión ornamental del estilo de los mensajeros, y sobre esa dimensión sobretrazaron la epicidad de sus acciones. Así, como se profundizó en el capítulo 5, en su necesidad de ‘balizar’ las lecturas de los receptores dirigiendo la decodificación hacia ‘domicilios’ de significados conocidos (Hall, 1980), los medios produjeron dos operaciones que, aunque de signo opuesto, se revelaron igualmente cruciales en la dinámica de captura de las prácticas populares: aplanamiento y exotización. Por puras razones de economía discursiva, en la ‘traducción’ mediática las diferencias se aplanaron y allí, en el mismo aplanamiento, se enfatizó la distinción. Como afirmáramos en otro lugar:

[los medios] por un lado, aplanan las diferencias reduciendo la *cultura del aguante* (Alabarces, 2004; 2005; Alabarces et al, 2000) a una serie de rasgos que ubicarían a los términos de ese repertorio como portadores del mismo significado entre los practicantes, ya sea que estén llevando a cabo prácticas de violencia en el fútbol, asistiendo a un recital de rock o transitando con sus motos en una manifestación política. Por el otro lado, y paralelamente, los medios producen identificadores (...) que, en tanto elementos de distinción, señalan recortes culturales identificables rápidamente como ‘sub-culturas’. Aplanamiento y distinción son, así, dos caras de la misma moneda” (Garriga Zucal y Rodríguez, 2007: 6).

A pesar de estas operaciones, o como resultado de ellas, los medios contribuyen a poner en circulación a sujetos y/o grupos que perciben, entonces, que poseen un reconocimiento social. De ese modo, colaboran en la adquisición de reputación de los sujetos involucrados. Y aunque necesaria para pertenecer a la misma *comunidad moral*, la reputación conlleva más que una mera visibilidad, porque trae aparejada la obtención del

derecho a ser juzgado con los mismos estándares morales que el resto de la sociedad (Bailey, 1971). Desde el punto de vista de los sujetos, al igual que los jóvenes franceses, los mensajeros en moto se vieron atenazados por estas clasificaciones y reclasificaciones de sus prácticas como políticas o no. La disputa, en el caso de los jóvenes populares franceses, se dio en términos de una catalogación de sus prácticas en los extremos de un arco: o bien fueron románticamente evaluadas como ‘revolucionarias’, o bien reducidas a prepolíticas.²⁸² Como señalan provocativamente Vommaro y Wilkis:

el nivel de politicidad no es un atributo ni de los protagonistas ni de las acciones, sino que es fruto de las condiciones sociales de recepción de unos acontecimientos que no terminaron de ser encasillados bajo los términos de una politicidad vinculada a alguna concepción de la liberación o el cambio social pero tampoco fueron reducidos sólo a actos delictivos o insignificantes (2007: 15).

En las jornadas de diciembre de 2001, por su parte, los mensajeros fueron calificados épicamente, ‘romantizados’ como héroes cívicos, y así, por esa vía, habilitados políticamente. Aún más: el caso investigado puede ser evaluado como un caso excepcional de calificación ‘positiva’, frente a la gran mayoría de representaciones mediáticas de los sectores populares que suelen acarrear adjetivaciones que negativizan su accionar.²⁸³

Llegados a este punto, es interesante resaltar que el derecho a ser juzgado por la comunidad, lo cual implica someterse a las reglas de enjuiciamiento de esa comunidad, se sostiene en un juego de reflexividad compartido que no involucra solamente al grupo en sí, sino también a la comunidad de la que se forma parte. “Mirándose”, afirma Landowski, “la comunidad social se presenta a sí misma como espectáculo y, al hacerlo, se proporciona a sí misma las reglas necesarias para su propio juego” (Landowski, 1993: 14).

Ahora bien, el sentido relacional del concepto de reflexividad propuesto por Landowski para la comprensión de lo público, indica que, al igual que en el caso de los

²⁸² Para ampliar ver Mauger (2007).

²⁸³ Es necesario advertir, para no caer en reduccionismos, que la habilitación política recibida por los mensajeros convive actualmente con representaciones vinculadas al tránsito urbano. No pasa mucho tiempo hasta que los mensajeros son incluidos, en algunas crónicas periodísticas, en un conjunto más vasto relacionado con la convivencia en la cuadrícula urbana. Por ejemplo, a propósito de las elecciones de 2007 en la Ciudad de Buenos Aires, una nota editorial aparecida en *Página 12*, señala que el triunfo de Macri está asociado, justamente, a lo que Feinmann, el editorialista, denomina “el factor París”, una suerte de paranoia de las clases medias porteñas frente a lo que surge de la periferia. En tono paródico, Feinmann escribe que una de las razones del voto de esas clases medias, estuvo en la amenaza que representarían “los cartoneros, los motoqueros (...) los pibes de los deliverys que andan en esas bicicletas que se meten zigzagueando entre los coches”. Y, en el mismo registro paródico, pone en boca de un supuesto taxista-votante-de-Macri, que “hay que limpiar la ciudad (...) echar o matar a todos los motoqueros, los cartoneros, a todos esos musulmanes terroristas que –apenas nos descuidemos– incendian Buenos Aires.” (Fuente: Feinmann, José Pablo: “La construcción de la derrota”, en *Página 12*, 25 de junio de 2007, pp. 15).

jóvenes populares de Francia, los mensajeros adoptaron una nominación heterónoma. Cuando, como señala Mauger, quienes clasifican y disputan el sentido de la clasificación, son sectores que no poseen acceso a la palabra, los sujetos son “invitados a adoptar el punto de vista de terceros” (Mauger, 2007: 108), y a definirse subjetivamente en relación con ese punto de vista. Esto no quiere decir que una vez estabilizado el punto de vista de esos terceros, los sujetos no se re-definan desde el propio, sintetizando, en su construcción identitaria, esa misma multiplicidad de puntos de vista. De hecho, la elección del rótulo ‘motoqueros’ como autodenominación pública, proporciona un indicio sobre la calidad de la categoría seleccionada por los mismos sujetos para darse a conocer (Saville-Troike, 2005). Justamente, como se dio cuenta en el capítulo 7, la categoría, que los precedía, fue incorporada en la presentación de sí para iluminar su potencial de insumisión. De ese modo, el ‘motoqueros’ es un fiscal mudo de quienes fueron un día y, simultáneamente, una amenaza respecto de quienes pueden llegar a ser si las circunstancias así lo ameritan.

Por eso mismo, también, el caso de los mensajeros es, en cierto sentido, peculiar porque habitualmente los análisis dan cuenta de las estigmatizaciones con las que son calificados los sectores populares, y también, eventualmente, de los modos en que los sujetos re-elaboran esos estigmas y/o positivizan esas clasificaciones. En el proceso de circulación analizado en esta tesis, por el contrario, los mensajeros fueron incluidos en una suerte de panteón junto con otros ‘héroes’ cívico-populares que participaron de las jornadas de diciembre de 2001. Y de esta manera la politicidad de la práctica de fletear fue sobretrazada épicamente en ocasión de una intervención pública concreta. Luego, y traducida en un rótulo, éste es reconvertido por los mensajeros en una pieza de su ajedrez, utilizable de modos estratégicos en situaciones específicas.

Las formas de la politicidad

El ‘motoqueros’ activa una porción (acaso tan imaginaria como real) de lo que son y de lo que quisieran ser. Pero lo que activa ese rótulo no surge de la nada, no es el resultado de una operación de pura y desnuda manipulación mediática. Hay ‘algo’ en las representaciones puestas a circular que hizo precipitar las identificaciones, e invitó a los mensajeros a ocupar un lugar que, de algún modo, conectó con su autocomprensión (Brubaker y Cooper, 2001). Como señalan estos autores, la autocomprensión implica una disposición, una subjetividad situada, ligada tanto a la dimensión cognitiva como a la

emocional del sentido práctico.²⁸⁴ Por eso mismo, y a pesar de no estar necesariamente articulada en discurso, la autocomprensión informa la acción. Cuando alguna institución pone en discurso un identificador, entendido como una categoría procesual y contextual (es decir que invita a establecer especificaciones respecto de los agentes que llevan a cabo una acción), la autocomprensión deviene autoidentificación y autorrepresentación. Esto indica que, aunque las autocomprensiones “pueden estar formadas, y suelen estarlo, en y a través de discursos dominantes” (Brubaker y Cooper, 2001: 48), es la propia experiencia de los sujetos la que las acomoda en el encuadre ofrecido por las categorías identificatorias. Lo que conduce a detener la mirada sobre los procesos de tramitación identitaria desde los propios sujetos.

Como se expuso en el primer capítulo, ya en la decisión de trabajar como mensajero se encuentran implícitos una serie de elementos que de algún modo iluminan estos procesos. Al explorar los senderos razonables y racionales del sistema de decisiones y disposiciones hacia el trabajo de los mensajeros, fue posible observar las zonas relativamente indeterminadas de esas decisiones. Como se describió, en esas decisiones existen ingredientes que exceden aquellos restringidos a las meras determinaciones económicas: disposición al cuentapropismo, cierta atracción hacia la soledad y la calle, los mitos respecto de la seducción que ejercen las motos en las mujeres, la disposición en contra de un ‘patrón vigilador’, entre otros, condimentan sus decisiones tanto como las cuestiones económicas. Aún en un contexto restrictivo como lo fue el del mercado laboral de los 90 en Argentina, donde el achicamiento de oportunidades de trabajos tradicionales fue especialmente duro para los jóvenes, ‘algo’ en la dimensión ‘blanda’ del sistema de decisiones los orientó a la conformación de un formato laboral en detrimento de otros. Con estos ingredientes, en su articulación con las condiciones restrictivas del mercado laboral, se combina un formato laboral sobre el que se inscriben sentidos instrumentales, ornamentales y morales.

Una primera conclusión posible es, entonces, que la cultura opera como sostén pero también como inscripción y como marca, aún cuando esta inscripción revele su contingencia, porque esos sentidos bien podrían haber encarnado en otros elementos... pero lo hicieron allí, en un vehículo. Ciertamente que algunos elementos están más equipados que otros para esta operación, que sus atributos podrían presentar más ‘cercanías’ que otros

²⁸⁴ Brubaker y Cooper definen a la autocomprensión (de modos muy sencillos) como “la manera en que la gente reconcilia los intereses en la vida diaria”. A la vez sostienen que la autocomprensión “nunca es puramente cognitiva; está siempre teñida o cargada afectivamente” (Brubaker y Cooper, 2001: 48).

con los sentidos que se pretenden inscribir en él.²⁸⁵ En todo caso, algunos elementos se ‘abren’ a la inscripción con más generosidad que otros. También es verdad que los grupos elegirán un elemento dentro de un abanico de opciones más restringido que libre (Grignon y Passeron, 1991). Pero tanto los elementos disponibles como los sujetos que producen su marca sobre ellos, presentan un grado de indeterminación relativa, y ambos participan activamente en la construcción de identidades.

Luego, existe una continuidad entre esas decisiones iniciales, y la práctica de fletear tal cual se va configurando en el transcurso mismo del devenir cotidiano. Como se mostró en el capítulo 3, la continuidad es tan imaginaria como concreta. En la reconstrucción analítica de sus prácticas públicas, esta continuidad se expresa en tres elementos que vertebran el fleteo desde el punto de vista de sus practicantes: las acciones de antidisciplina en el espacio y el tiempo; los momentos de equiparación; y la contrafigura cifrada en el modelo ‘traje y corbata’.²⁸⁶ Siendo a la vez formas de expresión y de inscripción de la práctica (Geertz, 2000), los tres elementos condensan las modalidades en que estos sujetos experimentan el poder, la jerarquía y la autoridad. Desde una perspectiva subjetivista, en esta dimensión experiencial cotidiana, se va tramando la *agencia*, entendida como la “serie de circunstancias en las que [el sujeto] se encuentra, reflexiona sobre ellas y, finalmente, reacciona contra ellas” (Ortner, 2005: 46). Y la politicidad implicada allí se va inscribiendo profundamente, aunque con poco resplandor, en su laboral cotidiano, en la rutina monótona, casi ‘invisible’, de su día a día.

Lo cierto es que, durante las jornadas de diciembre de 2001, esa misma politicidad fue desplegada en ocasión de encontrarse en el medio de la insumisión general, y más concretamente el 20 de diciembre, cuando unos ‘adultos de traje y corbata’ ya les habían dicho que se tenían “que ir a dormir”,²⁸⁷ y reciben lo que consideran dos afrentas. Los fleteros se convierten en motoqueros, su práctica se desplaza sin sobresaltos de una cotidiana a otra extraordinaria. Como se afirmó en el capítulo 6, en esa jornada se produce una compatibilidad contingente entre una práctica cotidiana concreta y el acontecimiento extraordinario. De algún modo, la participación de los mensajeros en un escenario político institucional que comprometía a toda la nación no hubiera podido darse sin aquellas

²⁸⁵ En el caso de los mensajeros en moto esta cercanía es bastante clara: el vehículo se asocia fácilmente con fintas, esquives, es decir un grado de ‘libertad’ relativa en el tránsito incomparable con el de un automóvil. Pero esto no es suficiente: ni los ‘chicos del delivery’ ni los motociclistas comparten el mismo sentido que pretenden comunicar los mensajeros, aún cuando sean usuarios de vehículos similares.

²⁸⁶ No se trata de que estos elementos sean ‘exclusivos’ de la práctica de fletear. En verdad, y como se mencionó específicamente para el caso de los momentos de equiparación tal como los analiza O’Donnell (1984), lo específico del fleteo es la forma concreta y práctica en que son asumidos por los mensajeros.

²⁸⁷ La frase está transcrita en extenso en el capítulo 6.

tediosas operaciones inscriptas en la rutina diaria. Estas dos situaciones, el suceso extraordinario y el cotidiano laboral son dos extremos de un espectro de prácticas sustentadas en los mismos elementos básicos. La misma práctica, que ha sido descompuesta analíticamente, en tres elementos, se expresa de modos distintos (y tiene diferentes consecuencias) dependiendo del contexto de actuación, sin implicar, por ello, valoraciones a priori que reubicarían estos modos en una escala jerárquica de prácticas. Son los encuadres los que dan origen a formas prácticas diferentes, y no a niveles jerárquicos, de politicidad. Existe entonces otra continuidad, observable ya no en la línea temporal que va desde las decisiones iniciales hasta la rutina diaria, sino ubicable en la sincronía de un límite fronterizo que separa un momento y otro en la secuencia de las acciones.

Pero si el contexto de actuación, el escenario, es provisto por los acontecimientos políticos (las jornadas beligerantes, en este caso), la frontera que señala el límite en que las prácticas cotidianas se reconvierten en prácticas políticas proviene de una percepción nativa. Como fue presentado en el capítulo 6, la puntuación de la secuencia de los hechos es realizada por los mismos mensajeros a partir de sus propias evaluaciones situacionales, e intervienen, en esa evaluación, cuestiones emocionales y morales.²⁸⁸

Son justamente los vínculos entre la forma de la politicidad puesta en acción, y las estructuras de significación extendidas, los que habilitaron, en cierta medida, el pasaje hacia las superficies de los medios de comunicación. En su rol de mediadores culturales (Martín Barbero, 1987), los medios tradujeron en sus narrativas épicas los tres elementos básicos de la práctica (pública) de fletear, haciéndolos comprensibles para el circuito interpretativo específico de diciembre de 2001: las acciones de antidisciplina en el espacio y el tiempo fueron re-encuadradas como ‘acciones de combate’; los momentos de equiparación, recatalogados como la pertenencia a una ‘democrática comunidad de iguales’; y la figura que se opone al modelo ‘traje y corbata’, fue redirigida hacia la de ‘jóvenes rebeldes’. En su pasaje de fleteros a motoqueros, los medios colaboraron con sobretrazos que los reubicaron como actores ‘políticos’.

Claro que una argumentación apresurada podría conducir a afirmar que los medios ‘politizaron’ estas prácticas. A la hora de pensar la relación entre la política y la cultura, cuando las operaciones de mezcla (o escamoteo, según la perspectiva teórica adoptada) son

²⁸⁸ Tampoco estas cuestiones son, necesariamente, propiedad exclusiva de los mensajeros. De hecho, el respeto a las Madres de Plaza de Mayo se extiende entre amplios sectores de la sociedad civil argentina y el acto de la Gendarmería de echarles encima los caballos fue juzgado negativamente por la opinión pública.

producidas por los sectores populares, suele decirse que las prácticas ‘se politizan’. Por el contrario, cuando los sistemas de representación capturan las prácticas de los sectores populares, se afirma que la cultura ‘se banaliza’. Decir que las prácticas populares ‘se politizan’ cuando son puestas en relación con contenidos de la cultura letrada es suponer que la dimensión de lo político es algo que sólo pertenece a un sector. Además, parecería ser que la calidad de las operaciones (la primera de escamoteo o mezcla, la segunda de captura), se valora de diferentes maneras según el lugar o la posición desde la que se realizan. La empiria analizada, por el contrario, sugiere más bien que entre las prácticas de los mensajeros y las narrativas mediáticas que los tuvieron como referentes se da un diálogo (ni lineal, ni transparente, ni mecánico), donde se combinan y compatibilizan lógicas distintas: la de los medios, que capturan y hacen circular las prácticas de algunos sujetos, considerados, de acuerdo con esta lógica, ‘noticiables’ para esa situación particular; y la de los procesos sociopolíticos de los sujetos, cuyas prácticas ya poseen un grado relativo de politicidad.

En el caso concreto de los mensajeros, su politicidad deviene de una suerte de *educación sentimental* (Geertz, 2000), y está, por decirlo de algún modo, en el ‘corazón’ de aquello que, siguiendo con la lógica expuesta en el final del capítulo 6, puede ser denominado ‘capital urbano’. Ahora bien, es importante recalcar, como ya afirmara en otro lugar (Rodríguez, 2007a; 2008b) que, más allá de cualquier romanticismo optimista, la posibilidad de que este capital urbano se convierta en una acción política orientada a modificar las condiciones de existencia, no depende unívocamente, de las representaciones que hagan los medios.²⁸⁹ Aún más, el error proviene, como señala Passeron (en Grignon y Passeron, 1991), en tomar la rebelión simbólica por emancipación simbólica; identificar la existencia de acciones de *insumisión cultural* (Ibid: 68), advierte, no habilita a homologar relaciones de sentido con relaciones de fuerza.

Con estas advertencias en mente, es pertinente señalar una última cuestión. Si a lo largo de la tesis hemos sostenido que la politicidad de los mensajeros se materializa en prácticas concretas de distinta calidad según el contexto, es igualmente cierto que esas prácticas concretas no siempre adoptan la forma de acción política en los términos de Swartz et al (1966), sino sólo en ocasión de la disputa pública por el acceso a la

²⁸⁹ Más aún cuando difícilmente los medios se apresten a poner en circulación la politicidad de los sujetos representados, no sólo por las lógicas comerciales y de masividad a las que se subsumen, sino también por el carácter de actor político de peso pleno que poseen hoy en Argentina los medios de alcance masivo, en tanto agentes de los conglomerados mediáticos habilitados por la reforma al artículo 45 de la Ley de Radiodifusión. Para ampliar sobre este tema en particular, ver Luchessi y Rodríguez (2007).

distribución de los recursos. En esta tesis se sugirió que ninguna de las formas que adopta la politicidad posee a priori un ‘valor’ más importante que la otra, porque todas ellas se vinculan con formas de agencia sólo recortables en su especificidad contextual. En diciembre de 2001, al margen de que en ese momento sólo existía una de las dos agrupaciones gremiales de base, lo que marcó su salida a las calles fue la impronta de una politicidad inscripta en su trajinar diario, y no en sus (respectivas) culturas políticas. Como se dio cuenta en el capítulo 6, fue el sentido práctico el que guió su accionar extraordinario y no su biografía de militancia y/o participación en instituciones consideradas tradicionalmente como políticas. Notablemente, esta práctica fue capturada por los medios en el contexto de un acontecimiento que, de alguna manera, exigía dejar en suspenso toda filiación partidaria y toda adscripción ideológica. La acción cívica en estado ‘puro’, sin contaminaciones, compatibilizó con las prácticas de los mensajeros y por ello fue un valor resaltado por el discurso de los medios. Porque la politicidad de los mensajeros, que en esos días adoptó una forma extraordinaria sin perder sus elementos de base, conectaba con plenitud con la idea que hegemonizó las interpretaciones sobre esas jornadas.²⁹⁰

Por el contrario, en ocasión de una acción política, la cultura política sostiene y da forma a los gestos de disputa por el poder, pero la efectividad relativa de los gestos de disputa por el acceso a los recursos no dependerá sólo de la politicidad de los sujetos, sino también del contexto específico, concreto, acotado de la micro-sociedad en la que esos gestos se insertan. De hecho, y a pesar de que los elementos reconstruidos en la práctica cotidiana del fleteo implican un posicionamiento específico respecto del poder, la autoridad y la jerarquía, la acción política requiere, según la ocasión, poner en juego también gestos de consentimiento, como por ejemplo, aceptar estratégicamente que un

²⁹⁰ De hecho, es interesante traer a colación las interpretaciones de un colega brasileño, a raíz de un intercambio vía mail que ocurrió sobre el final de mi proceso de investigación. Un grupo de investigadores, entre los cuales se encuentra este colega, realizó una etnografía con mensajeros en moto de la ciudad de San Pablo, conocidos popularmente como ‘motoboys’. María Cecilia Ferraudi Curto fue quien me acercó el link donde se encontraba el documento que daba cuenta de los resultados de la investigación, un trabajo realizado bajo el encuadre teórico de la antropología urbana que daba cuenta, por eso mismo, de las relaciones entre los ‘motoboys’ y el resto de los usuarios de circuitos urbanos destinados al tránsito de vehículos. La diferencia de perspectiva era relevante, y en uno de los primeros intercambios, intentamos saldar esta diferencia para discriminar puntos de contacto y de distanciamiento en el diálogo académico. Cuando le referí al colega que mi interés estaba puesto en relacionar las prácticas cotidianas con las prácticas extraordinarias de las jornadas de diciembre de 2001 de los mensajeros, su reacción fue de admiración por lo que él consideraba una actuación cívica: “Brasil no tiene tradiciones de lucha radical como ustedes ahí (...) Me preguntaba cuándo en Brasil una situación político-económica provocaría tal tipo de reacción. Se trata de la ‘cordialidad’ brasilera, al mejor estilo de Sérgio Buarque de Holanda” (la traducción es propia). El colega vinculó la actuación de los mensajeros con cierta ‘argentinidad’, y la oponía a un elemento que señalaría cierta ‘brasileidad’ ligado a la convivencia, en Brasil, de dos matrices de socialidad: la igualitaria y la jerárquica, temas de fuerte pregnancia en los estudios sobre cultura nacional en ese país (para ampliar ver Grimson, 2007).

sujeto considerado representante del modelo ‘traje y corbata’ se erija en dirigente y aliarse coyunturalmente con él para obtener una cuota de poder.²⁹¹

Esto no quita que, en términos de los cambios en las subjetividades, será la politicidad y no necesariamente la acción política la que defina un modo de *agencia* en el cual, en el sentido geertziano en que la define Ortner (2005), la cultura expresa, construye y mantiene esa subjetividad.

Finalmente, permítaseme advertir que la co-presencia de dos modos distintos de comprender la capacidad de agencia, una objetivista y otra subjetivista, implica, antes que un error analítico, una mirada sobre la *ambivalencia* del mismo objeto (Grignon y Passeron, 1991).

La metodología de análisis cultural

Ubicar el foco sobre el proceso de circulación de un caso en particular implicó estudiar no al grupo en cuestión en sí mismo, sino en términos de las relaciones que construyen en su ingreso al mundo de la representación pública. El abordaje propuesto me exigió, por ese motivo, focalizar tanto en las prácticas como sobre las representaciones y, entre ellas, particularizar en una zona de la cultura masiva que las pone en circulación: los medios de comunicación. Si bien entiendo, con Martín Barbero (1987), que los medios no agotan el campo de la cultura masiva (antes bien, son apenas una de las expresiones que adopta la matriz masificadora propia de la modernidad), la tecnologización actual del espacio público señala hacia los medios como portadores co-responsables tanto de los tópicos como de las gramáticas por las cuales una sociedad se piensa a sí misma (Caletti, 2006).²⁹²

Estudiar el proceso de circulación me permitió observar las disputas por el sentido, pero también, y particularmente, las zonas en común que refieren a lo que una sociedad comparte. Desde esta perspectiva, la cultura señala antes que un repertorio de bienes, y antes también que solamente un espacio de conflicto o disputa por el sentido, una manera específica de comunicar esos sentidos. Entender a la cultura como “forma de interlocución

²⁹¹ Esto fue desarrollado en el capítulo 7.

²⁹² Afirma Caletti que “la tecnologización que atraviesa el espacio público puede ser entendida como otro de sus componentes constitutivos. El espacio público es tal en virtud de los procesos de comunicación de amplia escala que los instauran”. Y aclara a la vez que “no son los procesos sociales de comunicación de amplia escala quienes construyen lo público, ni como causalidad ni como demiurgia. Pero tampoco podrá construirse lo público sin ellos” (2006: 64). Para una perspectiva relativamente distinta, ver Ferry, Wolton y otros (1998).

de una época, como patrón compartido a través del cual se fabrican y exacerban las diferencias” (Grimson, 2002: 74), implica que allí, en los intentos de modificar todas o algunas de las dimensiones del campo de interlocución, está comprometida la agencia de los sujetos. Si toda disputa cultural implica un conflicto, entonces puede pensarse, con de Certeau (1995, 1999), que las categorías, el significado de esas categorías, su valoración, y los marcos dentro de los cuales hacen sentido estas categorías, son áreas culturales en discusión.²⁹³

En esta tesis el proceso de circulación fue indagado no en su mecánica intrínseca, no en la ingeniería de su ejecución, sino en el foco de una articulación constitutiva con la dinámica de construcción cultural. Presenté las zonas profundas donde las representaciones hunden sus raíces, y esto en dos direcciones: hacia la historia socio-cultural que es trama y argamasa de una sociedad, y hacia la vida cotidiana de los sujetos, esos seres insignificantes de los suburbios de la vida, como dice el epígrafe de Mankell, que también mantienen el país en marcha. Esto supone, en principio y básicamente, que la cultura se co-produce y co-construye en instancias que van desde los sistemas de representación,²⁹⁴ hasta las prácticas de los sujetos en su quehacer cotidiano, pasando por las múltiples instancias de socialización que median entre ambas. Teniendo esto en cuenta, la circulación de sentido se sitúa, justamente, en esta zona de mediación cultural. Porque su análisis da cuenta no sólo de los intertextos y los imaginarios que sostienen a una cultura en común, sino también de las producciones heterogéneas (conflictivas o no) que los sujetos realizan con ella.

Como se mencionó en la introducción, para observar en detalle, aunque sin perder de vista los entramados generales, el proceso de circulación de un caso particular, recurrí a instrumentos y herramientas de análisis provenientes de diversas disciplinas, entre estas, básicamente la antropología y la comunicación. Más aún: necesité reflexionar constantemente sobre este cruce, sólo en apariencia metodológico, que me puso permanentemente ante ‘nudos’ teóricos y encrucijadas analíticas. Así, por ejemplo, en algún momento del trabajo de campo se me revelaron aspectos significativos de la construcción identitaria de los mensajeros pertenecientes al ámbito de la vida privada. A

²⁹³ Como ya afirmara en otro lado, probablemente allí se encuentre una forma posible de resistencia; en la persistencia de pensar en términos de otro campo de interlocución, uno en el cual la representación del 'otro' no se agote en la mera visibilidad sino que haga posible, también, la toma de la palabra. Para ampliar ver Rodríguez (2004).

²⁹⁴ Con ‘sistemas de representación’ no me refiero sólo a los medios de comunicación, sino a los conjuntos de dispositivos que, actuando bajo la lógica de la matriz masificadora, producen identificadores sociales y culturales que adquieren la forma de representaciones; están presentes en ámbitos diversos de una sociedad, desde las políticas de salud hasta las instituciones educativas.

sabiendas de que es imposible, empíricamente, separar la dimensión pública de la privada porque ambas co-constituyen a los sujetos, tuve que optar por un sesgo analítico que las discriminara, y recortar mi investigación sólo sobre los aspectos públicos de esa construcción (el fleteo y las puestas en escena de la presentación de sí). No fue fácil. Sabía que dejaba en el camino zonas significativas.²⁹⁵ Pero a la vez, si profundizaba sólo en ellas, perdía de vista el proceso concreto de circulación y el entramado que allí se generaba. De modo que resolví producir un corte (a todas luces ‘dominocéntrico’, si se quiere) para abocarme a los elementos que han intervenido e intervienen en la presentación pública de los mensajeros. También resolví dejar para otros momentos, o para otros investigadores, la indagación sobre la identidad ‘para sí’. En otros términos, la pregunta general que guió esta investigación, relacionada con los vínculos entre cultura y política, presenta interrogantes que exceden la observación puntual de las prácticas de los mensajeros, aunque, en el caso trabajado, las abarcan.

Una consecuencia temprana de este abordaje cruzado, tuvo que ver con la comprobación de que ciertos modos de concebir analíticamente a las dinámicas culturales se mostraban poco aptos para pensar la empiria que estaba relevando. Concretamente, la perspectiva de la lucha cultural, que aborda el análisis cultural desde el presupuesto de una polaridad entre grupos, tiende a limitar el análisis a una descripción del estado de una cultura en términos de relaciones ‘punto a punto’, sean de resistencia, complicidad, integración, supervivencia, o negociación. Algunas notas ya se han expuesto en esta tesis respecto de la noción de circularidad a lo largo de los capítulos. De algún modo, la hipótesis de la *circularidad* entre culturas²⁹⁶ supone la existencia de un origen y de un destino, aún cuando éste pueda convertirse, a posteriori, nuevamente en origen.

De manera similar, la noción de *tácticas* de de Certeau (1996) entiende a las prácticas de los consumidores como una lectura desviada realizada a partir de un texto

²⁹⁵ Una de estas zonas significativas es la que tiene relación con el género. No se trata, vale la pena aclarar, de un olvido, ni de una negación; sino de, nuevamente, la decisión de recortar mi investigación por lo que entendía iba construyendo como mi objeto: el proceso de circulación. En todo caso, como sugerí muy someramente en una nota al pie (la número 49), la dimensión de género en relación con la circulación podría ser retomada para dar cuenta de una serie cultural de tiempos relativamente cortos, que escenifica ciertas representaciones de varones jóvenes en el espacio público, y donde los mensajeros podrían incluirse. Mencioné en esa nota que un excelente punto de partida sería el trabajo de Rosana Guber (2001). Una investigación de este tipo no podría soslayar, como lo hice yo, la cuestión de género y las modalidades de construcción de una imagen de masculinidad juvenil.

²⁹⁶ La referencia es a Ginzburg (1981) que toma la idea de circularidad de la propuesta bajtiniana que entiende a la cultura como un mecanismo de producción discursiva dialógica y polifónica (Bajtin, 1982).

fabricado por los productores, perspectiva en la cual también se supone un origen.²⁹⁷ Justo es decir que ambas perspectivas ponen en primer plano la cuestión de la dominación: en el primer caso a partir de considerar la existencia de un universo simbólico común que se comparte desde posiciones desiguales, y en el segundo bajo el supuesto de que las tácticas se producen desde el lugar de la no-producción (culturas en plural), con elementos provenientes de la Cultura (en singular).

Asimismo, las teorías que ponen el acento en la apropiación desigual de un capital común, enfatizan la diferencia de grados respecto de esa apropiación en relación con su legitimidad. El acento coloca a la cultura en un lugar que acusa a la desigualdad aunque esta se ‘disfrace’ de diferencia, no obstante lo cual, los ajustes que necesitan realizar a sus propios esquemas teóricos para señalar la (persistencia de la) dominación, poco aportan a entender la especificidad de las dinámicas culturales. En este sentido se orienta la analogía propuesta por Grignon y Passeron (1991) cuya matriz postula (para ponerlo muy esquemática y resumidamente) un análisis que homologue provisoriamente capitales y ‘haberese’ para luego restituirlos al marco del dominio simbólico en común.

Por otra parte, otros trabajos más proclives a producir una interpretación culturalista (agrupables muy rápidamente dentro de la extendida corriente de los estudios culturales), parten del presupuesto de que la dinámica cultural subtiende una disputa por el sentido (lo cual podría traducirse, parafraseando a Hall, con la idea de que una lucha de clases se da en el plano de lo simbólico). Aún cuando se trate de una hipótesis productiva y significativa, en la medida en que restituye su espesor político a las tramas de la cultura, las investigaciones orientadas por esta perspectiva suelen poner la hipótesis del conflicto por delante del análisis, lo cual ‘aplana’ los resultados, porque impide ver lo que hay en común, lo que se comparte en una sociedad en términos culturales, lo que muchas veces

²⁹⁷ Caben aquí dos aclaraciones. La primera es que Ginzburg piensa la circularidad en términos de préstamos y apropiaciones entre dos sistemas culturales, la cultura oral popular, y la cultura letrada; mientras que de Certeau sostiene que la cultura popular no es homologable a la cultura mediática, y ésta tampoco lo sería, a su vez, a la letrada. Con lo cual se pone en evidencia que es el objeto, de carácter histórico, el que determina que Ginzburg discrimine dos sistemas, atravesados por diferentes competencias de lectura y de posición en la estructura, mientras que el objeto de de Certeau, del orden de lo contemporáneo, lo obliga a una apertura hacia, al menos, un sistema cultural más, no perteneciente al mundo propiamente popular, pero tampoco plenamente al letrado. Dicho en palabras más simples, en la etapa histórica que estudia Ginzburg, hablar de cultura mediática sería un sinsentido. La segunda aclaración se vincula con que ambos autores parten de perspectivas diferentes, y entonces, en algún punto, ponerlos en relación no termina de hacer justicia al argumento central. Si en Ginzburg se trata de indagar la experiencia concreta de sujetos subalternos y sus modos de entender el mundo en el espacio que ‘abren’ las prácticas de lectura, y para ello pone en relación dos sistemas culturales ‘cerrados’, a de Certeau le preocuparán las operaciones que realizan estos sujetos con los productos culturales (producidos siempre por un otro con más poder), y no tanto los repertorios que surgen de esas operaciones. La discusión en sí misma ameritaría mucho más espacio que una nota al pie. Simplemente quería señalar que en ambos casos se parte del presupuesto de sistemas culturales pre-concebidos como tales en el análisis.

señala, a pesar de los desencantos del analista, hacia las operaciones reproductivistas de los sujetos.²⁹⁸

Si pongo estas perspectivas a consideración y a discusión, es porque eran para mí perspectivas ‘conocidas’ que intenté poner a prueba en mi indagación empírica. Fue el propio acercamiento a la empiria lo que me fue advirtiéndome acerca de los límites a los que me enfrentaban. En cierto sentido, la misma investigación me fue guiando hacia la necesidad de escuchar el susurro, más que los gritos; observar los hiatos, más que los espacios colmados; descifrar los poliglotismos, más que señalar (supuestas) distorsiones. En verdad, y de hecho, percibí la imposibilidad de situar tanto a las prácticas de los sujetos como a las representaciones de los medios, como partícipes unívocos de algún sistema cultural de alguna manera ‘cerrado’. Constantemente me preguntaba: ¿es posible pensar las prácticas de los mensajeros por fuera de sus vínculos, tanto históricos como coyunturales, con la sociedad y la cultura de la que forman parte y en la que hicieron su aparición? ¿Y es factible concebir las representaciones que circularon sobre ellos tras las jornadas de diciembre de 2001 al margen de las series culturales de las que echaron mano los medios para dar cuenta de su actuación en ese acontecimiento? ¿Y dónde, exactamente, está la disputa por el sentido? ¿Dónde la apropiación desigual de (qué) capital? ¿De qué tácticas se trata por fuera de las que realizan cotidiana y rutinariamente? Aún más: esas tácticas, que un día fueron calificadas de épicas, ¿no inscriben, justamente en su rutina cotidiana, un modo de hacer más cercano a la sobrevivencia que a la rebelión? ¿Hablan de ‘resistencia’ de conformidad, o de resiliencia?²⁹⁹

Es claro, como expuse en el capítulo 1, que las prácticas de los sujetos estudiados están atravesadas por las transformaciones estructurales. Sin embargo, como también sugerí, el sistema de decisiones ilumina menos las conductas reactivas a esos cambios, que las respuestas elaboradas en la interfase entre las restricciones y la propia cultura. Si es posible pensar estas caracterizaciones, tomando prestado el concepto de la psicología, como una forma de resiliencia, en el sentido de la capacidad de sobreponerse a situaciones traumáticas y, en el proceso salir fortalecido, acaso esta línea conceptual ameritaría una reformulación para su inclusión en las agendas de investigación sobre culturas populares,

²⁹⁸ En un punto, esta idea surge, paradójicamente, de una lectura minuciosa de la obra de Certeau, un autor que, por el contrario, suele asociarse con una perspectiva insurreccional de las prácticas populares.

²⁹⁹ Afirma Mauger que el concepto de resiliencia alude a “la aptitud para adaptarse a los acontecimientos dolorosos”; y cita a Michel Offerlé (2006) para referirse a su noción de ‘registros de resiliencia’, que da cuenta de “la reserva práctica individual y/o colectiva, a la vez inmensa y situada social e históricamente, de la que disponen los agentes sociales para nombrar, enfrentar y sobreponerse a lo que les ocurre” (Mauger, 2007: 119).

como ya lo han esbozado Míguez y Semán (2006). Esto no deshabilita a pensar la dimensión de la dominación sino que pretende reubicarla, justamente, en el punto en que el contacto mismo la dinamiza y la hace compleja, con matices y texturas que en la visión ‘dual’ quedan ocultas al analista. Vale decir, que la hegemonía no adquiere formas dicotómicas sino que se traduce en espacios más o menos invisibilizados que, en tanto se legitiman públicamente, comportan lógicas afines a otros y pasan a formar parte de la cultura.

En esta tesis, en la que habré procurado demostrar la potencialidad de una perspectiva diferente, me interesa argumentar que las construcciones culturales son el resultado de una combinación específica (o como me decía un informante: “esto es un cubilete”); que esta combinación no es un híbrido en el cual pueden observarse retazos o rasgos de unas formaciones culturales que serían previas a ella, sino que la propia mezcla forma parte de las diversas prácticas que son origen y resultado a la vez; que estas prácticas y representaciones poseen lógicas y temporalidades disímiles que llevan a que, en términos productivos, esa cultura sea algo nuevo, con entidad propia; y que este resultado es inacabado porque se nutre permanentemente de elementos elaborados tanto en la dimensión de los sistemas de representación como en la interacción cotidiana. Por eso mi insistencia en señalar la importancia de producir un abordaje multi-metodológico, que desovillara el cruce entre diversas dimensiones socio-culturales, y que iluminara no sólo los negros y los blancos (los contrastes), sino también los múltiples grises (los matices).

De hecho, como se vio en el capítulo 4, conformar un estilo propio indica la existencia de márgenes de autonomía y de indeterminación relativa a partir de los cuales marcar la vida cotidiana y, en ese sentido, los márgenes están más expandidos y son más amplios que los de una mera oposición cultura popular/cultura dominante, aún cuando subyacen a ellos las relaciones de dominación. Desde esta perspectiva, sostengo que tanto la porosidad como la clausura discreta, son notas distintivas en los análisis culturales. Así, tanto la inscripción territorial, como los consumos, las elecciones de vida o del trabajo, son parte de un diálogo inestable e ininterrumpido que el grupo entabla con los otros, tanto diacrónica como sincrónicamente. Y la estilización de la vida, por eso mismo, no se corresponde ni con una necesidad (tardía) de algún tipo de religamiento social (Maffesoli, 1990), ni sólo con una solución que emerge desde el grupo a las contradicciones del capitalismo (Hebdige, 2004; Hall y Jefferson, 1993), ni con una cultura oposicional de

resistencia que se afirma en la destrucción de quienes participan en ella (Bourgois, 1997).³⁰⁰

La cultura: un mecanismo espiralado y recursivo

De todo lo expuesto, se desprende mi tesis principal, que tiene por objeto a la dinámica cultural. En los párrafos anteriores puse entre signos de interrogación a algunas suposiciones teóricas que son pregnantas en los estudios sobre cultura. La empiria analizada reveló que la dinámica cultural, antes que estar organizada por un sistema de oposiciones y regida por un proceso de circularidad (hipótesis ciertamente válida para los estudios medievalistas), es, en la contemporaneidad de las sociedades mediatizadas, un proceso **espiralado, recursivo y multiacentuado**.

En este sentido, la relación entre prácticas y representaciones no implica ni una repetición o réplica ad infinitum, ni puntos de partida o de llegada de algún modo ‘fijos’. De hecho, representaciones y prácticas aparecen y vuelven a aparecer en la superficie de la cultura, pero nunca lo hacen de la misma manera, sino atravesadas por las operaciones de significación implicadas en la circulación. Asimismo, el juego identitario se construye montado sobre la recursividad que genera este proceso: las prácticas son capturadas, los operadores de identificación regresan sobre las prácticas, las que a su vez se vuelcan sobre sí mismas para reaparecer, por obra de una captura y puesta en circulación, modificadas. En este espiral, la significación nunca se fija, pero permanece como materia prima, disponible para ser re-trabajada.

En este proceso, una de las operaciones señaladas en esta tesis es la vinculada con las modalidades de clasificación, las que proporcionan un marco organizador cognitivo.³⁰¹

³⁰⁰ En los espacios de contacto, más que ‘negociar’, al modo en que alguna vez lo pensó García Canclini (1990) se producen procesos de ósmosis, de intercambio, de redes donde, claro está, finalmente unos tienen más recursos que otros. Las diferencias son de ‘grado’ en todo caso, y no de ‘sustancia’, y se solapan en una trama cultural donde los contactos son un dato tan relevante como las oposiciones. Importa ver tanto lo que se comparte como qué queda como resultado de ese compartir, porque entonces se ve otra cosa: la dominación en la relación misma, y no entre entidades separadas. Dicho de otro modo, un mensajero puede ser hinchista de un club de fútbol, o de una banda musical, y viceversa. Pero difícilmente sea político, ejecutivo o bancario.

³⁰¹ Los marcos cognitivos organizan el bagaje cultural en redes de significado estructuradas a partir, no sólo del propio capital cultural, sino también de mediaciones diversas y de los mismos textos (Simone, 2000). La comprensión de la realidad ofertada por los textos mediáticos está mediada por dos mecanismos que orientan a sendas actividades cognitivas: la gramaticalización, que implica la identificación y la construcción de reglas y códigos culturales, y la textualización, que señala las operaciones de remisión entre textos y la identificación con estructuras de género o narrativas. Desde el punto de vista de la emisión los textos mediáticos “son textualizaciones de situaciones culturales, por lo que los receptores construyen el sentido de los mensajes a partir de la identificación de discursos sociales

Como se vio en el capítulo 5, los mecanismos involucrados en la tramitación de los sucesos cívicos realizados por los medios de comunicación, colaboraron en definir la práctica de los mensajeros como más o menos parecida a una práctica ‘política’. Estas operaciones cognitivas son necesarias para consolidar una cultura en común, una zona donde poder comunicarse con el otro, y en ese sentido, colaboran en la necesidad de coherentizar los conflictos sociales (aunque no siempre lo logren, o no siempre sea éste su interés). Pero los discursos sociales sólo se entienden como el resultado de una multiacentualidad (Voloshinov, 1976), que es, en definitiva, fruto de las desiguales relaciones de poder que poseen quienes componen esa sociedad. Esto significa que, aún cuando los sujetos construyan sentidos-otros, es un error conceptual pensar que los sujetos pueden resemantizar libremente sobre lo dado (y menos aún asumir que esto implique resistir).

Las relaciones de dominación se hallan presentes también en la dimensión cultural. Sin embargo, la multiacentualidad no es una prerrogativa de los textos. Como el proceso de circulación produce tanto carencias como excesos, siempre queda una porción que no puede ser asimilable, por definición, en la representación (que nunca satura al sujeto empírico). A su vez, los sujetos se apropian a través de sus prácticas de una parte: ‘algo’ de la representación se libera de su carga simbólica en el mismo proceso de circulación. Entonces, entre las prácticas y las representaciones existe una relación de incompletud constitutiva, y en los pliegues de la relación espiralada, recursiva y multiacentuada se encuentran configuraciones de sentido invisibilizadas al sentido común.

El análisis de este particular proceso de circulación desovilló elementos de las prácticas de los mensajeros que fueron agrupados aquí como politicidad. Acaso lo más interesante del caso presentado es que, al desmontar el proceso espiralado, multiacentuado y recursivo en el cual ingresaron, se pudo observar una instancia de construcción de subjetividades que hubiera quedado prácticamente oculta desde otras perspectivas. Y aunque estas subjetividades no necesariamente señalen hacia un repertorio de contenidos, tópicos o planteos de ‘resistencia’, entendida ésta en su versión más radical, ni a un conjunto de acciones nítidamente orientadas a modificar las condiciones materiales de existencia, tampoco revierten sobre un sometimiento absoluto al régimen socio-económico en el cual les tocó vivir.

amplios o historias comunes, generalmente ya incorporados en sus *frames* y mapas cognitivos” (Aguilar González, 2004: 130).

Comprender, y dar a conocer, las formas en que la cultura incide en los procesos de agenciamiento en un contexto de des-ciudadanización progresiva, de prevalencia de los intereses comerciales sobre los de desarrollo humano y de procesos identitarios orientados por el mercado, es compartir las preocupaciones de Reguillo (2004) por dar cuenta de las condiciones que hacen posible el pasaje que va de las identificaciones colectivas a las identidades políticas.

Por eso, porque conquistar, defender y/o definir posiciones en diversas distribuciones sociales del poder en acciones concretas repercute en el perfil de ciudadanía y en las formas de subjetividad política que desarrollan los sujetos en momentos de fuertes transformaciones en el plano de la integración social, económica y cultural, considero que vale la pena que estos procesos sean productivamente interrogados.

El desafío que el caso analizado me presentó tuvo que ver con construir una mirada particular que, al tiempo que hiciera suya estas preocupaciones, contribuyera con aportes específicos al crecimiento del campo de los estudios sobre comunicación y cultura. Intenté iluminar zonas que a veces las Ciencias Sociales dejan a oscuras; y en el proceso, fortalecer el análisis transdisciplinario, honrando el legado de los estudios en comunicación y cultura, aún a sabiendas de que la potencia de este principio analítico puede llegar a ser, simultáneamente, su debilidad. Me preocupó defender, desde los resultados a los que arribé, lo nutritivo del sesgo analítico que producen los cruces teórico-metodológicos (ya decía Mary Douglas que los márgenes son fuente de peligro, pero también de potencialidad porque abren el juego a nuevos sentidos y prácticas posibles).

Construir saber en las fronteras disciplinares, donde el mar se encuentra con el río, donde la misma incertidumbre interroga por los márgenes y los límites, es donde los intercambios se vuelven más ricos y poderosos. Estoy convencida.

Estoy convencida asimismo de que la dimensión comunicacional-cultural aporta una mirada peculiar y necesaria para comprender las dinámicas de las sociedades complejas hoy.

Así que, como dice Murakami (2005: 369), “sea como fuera, permanezco aquí, en silencio, aguzando el oído”.



Esta fotografía está dedicada a mi viejo

Bibliografía citada:

- Abu-Lughod, Lila: "La interpretación de la(s) cultura(s) después de la televisión" (57-90), en *Etnografías contemporáneas*, Año 1, Nro. 1, abril, Buenos Aires, 2005.
- Aguilar González, Luz.: "Estrategias de aprendizaje en recepción infantil" (128-136), en *Nómadas*, Bogotá, No. 21, octubre, 2004.
- Alabarces, Pablo: "De los tribalismos a la política: las hinchadas argentinas entre la crisis, el Mundial el destino de la Patria (o cómo releer Fútbol y Patria un año después)", en Alabarces, Pablo y otros: *Hinchadas*, Buenos Aires: Prometeo, 2005.
- Alabarces, Pablo (en colaboración con Valeria Añón y Mariana Conde): "Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina", en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (Comp.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Alabarces, Pablo et al: "'Aguante' y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina", en Alabarces, P. (comp.) *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO-ASDI, 2000.
- Alabarces, Pablo: *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2004.
- Alsina, Miguel: *La construcción de la noticia*, Paidós, Barcelona: Paidós, 1993.
- Álvarez, Gabriel: "¿Nuevas terrae incognitae o territorios estigmatizados?: una contribución geográfica a la lectura de 'espacios en blanco' y lugares en el partido de San Martín", inédito, Seminario Geografía y Estudios Urbanos, Ehu, LECS, UNSAM. 2008.
- Álvarez, Gabriel: "Geografía y discurso: lugar y segregación urbana en un barrio del partido de general San Martín. Pcia. de Buenos Aires (Argentina)". Ponencia, ante las Jornadas "Desplazamientos, contactos, lugares. La experiencia de la movilidad y la construcción de 'otras geografías'", Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 11 al 13 de mayo, 2005.
- Álvarez Tejeiro, Carlos, Farré, Marcela y Fernández Pedemonti, Damián: *Medios de comunicación y protesta social*, Buenos Aires: La Crujía/Konrad-Adenauer-Stiftung, 2002.
- Archetti, Eduardo: "El potrero y el pibe. Territorio y pertenencia en el imaginario del fútbol argentino", en *Nueva Sociedad*, Nro. 154, Caracas, marzo-abril, 1988.
- Archetti, Eduardo: "Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico del fútbol y el polo", en *Prismas*, Vol. 1, N° 1, UNQ, 1997.
- Auyero, Javier: *La zona gris. Violencia colectiva y política partidaria en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- Auyero, Javier: "La vida en un piquete. Biografía y protesta en el sur argentino", en *Apuntes de Investigación del CECYP*, Año VI, Nro. 8, junio, Buenos Aires, 2002a.
- Auyero, Javier: *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*, Buenos Aires: Libros del Rojas, 2002b.
- Auyero, Javier: *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires: Manantial, 2001.
- Auyero, Javier: *Otra vez en la vía. Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares*, Buenos Aires: Espacio, 1993.
- Avlasevicius, Silvia, Mutaf, João y Stiel Nieto, Augusto: "Pelo expelo retrovisor: motoboys em trânsito", en *Núcleo de Antropología Urbana*, USP, 2007. Disponible en <http://www.n-a-u.org/motoboys1.html>.
- Bailey, Frederick: "Gifts and poison", en Frederick Bailey (ed.) *Gifts and Poison: the*

- Politics of Reputation*, Oxford: Basil Blackwell, 1971.
- Bajtin, Mijail: *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, Madrid: Alianza, 1987
- Bajtin, Mijail: *Estética de la creación verbal*, México: Siglo XXI, 1982.
- Balardini, Sergio: “¿Qué hay de nuevo, viejo? Una mirada sobre los cambios en la participación política juvenil” (96-107), en *Nueva Sociedad*, Nro. 200, noviembre-diciembre, 2005.
- Balardini, Sergio: “Prólogo”, en Sergio Balardini (ed.) *La participación social y política de los jóvenes en el Nuevo Siglo*, Buenos Aires: CLACSO, 2000.
- Balbi, Fernando y Rosato, Ana: “Introducción. Representaciones sociales y procesos políticos”, en Ana Rosato y Fernando Balbi (eds.): *Representaciones sociales y procesos políticos. Estudios desde la antropología social*, Buenos Aires: Antropofagia-IDES, 2003
- Baranchuk, Mariana: “Mercado cultural e industrias de la comunicación y la cultura: en la búsqueda de algunas distinciones clasificatorias”, Lila Luchessi, y María Graciela Rodríguez (comps.) *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación*, Buenos Aires: La Crujía, 2007.
- Barreiro, César: “Pistoleiro ou Vengador: construação de trajetórias” (52-82), en *Sociologias*, Nro. 8, 2002.
- Basualdo, Eduardo (2001), *Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina*, Buenos Aires: UNQ/FLACSO/IDEP, 2001.
- Beccaria, Luis: “Jóvenes y empleo en la Argentina”, en *Anales de la Educación común*, Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Año 1, Nros. 1-2, setiembre, 2005.
- Binstock, Georgina y Cerrutti, Marcela: *Carreras truncadas: el abandono escolar en el nivel medio en la Argentina*, Buenos Aires: UNICEF, 2005.
- Borda, Libertad: “*Fan fiction* basada en *Yo soy Betty, la fea*: entre el desvío y el límite”, en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (Comp.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Bourdieu, Pierre: *Cosas dichas*, Buenos Aires: Gedisa, 2000.
- Bourdieu, Pierre: “Los ritos como acto de institución”, en Julian Pitt-Rivers y J. G. Peristiany (eds) *Honor y gracia*, Madrid: Alianza, 1991
- Bourdieu, Pierre: *Sociología y Cultura*, México: Grijalbo, 1990.
- Bourdieu, Pierre: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus, 1988.
- Bourdieu, Pierre: *El sentido práctico*, Madrid: Taurus, 1980.
- Bourgois, Philippe: “Pensando la pobreza en el guetto: resistencia y autodestrucción en al apartheid norteamericano” (25-43), en *Etnografías Contemporáneas*, Año 2, Nro. 2, Abril, 2006
- Bourgois Philippe: *In search of respect: Selling crack in El Barrio*, New York: Columbia University Press, 1997.
- Brennan, James: *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Buenos Aires: Sudamericana, 1984.
- Brubaker, Rogers y Cooper, Frederick.: “Más allá de ‘identidad’” (30-67), en *Apuntes*, N° 7, Buenos Aires, 2001.
- Bruner, Jerome: *El habla del niño*, Buenos Aires: Paidós, 1986.
- Cafassi, Emilio: *Ollas a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas sobre fuego argentino*, Buenos Aires: Libros del Rojas, 2002.
- Caletti, Sergio: “Comunicación y espacio público. Notas para repensar la democracia en la sociedad contemporánea”, mimeo, 2006.

- Campo, Javier y Dodaro, Christian (comps): *Cine documental, memoria y derechos humanos*, Buenos Aires: Nuestra América, 2007.
- Carozzi, María Julia: "El concepto de marco interpretativo en el estudio de movimientos religiosos" (33-52), en *Sociedad y Religión*, Nro. 16/17, 1988.
- Castel, Robert: *Les métamorphoses de la question sociale*, París: Fayard, 1995.
- Cató, Juan y Pichetti, Valentina: "De la jornada determinada a la indeterminación del tiempo de trabajo. Estudio sobre los cambios en la jornada laboral", ponencia ante el *XXIII Congreso Latinoamericano de Sociología*, 29 octubre-2 noviembre, Guatemala, 2001.
- Cerdeiras, Raúl: "La política que se viene", en *Acontecimientos*, Nro. 23, (9-66), 2002.
- Chartier, Roger: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Gedisa, Barcelona: Gedisa, 1999.
- Chávez Mariana: "Los espacios urbanos de jóvenes en La Plata", Tesis doctoral, Universidad de la Plata, inédita, 2005a.
- Chávez, Mariana: "Alternativos: la generación de un estilo", ponencia ante el Primer Congreso Latinoamericano de Antropología, Rosario, 11 al 15 de julio, 2005b.
- Chávez, Mariana, Faur, Eleonor y Rodríguez, María Graciela: *Investigaciones sobre juventudes en Argentina*, 2006. Disponible en <http://www.joveneslac.org>. Acceso 23 de junio de 2007.
- Cieza, Daniel: "La precarización en el mundo del trabajo", *Ciencias Sociales*, Dossier Empleo precario, vidas precarias, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Nro. 63, 2006.
- Clarke, John: "Style", en Stuart Hall y Tony Jefferson (eds.) *Resistance through rituals: youth, subcultures in post-war Britain*, Londres: Hutchinson and Co, 1993.
- Clifford, James: *Itinerarios culturales*, Barcelona: Gedisa, 1999.
- Cohen, Phil: "Sub-cultural Conflict and Working Class Community", en *Working Papers in Cultural Studies*, Nro. 2, Universidad de Birmingham, 1972 (citado en Hebdige, 2004).
- Conde, Mariana: "Lecturas descentradas: pensando la nación en los márgenes. O cómo el fútbol hace 'hinchas' nacionales (y luego los deshace)", Tesis de maestría en Sociología de la Cultura y Análisis cultural, IDAES-UNSAM, inédita, 2004.
- Da Matta, Roberto: *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*, Méjico: FCE, 2002.
- Da Matta, Roberto: "Individualidade e liminaridade: considerações sobre os ritos de passagem e a modernidade" (7-29), en *Mana*, Año 6, Nro. 1, 2000.
- Dávila León, Oscar y Ghiardo Soto, Felipe: "Trayectorias, transiciones y condiciones juveniles en Chile", en *Nueva Sociedad*, Nro. 200, noviembre-diciembre, 2005.
- de Certeau, Michel: *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, México: Universidad Iberoamericana, 1995.
- de Certeau, Michel: *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*, Méjico: Universidad Iberoamericana, 1996.
- de Certeau, Michel: *La cultura en plural*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1999 [1974].
- De la Peza, María del Carmen: "Las tram(p)as de los estudios de recepción y opinión publica", en *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*, Año 2, N° 12 (8-24), abril, 2003.
- Delgado, Manuel: *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*, Barcelona: Anagrama, 2007.
- Deutsche Bank: *Jóvenes hoy: segundo estudio sobre la juventud en la Argentina; tendencias y perspectivas en la relación entre jóvenes, estado y sociedad en las puertas del nuevo milenio*, Buenos Aires: Deutsche Bank-Planeta, 1999.

- Deutsche Bank: *La juventud Argentina*, Buenos Aires: Deutsche Bank-Planeta, 1993.
- Dodaro, Christian: “Imágenes paganas. Una aproximación a los modos de intervención político-cultural desde el videoactivismo argentino de los 90-00”, Tesis de Maestría, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, inédita, 2008.
- Dodaro, Christian, Marino, Santiago y Rodríguez, María Graciela: “La acción colectiva y el cine documental militante en Argentina: una relación conflictiva”, en *Making Our Media: Mapping Global Initiatives Toward a Democratic Public Sphere*, San Francisco: Hampton Press, 2008.
- Dodaro, Christian y Vázquez, Mauro: “Representaciones y resistencias sobre/en grupos migrantes. Política y visibilidad(es)”, en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (Comp.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Eco, Umberto: *Tratado de semiótica general*, Barcelona: Lumen, 1981.
- Featherstone, Mike: *Cultura de consumo y posmodernismo*, Buenos Aires: Amorrortu, 2000.
- Feixa, Carles: *De jóvenes, bandas y tribus (Antropología de la juventud)*, Barcelona: Ariel, 1999.
- Feld, Claudia: *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex-comandantes en Argentina*, Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Ferraudi Curto, María Cecilia: “Lucha y papeles en una organización piquetera del sur de Buenos Aires”, en Daniel Míguez y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires: Biblos, 2006.
- Ferraudi Curto, María Cecilia: “Cuando vamos de piqueteros: aproximación crítica al concepto de identidad”, en AA.VV.: *La sociología ahora*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- Ferry, Jean-Marc, Wolton, Dominique y otros: *El nuevo espacio público*, Barcelona: Gedisa, 1998.
- Filc, Judith: “Espacio urbano e identidades: estilos y espectáculos”, en *Zigurat*, Año 2, Nro. 2 (127-135), 2001.
- Fiske, John: “Understanding Popular Culture”, en *Reading the Popular*, Londres-Nueva York: Routledge, 1995.
- Ford, Aníbal: *Navegaciones. Comunicación, cultura y crisis*, Buenos Aires: Amorrortu, 1994.
- Ford, Aníbal y Longo, Fernanda: “La exasperación del caso”, en Aníbal Ford (ed.): *La marca de la bestia*, Buenos Aires: Norma, 1999.
- Fradkin, Raúl: *Cosecharás tu siembra. Notas sobre la rebelión popular argentina de diciembre de 2001*, Buenos Aires: Prometeo Libros, 2002.
- Frith, Simon: *Performing Rites. On the Value of Popular Music*, Cambridge: Harvard University Press, 1996.
- Frith, Simon: “Música e identidad”, en Hall, S. y du Gay, P. (comp.): *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires: Amorrortu, 2003.
- Fundación Odiseo: *Índice de la Juventud. Investigación de Opinión Pública*, s/d, 2004.
- Gándara, Santiago, Mangone, Carlos y Warley, Jorge: *Vidas imaginarias. Los jóvenes en la tele*, Buenos Aires: Biblos, 1997.
- García Canclini Néstor: “La juventud extraviada. Entrevista de Sergio Chejfec”, en *Nueva Sociedad*, Nro. 200, noviembre-diciembre, 2005.
- García Canclini, Néstor: “¿Reconstruir lo popular?”, ponencia ante el Seminario *Cultura Popular: un balance interdisciplinario*, organizado por el Instituto Nacional de Antropología, setiembre, Buenos Aires, 1988.

- García Canclini, Néstor: *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Méjico: Grijalbo, 1990.
- Garriga Zucal, José: *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*, Buenos Aires: Prometeo, 2007.
- Garriga Zucal, José y Rodríguez, María Graciela: “Al borde pero sin caerse o agarrados de las falanges. Un ejercicio comparativo entre mensajeros en moto e hinchadas de fútbol”, en *Papeles de trabajo*, IDAES-UNSAM, Año 1, Nro. 2, diciembre, 2007.
- Garriga Zucal, José y Salerno, Daniel: “Variaciones en torno al aguante: estadios, hinchas y rockeros”, en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (Comp.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Geertz, Clifford: *Negara. O Estado-Teatro no Seculo XIX*, Lisboa: Difel, 1991.
- Geertz, Clifford: *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa, 2000.
- Gené, Marcela: *Un mundo feliz. Las representaciones de los trabajadores en la propaganda del primer peronismo (1946-1955)*, Buenos Aires: FCE, 2005.
- Giard, Luce: “El plato del día”, en Michel de Certeau, Luce Girard y Pierre Mayol, *La invención de lo cotidiano II. Habitar, cocinar*, Méjico: Universidad Iberoamericana, 1999.
- Giarracca, Norma (ed): *La protesta social en la Argentina*, Buenos Aires: Alianza, 2001.
- Ginzburg, Carlo: *El queso y los gusanos*, Barcelona: Muchnick, 1981.
- Ginzburg, Carlo: “Señales. Raíces de un paradigma indiciario”, en Aldo Gargani (comp.): *Crisis de la razón*, México: Siglo XXI, 1983.
- Goffman, Erving: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Buenos Aires: Amorrortu, 1994[1959].
- Gorbán, Débora y Wilkis, Ariel: “Relaciones de sentido e intercambios sociales en torno a dos ‘personajes urbanos’ en la Ciudad de Buenos Aires: los recolectores de residuos y los vendedores de las ‘publicaciones de calle’”, I Jornadas de Estudios Sociales de la Economía, CESE-IDAES y NUCeC-Museu Nacional de la UFRJ, julio, 2006.
- Grignon, Claude y Passeron, Jean-Claude: *Lo culto y lo popular. Miserabilismo y populismo en sociología y en literatura*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1991.
- Grimson, Alejandro: “New Urban Borders and Social Movements in Buenos Aires”, en *Antipode*, 2008 (en prensa).
- Grimson, Alejandro (Comp.): *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*, Buenos Aires: Edhasa, 2007.
- Grimson, Alejandro: “Piquetes en la ciénaga. Los bloqueos políticos en los cortes de ruta”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Año X, Nro. 15, invierno, 2004.
- Grimson, Alejandro: “Las sendas y las ciénagas de la ‘cultura’. La antropología y los estudios de comunicación” (55-75), en *Tram(p)as de la comunicación y la cultura*, Año 1, Nro. 1, abril/mayo, 2002.
- Grimson, Alejandro, Amati, Mirta y Kodama, Kaori: “La nación escenificada por el Estado. Una comparación de rituales patrios” (413-501), en Alejandro Grimson (Comp.) *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*, Buenos Aires: Edhasa, 2007.
- Grimson, Alejandro y Semán, Pablo: “Presentación: la cuestión ‘cultura’” (11-22), en *Etnografías contemporáneas*, Año 1, Nro. 1, abril, Buenos Aires, 2005.
- Grimson, Alejandro y Varela, Mirta: “Recepción, culturas populares y política. Desplazamientos del campo de comunicación y cultura en la Argentina”, en *Audiencias, cultura y poder. Estudios sobre televisión*, Buenos Aires: Eudeba, 1999.
- Grossberg, Lawrence “Identidad y estudios culturales: ¿no hay nada más que eso?”, en Stuart Hall y Paul du Gay (comps.): *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires:

- Amorrortu, 2003.
- Gruzinski, Serge: *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a 'Blade Runner' (1492-2019)*, México: FCE, 1995.
- Guber, Rosana: *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Guber, Rosana: *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*, Buenos Aires: FCE, 2001.
- Habermas, Jürgen: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona: Gustavo Gili, 1990 [1962].
- Hall, Stuart: "Encoding/Decoding", en Stuart Hall et al (eds.) *Culture, media, language*, Londres: Hutchinson, 1980.
- Hall, Stuart: "Notas sobre la deconstrucción de lo popular", en Samuels, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, 1984.
- Hall, Stuart y Jefferson, Tony (eds): *Resistance through rituals: youth, subcultures in post-war Britain*, Londres: Hutchinson and Co, 1993.
- Hebdige, Dick: *Subcultura. El significado del estilo*, Barcelona: Paidós, 2004.
- Heredia, Beatriz y Palmeira, Moacir: "Os comícios e a política de facções", en *Anuário Antropológico/94*, Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro, 1995.
- Heredia, Beatriz y Palmeira, Moacir: "Política Ambígua", en Patrícia Birman, Regina Novaes y Samira Crespo (orgs) *O mal. Á Brasileira*, Rio de Janeiro: UERJ, 1997.
- Hoggart, Richard: *La cultura obrera en la sociedad de masas*, Barcelona: Grijalbo, 1971.
- INDEC: *Información de Prensa. Encuesta Permanente de Hogares*, INDEC, Buenos Aires, 2000.
- Isla, Alejandro: "Violencias públicas y privadas en la producción de familia y género", en Daniel Míguez y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires: Biblos, 2006.
- Isla, Alejandro y Míguez, Daniel: *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*, Buenos Aires: Ed. de las Ciencias, 2003.
- Jacinto, Claudia, Wolf, Mariela, Bessega, Carla y Longo, María Eugenia: "Jóvenes, precariedades y sentido del trabajo", 7mo Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires, 2006.
- Jameson, Frederick: "Sobre los estudios culturales", en Frederick Jameson y Slavoj Žižek: *Estudios Culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires: Paidós, 1993.
- Jelin, Elizabeth: "La escala de la acción de los movimientos sociales", en Elizabeth Jelin (comp): *Más allá de la nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*, Buenos Aires: del Zorzal, 2003.
- Jelin, Elizabeth: *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Kessler, Gabriel: "De proveedores, amigos, vecinos y barderos: acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del Gran Buenos Aires" (137-170), en Murmis et al *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*, Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Kozak, Daniel: "Entre la celebración del fragmento y la condena a la fragmentación", mimeo, s/f.
- Kuasñosky, Silvia y Szulik, Dalia: "Los extraños del pelo largo. Vida cotidiana y consumos culturales", en Mario Margulis et al: *La cultura de la noche*, Buenos Aires: Espasa, 1994.
- Kuasñosky, Silvia y Szulik, Dalia: *La barra de la esquina. Cultura, violencia y exclusión social*, Buenos Aires: Espacio, 1993.
- Landowski, Eric: *La sociedad figurada*, Buenos Aires: FCE, 1993.
- Le Breton, David: *Las pasiones ordinarias*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1999.

- Lefebvre, Henri: *The Production of Space*, Oxford: Blackwell, 1991.
- Lépore, Eduardo y Schleser, Diego: "Diagnóstico del desempleo juvenil", Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la República Argentina, 2005.
- Lerman, Gabriel: *La plaza política: irrupciones, vacíos, y regresos en Plaza de Mayo*, Buenos Aires: Colihue, 2005.
- Levi, Giovanni: *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII*, Madrid: Nerea, 1990.
- Levi-Strauss, Claude: *De la miel a las cenizas*, México: FCE, 1972.
- Lobos, Andrea: "Delivery y ciclomotores", mimeo, 2006.
- Luchessi, Lila y Rodríguez, María Graciela: "Espacios y representaciones en la cultura, la política y los medios", en Lila Luchessi y María Graciela Rodríguez (coords): *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación*, Buenos Aires: La Crujía, 2007.
- Maffesoli, Michel: *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria, 1990.
- Malagón, Mariana: "Formando caballeros", mimeo, 2006.
- Margulis, Mario: "La cultura de la noche", en Mario Margulis (comp.) *La cultura de la noche. Vida nocturna de los jóvenes en Buenos Aires*, Buenos Aires: Espasa Calpe, 1994.
- Margulis, Mario y Urresti, Marcelo: "La juventud es más que una palabra", en Mario Margulis (org.) *La juventud es más que una palabra*, Buenos Aires: Biblos, 1996.
- Marino, Santiago y Rodríguez, María Graciela: "La delgada línea roja: viejos contratos en el nuevo *Clarín*", en Lila Luchessi y María Graciela Rodríguez (coords): *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación*, Buenos Aires: La Crujía, 2007.
- Martín Barbero, Jesús: *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona: Gustavo Gili, 1987.
- Martín Barbero, Jesús: "Memoria Narrativa e industria cultural", en *Comunicación y cultura*, Nro. 10, Méjico, agosto, 1983.
- Martín, Eloísa: "'¡Aguante lo' pibe!': Redefinitions of 'youth' in Argentina", en *SEPHIS e-magazine*, Vol 1, Nro. 2, diciembre, 2004.
- Martini, Stella: *Periodismo, noticia y noticiabilidad*, Buenos Aires: Norma, 2000.
- Mata, María Cristina: "Radio: memorias de la recepción. Aproximaciones a la identidad de los sectores populares", en *Diá-logos*, Nro. 30, FELAFACS, junio, 1991.
- Mauger, Gerard: *La revuelta de los suburbios franceses: una sociología de la actualidad*, Buenos Aires: Antropofagia, 2007.
- Mauss, Marcel: *Sociología y Antropología*, Madrid: Tecnos, 1950.
- McAdam, Doug, McCarthy, John y Zald, Mayer (eds.): *Movimientos sociales, perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo, 1999.
- McCarthy, John, Smith, Jackie y Zald, Mayer (eds): "El acceso a la agenda pública y a la agenda de gobierno: medios de comunicación y sistema electoral", en McAdam, D., McCarthy, J. y Zald, M. (eds.): *Movimientos sociales, perspectivas comparadas*, Madrid: Istmo, 1999.
- Melucci, Alberto: "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales", en *Zona Abierta*, Nro. 69, 1994.
- Merklen, Denis: *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*, Buenos Aires: Gorla, 2005.
- Mestman, Mariano y Peña, Fernando: "Una imagen recurrente. La representación del Cordobaza en el cine argentino de intervención política" (47-62), en *Cuadernos*

- críticos de comunicación y cultura*, Año 1, Nro. 1, 2005 (originalmente publicado en *Film-Historia*, Vol 13, Nro. 3, 2002).
- Míguez, Daniel: "Estilos musicales y estamentos sociales. Cumbia, villa y trasgresión en la periferia de Buenos Aires", en Daniel Míguez y Pablo Semán: *Entre cumbias, santos y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Biblos, 2006.
- Míguez, Daniel y Semán, Pablo: "Introducción. Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales" (11-32), en Daniel Míguez y Pablo Semán: *Entre cumbias, santos y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires: Biblos, 2006.
- Moreira, María Verónica: "Club social y deportivo: hinchas, política y poder", en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (Comp.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Morgan, David: "Focus group", en *Annual Review Sociology*, Nro. 22 (129-152), 1996.
- Morley, David: *Televisión, audiencias y estudios culturales*, Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- Neiburg, Federico: "El 17 de octubre en la Argentina, Espacio y construcción social del carisma" (215-246), en Ana Rosato y Fernando Balbi (eds.): *Representaciones sociales y procesos políticos*, Buenos Aires: Antropofagia-IDES, 2003.
- O'Donnell, Guillermo: *¿Y a mí, qué me importa? Notas sobre sociabilidad y política en Argentina y Brasil*, Buenos Aires: CEDES, 1984.
- Offerlé, Michel: "Périmètres du politique et coproduction de la radicalité à la fin du XIXe siècle", en Annie Collovald y Brigitte Gaiiti (dir.): *La démocratie aux extrêmes. Sur la radicalisation politique*, París: La Dispute, 2006.
- OIJ-CEPAL (Hopenhayn, Martín, Coord.): *La juventud en Iberoamérica. Tendencias y Urgencias*, Santiago de Chile: OIJ-CEPAL, 2004.
- OIT (Organización Internacional del Trabajo: "Panorama laboral para América Latina y el caribe. Resumen ejecutivo", Coordinación general de Asuntos Internacionales y Relaciones parlamentarias, 2003.
- Orozco Gómez, Guillermo: *Televisión, audiencias y educación*, Buenos Aires: Norma, 2001.
- Orozco Gómez, Guillermo: *Televisión y audiencias. Un enfoque educativo*, Madrid: de la Torre, 1996.
- Ortner, Sherry: "Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna" (25-53), en *Etnografías contemporáneas*, Año 1, Nro. 1, abril, 2005.
- OSAL: "Políticas públicas para formas atípicas de trabajo", Grupo de Trabajo - Jefatura de Gabinete, Informe redactado por Alvaro Orsatti, 2006.
- Oslender, Ulrico: "Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una 'espacialidad de resistencia', *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. VI, Nro. 115, junio, 2002.
- Peirano, Mariza: "Rituais como estratégia analítica e abordagem etnográfica" (7-14), y "A análise antropológica de rituais" (17-40), en Mariza Peirano (org.): *O dito e o feito. Ensayos de antropología dos riuais*, Rio de Janeiro: Relume Dumará, Núcleo de Antropologia da Política/UFRJ, 2002.
- Pereira Barbosa, Alexandre: "Muitas palavras: A discussao recente sobre juventude nas Ciencias Sociais", en *Pontaurbe*, Núcleo de Antropología Urbana da USP, Año 1, Versión 1.0, 2007.
- Pereyra, Sebastián y Svampa, Maristella: *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires: Biblos, 2003.

- Pollak, Michael: "Memoria e identidade social", en *Estudos históricos*, Vol 5, Nro. 10, 1992 (citado en Jelin, 2002).
- Portelli, Alessandro: *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories. Form and Meaning in Oral History*, Albania: State University of New York Press, 1991.
- Prendergast, Christopher: *The Triangle of Representation*, Nueva York-Chischester: Columbia University Press, 2000.
- Reguillo, Rossana: "Los miedos: sus laberintos, sus monstruos, sus conjuros. Una lectura socioantropológica" (45-72), en *Etnografías Contemporáneas*, Año 2, Nro. 2, Abril, 2006.
- Reguillo, Rossana: *Estrategias del desencanto. Emergencias de culturas juveniles*, Buenos Aires: Norma, 2000.
- Reguillo, Rossana: "Subjetividad, crisis y vida cotidiana. Acción y poder en la cultura" (249-270), en Alejandro Grimson (comp.): *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires: CLACSO, 2004.
- Reguillo, Rossana: "Jóvenes: la construcción del enemigo", en *Chasqui*, Nro. 60, diciembre, 1997.
- Reguillo, Rossana: "Violencia y después. Culturas en reconfiguración", Conferencia *Culture and Peace: Violence, Politics and Representation in the Americas*, Universidad de Texas, Austin, 24-25 de marzo, 2003.
- Rodgers, Dennis: "Cuando la pandilla se pone mala: violencia juvenil y cambio social en Nicaragua" (75-98), en *Etnografías Contemporáneas*, Año 2, Nro. 2, Abril, 2006.
- Rodríguez Esperón, Carlos y Vinelli, Natalia (comp.): *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*, Buenos Aires: Ed. Continente/Peña Lillo, Colección Artillería del pensamiento, 2004.
- Rodríguez, María Graciela: "Beligerancia cultural: un estado en proceso", *Boletín de Psicología*, Valencia, 2008a.
- Rodríguez, María Graciela: "La pisada, la huella y el pie", en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (Comp.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008b.
- Rodríguez, María Graciela: "La beligerancia cultural, los medios de comunicación y el "día después", en Lila Luchessi y María Graciela Rodríguez (comps.): *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación*, Buenos Aires: La Crujía, 2007a.
- Rodríguez, María Graciela: "'Motoqueros, carajo', entre la hetero y la autonomización", ponencia ante la VII Reunião de Antropologia do Mercosul - Desafios Antropológicos, Porto Alegre, 23 a 26 de Julio, 2007b.
- Rodríguez, María Graciela: "La infantería motorizada del pueblo. O las contradicciones de la epicidad", en *Question*, Vol. 7, Universidad de La Plata, invierno, 2005a.
- Rodríguez, María Graciela: "La inscripción de la ley en los cuerpos: un recorrido por los límites. Foucault, Bourdieu, De Certeau", en *Culturales*, Vol. I, Nro. 2, Universidad autónoma de Baja California, julio/diciembre, 2005b.
- Rodríguez, María Graciela: "Del consumo cultural a las políticas: García Canclini y de Certeau" (103-111), en *Zigurat*, Año 5, Nro. 5, 2005c.
- Rodríguez, María Graciela: "Medios, protesta y experiencia en Argentina" (128-139), en *Nómadas*, Nro. 20, Departamento de Investigaciones, Universidad Central de Bogotá, abril, 2004.
- Rodríguez, María Graciela: "Representaciones: el juego incompleto", en *Actas de las Primeras Jornadas sobre Representaciones Sociales: "Representaciones sociales: investigación y prácticas"*, Buenos Aires: Ediciones Ciclo Básico Común UBA, 2003a.

- Rodríguez, María Graciela: "La representación de lo popular en *Página 12*. La épica y la fiesta de un 'pueblo'", en *Versión*, Nro. 13, diciembre, Méjico (205-222), 2003b.
- Rodríguez Marino, Paula: *El pasado en el presente. Desplazamientos, cine y literatura*, Buenos Aires: Prometeo, 2008.
- Rossini, Gerardo: "Vagos, pibes chorros y transformaciones de la sociabilidad en tres barrios periféricos de una ciudad entrerriana", en Alejandro Isla y Daniel Míguez: *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*, Buenos Aires: Ed. de las Ciencias, 2003.
- Said, Edward: *Orientalism*, Nueva York: Berg, 1978.
- Saintout, Florencia: *Los estudios de recepción en América Latina*, La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación, 1998.
- Saville-Troike, Muriel: *Etnografías de la comunicación*, Buenos Aires: Prometeo, 2005.
- Schmucler, Héctor: "Estudios de comunicación en América Latina: del desarrollo a la recepción", en *Causas y Azares*, Buenos Aires, Nro. 1, 1994.
- Schuster, Federico et al: *La trama de la crisis*, Serie "Informes de Coyuntura", Nro. 3, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2002.
- Segato, Rita Laura: *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo, 2007.
- Segato, Rita: "Alteridades históricas/Identidades políticas: una crítica a las certezas del pluralismo global", *Série Antropologia*, N° 234, UnB, Brasilia, 1988.
- Segre, Cesare: "Tema/motivo", en *Principios de análisis del texto literario*, Barcelona: Crítica, 1985.
- Segura, Ramiro: "Topografía espacial y territorialidad de las prácticas sociales en un barrio segregado del gran Buenos Aires", ponencia ante el VIII Congreso Argentino de Antropología Social, Salta, 2006.
- Segura, Ramiro: "La experiencia urbana y sus pliegues. Oposiciones y operaciones para la comprensión de la vida urbana", ponencia ante la VII Reunión Antropológica del MERCOSUR (RAM), Porto Alegre, 23 a 26 de Julio, 2007
- Semán, Pablo: *Bajo Continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Buenos Aires: Gorla, 2006.
- Semán, Pablo y Vila, Pablo: "Rock chabón e identidad juvenil en la Argentina neoliberal", en Daniel Filmus (comp.): *Los noventa: política, sociedad y cultura en América Latina y Argentina de fin de siglo*, Buenos Aires: FLACSO, 1999.
- Settani, Sebastián: "De la pueblada a los grupos que violan permanentemente la ley: la representación de los piquetes construida por *La Nación*", Tesis de Licenciatura, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2005.
- Silba, Malvina y Spataro, Carolina: "*Cumbia Nena*. Letras, relatos y baile según las bailanteras", en Pablo Alabarces y María Graciela Rodríguez (Comp.) *Resistencias y mediaciones. La cultura popular en la Argentina contemporánea*, Buenos Aires: Paidós, 2008.
- Silva da Sousa, Rosinaldo: "Trayectorias de bandidos, mitos y ritos del tráfico ilícito de drogas em Rio de Janeiro" (101-129), en *Etnografías Contemporáneas*, Año 2, Nro. 2, Abril, 2006.
- SimelBA/PCE y DS: *Boletín de Coyuntura Laboral*, FSOC, UBA, Nro. 2, julio, 2006.
- Simone, Raffaella: *La tercera fase. Formas de saber que estamos perdiendo*, Madrid: Taurus, 2000.
- Soja, Edward: "La espacialidad de la vida social: hacia una retorización transformativa", en Derek Gregory y John Urry (eds.) *Social Relations and Spatial Structures*, Londres: Macmillan, 1985. (Traducción de Horacio Torres).

- Sunkel, Guillermo: *Razón y pasión en la prensa popular. Un estudio sobre cultura popular, cultura de masas y cultura política*, Santiago: ILET, 1986.
- Svampa, Maristella: "Identidades astilladas. De la Patria Metalúrgica al Heavy Metal", en *Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires: Biblos-UNGS, 2003.
- Svampa, Maristella: *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, Buenos Aires: Taurus, 2005.
- Svampa, Maristella: "Relaciones peligrosas. Sobre clases medias, gobierno peronista y movimientos piqueteros", en *El Rodaballo*, Año 10, Nro.15, 2004.
- Swartz, Marc, Turner, Victor y Tuden, Arthur: "Introduction" (1-48), en Marc Swartz, Victor Turner y Arthur Tuden (eds.): *Political Anthropology*, Chicago: Aldine, 1966.
- Tambiah, Stanley: *Culture, Thought, and Social Action: An Anthropological Perspective*, Cambridge: Harvard University Press, 1985 (citado en Peirano, 2002).
- Thompson, Edward Palmer: "Folklore, antropología e historia social" (63-86), en *Entrepasados*, Año II, Nro. 2, 1992.
- Thompson, Edward Palmer: *Costumbres en común*, Buenos Aires: Crítica, 1990.
- Tilly, Charles: "Acción colectiva", en *Apuntes de Investigación del CECYP*, Nro. 6, Buenos Aires, 2000.
- Turner, Víctor: *El proceso ritual*, Madrid: Taurus, 1988.
- UBACyT: "Cromañon y la retórica del aguante", en *Artemisa Noticias*, del 6 de julio de 2005. Disponible en www.artemisanoticias.com.ar
- Ulanovsky, Carlos, Itkin, Silvia y Sirvén, Pablo: *Estamos en el aire. Una historia de la televisión en Argentina*, Buenos Aires: Planeta, 1999 (citado en Varela, 2005).
- Urresti, Marcelo: "Paradigmas de participación juvenil: un balance histórico", en Sergio Balardini (org.): *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del Nuevo Siglo*. Buenos Aires, CLACSO, 2000.
- Van Djik, Teun: "Historias y racismo", en Denis Mumby (Comp): *Narrativa y control social*, Buenos Aires: Amorrortu, 1997 [1993].
- Van Gennep, Arnold: *Los ritos de paso*, Madrid: Taurus, 1986 [*Les rites de passage*, 1909].
- Varela, Mirta: *La televisión criolla, Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna. 1951-1969*, Buenos Aires: Edhasa, 2005.
- Varela, Mirta: *Los hombres ilustres del Billiken. Héroes en los medios y en la escuela*, Buenos Aires: Colihue, 1994.
- Vargas, Patricia: *Bolivianos, paraguayos y argentinos en la obra. Identidades étnico-nacionales entre los trabajadores de la construcción*, Buenos Aires: Antropofagia, 2005.
- Vázquez, Mauro: "La nacionalidad migrante entre el género, lo político y la clase: madres, paisanas y piqueteras", III Congreso Panamericano de Comunicación, Buenos Aires, 2005.
- Verón, Eliseo: *La semiosis social*, Buenos Aires: Gedisa, 1987.
- Voloshinov, Valentin: *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1976.
- Vommaro, Gabriel y Wilkis, Ariel: "Presentación. Gérard Mauger, entre el 'compromiso político' y el 'compromiso sociológico'", en Mauger, Gérard *La revuelta de los suburbios franceses: una sociología de la actualidad*, Buenos Aires: Antropofagia, 2007.
- Wacquant, Loïc: *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.
- Williams, Raymond: *Cultura y Sociedad*, Buenos Aires: Nueva Visión, 2001.

Williams, Raymond: *Cultura. Sociología de la cultura y del arte*, Barcelona: Paidós, 1982.
 Williams, Raymond: *Marxismo y Literatura*, Barcelona: Península/Biblos, 2000.
 Willis, Paul: *Aprendiendo a trabajar*, Madrid: Akal, 1988.
 Zaluar Alba: “Apresentacao. Violencia, cultura e poder”, en Fátima Ceccheto: *Violencia e estilos de masculinidades*, Rio de Janeiro: Editora FGV, 2004.
 Zibechi, Raúl: *Genealogía de la revuelta. Argentina, sociedad en movimiento*, Buenos Aires: Letra libre, 2003.

Corpus de medios gráficos y audiovisuales:

Periodismo gráfico:

Clarín: edición del 21 de diciembre de 2001.
Clarín: edición del 22 de diciembre de 2002.
Clarín: edición del 23 de diciembre de 2001.
Indymedia: “¡Aguante motoquero!”, edición on line del 21 de diciembre de 2001.
Indymedia: edición on line del 22 de diciembre de 2001.
Indymedia: “Un botón de Muestra: de como quieren tratar en la justicia los eventos del 20 de diciembre” (por Sebastián Hacher), edición on line del 7 de mayo de 2002.
La Haine: “Los motoqueros en la Plaza de Mayo”, edición on line del 21 de enero de 2002.
La Nación: edición del 15 de diciembre de 2002.
La Nación, edición del 21 de diciembre de 2001.
La Nación, edición del 22 de diciembre de 2001.
La Nación, edición del 28 de diciembre de 2001.
Página 12: “Crónica de una violenta represión que duró todo el día. La batalla de Plaza de Mayo”, (por Cristian Alarcón), edición del 21 de diciembre de 2001.
Página 12: “Buenos Aires sin control, desde la furia al saqueo” (por Eduardo Videla) edición on line del 21 de diciembre de 2001.
Página 12: “El sindicato de los motoqueros, Los combativos” (por Laura Vales) edición on line del 3 de noviembre de 2002.
Punto Final: “Motoqueros del Apocalipsis” (por Luis Klener Hernández) s/f, disponible en www.puntofinal.cl/516/argentina.htm. Acceso 3 de mayo de 2004.
Rebelión: “Crónica del estallido de la bronca argentina. La batalla de Plaza de Mayo” (por Cristian Alarcón), edición on line del 24 de diciembre de 2001.
Rebelión: “Argentina nuestra rebelión” (por Claudia Korol), edición on line del 31 de diciembre de 2001.
Rebelión: “Argentina: reflexiones sobre la desobediencia obrera” (por Inés Izaguirre), edición on line del 12 de julio de 2002.
Veintitrés, edición del 27 de diciembre de 2001.

Periodismo televisivo:

América TV: *América noticias* (21 de diciembre de 2001)
 América TV: *Va por vos* (16 de noviembre de 2002)
 América TV: *Punto.doc* (20 de diciembre de 2002)

América TV: *Código* (3 de mayo de 2005)
América TV: *Cámara testigo* (25 de mayo de 2005)
Azul TV: *Azul Noticias* (19 de agosto de 1999)
Azul TV: *Punto.doc/2* (10 de diciembre de 2000)
Canal Plus Satelital: *Radiolagos* (24 de agosto de 2001)
Canal 13: *Especial del 20 de diciembre* (20 de diciembre de 2001)
Canal 13: *Los osos* (7 de junio de 2002)
Canal 13: *Kaos* (6 de noviembre de 2003)
Canal 9: *Edición Chiche* (30 de mayo de 2004)

Documentales filmicos:

Ya es tiempo de violencia (Enrique Juárez, 1969).
La Dignidad de los Nadies (Fernando Pino Solanas, 2005).
Motoqueros, 20 de diciembre de 2001 (2006), Centro de Producción Audiovisual de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de La Plata.

Películas de ficción:

El Salvaje (*The wild one*) (Laszko Benedek, 1953).
Quadrophenia (Franc Roddan, 1979).
Busco mi destino (*Easy Rider*) (Dennis Hopper, 1969).
Hell's Angels (Howard Hughes, 1930).



María Graciela Rodríguez

Agosto de 2008